

Argentina y Brasil. Los desconocidos

A. Argumedo, M. Rapoport, E. Madrid,
R. Janine Ribeiro, J. Schwartz, W. Ansaldi, R. Antelo,
P. Alabarces, G. Cohn, D. Barrancos, T. Kamenszain

Cárceles en común

L. Caimari: Ushuaia, la Siberia criolla;
A. Samis y R. Ramos: Clevelândia, la Siberia tropical;
J. Pegoraro: La ilegalidad como lazo social

Ernesto Laclau

Crítica a Imperio

Ciencia y mujer

S. Rietti: Mimetización o diferencia
L. Arfuch: Las mujeres y sus escrituras

Meditación y controversia

El referato a examen



Sociedad

Sociedad 22

Revista de la Facultad de
Ciencias Sociales de la UBA

Primavera del 2003



**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales**

Decano
Federico Schuster

Vicedecano
Eduardo Grüner

Secretario Académico
Néstor Cohen

Secretaria de Gestión Institucional
Alicia Entel

Secretaria de Cultura y Extensión Universitaria
Felicitas Elías

Secretario de Hacienda y Administración
Bruno Opromolla

Secretaria de Posgrado
Sandra Carli

Subsecretaria de Investigación
Silvia Lago Martínez

Directores de Carrera

Ciencias de la Comunicación: Damián Loreti

Ciencia Política: Tomás Varnagy

Relaciones del Trabajo: Héctor Angélico

Sociología: Miguel Angel Forte

Trabajo Social: Adriana Clemente

Director del Instituto de Investigaciones Gino Germani:
Pedro Krotsch

Director:

Federico Schuster

Editor:

Christian Ferrer

Comité de Dirección:

Mabel Thwaites Rey / Horacio González / Héctor Palomino / Emilio De Ipola /
Nicolás Casullo

Consejo Asesor:

Atilio Borón

León Rozitchner

Jorge Graciarena

Juan Carlos Portantiero

José Nun

Jesús Martín Barbero

Héctor Schmucler

Enrique Oteiza

Alfredo Pucciarelli

Arnaldo Córdova

Julio Cotler

Pablo González Casanova

Ernesto Laclau

Silvia Sigal

Juan Carlos Torre

Julio César Neffa

Ruth Sautú

Julio Labastida

Coordinación de redacción:

Pablo Livszyc

Créditos de las ilustraciones:

Intersección de calles en San Pablo, fotografía de Ivana Vollaro.

Fotografía de Sara Rietti en el Laboratorio de Compuestos Volátiles del Departamento de Físico Química e Inorgánica de la Universidad de Buenos Aires, 1960.

Los presidios, grabado de Helios Gómez, 1930.

Tercer porvenir, grabado de Max Klinger, 1880.

Lo inencontrable, obra de Marcel Mariën, 1937.

ISSN: 0327-7712

Sociedad es una publicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Marcelo Torcuato de Alvear 2230, (1122) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, teléfono (5411) 4508-3800, fax (5411) 4508-3818; y de Ediciones Manantial. Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores. Distribución: Ediciones Manantial SRL: Avenida de Mayo 1365, (1085) Buenos Aires, Argentina, tel-fax (5411) 4383-7350/6059, correo electrónico: info@emanantial.com.ar

Índice

Federico Schuster	Presentación	7
	Brasil-Argentina. Los desconocidos	
Mario Rapoport/ Eduardo Madrid	De la rivalidad a la integración. Una historia de vecinos.....	13
Alcira Argumedo	Argentina y Brasil: encuentros y desencuen- tros en su historia	29
Renato Jannine Ribeiro	Brasil hoy.....	43
Jorge Schwartz	Lasar Segall. Un punto de confluencia de un itinerario afrolatinoamericano en los años veinte	55
Waldo Ansaldi	De santos, cruzados y conspiradores mun- diales. Las derechas argentinas y brasileñas en la década del treinta.....	81
Raúl Antelo	La extimidad del guión	97
Pablo Alabarces	Límites y estereotipos (o para qué sirve el fútbol, si es que sirve para algo)	111
Gabriel Cohn	Patrones y dilemas. El pensamiento de Flo- restan Fernandes	125
Dora Barrancos	Minas Gerais (Brasil), con saudade	141
Tamara Kamenszain	Haroldo argentino.....	147

Cárceles en común

Lila Caimari	Ushuaia: la Siberia criolla	153
Alexandre Samis/ Renato Ramos	Clevelândia: la Siberia tropical	167
Juan Pegoraro	La trama social de las ilegalidades como la- zo social	187

¿Qué es un imperio?

Ernesto Laclau	¿Puede la inmanencia explicar las luchas sociales? Crítica a <i>Imperio</i>	209
----------------	--	-----

Ciencia y mujer

Sara Rietti	Género y ciencia: mimetización o diferen- cia. La cuestión en una país periférico. Con- versación con Sara Rietti	223
Leonor Arfuch	Mujeres y escritura(s)	235

El referato revisitado

Ana Lía Kornblit	253
Carlos Belvedere	255
Inés Izaguirre	257
Marta Panaia	259
Ana Longoni	262
Lucas Rubinich	264
María Pía López	265
Silvia Lago Martínez	268
Adriana Clemente	269
Sergio Caletti	272

Presentación

Federico Schuster

Sociedad presenta su número 22. Dentro de su nuevo espíritu esta edición se dedica a un tema central. Hemos decidido darle, de alguna manera, continuidad a la reflexión que iniciamos en el número doble anterior al tema de la Argentina. Pero en este caso abordamos una cuestión clave de la reconfiguración del presente argentino, pero también sudamericano: la de los vínculos –posibles o actuales–, entre este país y el Brasil.

¿Hay un futuro común en el horizonte de ambos países? Parece que las decisiones políticas de ambos estados están hoy firmemente orientadas en el sentido de avanzar más que nunca en formas de cooperación amplias, en los más diversos terrenos y no sólo en la economía. En el caso particular de la Argentina, incluso, el actual gobierno ha expresado que la relación con Brasil es la prioridad de la agenda en su política de relaciones internacionales, más allá de las ya clásicas –y a veces sobreactuadas– orientaciones políticas hacia los Estados Unidos o la Unión Europea.

Presentación 7

Mientras Argentina ha tendido a desarrollar políticas internacionales que la ubican en posiciones de subalternidad respecto de las naciones más poderosas con las que se vincula prioritariamente, Brasil tuvo siempre una orientación más autónoma de su política en el área, incluyendo además una fuerte profesionalización de las relaciones internacionales a través del tiempo y, como tal, bastante continuidad en las líneas generales de acción y decisión.

De todos modos, no cabe duda de que para responder a la pregunta que formulamos más arriba es necesario considerar también otras, tales como cuál ha sido la vinculación entre ambos países en el pasado, cuál es hoy y cuáles son las condiciones en cada país para pensar ese potencial futuro común (por otra parte, ¿común será cooperación o podrá ser integración?). En tal sentido, las condiciones de las que hablamos (y de las que creemos que hay que hablar) son condiciones variadas y complejas y no tan solo económicas, como muchas veces se piensa. Se trata de condiciones políticas y sociales, pero también culturales (en el sentido más amplio que se le quiera dar a esta palabra). Brasil y Argentina han sido alternativamente aliados, rivales, amigos y enemigos. Los prejuicios mutuos y la idea impuesta de la rivalidad cuasi natural entre ambos países, parecen haber ido dejando lugar progresivamente a una voluntad de cooperación y a un interés cultural recíproco, que han hallado en el último año su momento de máxima creciente. De nuevo, ¿será posible un futuro compartido?

Eso es lo que pretende plantear esta revista: Brasil, Argentina, sus vínculos históricos y presentes, su política, su sociedad, su cultura. Los autores que escriben en este número intentan dar respuestas a cada una de estas cuestiones. La historia y perspectiva de las relaciones entre ambos países, en sus múltiples facetas, se recorre de modo excelente en los trabajos de Alcira Argumedo, Mario Rapoport y Eduardo Madrid. La actualidad política del Brasil se presenta en forma directa ante nuestros ojos en el claro y desafiante artículo de Renato Jannine Ribeiro. Waldo Ansaldi plantea un valioso estudio de política histórica comparada. La dimensión cultural de los posibles tanto como de los reales entrecruzamientos argentino-brasileños aparece en los escritos de Raúl Antelo y Tamara Kamenszain; pero también en el de Pablo Alabarces, sobre ese nada desdeñable punto de encuentro y desencuentro entre ambas culturas que es el fútbol. O en el fascinante trabajo de Jorge Schwartz sobre el artista ruso-brasileño Lasar Segall, pero también sobre arte y poesía en la mezclada y compleja cultura brasileña puesta en un horizonte más amplio afro-latinoamericano. Y de algún modo, incluso, en el artículo de Dora Barrancos, expresión de su mirada como intelectual argentina que narra el Brasil que vivió en sus años de forzado exilio. Las ciencias sociales brasileñas, pero también las latinoamericanas en general, se muestran en el trabajo de Gabriel

8 Presentación

Cohn sobre el pensamiento de Florestan Fernandes, a esta altura un prócer intelectual de Brasil y del continente. La sección "Cárceles en común" también aporta una mirada interesante sobre el tema, a partir de los trabajos de Lila Caimari, Alexandre Samis y Renato Ramos sobre dos cárceles emblemáticas, una de cada país. La sección se completa con un artículo de fuerza teórica de Juan Pegoraro sobre delito y política.

Sociedad n° 22 incluye también un importante artículo de Ernesto Laclau destinado a polemizar con la a esta altura ineludible obra de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*. Se trata de un aporte más a un debate de enorme actualidad intelectual y política.

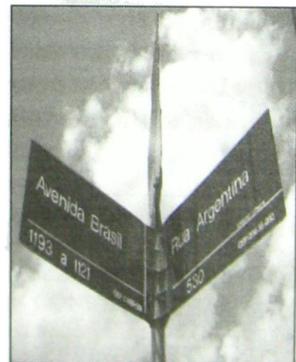
La edición se completa con dos secciones específicas referidas a temas clave de la producción intelectual, académica o científica de nuestro tiempo. Por un lado, Sara Rietti y Leonor Arfuch abordan cuestiones de género en la ciencia y la escritura. Por otro lado, una decena de colegas, todos ellos prestigiosos docentes, investigadores e intelectuales de la Universidad de Buenos Aires inauguran un debate imposterizable en torno de los mecanismos de evaluación y selección de artículos en las revistas de ciencias sociales: la así llamada cuestión del "referato" o arbitraje de los trabajos presentados para su publicación. Una práctica de rutina en las ciencias naturales, las formales y otras lleva entre nosotros a una discusión respecto de cómo se garantiza la calidad de una publicación y se asume la responsabilidad intelectual con el debate público de los grandes temas sociales y políticos. Las distintas opiniones aquí vertidas, no concordantes entre sí, por cierto, son un buen punto de partida para convertir nuestras prácticas académicas en objeto de una reflexión crítica seria y rigurosa.

Finalmente, estimado lector, estimada lectora, creo que cumplimos –en medida seguramente mejorable– el objetivo que nos proponemos con estas páginas: provocar intelectualmente, sobre bases serias, la discusión de los temas, grandes y pequeños, que hacen a la construcción de una sociedad diferente de la actual y exigen de la universidad, la ciencia y los intelectuales un compromiso a partir de sus herramientas (el pensamiento, la investigación, el conocimiento). Para esa sociedad va esta revista.

Brasil-Argentina.

Los desconocidos

Hay vecinos que son próximos y lejanos a la vez. Brasileños y argentinos comparten una historia que desconocen y que, sin embargo, los entrelaza. Décadas de mirada fetichista de unos hacia los otros, y de necias pulseadas geopolíticas impidieron un encuentro cultural necesario tanto como postergaron proyectos de vigorización económico-políticos. Es deseable que el momento actual de aproximación de fronteras no sea solamente episódico sino ocasión de mutuo conocimiento de culturas. Durante demasiado tiempo se ha disputado por el mismo leño. Ahora es tiempo de aserrarlo en común.





De la rivalidad a la integración. Una historia de vecinos

Mario Rapoport y Eduardo Madrid***

Los territorios que actualmente ocupan los Estados nacionales de la Argentina y Brasil comenzaron a ser disputados desde el siglo XVI por los intereses coloniales de España y Portugal, y durante largos años la frontera entre las dos coronas fue un enorme espacio susceptible de ocupación europea. En aquellos conflictos primigenios se inició una notable y perdurable interacción regional. A tal punto que, si proyectamos las relaciones argentino-brasileñas hacia aquellos tiempos coloniales, las mismas son las

* Profesor Titular de la materia Historia Argentina Contemporánea en la Carrera de Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director del Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social (IIHES) de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Investigador Principal del CONICET.

** Profesor e Investigador del IIHES. Coordinador del Centro de Estudios Internacionales y Latinoamericanos.

más antiguas del continente. Pero no se trató solamente de cuestiones diplomáticas o institucionales, las propias fuerzas regionales, tanto de habla portuguesa como española, impulsaron un considerable intercambio comercial, toda vez que el primer embarque registrado en el puerto de Buenos Aires, en 1587, tenía como destino el poblado brasileño de San Vicente. De allí en más el comercio recíproco entre los dos espacios coloniales se fue diversificando e intensificando ya sea por los carriles legales o mediante la vía del contrabando. Esto demuestra que la región es un condicionante natural al cual es prácticamente imposible que dos naciones puedan ignorar. Sin embargo, las percepciones estratégicas antagónicas entre España y Portugal, sobre todo por el dominio del Plata, alimentaron los conflictos, que se prolongaron en los períodos independentistas, de manera tal que transformaron a la región en el epicentro de duros enfrentamientos bélicos. De esta manera, la historia de las relaciones entre la Argentina y Brasil hunde sus raíces en la perspectiva regional, al mismo tiempo que muestra diferentes rasgos, a veces convergentes y otras antagónicas, sustentados en un pasado común y, sobre todo, en la contigüidad de los territorios nacionales entrelazados por fronteras vivas comunes.

El primer conflicto entre rioplatenses y brasileños estalló abiertamente luego de la proclamación de la independencia del Brasil al incorporar el Imperio a la Banda Oriental. Esta última se transformó entonces, en el escenario de enfrentamientos en los que estaban involucrados tres intereses distintos: el del Brasil, que intentaba conservar su nuevo dominio; el de Buenos Aires, que pretendía reintegrarla a las Provincias Unidas; y el de los orientales, que pugnaban por un gobierno autónomo dentro de esa confederación¹.

De aquel estado de beligerancia entre las partes, y ante la habilidad desplegada por la diplomacia británica, emergió la nueva república del Uruguay, presentándose por primera vez en la región del Plata la conflictividad de los intereses nacionales emergentes. El conflicto mostró, también, en el espacio rioplatense, que el sentimiento nacional, en vez de constituir el origen de esos Estados independientes, se construyó a partir del nacimiento de ellos.

Un nuevo frente de tensiones se abrió ante el fortalecimiento de la provincia de Buenos Aires liderada por Rosas, que para Río de Janeiro implicaba la implementación de una política expansionista en la región, lo cual, a su vez, era un obstáculo para las aspiraciones territoriales del Imperio. Es por eso que la diplomacia brasileña fue tejiendo una estrategia bélica a fin de desalojar a Rosas del gobierno bonaerense. En ese sentido,

1. Heloisa Jochims Reichel y Ieda Gutfried. *Fronteiras e guerras no prata*. San Pablo, Atual Editora, 1995, páginas 34-35.

adquirió importancia la firma de un acuerdo secreto realizado en 1850 entre los gobiernos del Brasil, Uruguay y el financista brasileño Barón de Mauá. Rosas denunció este acuerdo, retiró su embajador en Río de Janeiro y declaró la ruptura de relaciones con el Imperio. La guerra entre el Brasil y la Confederación Argentina se hizo inevitable y al poder cooptar al gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, cuyos intereses económicos habían sido afectados por la política económica rosista, Itamaraty logró enhebrar una alianza que posibilitó la derrota de Rosas en Caseros en 1852 y le permitió al Imperio emerger como nueva potencia regional².

Al mismo tiempo el Imperio y el Paraguay no lograron resolver la fijación de sus límites territoriales, aumentando las desconfianzas y los recelos mutuos, sobre todo, cuando en 1862 el liderazgo paraguayo quedó en manos de Francisco Solano López. Esta situación fue confluyendo hacia la cruenta guerra librada entre 1865 y 1870 entre el Paraguay por un lado, y la Triple Alianza entre la Argentina, Brasil y Uruguay, por el otro, resultando en una grave derrota para Asunción. Por otra parte, la conclusión de la guerra abrió nuevos frentes de controversias entre la Argentina y Brasil por el control de los territorios ocupados y por antiguas disputas territoriales, a tal punto que las dos naciones bordearon la ruptura diplomática, al tiempo que las actitudes alimentadas por el imaginario nacionalista de uno y otro lado se reforzaban mutuamente. En la Argentina se ponía énfasis en el expansionismo territorial brasileño, en particular hacia la desembocadura del Plata. En Río de Janeiro se denunciaba la pertinaz aspiración de Buenos Aires de reconstituir el antiguo virreinato rioplatense³.

Sin embargo, a partir de 1889 con la caída del Imperio y la instauración de la República en el Brasil se produjo un mayor entendimiento en ocasión de las visitas recíprocas que se dispensaron el presidente argentino, Julio A. Roca, a Río de Janeiro en agosto de 1899, y la que hizo en octubre de 1900 a Buenos Aires, su par brasileño, Manoel Ferraz de Campos Salles⁴. Desde ese momento, y a lo largo de la primera década del nuevo siglo diversos avatares marcaron las relaciones bilaterales, entre las cuales un tema siempre presente: la carrera armamentista. Fue una nueva época de tensiones en la que se destacaron las figuras de los cancilleres, Estanislao Zeballos, del lado argentino, y el Barón de Río Branco, del lado brasi-

2. Susana Ratto de Sambucetti. *Urquiza y Mauá. El Mercosur del siglo XIX*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1999, páginas 40-41.

3. Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Brasil, Argentina e Estados Unidos. Da Triplíce Aliança ao Mersocul. 1870-2003*. Río de Janeiro, Editora Ensaio, 2003, páginas 43-49.

4. Luciana Silveira de Aragão e Frota. *Brasil-Argentina: divergências e convergências*. Brasília, Centro Gráfico do Senado Federal, 1991, página 48.

leño. La visita a Río de Janeiro, en 1910, del presidente Roque Sáenz Peña, resumida en la conocida frase "todo nos une, nada nos separa", constituiría el principio de un nuevo acercamiento, a través del cual comenzaba a reconocerse la complementariedad económica entre ambos países. Esto se vio fortalecido en lo político en 1915, con la creación del ABC, acuerdo de corta duración entre Argentina, Brasil y Chile para intervenir conjuntamente en la solución pacífica de conflictos regionales.

Sin embargo, el modelo dominante seguía marcando un relativo aislamiento mutuo, apenas atenuado cuando el contexto internacional alteraba el normal funcionamiento de las respectivas economías. Desde los años de la emancipación la debilidad de los lazos comerciales había sido un rasgo común en los países de Iberoamérica en la medida en que sus estructuras económicas descansaban en las exportaciones de productos primarios y en el flujo de capitales externos. En el caso particular de las relaciones argentino-brasileñas, la endeblez de políticas y acciones comunes entre las dos naciones estuvo condicionada por las maniobras de los Estados Unidos, que estimularon sus divergencias, favoreciendo al país que tendía a aproximarse a las posiciones de Washington, a quien no le importaba tanto la supremacía de cualquiera de ellos, sino alimentar las rivalidades a fin de impedir la formación de un bloque regional que podría afectar sus intereses y, especialmente, su proyecto panamericano.

Durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial, mientras Brasil declaraba la guerra a las potencias centrales, permitiéndole participar en la Conferencia de los Aliados de 1917 y luego en la firma del Tratado de Versalles de 1918, la Argentina permaneció neutral en el conflicto. Esta coyuntura le permitió al gobierno brasileño estrechar lazos políticos con los Estados Unidos y manifestar una política exterior más "americanista", alejándose de la histórica presencia diplomática de Gran Bretaña en el país. La Argentina, en cambio, no sólo reforzó sus vínculos con Londres, sino que también mostró sus divergencias con respecto a la potencia del norte, manifestadas en la VI Conferencia Panamericana de La Habana en 1928. Reafirmaba, a la vez, las tendencias conflictivas que desde la Primera Conferencia reunida en Washington, en 1889, mantenían los dos países debido a la competitividad de sus economías.

En los años de predominio de los gobiernos conservadores en la Argentina y cuando en el Brasil emergió una coalición de fuerzas liderada por Getúlio Vargas, ambas naciones mantuvieron un creciente nivel de entendimiento, tanto a nivel diplomático como en el ámbito comercial. Sin embargo, los diferentes vínculos políticos y económicos con las potencias hegemónicas en la región, Gran Bretaña y Estados Unidos, junto a la conflictiva participación de Alemania, condicionaron las relaciones bilaterales. El principal vínculo comercial y de inversiones de la economía brasileña era Estados Unidos, al que seguía en importancia la Alemania nazi.

Esto explica las diferencias en las políticas exteriores del Brasil y de la Argentina: en tanto el país del Plata adoptaba posiciones favorables al comercio y al capital británicos bajo un esquema bilateral, Brasil emprendió hábilmente una política de pragmático equilibrio entre el multilateralismo liderado por Washington y los convenios de compensación impulsados por Berlín, adoptando una actitud casuística que le permitió un accionar menos comprometido en un ambiente de presiones externas conflictivas⁵.

Sin embargo, las restricciones impuestas por la crisis de 1929 a la economía capitalista estimularon el comercio recíproco, de tal modo que Brasil se convirtió en uno de los principales clientes de la Argentina debido, sobre todo, a las voluminosas compras de trigo pampeano. La interdependencia llegó a ser tan consistente que inhibía los impulsos hacia el conflicto, obligando a los dos países, en medio de tensiones y desconfianzas, a emprender periódicamente esfuerzos comunes de entendimiento y cooperación. En ese sentido deben interpretarse las visitas recíprocas de los presidentes Vargas y Justo a uno y otro país respectivamente, como así también a los tratados comerciales firmados a mediados de la década⁶.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial modificó las relaciones entre los países en función de la formación de bloques de poder en el escenario internacional. Como las economías europeas se vieron afectadas por la contienda bélica alterando el flujo del comercio transatlántico, las naciones iberoamericanas trataron de compensar esa situación desfavorable con un mayor intercambio con los Estados Unidos. Esta circunstancia posibilitó al país del norte transformarse en el principal socio comercial del hemisferio y, al mismo tiempo, se vieron estimulados los intercambios latinoamericanos debido al parcial aislamiento de la región durante esos años, concentrándose gran parte de ese comercio entre la Argentina y Brasil⁷.

Sin embargo, el panamericanismo impulsado de nuevo por Washington para consolidar su hegemonía, esta vez mediante la llamada política del “buen vecino”, tuvo dificultades para consolidarse en forma plena. Motivadas por los acontecimientos internacionales que podían afectar al continente, las sucesivas conferencias panamericanas –Panamá en 1939,

5. Eduardo Madrid. “Argentina y Brasil: economía y comercio en los años treinta”, en revista *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad* n° 11. Buenos Aires, 2º semestre de 1996, página 127.

6. Eduardo Madrid. “La Argentina y sus relaciones bilaterales con Brasil. 1930-1943”, en *Separata del Décimo Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, página 3.

7. Helder Gordim da Silveira. *A integração Latino Americana. Projetos e realidades*. Porto Alegre, EDPCRUS, 1992, páginas 29-30.

La Habana en 1940 y Río de Janeiro en 1942– tendieron a sostener las posturas estadounidenses de solidaridad continental. Pero en el marco de este esquema de relaciones interamericanas, la Argentina permaneció como un foco de resistencia al sistema, debido a las diferencias que la separaban de Washington, tanto por razones económicas como por las disímiles visiones políticas, lo que se expresó, sobre todo, en la conferencia de 1942 cuando el gobierno de Buenos Aires no aceptó comprometerse a una ruptura conjunta de relaciones con el Eje, ante el ataque a Pearl Harbour y la intervención norteamericana en la guerra. Por el contrario, el resto del continente se alineó mayoritariamente, allanándole el camino a los Estados Unidos para consolidar su presencia política, económica y estratégica en América Latina. Esto le permitió a Washington transmutar en apariencia la hegemonía norteamericana en solidaridad y cooperación continentales. De ese modo, el panamericanismo tendía a integrar económicamente a los aliados subordinados al centro hegemónico bajo la forma de una política de cooperación económica, que a la vez, conformaba la estrategia global de los Estados Unidos para enfrentar a las potencias del Eje⁸. En este contexto internacional, la Argentina y Brasil habían firmado el 21 de noviembre de 1941 el Tratado Argentino-Brasileño de Libre Cambio Progresivo que estaba abierto a aquellos países de la región que quisieran adherirse. Pero las circunstancias posteriores, y en particular la entrada en guerra de Estados Unidos trastornaron las posibilidades de una mayor complementación económica.

Brasil se transformó en una pieza indispensable, por su situación política, económica y estratégica, para la política internacional norteamericana, obligando a Washington a negociar ciertas concesiones con Itamaraty y aumentando, al mismo tiempo, la capacidad brasileña de demandas sobre los Estados Unidos. Paralelamente, las presiones norteamericanas sobre la Argentina para que ésta abandonara su neutralidad en la guerra pretendieron incluir al gobierno de Vargas, que ya estaba comprometido militarmente en ella, pero las autoridades brasileñas rechazaron la posibilidad de hostilizar a su vecino del sur. Es que el intercambio comercial entre los dos países había adquirido tal importancia que los tornaba cada vez más interdependientes en la esfera económica, generando sólidos intereses comerciales que cuestionaban las decisiones políticas y estratégicas⁹.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la Argentina y Brasil comenza-

8. Gerson Moura. *Autonomía na dependência. A política externa brasileira de 1935 a 1942*. Río de Janeiro, Editora Nova Fronteira, 1980, páginas 59-62; Mario Rapoport. *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas. 1940-1945*. Buenos Aires, Ediciones de la Universidad de Belgrano, 1980, páginas 239-251.

9. Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Estado nacional e política internacional na América Latina. O continente nas relações Argentina-Brasil (1930-1992)*. San Pablo, 1993, página 36.

ron a atravesar simultáneamente un proceso de apertura democrática. Esta situación agravó las contradicciones internas y externas de ambos países por cuanto sus sectores dominantes tradicionales trataron de recuperar la dirección del Estado del cual habían sido alejados, procurando contrarrestar el contenido nacional y popular que en aquella época representaban Getúlio Vargas y Juan Perón. Estos dirigentes inauguraron una nueva forma de liderazgo político en el continente con un fuerte predominio de las tendencias nacionalistas, y pasaron a ser percibidos como una amenaza a los intereses norteamericanos en América Latina. En ese sentido, la influencia ejercida por el gobierno estadounidense sobre la evolución de las políticas internas de los dos países sureños en los años 1945 y 1946, tendiente a evitar la continuidad de Vargas y el triunfo electoral de Perón, tuvo resultados opuestos. En el primer caso, Washington consiguió dar el golpe final a una estructura de poder ya agonizante, y mediante el accionar de su embajador en Río de Janeiro, Adolf Berle Jr., logró impedir que el presidente Vargas fuera reelegido, a pesar de que había llevado a su país a la guerra. En el segundo, por el contrario, la intervención del embajador Spruille Braden en Buenos Aires, contribuyó a vigorizar una movilización interna de sesgo nacionalista que amplió aún más la victoria electoral del peronismo. A partir de allí, las fuertes presiones que el Departamento de Estado ejerció sobre el gobierno de Perón contribuyeron, directa o indirectamente, a fomentar las tensiones entre Brasil y Argentina que comenzaron a transitar caminos diferentes, tanto en sus políticas internas como externas. El resultado de esta situación fue que el gobierno brasileño encabezado por el general Dutra se encargó de retomar antiguas querellas regionales, mientras su política exterior se fue orientando hacia un alineamiento incondicional con los Estados Unidos¹⁰. De manera diferente, la Argentina mantuvo una cuota considerable de autonomía a nivel internacional, tratando de apartarse a nivel global y regional de las reglas de juego impuestas por la Guerra Fría¹¹.

A pesar de esos desencuentros la interdependencia comercial entre la Argentina y Brasil imponía un cierto entendimiento a través de nuevos acuerdos comerciales. Sin embargo, en el plano multilateral se destacaban dos tipos de discordancias. La primera era de naturaleza económica y la segunda tenía connotaciones políticas. En el primer caso, la campaña ejercida por la diplomacia argentina a favor de prácticas de complementación

10. Amado Cervo y Clodoaldo Bueno. *História da política exterior do Brasil*. San Pablo, Editora Atica, 1992, páginas 247-248.

11. Juan Archibaldo Lanús. *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina. 1945-1980*. Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1984, página 51; Mario Rapoport y Ruben Laufer. "Os Estados Unidos diante do Brasil e da Argentina", en *Revista Brasileira de Política Internacional*, año 43, n° 1, 2000, páginas 71-72.

económica para establecer sistemas comerciales de preferencia entre países limítrofes y de la región, apuntaba a la conformación de una continuidad económica a partir de algún tipo de unión aduanera sudamericana. Pero ante estas propuestas Brasil tendió a alinearse tras la política internacional de los Estados Unidos, quienes defendían el multilateralismo. En consecuencia, la política exterior argentina se orientó hacia la firma de varios convenios bilaterales con países sudamericanos con la intención de obtener insumos básicos que requería su programa de industrialización, accionar que fue percibido en el Brasil como "expansionista"¹².

A partir del nuevo mandato de Vargas, que asumió en enero de 1951, se gestaron otras aproximaciones, generando expectativas en el gobierno argentino que, a partir del Acta de Santiago, firmada con el gobierno chileno encabezado por el general Ibáñez en 1953, entendió que estaban dadas las condiciones políticas necesarias para restablecer el eje Argentina-Brasil-Chile, como punto de partida de una futura unión aduanera en América Latina. Pero al no poder contar con el apoyo del gobierno varguista, acosado por la oposición interna y los Estados Unidos, el proyecto de crear un espacio de complementación económica y solidaridad política entre los tres países, que estaría abierto a otras naciones de Sudamérica, se diluyó rápidamente, más aún con el derrocamiento de Perón, en 1955¹³.

A mediados de los años '50 comenzaron a plantearse, bajo la influencia de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y de ideas desarrollistas, nuevos intentos de cooperación. En ese marco, el presidente brasileño Juscelino Kubitschek promovió la Operación Panamericana, iniciativa que contó con el apoyo de los países latinoamericanos, especialmente de la Argentina. Este clima de comprensión y coincidencias entre los dos países posibilitó la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), esta última con el objetivo de ir conformando un mercado regional. Asimismo, al asumir Jânio Quadros la presidencia del Brasil comenzó a establecerse con el gobierno argentino, encabezado por Arturo Frondizi, un nivel de diálogo nunca alcanzado hasta entonces en las relaciones bilaterales. El inicio de esta política de acercamiento cristalizó en la conferencia que los dos presidentes realizaron entre el 20 y 22 de abril de 1961 en Uruguayana, en donde se instituyó un sistema permanente de consultas e informaciones entre los dos gobiernos. De todos modos, el es-

12. Mónica Quijada. "El proyecto peronista de creación de un Zollverein sudamericano. 1946-1955", en revista *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad* n° 6. Buenos Aires, 1° semestre de 1994, páginas 154-155.

13. Eduardo Madrid. "Los intentos de complementación económica en los países del Cono Sur: Argentina, Brasil y Chile a principios de la década de 1950", en *Revista de Estudios Trasandinos* n° 4. Santiago de Chile, julio de 2000, páginas 186-187.

píritu de Uruguayana no fructificó, a pesar de ello las relaciones entre la Argentina y Brasil presentaban ciertas manifestaciones proclives a disminuir los obstáculos comerciales, y a la coordinación de una política regional que incluía proyectos conjuntos binacionales.

El advenimiento de las dictaduras militares de Castello Branco en el Brasil y de Onganía en la Argentina, hizo surgir viejas disputas estratégicas. Ello se debía a que la industrialización había adquirido para los dos países un significado geopolítico debido a su relación con el potencial bélico. Pero el trasfondo de las diferencias argentino-brasileñas debe buscarse en que Brasil había alcanzado desde la década de 1960 una significativa ventaja industrial sobre la Argentina que era, a la vez, abastecida regularmente de insumos industriales brasileños. Se generó así una situación dependiente de la Argentina con respecto al Brasil, sobre todo en el sector siderúrgico, dificultando la puesta en práctica de la pretendida unión aduanera. Bajo esas condiciones, a la Argentina le deparaba un destino agropecuario, como productor de alimentos, incompatible con los conceptos de seguridad y desarrollo defendidos por su gobierno militar¹⁴.

Las tensiones entre el Brasil y la Argentina recorrieron también las disputas por la utilización de los recursos fluviales del sistema del Plata y la construcción de represas hidroeléctricas, aunque no impidieron que ambos gobiernos firmaran, junto a los de Bolivia, Paraguay y Uruguay, el Tratado de la Cuenca del Plata, en abril de 1969, otorgándole base jurídica al aprovechamiento integral de los ríos internacionales en la región. En realidad, la esencia de las divergencias argentino-brasileñas, oscurecidas por las disputas de los recursos hídricos, tenía sus raíces en la expansión económica del Brasil que contrastaba con el relativo estancamiento de la Argentina, y acrecentaba el liderazgo económico y político del país lusoamericano en el Cono Sur¹⁵.

En este contexto regional Brasil y Paraguay suscribieron el Tratado de Itaipú, en mayo de 1973, y la Argentina y Paraguay, el de Yaciretá, en diciembre de ese año. Estos convenios aseguraron la construcción de las dos represas, por lo que debía resolverse el problema técnico de la cota de Itaipú logrado, luego de arduas discusiones, recién en octubre de 1979 con el Acuerdo Tripartito sobre Corpus e Itaipú firmado por las autoridades de la Argentina, Brasil y Paraguay. Este acuerdo permitió normalizar y posteriormente distender las relaciones bilaterales argentino-brasileñas¹⁶.

14. Mario Rapoport y colaboradores. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires, Editorial Macchi, 2003, página 1046.

15. IRELA. *Informe de Conferencia* n° 1/99. Madrid, 1999, página 16.

16. Jorge Hugo Herrera Vegas. "Las políticas exteriores de la Argentina y de Brasil: divergencias y convergencias", en Felipe de la Balze (comp.). *Argentina y Brasil enfrentando el siglo XXI*. Buenos Aires, CARI/ABRA, 1995, página 203.

Los dilemas que desde el golpe militar de 1976 debió enfrentar la dictadura argentina para lograr una mayor convergencia con su vecino se encontraban, por un lado, en el rezago industrial y productivo de su país, motivo por el cual no resultaba conveniente mantener abierto un conflicto potencial con Brasil, convertido en el país económicamente más importante de la región. Por otro lado, existía una coincidencia ideológica básica entre ambos regímenes militares lo que facilitaba un entendimiento; y además, ese acercamiento respondió también a modificaciones de la política exterior brasileña. Durante el gobierno de Figueiredo se enfatizó la necesidad de mejorar las relaciones y evitar las fricciones con el resto de América Latina. En el Brasil, a medida que se reducía el ritmo del crecimiento económico, aumentaba el consenso acerca de la necesidad de un estrechamiento de las relaciones económicas y políticas con los países vecinos¹⁷.

En 1980, los dictadores Videla y Figueiredo intercambiaron visitas en las que se trataron proyectos de integración económica entre los dos países, sustentados en el eje industrial San Pablo-Buenos Aires, cuya producción estaría destinada a abastecer a los países de la región. La dictadura militar argentina pareció reconocer así, las disparidades existentes entre los dos países como consecuencia del “milagro brasileño” y del estancamiento argentino, desplazando progresivamente el viejo esquema geopolítico de la rivalidad bilateral y teniendo en cuenta la necesidad de frenar una competencia que conducía al país rioplatense a la condición de irremediable perdedor. La consecución de estas percepciones llevó a una mayor cooperación en la ejecución de proyectos conjuntos y en la formación de empresas binacionales, al mismo tiempo que se propuso la reestructuración de la ALALC, como efectivamente aconteció en 1980 con su sucesora, la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)¹⁸. Otro gesto de cooperación estuvo marcado por el infame “operativo Cóndor”, que asoció el terror de Estado de los países de la región para combatir la guerrilla y los movimientos populares.

La Guerra de Malvinas, en la que Brasil se solidarizó abiertamente con la causa argentina fue un motivo de acercamiento, que incluso llevó a Brasilia a representar a la Argentina en Londres, aunque luego de la derrota de los militares argentinos el gobierno brasileño asumió una actitud de

17. Wayne Selcher. “Brasil y el subsistema del Cono Sur”, en G. Pope Atkins (ed). *Sudamérica en la década de 1990. El desarrollo de las relaciones internacionales en una nueva era*. Buenos Aires, 1990, página 97.

18. Vicente Guillermo Arnaud. *Mercosur, Unión Europea, Nafta y los procesos de integración regional*. Buenos Aires, Editorial Abeledo Perrot, 1996, páginas 99-105. Véase también Mario Rapoport y Eduardo Madrid. “Os países do Cone Sul e as grandes potencias”, en Amado Luiz Cervo y Mario Rapoport. *História do Cone Sul*. Río de Janeiro, Editorial Revan, 1998.

22 Brasil-Argentina. Los desconocidos

cautelosa espera hasta el retorno de la democracia, y el inicio del proceso de integración entre los dos países se hizo recién bajo el mandato de presidentes civiles¹⁹.

Al mismo tiempo, el bloqueo económico decretado por la Comunidad Económica Europea (CEE) contra la Argentina por el conflicto del Atlántico sur, impulsó el comercio entre el país del Plata y otras naciones sudamericanas, especialmente con el Brasil. No obstante esto, las relaciones comerciales entre los dos países no pueden ser comprendidas como fenómenos disociados de cuestiones como la deuda externa o las prioridades de sus políticas exteriores, ligadas al momento económico de retracción internacional. Esta crisis, que abarcará toda la década de 1980, denominada por este motivo “la década perdida”, se caracterizó por un marcado estancamiento económico de la región asociado a los problemas generados por el creciente endeudamiento externo. En este contexto, los países del Cono Sur fueron abandonando paulatinamente sus regímenes autoritarios y se encaminaron hacia gobiernos democráticos mediante el restablecimiento del estado de derecho.

Al mismo tiempo, en el mundo capitalista comenzaron a difundirse nuevas reglas de juego y de funcionamiento en los mercados financieros internacionales que junto a la mundialización de las economías y el peso creciente de las empresas multinacionales gestaron transformaciones en los paradigmas teóricos y en los esquemas ideológicos, simbolizados, al fin de la década, en el así llamado “Consenso de Washington”²⁰. Las nuevas ideas que deberían orientar las políticas económicas de la economía global y de las economías nacionales incluidas en ella tenían como eje el control del gasto público y la disciplina fiscal, la liberalización del comercio y del sistema financiero, el fomento de la inversión extranjera, la privatización de las empresas públicas, y la desregulación y reforma del Estado. Dentro de ese contexto, los Estados nacionales quedaban limitados a fijar solamente el marco que permitiera la libre competencia de las fuerzas del mercado, como únicas asignadoras de los recursos productivos, las inversiones y el trabajo, desapareciendo así la economía de bienestar y haciendo al hombre responsable de su propia suerte. Las barreras nacionales se convirtieron así en una importante limitación al proceso de acumulación de capital, lo que estimulaba la formación de espacios económicos supranacionales, cuya aspiración era generar un conjunto de beneficios recíprocos que tenían antecedentes históricos en América Latina y eran una realidad en Europa.

19. Mario Rapoport y colaboradores. *Op. cit.*, página 777.

20. Véase Paul Krugman. “Dutch tulipes and emergent markets”, en revista *Foreign Affairs*, vol. 74, julio-agosto de 1995; Mario Rapoport. *Tiempos de crisis, vientos de cambio. Argentina y el poder global*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2002.

Ante estas circunstancias y el deterioro de las economías latinoamericanas, los dos grandes países del Cono Sur, la Argentina y Brasil, emprendieron desde 1985, a través de los presidentes Alfonsín y Sarney, una serie de acuerdos tendientes a una efectiva integración regional, tratando de obtener una inserción internacional más ventajosa que les permitiera superar el estancamiento económico, acceder al crecimiento, y adquirir, al mismo tiempo, niveles competitivos en la economía mundial. El dinamismo del proceso de acuerdos binacionales entre la Argentina y Brasil permitió la adhesión de Uruguay y Paraguay, a tal punto que el 26 de marzo de 1991, en Asunción, los jefes de Estado de estos cuatro países firmaron un Tratado que estableció el Mercado Común del Sur (Mercosur), que comenzó a operar formalmente como unión aduanera desde el 1º de enero de 1995. Entre los objetivos más importantes de este proceso de integración se destacaron la libre circulación de bienes, servicios y factores productivos, y la búsqueda progresiva de coordinar políticas macroeconómicas y aranceles externos comunes²¹. De este modo, el Mercosur pasó a adquirir gran relevancia en el contexto hemisférico por cuanto sus asociados constituyeron casi la mitad del producto bruto interno de América Latina, más del 40% de su población y cerca de un tercio del comercio exterior.

En la conformación del Mercosur se advierten, sin embargo, profundas asimetrías entre sus miembros. En este sentido, la economía brasileña representa el porcentaje mayoritario del mercado, seguida de la Argentina, y ambas denotan un mayor grado de diversificación y competitividad de sus aparatos productivos respecto de Uruguay y Paraguay, países estos últimos condicionados por el menor tamaño e importancia de sus economías. Además, en lugar de profundizar los lazos productivos e institucionales, el Mercosur, bajo el marco de gobiernos neoliberales, como los de Menem y Collor de Mello, siguió los carriles del llamado "regionalismo abierto", que lo transformaba sólo en plataforma para una mejor inserción comercial con el mundo o para la transnacionalización de la región y no en un verdadero proceso de integración de las respectivas economías. Con todo, el Mercosur se fue revelando como una experiencia sumamente dinámica, tanto por la fuerte progresión de los intercambios entre los países miembros; como por el perfil de los mismos, tendiente en el caso argentino a la exportación de productos con mayor valor agregado; o por la asociación de proyectos productivos, como en la industria automotriz.

En esos años, sin embargo, la llegada masiva de flujos de capitales externos en la Argentina y Brasil incidió sobre las balanzas de pagos poten-

21. Mario Rapoport y Andrés Musacchio (coords.). *La Comunidad Europea y el Mercosur. Una evaluación comparada*. Buenos Aires, Editorial FIDES, 1993, páginas 64-67.

ciando la fragilidad externa, el riesgo latente de crisis económicas y financieras y el condicionamiento permanente de las políticas a implementar por los países de la región. En particular, cuando los organismos multilaterales de crédito fueron ocupando un papel cada vez más relevante en los aspectos concernientes al endeudamiento externo, fijando metas y pautas de política económica que en la práctica desembocaron en duros planes de ajustes impuestos a los gobiernos de la región. Sus consecuencias más notorias fueron el aumento del desempleo y de los índices de pobreza de la población, profundizando la brecha social entre ricos y pobres, al tiempo que considerables recursos de las naciones deudoras eran transferidos a los países centrales.

Las privatizaciones de empresas estatales conformaron una parte fundamental de los programas neoliberales implementados en los países de América Latina y representaron, con diferentes impactos y resultados según el país en cuestión, una llave de ingreso para las inversiones extranjeras, principalmente europeas. Esta situación indujo al presidente norteamericano George Bush, reconociendo el potencial económico de las experiencias de integración, y con la finalidad de compensar el déficit comercial estadounidense con otras regiones, a proponer, en 1990, su "Iniciativa para las Américas", lo que conduciría posteriormente a una propuesta más audaz, que se potencia en 1994 con la creación del Nafta (zona de libre comercio entre Estados Unidos, México y Canadá): la constitución de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). De este modo, Estados Unidos podría aumentar sus exportaciones hacia los países latinoamericanos obteniendo mayor libertad para movilizar bienes y factores de la producción. También, de esta forma, tendría un arma fundamental para competir con la Unión Europea y el área del sudeste asiático liderada por Japón. La estabilidad monetaria y el camino del crecimiento económico en América Latina se tornaron, entonces, necesarios para lograr tales objetivos.

Durante la Cumbre Hemisférica de Miami, reunida en diciembre de 1994, el presidente estadounidense Bill Clinton retomó la idea de su antecesor y consiguió de los jefes de Estado del continente el compromiso de conducir a sus países hacia la constitución del ALCA a partir del año 2005. En ese sentido, la existencia del Mercosur ha sido determinante para definir una estrategia de aproximación entre bloques regionales en vías de la conformación de una eventual zona de libre comercio hemisférica.

Sin embargo, una serie de consideraciones sobre el ritmo, la pertinencia y profundidad de la integración hemisférica matizaron la posición del Brasil frente a la propuesta del gobierno estadounidense. Los intereses brasileños se concentraron primordialmente en consolidar el Mercosur y, para vigorizar el peso político de sus posiciones, procuró tomar decisiones

en forma consensuada con los demás integrantes del bloque regional²². Aunque con profundas reservas y la oposición de sectores dirigentes, Brasil tuvo que aceptar, en principio, la idea del ALCA y mantener negociaciones con los Estados Unidos para evitar una confrontación que perjudicaría la propia expansión del Mercosur. Pero llevó adelante una política exterior diversificada, que se diferenciaba de las llamadas “relaciones carnales” sustentadas en el “realismo periférico”, que desde el inicio de su mandato había privilegiado el presidente argentino Carlos Menem para demostrar la estrecha colaboración de su gobierno con el de los Estados Unidos. Este modelo de inserción reconoce la presencia de un orden mundial dominado por los países triunfantes en la Guerra Fría y un proceso de globalización hegemónico por el neoliberalismo²³.

En realidad, el ALCA tiende a ratificar, como un corolario comercial, la antigua doctrina Monroe, e implica también el objetivo político de permitir a los Estados Unidos no sólo restablecer su hegemonía en América Latina, sino enfrentar a la Unión Europea. La estrategia del gobierno estadounidense se orientó así, ante las dificultades que el Mercosur planteaba a su accionar, a negociar separadamente con cada país, ignorando el bloque regional, lo que le daría mayor poder de presión y negociación. En ese sentido se comprenden las divergencias entre Brasil y los Estados Unidos, que no eran sólo comerciales, sino también políticas. Ellas reflejaban el conflicto entre los intereses nacionales de los dos Estados, que tenían objetivos estratégicos contradictorios. El Mercosur significaba un obstáculo y era considerado como un desafío para la política exterior norteamericana²⁴.

La insistencia de Washington tuvo, sin embargo, sus frutos en la “II Cumbre de las Américas”, reunida en abril de 1998 en Santiago de Chile. Allí, treinta y cuatro jefes de Estado americanos proclamaron formalmente la intención de crear una zona de libre comercio, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, un mercado potencial de 750 millones de personas que duplicaba al de la Unión Europea, que deberá dar sus primeros pasos en el 2005²⁵. En realidad, las barreras proteccionistas que rigen en Estados Unidos para la entrada de productos agrícolas, incrementadas por el aumento de subsidios de la *farm-bill* (ley agrícola) del 2002 y los mecanismos

22. Luiz Alberto Moniz Bandeira. *Relações Brasil-EUA no contexto da globalização. Tomo II: Rivalidade emergente*. San Pablo, Editorial Ende, 1999, página 184.

23. Raúl Bernal-Meza. “As relações entre Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos: política exterior e Mercosul”, en *Revista Brasileira de Política Internacional*, año 41, n° 1, 1998, páginas 93-94.

24. José Sarney. “Mercosul, o perigo está chegando”, en *Folha do São Paulo*, 10 de abril de 1997, página 3.

25. *Clarín*, 19 de abril de 1998.

anti-dumping utilizados regularmente por la política económica norteamericana, junto a las presiones para permitir el libre acceso de los servicios, los derechos de propiedad intelectual y el flujo de capitales, y la inmensa disparidad tecnológica de las industrias norteamericanas, hacen del ALCA un camino de retorno a la división internacional del trabajo del siglo XIX.

Sin embargo, los efectos de las crisis internacionales de Rusia y de los países del sudeste asiático en el Cono Sur y, particularmente, las consecuencias que en 1999 produjo la devaluación de la moneda del Brasil, país que representaba casi el 40% del PBI de toda la región, arrojaron algunas sombras sobre el futuro inmediato de la integración sudamericana. Las distintas reacciones nacionales a este proceso generaron fricciones entre los socios del Mercosur derivadas del efecto combinado de la profundización de los desequilibrios en los balances comerciales y de pago de los países y de una disminución en los flujos de inversión. A pesar de esta etapa de incertidumbre los gobiernos de las naciones integrantes del Mercosur adoptaron ciertas iniciativas políticas para enfrentar estos desafíos y encontrar respuestas y acciones conjuntas que la integración de los mercados por sí misma no fue capaz de aportar. Una alternativa pareció ser la intensificación de las relaciones europeo-latinoamericanas. En ese sentido debe interpretarse la Primera Cumbre entre jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea y América Latina, celebrada en Río de Janeiro, en junio de 1999, como reflejo de la voluntad existente entre las dos regiones para impulsar sus relaciones hacia un grado creciente de asociación²⁶.

El avance de las relaciones bilaterales argentino-brasileñas en procura de afianzar el Mercosur había atravesado dificultades que inicialmente se centraron en las diferentes políticas cambiarias y monetarias, con consecuencias negativas para la complementación de las respectivas economías, derivando también en crecientes fricciones diplomáticas. Otros aspectos de la relación entre los dos países, como las negociaciones sobre el arancel externo común y la eliminación de barreras para-arancelarias, sufrieron el impacto de dicho enfriamiento, lo cual terminó en ciertos casos en la interrupción de la dinámica cooperativa que se había llegado a desarrollar a lo largo de las pasadas dos décadas. Asimismo, resultó ostensible la existencia de perspectivas y opciones divergentes en el terreno diplomático y respecto de los procesos de integración comercial, particularmente, en los pasos a seguir en las negociaciones con los Estados Unidos sobre el ALCA. Mientras Brasil sostenía un criterio más cercano a reivindicar al Mercosur como herramienta desde la cual plantear la integración hemis-

26. IRELA. *Informe de Conferencia* n°1/99, Madrid, 1999, página 16.

férica, nuestro país mantuvo una posición menos definida y más vulnerable a la presión externa.

La crisis en los países del Cono Sur, desequilibró el tablero regional al plantear una serie de inquietudes e incertidumbres en las relaciones interamericanas y en las de América Latina con los Estados Unidos y el resto del mundo, abriendo viejas incertidumbres y nuevos interrogantes. La evolución de esas relaciones influirá decisivamente en las economías de los países de la región, en las condiciones de vida de sus habitantes y en la salud de las democracias. El Mercosur, sin embargo, tiene un papel determinante a jugar en las negociaciones que se abren por el ALCA. La desunión provocaría una debilidad lesiva para los intereses locales al tiempo que favorecerá las posiciones de Washington, y más aún cuando después de la invasión a Irak los Estados Unidos intentan consolidar su poder hegemónico. Pero también existen coincidencias en que, además de una buena negociación, los países de la región deben realizar internamente las transformaciones necesarias para salir de sus respectivas crisis, abandonando las políticas neoliberales que impiden encarar mejor tanto el futuro del Mercosur como sus relaciones con el resto del América Latina y otras partes del mundo, lo que parece comenzar a concretarse con el nuevo escenario político abierto con la llegada al poder de Kirchner y Lula.

El interrogante, de cara a los próximos tiempos, consiste en saber si dos países endeudados y fuertemente vulnerables en su flancos externos, con enormes desigualdades sociales, altos niveles de desempleo y pobreza, y evidentes asimetrías en su inserción internacional, podrán todavía alcanzar aquellos objetivos fundacionales del Acta de Iguazú. Es decir, si existirá la capacidad y voluntad suficiente para remover los obstáculos que inevitablemente surgen en toda relación bilateral. Se trata de pensar un proyecto que apunte a interrelacionar más estrechamente las cadenas productivas, haciendo converger las políticas macroeconómicas, sociales, educativas y científico-técnicas y creando marcos institucionales comunes que permitan fortalecer el desarrollo interno de cada uno de los países y proyectar en conjunto una estrategia internacional exitosa.

El futuro del Mercosur, así como la ampliación del mercado común a otros países vecinos, dependerán, sin duda, de una toma de conciencia en las respectivas sociedades de que la historia, la geografía, la cultura, las necesidades compartidas de desarrollo económico y de una más equitativa distribución de los ingresos llevan a la Argentina y al Brasil, como pivotes de una integración sudamericana, a hacer de la debilidad propia una fuerza común y a darse cuenta definitivamente de que su lugar en el mundo tiene por base ese espacio regional que tan trabajosamente se ha creado en el sur del continente.



Argentina y Brasil: encuentros y desencuentros en su historia

*Alcira Argumedo**

LA CRISIS DE 1930 Y LOS PROCESOS DE INDUSTRIALIZACIÓN EN LA SEGUNDA GUERRA

Desde fines de los años veinte crecen la población y las ciudades brasileñas, debido al impacto de los europeos pero también de trabajadores rurales y esclavos libertos, que conforman las capas más pobres. Así, muchos de los procesos que signaron distintas etapas en Argentina, se dieron también en Brasil –la independencia, la consolidación del orden oligárquico, la inmigración europea, la crisis de 1890, el incipiente desarrollo industrial de la Primera Guerra o los impactos de la crisis de 1930 y la Se-

* Alcira Argumedo es Profesora Titular de la materia Teoría Social Latinoamericana en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Principal del CONICET.

gunda Guerra— pero esta simultaneidad se debía más a la relación que cada uno de ellos mantenía verticalmente con los centros de poder, que a una eventual articulación de relaciones horizontales. La profundización de las desigualdades socioeconómicas entre clases acaudaladas y una inmensa masa en la miseria, que vivía al margen del proceso productivo y de la vida social y política, se reproduce en la cultura: el estrato de *fazendeiros*, grandes comerciantes y profesionales, cultivaba valores incorporados desde los centros metropolitanos y se consideraban herederos de la literatura, la música y las formas eruditas de ilustración; muy distantes de las expresiones de lo popular, influenciadas por un sincretismo elaborado con los aportes y tradiciones de sus ancestros africanos, tupí o europeos. En ese contexto, los inmigrantes se incorporaron en las industrias nacientes, en pequeños comercios o servicios, en la estructura administrativa del Estado e incluso en profesiones típicas de clases medias, como estratos relativamente privilegiados. No sufrieron persecuciones étnicas ni desprecios debido a su apariencia física y en muchos casos mantuvieron contactos con sus países de origen, de modo tal que el predominio de la cultura occidental no estaba alejado de sus propias tradiciones. Tuvieron así mayor facilidad para encontrar canales de ascenso social y, por sus pautas de consumo, influyeron en la extensión del mercado interno y en la difusión de nuevos hábitos. También se adaptaron más fácilmente a las formas de organización del trabajo fundadas en el salario y el desarrollo de tareas hasta entonces despreciadas por la población local privilegiada. En los primeros tiempos no intervienen en la vida política nacional y en una proporción menor se adscribieron al anarquismo o al socialismo, de modo tal que por varias décadas la izquierda de Brasil se compuso esencialmente de inmigrantes o sus hijos, que fundaron los primeros sindicatos y ejercían una dura crítica a la burguesía empresarial, a la Iglesia, al Ejército y al Estado.

Esas capas urbanas de trabajadores y clases medias van creando una fuerza electoral antioligárquica que no llega a expresarse debido a las conmociones de la crisis de 1929, cuando se vuelven inviables para el orden tradicional los mecanismos liberal-democráticos. Al igual que en casi toda América Latina, los golpes militares proscriben el voto o se condicionan los procesos electorales al control de tutelas militares y civiles. En octubre de 1930 un movimiento revolucionario lleva al poder a Getúlio Vargas, con una orientación política tendiente a recuperar la máxima autonomía económica e industrial del país y asentándose sobre esas capas hostiles a la supremacía señorial. La primer etapa de Getúlio transcurre entre 1930 y 1945 y su revolución impuso serios límites a las oligarquías políticas de San Pablo, buscando una ampliación de sus bases sociales, similar al radicalismo argentino quince años antes, aunque bajo un régimen distinto. Pero encuentra fuertes límites, dado que la politización se restringió a las ciudades

y los mayoritarios trabajadores del campo actuaban como clientela de los terratenientes. La Constitución de 1934 introduce una representación corporativa y concede el voto a las mujeres; pero la inestabilidad continuaba y en 1935 debió reprimir un frustrado alzamiento comunista de Luiz Carlos Prestes, uno de los más populares *tenentes*, que permanecerá diez años en prisión. Afronta además una ola de anticomunismo, del cual se nutre el Movimiento Integralista, inspirado en el fascismo, al cual perseguiría duramente. Sin embargo, el propio Vargas adopta posiciones lindantes con el fascismo y en 1937 proclamó el *Estado Novo*, cuya constitución acentúa los rasgos corporativos, aumenta el poder del presidente frente al Congreso y disminuye el de los estados ante el gobierno federal: la ruptura de la alianza entre el gobierno central y los gobernadores, quebraba el *orden fazendeiro* instaurado con la República. De hecho la dictadura de Vargas iba a desempeñarse durante siete años con amplios poderes, sin constitución, con partidos políticos proscriptos, disolución de los cuerpos legislativos y reemplazo de los gobernadores por agentes leales.

La situación internacional afectó al país y el presidente asume una posición hostil a las potencias del Eje —frente al apoyo que Alemania e Italia dieron al integralismo brasileño— profundiza su acercamiento con los Estados Unidos y reformula el *Estado Novo* con un retorno al constitucionalismo liberal. Promueve una legislación laboral en favor de los sectores rurales que irrita a los terratenientes: las Leyes de Trabajo promulgadas en 1943 aseguraban al trabajador rural un salario mínimo, aunque nunca fuera cumplida. Otro decreto de 1944 consagraba el derecho a la sindicalización de esos trabajadores, pero recién sería considerado en 1963 con el Estatuto del Trabajador Rural de João Goulart. Hacia el fin de la Segunda Guerra, su pasado lo identifica con las políticas autoritarias del nazi-fascismo y el comunismo, condenadas por la política norteamericana en los inicios de la Guerra Fría. Esa influencia genera un vuelco en el Ejército, que da un golpe de Estado con el beneplácito del embajador norteamericano y las clases oligárquicas. En la convocatoria a elecciones triunfa el Partido Social Demócrata fundado por Vargas y el general Eurico Gaspar Dutra es elegido presidente para el período 1946-1950; pero su política, que devuelve a los estados gran parte de sus antiguos poderes, significará una recomposición de las fuerzas del Brasil rural propugnada por el PSD en contra de su fundador. No obstante, el consenso de Vargas se ha mantenido y organiza el Partido Laborista, triunfando en la elección presidencial para el período 1950-1955; con el apoyo del clandestino Partido Comunista.

Al igual que en Argentina, la crisis de 1930 favoreció en Brasil un desarrollo industrial orientado al mercado interno, donde se vuelcan capitales del sector rural junto a medianos empresarios urbanos, protegidos por leyes aduaneras y una economía dirigida. Durante la Segunda Guerra, una vez más el aislamiento permitió a las empresas locales cubrir gran parte

del consumo nacional y se inicia un plan de desarrollo de industrias básicas con intervención del Estado —como la siderurgia Volta Redonda o la creación de la empresa pública de petróleo— aunque el país seguiría siendo deficitario en combustibles y con una fuerte dependencia de la suerte de sus exportaciones. La acción estatal favorece a los trabajadores en la distribución del ingreso y promueve su sindicalización, respetando los intereses de las clases medias urbanas. La inversión de beneficios rurales en la industria, habilita un vuelco político en favor de los planes de Vargas y su triunfo en 1950 muestra que parte importante de esos sectores estaban dispuestos a dar su apoyo al nuevo orden, aunque se resisten a aceptar las políticas sociales. En la segunda presidencia, Vargas enfrenta una ríspida oposición en el Parlamento que obstaculiza sus propuestas, mientras las dificultades para disminuir la dependencia de las importaciones incrementaban la inflación. Por entonces la composición social de Brasil se había vuelto más compleja, dado el surgimiento de nuevos sectores urbanos; y también se había ido conformando un bloque de poder integrado por los señores de la tierra que, al vertebrarse con intereses industriales, comerciales y financieros, volvían a recuperar su presencia en la estructuración del país.

Al promediar el mandato en los años cincuenta, se produce una aproximación entre Argentina y Brasil, por primera vez a iniciativa de gobiernos con sentido nacional-popular. El presidente Perón propone a Vargas la constitución del llamado ABC; una integración de intereses políticos y económicos entre Argentina, Brasil y Chile, en esos años presidido por el general Ibáñez, que había accedido al gobierno a través de elecciones libres. El proyecto de Perón buscaba articular las respectivas fuerzas, con el objetivo de frenar el avance de Estados Unidos sobre América Latina en el marco de la Guerra Fría. Argentina encabeza las resistencias contra el panamericanismo impulsado por esa potencia, que se revelaba como un instrumento para consolidar su primacía en el continente. Desde 1947 se habían creado distintos organismos regionales —la OEA, el Tratado Interamericano de Defensa Recíproca, la Junta Interamericana de Defensa— desde los cuales se impulsa una política de intervención en los asuntos internos de los países miembros, bajo el fundamento de la amenaza comunista. También una política de comunicaciones e información considerada estratégica para el control de sus áreas de influencia.

Pero el Brasil de Vargas rechaza la propuesta argentina debido a una fuerte resistencia interna, en un país tradicionalmente cerrado sobre sí mismo y en el cual los sentimientos antiimperialistas carecían de la fortaleza alcanzada en otras naciones de la región. En vísperas de la Segunda Guerra, en una alta proporción, la base de la economía brasileña era fruto de inversiones extranjeras: desde plantaciones y ferrocarriles hasta puertos o servicios públicos. Esos capitales favorecieron el desarrollo de

empresas locales durante la industrialización, mediante apoyo técnico o como proveedoras de partes e insumos; y su llegada recibió una buena acogida entre el empresariado local. Por su parte, en las tradiciones de las clases populares, la idea de la unidad latinoamericana nunca había sido planteada con fuerza en Brasil; y la conciencia antiimperialista muestra un pasado muy reciente, no más allá de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Ello no supone ignorar las críticas al dominio imperial por parte de grupos políticos o pensadores brasileños; pero el poder relativo de esas posiciones carecía de la visibilidad y el arraigo masivo en otros países del continente desde la emancipación. Hasta la segunda mitad de los sesenta, la lucha antiimperialista tenía escasa capacidad de convocatoria y el eje estaba restringido a las demandas sociales y económicas, sin relacionarlas con el marco internacional o con el potencial de los vínculos entre las naciones de América Latina.

La estrategia de distensión de Estados Unidos y la URSS, que se venía procesando desde 1954, queda oficializada en 1959 con la reunión entre Krushev y Eisenhower en Camp David. Al delimitarse las fronteras de una y otra zona de influencia en territorio europeo, Estados Unidos puede concentrar sus esfuerzos en la estabilización de las regiones periféricas, donde desde la posguerra han surgido movimientos nacionales que cuestionaban la subordinación a los centros de poder. En esos años, el alto crecimiento económico del sistema capitalista, la aplicación a la industria de los recursos tecnológicos derivados de la producción armamentista, la consolidación económica y política de Europa, la estabilización de la relaciones con el campo soviético y el proceso de descolonización que por entonces se aceleraba, favorecieron el surgimiento de un nuevo proyecto estratégico diseñado por Estados Unidos, cuyas características lo diferencian del predominante en los quince años anteriores. Se trata de una propuesta sustentada en la convicción de que el capitalismo era capaz de gestar un modelo global superador del totalitarismo soviético, destinado a inaugurar una nueva época y revertir las consecuencias que anteriores formas de dominio colonial o neocolonial habían producido en las áreas de la periferia. En América Latina la estrategia requería eliminar los gobiernos que obstaculizaban sus designios: en 1954 los marines invaden Guatemala para derrocar a Arbenz; meses más tarde Vargas se suicida denunciando las presiones imperiales; en septiembre de 1955 un golpe militar destituye el gobierno de Perón en Argentina.

El proyecto estratégico cobra un carácter civilizatorio, como un Magno Plan expansivo para la segunda mitad del siglo XX, capaz de iniciar una etapa histórica renovadora y modernizante, que abarca tanto los aspectos económico-sociales como los culturales y políticos, cuyo núcleo dinámico son las corporaciones transnacionales. En Brasil asume el presidente electo para el período 1955-1960, Juscelino Kubitschek, apoyado por el Partido Socialdemócrata, el laborismo y el Partido Comunista. El equilibrio mantenido hasta entonces había disminuido las tensiones sociales y facilitado la expansión económica; pero los requerimientos financieros del Estado, sumados a la presión de los asalariados y la de los exportadores –beneficiarios de las devaluaciones– impulsan la inflación. Kubitschek utilizará esa inflación para promover un ambicioso desarrollo industrial y económico del país, satisfaciendo las exigencias de los capitales norteamericanos y de los Estados Unidos, muchas de los cuales fueron rechazadas por Vargas. El plan aporta a las transnacionales y a las grandes empresas locales prebendas obtenidas de las finanzas públicas, que les permitían ampliar sus negocios prácticamente sin riesgos, amparadas por subsidios cuyos montos cubrían la casi totalidad de las inversiones: el modelo industrial se instaura como una recolonización económica, que permitirá experimentar un cierto grado de progreso.

Los préstamos estatales, otorgados en moneda nacional, a largo plazo y con intereses negativos dentro de un régimen inflacionario, significaron verdaderas donaciones, ya que la devolución real no llegó a más del 12% de su valor a precios constantes. A ello se agregaría la reserva monopólica del mercado interno, mientras el gobierno invierte en sectores básicos, asegurándoles los suministros a precios subsidiados. En esa dinámica expansiva se decide poblar el interior, incorporando zonas hasta entonces casi desiertas y se construye Brasilia –desde 1960, la nueva capital. El plan significaría un ingreso efectivo de dólares de escaso volumen en comparación con los montos transferidos por la economía nacional a las corporaciones en concepto de préstamos; y las remesas giradas al exterior iban a producir nuevos déficit en la balanza de pagos y el crecimiento de la deuda externa. Sin embargo, entre 1955 y 1960 se alcanzaron logros significativos y la producción industrial básica y liviana llegó a cubrir dos tercios de lo que antes importaba Brasil. Pero esto significó la apropiación de la industria brasileña por parte de las transnacionales. Sólo las empresas públicas mantuvieron un peso económico importante; y los costos recayeron en la mayoría de la población.

Con la presidencia de John Kennedy en 1960, el Magno Plan va a adquirir todo su despliegue. Considerando que la producción y el poder ad-

quisitivo combinado de Estados Unidos y Europa Occidental duplicaban al del mundo chino-soviético, una importante ayuda iba a fluir desde ese poderío hacia las naciones de Asia, África y América Latina, como una propuesta liberadora capaz de impulsar el desarrollo ofreciendo capitales, tecnologías y modernización. La crisis cubana actuará como un incentivo: en esos años la doctrina de *Seguridad y Desarrollo*, enunciada por Robert McNamara, advierte sobre los peligros de la explosión demográfica en la periferia y afirma que el desarrollo económico y social es el mejor reaseguro contra la penetración comunista en esas áreas. Los sistemas de comunicación e información cumplen nuevamente un papel decisivo, ahora potenciado con la presencia de la televisión en las ciudades y las radios a transistores en el campo, complementando la misión del cine para mostrar el atractivo *estilo de vida* norteamericano, modelo universal de civilización y modernidad. Las Naciones Unidas aprueban en 1961 el programa "Primera Década de la ONU para el Desarrollo" y ese mismo año, en la Conferencia de Cancilleres Americanos de Punta del Este, se lanza en América Latina la Alianza para el Progreso. La propuesta otorgaba prioridad a la construcción de una importante infraestructura para el ingreso masivo de las corporaciones y la calificación de la mano de obra a través de planes de educación y sanidad. La creación de un mercado común continental, sin interferencias arancelarias y bajo la conducción de Estados Unidos, debía facilitar la integración productiva de las empresas transnacionales en distintos países: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) enunciada en 1960, sería el primer intento.

En términos políticos, se planteaban democracias representativas con amplias bases sociales, reclutadas sobre todo entre los sectores medios, más adaptables a la modernización. El programa desarrollista de Juscelino Kubitschek en Brasil, debía proseguir junto al de Alberto Lleras en Colombia, Arturo Frondizi en Argentina, Juan Bosch en la República Dominicana y Frei en Chile. Las teorías del desarrollo se expanden como fundamento científico de la nueva fase de expansión, sumadas a las versiones del neopositivismo, el funcionalismo y un cientificismo que propugna la objetividad de la ciencia y su despolitización. Las tendencias de la especialización en las universidades y los institutos de investigación, se unen al impulso de carreras modernas como Sociología y Psicología, que debían estudiar y controlar el despliegue de los procesos de modernización y, en particular, buscar soluciones para las *conductas desviadas*. Si en el siglo XIX se trataba de la oposición entre *civilización o barbarie*, ahora se enfrenta el eje *modernidad o atraso*, sociedades tradicionales o sociedades modernas, concebidas como una continuidad que debía reproducirse en todos los rincones del planeta.

El presidente Jânio Quadros sucede a Kubitschek en 1960, cuando Brasil cambiaba aceleradamente: en los veinte años anteriores, la población

había crecido de 41 a más de 70 millones, se multiplican los establecimientos, los trabajadores industriales y las clases medias, en tanto el polo industrial de San Pablo, Río y Guanabara, comenzó a actuar como centro rector de la economía nacional. En contrapartida, crece la marginación de otros estados y de la población empobrecida, que ha comenzado a llegar a las ciudades sin insertarse en los esquemas económicos. La debilidad de las políticas desarrollistas fue asumiendo proporciones críticas, con un fuerte costo para los asalariados y la economía en su conjunto, que entra en un estancamiento. El neutralismo en política internacional fue recibido con irritación por Estados Unidos, con un hito cuando Quadros recibe al delegado cubano Ernesto Guevara, que llega desde Punta del Este. Las presiones militares, incentivadas por el gobierno norteamericano, obligan a la renuncia de Jânio Quadros en agosto de 1961 y es reemplazado por su vicepresidente João Goulart, que tampoco agrada a los norteamericanos.

Herederero de la tradición varguista, Goulart contaba con el apoyo de los sindicatos, del Partido Laborista y de una porción del Ejército que coincidía con sus propuestas. El nuevo mandatario intentó volcar a su favor el equilibrio de las fuerzas armadas para enfrentar la oposición del Partido Socialdemócrata, buscando una alianza con los sectores opuestos al Brasil tradicional en el nordeste, en particular con las Ligas Campesinas lideradas por Francisco Julião, donde se agrupan los arrendatarios desplazados por el régimen señorial y trabajadores asalariados de las *fazendas*, en reclamo de tierras y mejores condiciones laborales. En la Alianza para el Progreso, el tema de la reforma agraria había cobrado especial importancia, como un instrumento del desarrollo económico e industrial. Los intentos de ocupación de tierras por parte de masas rurales en distintos estados fueron sistemáticamente reprimidos con grandes matanzas desde comienzos del siglo XX y se reprodujeron con las tierras habilitadas por las carreteras de Brasilia y otras zonas: el 2% de los propietarios concentraba el 58% de la superficie en producción. Por entonces el sector agrario ocupaba el 40% de la población activa, la explosión demográfica se incrementa y la impunidad se prolonga en la *aparcería* o el trabajo asalariado con bajísimas remuneraciones y una total carencia de derechos laborales. En 1963 el Estatuto del Trabajador Rural plantea reivindicaciones que desatan una movilización hasta entonces desconocida en Brasil, integrada por trabajadores rurales y apoyada por obreros y fracciones de clases medias urbanas, diversos grupos de izquierda y representantes del clero. Por primera vez en siglos el *orden fazendeiro* se sentía amenazado.

Goulart contemplaba otorgar el voto a los analfabetos, para quebrar el clientelismo rural y debilitar a la oposición socialdemócrata y de derecha en el Parlamento. Autoriza la participación política de las Fuerzas Armadas procurando fortalecer a los suboficiales que lo apoyan, aunque esto

genera una seria resistencia entre los superiores. Una ley de 1962 establece que el monto de las remesas al exterior de los capitales extranjeros, no podía superar el 10% de sus utilidades; medida durísima en la visión de las transnacionales. Se emprendieron políticas tendientes a reforzar el monopolio estatal del petróleo, la recuperación de los yacimientos minerales en manos de capitales externos, la ampliación de las empresas públicas, la creación de una base industrial siderúrgica y otras medidas de autonomía económica. Ante la inflación que acosaba al gobierno, debido a la baja en los precios del café y al déficit en la balanza de pagos por el peso de las importaciones para la industrialización, promueve aumentos de salarios y alienta manifestaciones obreras para presionar al Parlamento, creando un inédito estado de movilización social, tanto en las ciudades como en el campo. La desigual evolución económica de América Latina y las dificultades para articular sus distintos intereses, debilitan el proyecto ALALC y en su libro *Prospects of American Policy* publicado en 1962, Henry Kissinger formula la doctrina del *satélite privilegiado*. En grandes líneas, se trataba de elegir países clave en los distintos continentes, para transformarlos en núcleos operacionales que permitieran expandir desde allí las estrategias hacia los integrantes de cada región: la India en Asia, Nigeria en África y Brasil en América Latina, fueron elegidos como *satélites privilegiados*. Brasil presentaba el inconveniente del gobierno de João Goulart. Siguiendo una metodología reiterada, el golpe militar de 1964 permitiría solucionar ese problema. Contaba con la disconformidad de distintos sectores brasileños por las dificultades para controlar la inflación y parte de las clases medias se une a una oposición donde confluyen la socialdemocracia y gobernadores de derecha, apoyada por oficiales superiores del Ejército: el 1º de abril de 1964 destituyen a Goulart.

Esta política acompaña el cambio en el gobierno norteamericano, con el asesinato de John Kennedy y el ascenso de Lyndon Johnson. A fines de 1963 la Doctrina Johnson establece que Estados Unidos debe reconocer a los gobiernos inconstitucionales amigos, sin aplicar sanciones. Bajo esa administración se legitiman las dictaduras de Santo Domingo y Honduras en 1963; a comienzos de 1964 los *marines* intervienen en Panamá; al golpe contra Goulart le sigue otro en Bolivia; en 1965 invaden Santo Domingo; en 1966 se instaura una dictadura en Argentina. La estrategia se reproduce en África; la guerra de Vietnam se intensifica; y el aislamiento de Cuba es acatado por los países latinoamericanos con excepción de México. En Brasil se instaura una dictadura parlamentaria que reorienta decisivamente la política económica. Fueron intervenidos o se ejerció un estricto control sobre los sindicatos y la baja de salarios se conjuga con los desequilibrios creados por la miseria rural, el hambre de tierras y una expansión demográfica que, al no ser absorbida por el crecimiento económico, incrementa la población urbana marginada. La lucha contra la inflación se

aborda con políticas de austeridad, pero las transnacionales reciben favores especiales; el gobierno militar disuelve los partidos y patrocina otros nuevos, en los cuales reingresan políticos socialdemócratas y laboristas domesticados, consagrando la elección del presidente por el Parlamento y no a través de elecciones nacionales.

El régimen enfrenta una crisis progresiva y si bien se ha cooptado a la clase política y las direcciones sindicales están controladas, el movimiento estudiantil conserva cierto vigor y cobra importancia la acción del obispado católico con una posición crítica. Las medidas contra la inflación perjudicaron duramente a los trabajadores urbanos y rurales y también fueron desgajando el apoyo inicial de las clases medias; la economía se desnacionaliza y esto preocupa a sectores del Ejército con una orientación nacionalista de derecha: en 1965, el 60% de las plantas industriales y el 70% de los capitales pertenecen a transnacionales y, como las empresas locales dependen de la participación extranjera en asistencia técnica, uso de patentes y otros mecanismos de control, las áreas más dinámicas de la economía se asentaban en plantas industriales extranjeras. También se percibe la gigantesca redistribución de ingresos en favor de una minoría privilegiada frente a una descomunal masa de víctimas, que les quitaba adhesiones sin recibir ningún beneficio. La debilidad de las fuerzas de izquierda le permite a esta línea militar dura formular una alternativa a la política económico-social dominante, tomando propuestas formuladas desde la oposición, porque se evalúa que la etapa crítica del conflicto social y político ha sido superada. Una estrategia que redefine la orientación militar, sin dejar de lado su rol de *satélite privilegiado* de los Estados Unidos.

A pesar de ciertas medidas de corte nacional, las políticas del gobierno militar continúan profundizando la dependencia de Brasil y se agudizan los dramáticos problemas sociales que lo han afectado a lo largo de su historia. Las remesas en concepto de ganancias y otro rubros, consumen una parte considerable del ingreso por exportaciones y obliga al país a aumentar su deuda externa. La desocupación de los trabajadores rurales los priva de medios de subsistencia, produciendo una extrema movilidad de la población rural y un constante éxodo a las ciudades: por entonces cerca del 50% de la población paulista se encontraba en condiciones incompatibles con la dignidad humana. Las migraciones internas, que se incrementan entre 1960 y 1980, unido a las altas tasas de crecimiento vegetativo, especialmente entre las clases más golpeadas, genera en las grandes ciudades una realidad de lujosos palacetes rodeados de multitudes pauperizadas. En esta etapa, una vez más las estrategias imperiales van a relacionar a Brasil con otros países latinoamericanos; pero ahora se trata de relaciones entre las nuevas fuerzas sociales y políticas que se fueron conformando desde los años cincuenta. En particular, una clase trabajadora indus-

trial que ya no está aislada en las *fazendas* ni constituye una fracción minoritaria de los sectores populares. El impacto de la Revolución Cubana y los procesos de descolonización en Asia y África, el intervencionismo norteamericano en el continente y en la promoción de golpes militares, alientan una concepción que irá madurando en contra de la dictadura aliada con Estados Unidos. El exilio permite a miles de cuadros políticos e intelectuales expulsados de Brasil entrar en contacto con sus pares latinoamericanos, superando las dificultades del idioma; y crece también la idea de la cooperación entre los pueblos para enfrentar el poder de las potencias dominantes.

Desde comienzos de los sesenta y más marcadamente con la caída de Goulart, se inicia una doble dinámica de relaciones entre Argentina y Brasil. Por una parte, las estrategias globales de Estados Unidos producen acercamientos entre los gobiernos militares, los grupos económico-financieros, los organismos regionales o los internacionales al estilo FMI y Banco Mundial, que fueron reforzados en esos años como instrumentos de los intereses norteamericanos; aunque existen tensiones en lo referido a la integración de un mercado regional. Por otra, los exilios, primero brasileños y desde los setenta chilenos, argentinos, uruguayos o peruanos, habilitan una inédita relación y el intercambio de experiencias e ideas, dando lugar a lazos de amistad entre dirigentes y cuadros políticos o sindicales, militantes, intelectuales, universitarios y artistas, como nunca antes había ocurrido en la historia de América Latina. Las naciones del continente dejan de ser casi desconocidas para los brasileños y miles de latinoamericanos viven su exilio en Brasil, se insertan en las universidades y diferentes instituciones, como los exiliados brasileños lo hicieron años antes en Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Venezuela o México. Para una mayoría significativa de políticos o sectores de la cultura hispano-parlantes, Brasil deja de ser el lejano y pintoresco lugar del *samba*, el carnaval, la *bossa nova* o las rivalidades futbolísticas y el pensamiento brasileño cobra una especial influencia. Las teorías de la dependencia de Theotonio Dos Santos o Fernando Henrique Cardoso, los aportes de Darcy Ribeiro, Paulo Freire, Frei Beto, Josué de Castro y muchos más —en su mayor parte escritos en los respectivos exilios— se difunden por América Latina y los brasileños leen autores que escriben en castellano. La acción de los obispos de Brasil en favor de los que no tienen voz va ganando incidencia entre sectores católicos, con un punto de inflexión en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín en 1968.

El cine o las producciones nacionales encuentran intersticios en un mundo donde se dinamiza, con rasgos propios en cada lugar, la contracultura de los sesenta y setenta. El *boom* de la literatura latinoamericana; el cine crítico y de liberación; la producción intelectual y en las Ciencias Sociales; van entrelazando miradas y conocimientos que hasta pocas déca-

das antes estaban enclaustrados en cada país o referidos más al mundo central que a los propios vecinos. En esos años la realidad latinoamericana comienza a cambiar. El levantamiento de Juan Velasco Alvarado en 1968, los procesos encabezados por Juan José Torres en Bolivia y Torrijos en Panamá, la presidencia de Salvador Allende en 1970, el triunfo del peronismo en 1973. Un escenario que se engarza con las movilizaciones obreras y estudiantiles en Europa, el movimiento negro y el pacifismo en los Estados Unidos. Dentro de ese *espíritu de época*, la dictadura brasileña muestra ciertas pretensiones de independencia en su política exterior, suavizando su alineamiento automático con Estados Unidos y la estabilidad política alcanzada le permite cierta condescendencia ante el fortalecimiento de nuevos actores y movimientos sociales, que han crecido al calor del desarrollo industrial y del “milagro” del *satélite privilegiado*.

LA RESTAURACIÓN CONSERVADORA: DICTADURAS REPRESIVAS Y DEMOCRACIAS LIBERALES

La estrategia de recomposición de la hegemonía norteamericana liderada por Henry Kissinger a inicios de los setenta –y continuada por el gobierno Trilateral de James Carter– impone en América Latina una sucesión de golpes militares que, bajo la Doctrina de la Seguridad Nacional, utilizan el terrorismo de Estado para quebrar toda resistencia política o social frente a una profunda reorientación de las políticas económicas, con nuevos modos de acumulación y un gigantesco traslado de recursos públicos y sociales en favor de grupos económico-financieros locales o externos. En ese contexto, el gobierno militar brasileño define una doble actitud: por un lado, permite la entrada de exiliados políticos de países vecinos; por otra, se engarza en el Plan Cóndor dentro del esquema represivo continental trazado por el Pentágono, la CIA y la Escuela de las Américas, que signa una de las etapas más negras de la historia latinoamericana. El papel otorgado respectivamente a Argentina y Brasil por la Comisión Trilateral, va a producir una sustancial diferencia en su dinámica económica: mientras Brasil sigue siendo considerado uno de los núcleos clave de la región, Argentina es condenada a retroceder en su industrialización y la parte más sofisticada de su parque industrial debía ser desmantelada, incluyendo el retiro de filiales transnacionales: entre 1976 y 1982 la tasa de crecimiento argentino fue negativa y la inversión bruta disminuyó en un 30%; por el contrario, Brasil alcanzó niveles promedio que giraron en más de un 5% anual y sus tasas de inversión aumentaron en forma constante.

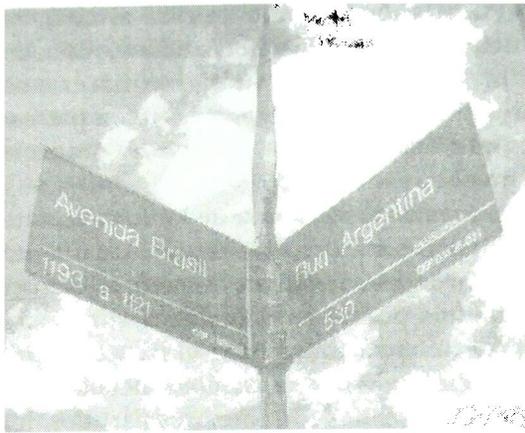
La crisis de 1973 afecta a las economías latinoamericanas y la disponibilidad de capitales financieros que no son demandados por la recesión de

los países centrales, favorece las políticas de endeudamiento externo: la deuda será un poderoso instrumento de control, en particular con el aumento de las tasas de interés impuesto en 1981, a instancias del proyecto neoliberal conservador de Ronald Reagan. En el transcurso de la *década perdida*, la distancia entre el crecimiento de Brasil y el de Argentina se agranda y en los noventa se exagera aún más con la Convertibilidad –que termina de devastar la industria del país– y con la liquidación del patrimonio público por medio de las privatizaciones y otros despojos, culminando en inéditos niveles de desocupación y pobreza. Por el contrario, Brasil continúa con su industrialización basada en capitales extranjeros aliados con poderosos empresarios nacionales. Pero junto a la concentración del poder económico fueron surgiendo y fortaleciéndose nuevos actores sociales –una dinámica clase trabajadora y amplias capas medias– que se transformarían en el eje de una fuerza político-social alternativa, articulada con la movilización de las masas rurales. También ha crecido esa población marginada que sobrevive en condiciones infrahumanas, ya que Brasil tiene una de las peores distribuciones de la renta nacional del mundo.

Con el retorno a la democracia en los ochenta, la acción de Estados Unidos y la relación entre corporaciones y bancos locales o externos –que imponen el espíritu mercantilista inicial del Mercosur– tendrá su contracara en un fortalecimiento de los vínculos entre las fuerzas políticas y sociales opositoras en ambos países, entre universidades e institutos de investigación científica, movimientos culturales e intelectuales, que se suman al crecimiento de los flujos turísticos. Pero también en los ochenta y noventa esa dinámica del pensamiento latinoamericano, que alcanzara una especial riqueza dos décadas antes, será opacada por el *pensamiento único* y las influencias que desde Estados Unidos y Europa Occidental ejercen los centros políticos e intelectuales de reformulación ideológica: las versiones modernizantes, contractualistas, posmodernas o posmarxistas, alcanzan una supremacía en las universidades y en los espacios de expresión cultural. Tal vez el símbolo más contundente de esos cambios sea Fernando Henrique Cardoso. Pero en esos mismos años las organizaciones sindicales, el Partido de los Trabajadores, el Movimiento Sem Terra, transformaron a Brasil en una de las más importantes referencias para la construcción de una alternativa en Argentina. Los sucesos de diciembre de 2001 entre nosotros y la llegada al gobierno del PT en enero de 2003, plantean grandes desafíos e interrogantes. Pero a diferencia de otros tiempos, cuando la relación era entre imperios coloniales o grupos oligárquicos, hoy en las relaciones entre Argentina y Brasil ha cobrado fuerza el protagonismo popular.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Alcira Argumedo. *Los Laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*. Buenos Aires, co-edición Puntosur/Ilet, 1987.
- Alcira Argumedo. "Integración continental autónoma o globalización: las alternativas de América Latina", en *Nación y Mercado*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1996.
- Caio Prado Jr. *La revolución brasileña*. Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1968.
- Pedro Calmon. *Historia de la civilización brasileña*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1937.
- Tulio Halperin Donghi. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- Darcy Ribeiro. *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires, CEAL, 1969.



Brasil hoy

*Renato Janine Ribeiro**

Discutamos sobre el Brasil en tres momentos. Comenzaré hablando de las elecciones que llevaron a Lula a la presidencia de la República, después pasaré a los estilos de éste y de Fernando Henrique en el ejercicio del poder, para terminar diciendo algo sobre la coyuntura.

I

Las elecciones en Brasil marcaron un cambio significativo en la relación entre los dos mejores partidos brasileños, que son el Partido de los Trabajadores (PT), que finalmente alcanzó la presidencia, y el Partido de

* Profesor titular de Ética y Filosofía Política en la Universidad de San Pablo, Brasil.

la Social-Democracia Brasileña (PSDB), que la ocupó de 1995 al 2002. Es bueno recordar que después del *impeachment* de Fernando Collor, en 1992, muchos simpatizantes e incluso miembros, quisieron hacer una alianza entre estos partidos. Por qué no se hizo, eso pertenece en parte a la *petite histoire*¹, pero el hecho es que, desde 1994 en adelante, la distancia entre los dos partidos aumentó mucho.

Antes, ambos pertenecían al arco más de izquierda de las fuerzas anti-dictatoriales². Pero la alianza del PSDB con el Partido del Frente Liberal (PFL), compuesto por los que apoyaron a la dictadura hasta un año antes de su fin, así como la adopción de una política económica vista por muchos como neoliberal, tornó difíciles las relaciones entre el PT y el PSDB. Aun así, el país se benefició del hecho de tener, esos años, encabezando las listas de los dos lados de la política, gente de los mejores partidos, los menos fisiológicos, los más ideológicos, si podemos usar ese término en el sentido positivo³.

Suelo decir que la buena política de nuestros tiempos, la que el siglo XX legó a los tiempos presentes, se da en torno a cuatro líneas maestras, que son los temas de la república, la democracia, el socialismo y el liberalismo. Estos ideales son divergentes y a veces (es el caso de los dos últimos) hasta incluso antagónicos, pero no importa: toda buena política, hoy, tiene que dosificar de algún modo los cuatro componentes. (Inversamente, la mala política de nuestros tiempos tiene por principales tópicos el totalitarismo y el racismo).

Por democracia⁴, debemos entender la idea griega de que el poder es

1. Una alianza posible habría sido, en 1994, Lula para la presidencia, Mário Covas (PSDB) para el gobierno de San Pablo. Pero, en el interior del PSDB, Fernando Henrique se opuso a la candidatura presidencial de Lula, y José Dirceu, en el PT, a la estadual de Covas. En verdad, sin embargo, los proyectos de cada partido para el país divergían mucho, con los *tucanos* [miembros del PSDB; también designa todo lo relativo a dicho partido -N. de la T.] queriendo modernizar la economía en el sentido de la globalización. Muchos, entre los que yo me contaba, no percibimos eso en la época. Queríamos la unión de los dos partidos justamente debido a las cualidades de ambos, que se decían empeñados en combatir la corrupción y la miseria.

2. El PSDB fue fundado solamente en 1988, tres años después del fin de la dictadura militar, siendo una disidencia del PMDB, el partido-ómnibus que había reunido a la oposición al régimen autoritario. Pero el PSDB -que enseguida adoptó, siendo un caso único en nuestra historia reciente, un animal como su ícono: un tucán- congregaba a algunos de los principales y más consistentes liderazgos del antiguo PMDB.

3. Para quien tenga una formación marxista, el uso del adjetivo "ideológico" como elogio puede sonar extraño. Sin embargo, en la década de 1970, era práctica habitual distinguir en el entonces MDB (padre del posterior PMDB) un ala fisiológica, que buscaba estar en buenos términos con el Poder, aunque en teoría fuese de la oposición, y un grupo ideológico, que realmente creía en lo que decía.

4. Desarrollé estas ideas en el artículo "Democracia versus república: a questão do dese-

del pueblo. Pero entre los griegos, tanto los defensores como los detractores de la democracia comprendían por pueblo *hoi polloi*, la multitud, es decir, los pobres; y por eso los enemigos de la democracia veían en ella el peligro de que los sin-nada envidiasen a los más ricos. Esta dimensión de la democracia –su apelación a la masa que desea tener, y ser, más de lo que tiene y es– fue ignorada en Occidente cuando se resucitó ese régimen, en el siglo XVIII, cuidadosamente privado del alcance social que tenía entre los griegos. Pero, si consideramos cada régimen, no tanto en sus instituciones, sino en el modo en que éste conquista el apoyo y la adhesión del pueblo (es decir, la cuestión de si vemos no de arriba para abajo, sino de abajo para arriba), la democracia atrae en la medida en que apuesta a lo que hoy podemos llamar la afirmación de sí, el deseo de tener y ser. Por eso, la democracia es un régimen del deseo, de la ciudadanía como deseo.

Por república, debemos entender la idea romana de dar relevancia al bien común, por encima de los intereses privados. La defensa de la cosa pública prevalece también sobre los deseos: es un régimen de la contención, de la fuerza de voluntad. Y por eso, si toda política decente hoy es republicana y democrática, hay tensión entre sus dos identidades, porque la masa sólo la apoya si ella le satisface los deseos –y ella sólo funciona y subsiste si el espíritu de la cosa pública lleva a una cierta renuncia a los deseos e intereses–. De ahí se desprenden ciertas dificultades de la política en una época en la que, por lo menos en Occidente, la renuncia al deseo parece ser algo que no se puede pedir al pueblo. Contrástese el sacrificio de sus vidas que los terroristas del 11 de septiembre hicieron, con la movilización propuesta por Bush días después: él no sólo convocaba a soldados que no son más conscriptos sino profesionales (el reclutamiento universal está desapareciendo en Occidente), también pedía a la población como un todo, por primera vez en la historia del mundo en tiempos de guerra, no que ahorrarse, sino que consumiese. El consumo es una de las mejores señales del deseo de tener.

Sostengo que el PT expresa, en la política brasileña, la vertiente democrática, y el PSDB, la republicana. En esta diferencia se da su conflicto. El poder de apelación del PT a sus simpatizantes, lo que lo llevó a ser el partido más votado del Brasil en las elecciones del 2002, proviene de legitimar su anhelo de igualdad –lo que en términos prácticos quiere decir que la enorme masa de sin-tierra, sin-techo, sin-empleo ve en él las posibilidades de *tener* más bienes, y de *ser* más respetada. El problema, aquí, es que en una sociedad compleja como la moderna no existe más un *demos* úni-

jo nas *mas sociais*”, en Newton Bignotto (comp.). *Pensar a república*. Belo Horizonte, UFMG, 2000, y en los libros, de mi autoría, *A República*. San Pablo, Publifolha, 2001 y *A Democracia*. San Pablo, Publifolha, 2001.

co, un pueblo como aquel con el que soñaron los románticos y los marxistas, sino una serie de pequeños *demoi*, de sub-pueblos. Cada uno de ellos –sin-tierra, feministas, gays, desempleados, empleados públicos, comunidad académica– se moviliza con una intensidad e incluso organicidad comparables a las del antiguo *demos* griego, pero el problema es que cada uno de ellos es una parte, y ni siquiera su suma forma algo que podamos llamar *el pueblo*.

El discurso del PSDB, en los años en que estuvo en el gobierno, fue el de la gobernabilidad. Cierta día, cuando el Supremo Tribunal Federal falló a favor de los empleados públicos que reclamaban una reposición salarial, el presidente Fernando Henrique habría dicho: “Ellos no piensan en el Brasil”. Esta preocupación con el todo, con la *res publica*, marcó el discurso *tucano*. Lo llevó, sin embargo, a dos problemas cruciales. El primero: pasó a descalificar sistemáticamente la práctica democrática realmente existente, es decir, la de los movimientos sociales, los sub-pueblos de los que hablé y entre los cuales el PT navegaba como pez en el agua. Una clara ruptura se inscribió así entre el PSDB y los movimientos que son realmente sociales y democráticos, a los cuales el primero denunció todo el tiempo como corporativistas. No hizo entonces lo que podía y debía haber hecho, y que el PT se propuso hacer, es decir, apostar a la movilización popular y buscar mejorarla: sólo intentó acabar con ella, desde la huelga de petroleros que marcó el inicio del gobierno de FHC [Fernando Henrique Cardoso] y que éste hizo una cuestión de quebrar.

Segundo problema *tucano*: en la ausencia de apoyo de los movimientos de perfil democrático, la racionalidad que asumió como discurso republicano fue la del capital. Los mercados pasaron a ser el sujeto más respetado en las preocupaciones economicistas del gobierno. Sólo vale la pena notar que en los últimos meses, cuando la derrota en las elecciones presidenciales parecía consolidarse, hasta el presidente y el ministro de Hacienda comenzaron a criticar el mercado, calificándolo de irracional. Lo antropomorfizaron, llamándolo nervioso, pero aun así continuaban considerando legítimo calmarlo, aunque a un costo alto para el país.

Lo que estoy llamando punto de vista republicano, a diferencia del democrático, algunos ideólogos *tucanos* prefirieron entenderlo, o subentenderlo, según un lenguaje hegeliano. Lo que denomino *res publica* sería, entonces, lo universal; y los movimientos sociales se condenarían a la particularidad. Si quisiéramos usar esa terminología, lo que diríamos es que los *tucanos* terminaron llamando universal también a una particularidad, incluso menos legítima que la de las corporaciones movilizadas, que es la del capital, en especial financiero. Y habrá sido ésa la causa de su fracaso. O sea: los temas republicanos quedaron más en el discurso que en la práctica. Mientras el PT, desde la oposición y en sus gobiernos locales, de modo general apostó a una real práctica democrática (movilizando a los de-

seantes en torno a sus anhelos), el PSDB, en los gobiernos más poderosos, no llegó a recatar a la política y a la sociedad brasileñas de la hipoteca del capital financiero.

Es esa diferencia la que explica el antagonismo de nuestros mejores partidos. Muchos de nosotros lamentamos, desde 1994, que éstos quedasen en campos opuestos –incluso porque, si en las elecciones federales el centro (el PSDB) se aliaba con la derecha (el PFL, que rompió con la dictadura bien sobre su final, pero también el PPB, Partido Popular Brasileño, integrado por partidarios de la dictadura no arrepentidos), en la segunda vuelta de las elecciones estatales y municipales hubo muchas veces la tendencia de repetir el arco de alianzas de la época de la dictadura, es decir, la derecha de un lado, el centro y la izquierda del otro⁵.

En la elección para la presidencia, en la cual el principal tema es la economía, el centro y la derecha se unieron desde 1994 en torno a una agenda liberal, mientras que en las formas de sociabilidad más inmediatas, visibles en los planos estadual y municipal, se demarcan nítidamente las convicciones de derecha, por un lado, y las del centro y la izquierda, por el otro. Por eso mismo, muchos creían que el ideal para la izquierda era ir comiendo la torta desde los bordes –es decir, elegir más y más prefectos y gobernadores de estado, formando una alianza *on the spot* con el centro, entrenando administradores y políticas públicas, para entonces (en el 2006) lanzarse a la presidencia, partiendo de una plataforma más consolidada. No fue esto lo que sucedió. La estrategia de Lula dio resultados, uniendo a los insatisfechos por sus deseos. Además, la impresión durante la campaña era que, para eso, el PT había sacrificado a sus otros candidatos; vimos que no fue eso lo que sucedió, porque terminó por formar la mayor bancada federal⁶, por ser el único partido presente en todas las asambleas estatales y por competir con posibilidades razonables para la gobernación de varios estados importantes, aunque sólo haya vencido en unidades muy menores de la Federación.

Después de las elecciones, se constató que el gran desafío del PT sería

5. Las elecciones estatales coinciden con las federales, por ejemplo, en el 2002. Las municipales se dan en otro año par –las últimas fueron en el 2000–. Todos los mandatos en el Brasil, excepto el de senador, son de cuatro años. En la segunda vuelta, es común que la izquierda apoye al centro contra la derecha (por ejemplo, votó por Covas contra Maluf para el gobierno del Estado de San Pablo en 1998), pero no siempre hubo reciprocidad: si el centro apoyó a Marta Suplicy contra Maluf para la prefectura de San Pablo en el 2000, por el contrario, había votado al derechista Pitta contra la *petista* [del PT] Erundina en 1996.

6. La mayor bancada, sin embargo, está compuesta por sólo 91 diputados de un total de 513. Siguen, casi empatados, el PFL, el PMDB y el PSDB. Todo indicaba que Lula no tendría en el Congreso la mayoría automática de Fernando Henrique. No obstante, en pocos meses, la atracción que el Ejecutivo Federal ejerce sobre los políticos constituyó un bloque parlamentario de cerca de los dos tercios de diputados y senadores a favor del gobierno.

totalizar los deseos de los varios sub-pueblos en que se divide una sociedad compleja. (Fue la incapacidad del partido para conciliar los deseos de los trabajadores de transportes colectivos y los de la población lo que llevó al PT a perder la prefectura de San Pablo en manos de Maluf, en 1992, iniciando ocho años de pésima gestión de la derecha en la mayor ciudad brasileña.) Necesitaría –y necesitó– postergar la satisfacción de deseos, forjando un discurso republicano que, hasta entonces, fue más la marca registrada del PSDB que la suya.

Por otro lado, la derecha nostálgica de la dictadura sufrió un duro golpe con la derrota de Maluf en San Pablo, que ni llegó a la segunda vuelta. Líderes importantes de la derecha, como él y el bahiano Antônio Carlos Magalhães, desde hace algún tiempo ya no tienen dimensión nacional, sino sólo estadual. La derecha ni siquiera tuvo candidato a la presidencia en el 2002. Y tanto en todo el Brasil como en su estado más rico, para no decir en otros, la oposición relevante pasó a ser la del PT y el PSDB (en Río Grande do Sul y en Santa Catarina, el PMDB local está más cerca de la seriedad *tucana* que del conjunto de intereses regionales en que el gran partido de la resistencia a la dictadura se convirtió en el resto del país).

Está claro que esto tiende a mantener alejados a nuestros dos mejores partidos, pero por otro lado hizo, y tal vez continúe haciéndolo, que los dos espacios principales del espectro político sean ocupados por liderazgos de mejor calidad que los otros. De paso, cabe señalar que en el 2000 algunos comentaristas incluían el PFL entre los partidos de real perfil ideológico y de fuerte presencia política. En los dos últimos años, una sucesión de trapacerías llevó, primero, a su cacique Antônio Carlos Magalhães a perder influencia nacional y, después, a la gobernadora de Maranhão, Roseana Sarney, a perder la candidatura a la presidencia.

Pero estas circunstancias probablemente no fueron la causa, sino el síntoma, de que el PFL, liderado por las oligarquías regionales, está perdiendo incidencia en la política brasileña.

Éste es el horizonte en el final del 2002: mucha expectativa positiva. “La esperanza venció al miedo”, decía la propaganda de Lula.

II

Pero en el centésimo día del gobierno de Lula, a comienzos de abril, un lector escribió a la *Folha de São Paulo*: “El primer mandato de Fernando Henrique Cardoso fue malo, el segundo pésimo, y el tercero [*sic*] está siendo una catástrofe”. Todo, en esta humorada, es una enorme exageración –pero puede sonar plausible, dado que las diferencias entre el actual gobierno y el anterior, aunque siendo de partidos opuestos, se mostraron menores de lo que se esperaba. Se mantuvo una política fiscal austera; a

los empleados públicos, que apenas tuvieron aumentos en los últimos ocho años, mientras el dólar subía cuatro veces, se les dio sólo un uno por ciento de reajuste; se envió al Congreso una propuesta de reforma de la Previsión Social que penalizará a los servidores del Estado más de los que el PSDB jamás soñó. En suma, la agenda se parece mucho a la de Fernando Henrique.

El contraste es chocante, con las expectativas que la elección suscitó. Por primera vez, Brasil tiene un presidente de izquierda, electo en condiciones inimpugnables y aceptado por las clases dominantes y el Imperio norteamericano. En una entrevista dada al *Jornal Nacional*, de la Red Globo, en noviembre, después de responder a las preguntas habituales sobre la moneda, la inflación, el déficit, Lula reaccionó: "Y de la miseria, ¿ustedes no dicen nada?". La frase marcó una nueva agenda. Los fines sociales pasarían a prevalecer sobre la preocupación por los medios, en especial el medio circulante, característica de la gestión de Pedro Malan en Hacienda, a lo largo de los ocho años del PSDB. ¿Por qué entonces la divergencia entre la promesa y la realización?

Todo gobernante, especialmente en un país con un déficit social del tamaño del brasileño, necesita legitimar no sólo lo que hace, sino lo que deja de hacer. Necesita explicar por qué falló en lo que prometió. Lula y Fernando Henrique tuvieron que lidiar, en el poder, con un descuento en sus ideales. La práctica quedó más acá del discurso. De Cardoso restó una frase, que él niega haber pronunciado, que no tuvo testigos, pero que fue la única mancha, en sus años de presidencia, que se le pegó: el probablemente apócrifo "Olviden todo lo que escribí". Lula, aunque personalmente continúe siendo popular, ha sido criticado por llevar a cabo una política económica contraria al discurso del PT y por la demora en realizar una política social de izquierda.

En esta parte no discutiré lo que cada uno hizo, dejó de hacer o hará. Analizaré los *estilos* con los cuales cada uno enfrentó el desfasaje entre el discurso y la práctica, entre la promesa y la acción. Esta divergencia no es la misma entre los dos. Fernando Henrique Cardoso había hecho el luto de los ideales de izquierda hacía mucho tiempo. Esto no hace olvidar sus renunciaciones en política social: los cinco dedos de la mano, que él exhibía en 1994 para prometer salud, educación, empleo, seguridad y vivienda, no valieron. Lula se enfrenta con una distancia, no ya entre su pasado y su presente, sino entre un discurso y una acción *simultáneos*. Entonces, la cuestión es: ¿cómo dar cuenta de ese déficit del bolígrafo frente a las palabras?

A comienzos del 2003, durante las vacaciones, estuve en Porto Alegre. Escuché a Lula en el Foro Social Mundial, el 24 de enero. El comienzo del discurso me resultó tedioso, cosa de político, frases cortas, enormes vacíos entre una y otra. No sé por qué no van directo al grano. Subesti-

man a los oyentes, que sólo conseguirían asimilar una frase por minuto, una palabra cada cinco segundos, ideas nunca.

Pero, pasados los veinte minutos, comenzó a hablar del Foro Económico Mundial de Davos. Noté que era el núcleo de su discurso: justificar a los compañeros de Porto Alegre por qué iba a meterse en la cueva de los leones. Fue brillante. Él es brillante. Muchos de los presentes no lo querían en Davos. Parte de la prensa arrojaba leña al fuego, forzando una fractura entre la base política del presidente y su acción de gobierno. Pero él no huyó del asunto.

Y trató sobre él contando historias. Ésta es una forma eficaz de comunicación: compartir la experiencia con los oyentes, plantearse como un ser humano narrando episodios a otros, mostrando cómo aprendió con la vida. Recordó cuando, en una huelga del ABC [conurbano de San Pablo], el presidente de la FIESP [Federación de las Industrias de San Pablo] solicitó al comandante del II Ejército que detuviera a Lula y a los líderes huelguistas. Lula respondió pidiendo una audiencia al general Dilermando, que lo recibió por tres horas. Y recordó cuando, pensando crear el PT, algunos amigos le decían de no meterse en un juego viciado, que era el de los partidos y las instituciones.

Moral de la historia: incluso nosotros, que jugamos un juego nuevo, podemos y debemos usar los tableros existentes. Aplausos. Porto Alegre aceptó, en el ágora, que Lula fuese a Davos. Pero eso no era lo principal. Lo importante era que Davos oyera que Lula no iba al Forum Económico furtivamente, sin apoyo de su base –debilitado, listo para ser abatido. Tenía que saber que Lula iba con la adhesión de los participantes del Forum Social. Lo esencial era que Davos percibiese que iba un Lula fuerte, y no débil. Fue lo que llevó a *Le Monde*, dos días después, a calificarlo como un estadista.

Éste es el contraste con Fernando Henrique Cardoso. El ex presidente hablaba en ambientes cerrados, con los celulares desconectados. Lula habló a cielo abierto, en un ambiente de kermés. Pero lo que cuenta es esto: para tratar sobre su déficit, Lula buscó movilizar a la masa. Habló en Davos con su aval. Fernando Henrique, en sus negociaciones, nunca movilizó al pueblo detrás suyo.

Volvamos al uso presidencial de las narraciones. Recientemente, la *Folha de São Paulo* hizo un listado de varias metáforas utilizadas por el Presidente, argumentando que –al asumir el papel de padre, en las historias que cuenta– Lula estaría haciendo de padre de la sociedad brasileña. Ahora, ésa es la esencia del autoritarismo: que el gobernante nos diga que nos ama pero que no sabemos qué es bueno para nosotros, lo que sólo él sabe. Pero ese análisis es superficial.

Lula no pone a sus oyentes en el lugar de hijos, sino en el de los padres. Él se muestra como un padre, hablando a padres y madres. Constru-

ye una empatía en la que todos tienen el mismo papel. Es lo contrario del análisis citado. Él comparte una identidad. Se habla mucho del “Lula paz y amor” y de *marketing* político. Lo que Lula está haciendo es mucho más que eso. Es una comunión, construida en el plano afectivo, entre él y los ciudadanos. De ahí que se haya desvanecido el prejuicio de su supuesta ignorancia. Pocos retoman hoy ese *topos*, que lo destruyó durante veinte años. Padre y abuelo, él reparte con nosotros su sabiduría. No tiene doctorado (es decir, no tiene saber), pero tiene sabiduría, o sea, experiencia de vida. Ese modelo de comunicación funciona muy bien.

Una diferencia más entre él y Fernando Henrique Cardoso: cada vez que el ex presidente aceptaba, por realismo, un sacrificio de sus ideales y promesas, citaba la ética de la responsabilidad, de Max Weber. Pienso que ése fue el tema más constante de sus discursos: el político, decía, no puede considerar sólo la ética de los principios, de los valores, sino también las necesidades, la responsabilidad. Él teorizaba, enseñaba, explicaba. Pero, así, el déficit de la acción sólo se justificaba ante los oídos de los raros oyentes que reconociesen su saber teórico.

No hay dudas de que Fernando Henrique Cardoso funcionó. Fue electo y reelecto. Fue popular. Su obra de estadista —ésa, innegable— fue la calma transición hacia Lula. Pero hay una diferencia de estilos. El déficit de la práctica en relación con el discurso —que es nuestro tema— fue su herida. Incluso partidarios suyos lo reconocieron y lo lamentaron. Fue el pasivo de su gobierno. Lula busca hacer de eso un activo. Promete mantenerse fiel a los ideales de siempre, cuenta historias, explica que la acción va a demorar.

¿En qué consiste ese activo? Él parece estar en un registro de comunicación que prioriza el afecto y no la teoría. Sé que el asunto está minado. La hostilidad a la teoría es una de las grandes características del fascismo. Pero no estoy hablando de esa hostilidad sino de otra cosa. Una de las cuestiones que más me han interesado es la de la divergencia entre la democracia, como registro de la razón, y un campo de afectos aún ampliamente autoritario. No es casual que los *tucanos* sean tan cientistas políticos, tan racionales —y que la derecha política, de Maluf a Antônio Carlos Magalhães, apueste a la afeción autoritaria.

La cuestión es, entonces: ¿cómo hacer para que los afectos dejen de ser autoritarios? ¿Cómo tornarlos democráticos? Porque, si la democracia se sustenta en la labor de la razón, será débil. Si es necesario, para respetar al otro, refrenar impulsos de violencia todo el tiempo, los derechos humanos continuarán siendo débiles. Necesitamos sustituir un registro autoritario y reaccionario de los afectos por otro, más abierto al otro y a la diferencia.

Por eso es interesante que un líder construya un discurso del afecto. Con Fernando Henrique Cardoso, el Brasil apostó a un presidente bien

aceptado por inteligente, profesor, cosmopolita —en suma, por ser diferente de la autoimagen nacional. Con Lula, el país tiene un presidente sin inglés ni diploma, aunque escolarizado por la experiencia. Pero no es el plomero contra Sartre, como dijo, infeliz, una actriz en 1994. Es más sabiduría que saber, pero no sabiduría contra saber. Es más práctica que teoría, más experiencia que deducción, pero no una contra la otra. La única *contra* es el siguiente: una cierta igualdad, entre el ciudadano y el Presidente, reemplazó a la trascendencia del papel presidencial.

Nada de esto es una evaluación de las políticas del Gobierno. Estoy en desacuerdo con su política económica, pero no es eso lo que importa en esta parte del análisis. Quise tratar sobre una cuestión fundamental: ningún político cumple con lo que dijo. La globalización es hoy el gran límite a la independencia nacional y, por lo tanto, a la actuación de los líderes políticos. ¿Pero cómo un gobernante lidia con la frustración que difunde por su acción e inacción, por sus actos y no-actos? Ésta es la cuestión. Cada vez más, en la democracia, el modo de lidiar con la frustración será decisivo. Lula, siempre que acepta el déficit de las acciones, se proclama todavía fiel a sus ideales. ¿Esto durará? No lo sabemos. El estilo es el hombre, decían los clásicos. En este caso, el estilo es el hombre de Estado.

III

Vamos ahora a la coyuntura. Entre los méritos de Lula celebrados en los primeros meses, estuvo la propia continuidad en relación con Cardoso. No asustó a los empresarios, redujo la inflación, el dólar y el riesgo-país. Ése fue el mérito *realista* del nuevo gobierno. Hubo también un mérito ligado a los *ideales* del PT, que fue realzar en la agenda pública la cuestión de la miseria. Esta cuestión, que era discreta, se volvió destacada. Al final, parece que sólo perdemos frente a Botswana en desigualdad y concentración de la renta. ¿Por qué la obsesión con los indicadores económicos?

Se entendió entonces que Lula tendría dos prioridades en su primer año: mantener la moneda estable y avanzar en la lucha contra el hambre. Quedaría para un segundo momento el restante proyecto social del PT. La idea era muy buena. El *medio* sería la austeridad económica, confiada al ministro de Hacienda Antônio Palucci, ex prefecto (PT) de Ribeirão Preto, importante ciudad de lo que es llamada la California brasileña, o sea, el interior del estado de San Pablo, que conoció un enorme desarrollo en los últimos veinte años. El *fin* serían los programas sociales, resaltando el que trabaja con los más necesitados. Y un medio adicional sería la construcción de una base política sólida, de lo se ocupó el ministro de la Casa Civil, José Dirceu, ex presidente del PT y operador político hábil y duro.

Enero y febrero fueron meses de luna de miel. Forma parte del presidencialismo brasileño que los presidentes asuman con una simpatía popular superior a los votos que obtuvieron. Fue así con Collor (1989), con Fernando Henrique en 1994 y ahora con Lula. La doble prioridad de preservar la moneda y enfrentar el hambre demostraba inteligencia. No se provocaba a quien tiene poder económico. Y se definía un nuevo fin para la actividad estatal. Se intentaba mantener los medios, cambiándose los fines.

Pero aquí tuvimos los primeros percances. El programa *Fome Zero* [Hambre Cero] pareció tener errores de concepción. Éste dará a los más pobres un valor en dinero que tiene que ser gastado en ciertos alimentos. Las compras tendrán que ser comprobadas, mediante facturas o tickets. En cada municipio, habrá un comité gestor. Y no se pide contrapartida a los beneficiados.

Todos estos puntos fueron criticados por gente capacitada, incluso en el propio PT. El senador Eduardo Suplicy defiende, hace años, un programa de renta mínima, en el cual el beneficiario gasta el dinero a su criterio. La exigencia de comprobantes suena a resquicio paternalista en el trato con los pobres. Se recela que los comités gestores constituyan aparatos partidarios. Y, lo peor de todo, los programas sociales más exitosos han sido los que exigen contrapartidas –por ejemplo, exigir que los hijos asistan a la escuela y que queden fuera del mercado de trabajo o de las calles. Con estas críticas, el capital de simpatía al programa –que todavía mal se lo ve actuar– se diluyó. No es que se haya vuelto impopular. Más bien retrocedió a la oscuridad. Pasados seis meses de la asunción, apenas se habla de este programa.

La preocupación del gobierno por “calmar los mercados” llevó a posibles errores. En marzo, éste hizo votar una enmienda constitucional que abre el camino a la autonomía del Banco Central. Ahora, el PT siempre estuvo en contra de esto, alegando que así se privaría al electorado de la decisión en política financiera, pasándosela al *lobby* de los bancos privados. Sea como sea, lo inquietante es que *la primera propuesta importante del gobierno en el Congreso perteneciese a la agenda de la derecha, y no a la de la izquierda.*

¿Cuál es el indicador de esto? Di en marzo una conferencia en la Central Única de los Trabajadores, la mayor del Brasil, la base social del PT. De los treinta líderes medios a quienes hablé, trece tomaron la palabra. Ninguno de ellos elogió al gobierno. Seis se dijeron preocupados con lo que se está haciendo. Y eso fue antes de que el ministro de Previsión detallase sus propuestas de reforma, o que el de Trabajo anunciase que pretende retirar cerca de cien artículos de la legislación laboral.

La izquierda está preocupada. La derecha, satisfecha; tal vez más de lo que debería. El Brasil es socialmente injusto, y no hay cómo cambiar esto

sin alterar la relación de fuerzas dentro de la sociedad. Pienso que fue un error que Lula no aprovecharse el período inicial del gobierno, cuando prácticamente cualquier proyecto hubiera sido aprobado en el Congreso, para mostrar por lo menos una medida fuerte de rescate de la deuda social. Los sinsabores de *Fome Zero* dieron a muchos la impresión de ineficiencia. Quien discute el gobierno ni se acuerda, hoy, del Ministerio de Seguridad Alimentaria, conocido más popularmente por el nombre de fantasía “Fome Zero”. Esto es inquietante.

Y el presidente ha insistido en que no tiene prisa, que no será pautado por el tiempo de los medios. Esta fórmula es curiosa. Al final, el PT siempre criticó a los gobiernos anteriores, diciendo que la deuda social brasileña es tan grande y perversa que no hay cómo esperar. Las quejas sociales asumieron un sentido de urgencia. El PT siempre fue el partido de la urgencia. Apostaba a la imposibilidad de esperar. Hoy, pide paciencia. Las metáforas del presidente Lula, sobre la paternidad, gravitan en torno a la demora –los nueve meses para que nazca el niño, un año para que camine, dos para que hable. No podemos tener prisa. Sería sensato, si no fuese porque el PT jamás aceptó esa retórica.

Además de esto, si el Partido de los Trabajadores ganó las elecciones, fue porque capilarizó su discurso. Logró tener proyectos de cambio bien explícitos en prácticamente todos los sectores. Sus profesores, sus auditores fiscales, sus médicos tienen proyectos de cambio –que no se agotan en los aumentos salariales– para la enseñanza, el fisco y la salud. ¿Qué será de ellos? Se nota que el capital de simpatía por el gobierno está cayendo, aunque el presidente continúe siendo muy popular.

Tal vez sea eso lo más preocupante. Quien estudia historia sabe que en la Edad Media los más diversos pueblos amaban a sus reyes, que eran buenos –malos, se decía, eran los ministros, los cortesanos. La figura emblemática del Poder, metaforizando a Dios en el cielo y a los padres en casa, era buena. Las figuras de la acción inmediata, del hacer, las de los ministros y los nobles, eran malas. Se tenía un símbolo inactivo y una acción perversa. Ante eso, el pueblo se paralizaba. Este recorte es no democrático. Un gobernante no puede exceptuarse o distinguirse de su gobierno. Ya tuvimos eso bajo la dictadura, pero era lo que ésta quería. En una democracia presidencialista, convertir al presidente en puro símbolo no es bueno. Fue así que terminó el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, con él personalmente popular y su gobierno muy mal visto.

Cualquier previsión será fantasiosa. Pero el tiempo urge.

TRADUCCIÓN DE JUNG HA KANG



*Lasar Segall: un punto de confluencia de un itinerario afrolatinoamericano en los años veinte**

*Jorge Schwartz***

LA REPRESENTACIÓN DEL NEGRO EN LA POESÍA LATINOAMERICANA

¿Es el elemento negro en la iconografía de Lasar Segall (Vilna, 1890-San Pablo, 1957) un típico gesto de adaptación de la boga primitivista europea y, por ende, una visión de alteridad exótica del pintor ruso que pasa gran parte de su vida en el Brasil? ¿O se trata de un rasgo de identidad de un artista que se identificó y que asimiló el paisaje y el elemento huma-

* Agradezco las colaboraciones, en distintos niveles, de Marcelo Mattos Araujo, Patricia Artundo, Jung Ha Kang, Davi Arrigucci Jr., Berta Waldman y Daniel Samoilovich.

** Profesor titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de San Pablo. Autor de *Vanguardias latinoamericanas*. Curador general de la exposición *Brasil 1920-1950: de la antropofagia a Brasilia*, del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM), octubre 2000-enero 2001.

no de los trópicos como discurso visual de lo brasileño? Bastante se ha escrito sobre el “primitivismo europeo” en Segall y las consecuencias en la etapa brasileña de su pintura¹; pero me gustaría aquí contextualizar el espacio literario y artístico latinoamericano en el que se produce su obra para indagar sobre su discutida brasilidad, especialmente en su producción de temática negrista.

La vanguardia parisina le dio *status* de modernidad al negro, a partir del fuerte impacto que representó para las artes *Les Femmes d'Alger* de Picasso (1907), donde por lo menos tres de las cinco prostitutas en el famoso cuadro tienen como rostro máscaras africanas. ¿Pero por qué *lo primitivo* se ha convertido en sinónimo de *lo moderno*? Esta aparente paradoja permite postular ciertas hipótesis. Ésta tiene lugar, históricamente, cuando Europa afirma una política colonialista frente a los países africanos. La boga negrista, de la segunda mitad del XIX, así como los estudios de etnografía y antropología, descubren la alteridad a través de la imagen del negro (Frobenius, Frazer, Lévy-Bruhl, Freud). Estos estudios generan, por un lado, los primeros discursos científicos sobre la negritud; por otro, no pudieron evitar el recurso al exotismo para interpretarla y la reactivación de conocidos prejuicios –como el de raza inferior o el de sensualidad lujurante, herederos de un afán romántico de definir o redefinir la propia identidad nacional y racial. La boga del primitivismo europeo representa una impugnación a la cultura de la máquina y una resistencia al culto al progreso, ideas que empiezan a imponerse a partir de la revolución industrial y como respuesta a una saturación de los valores establecidos de la burguesía del viejo continente. Desde el punto de vista plástico, la vanguardia europea encuentra en el primitivismo, por un lado, una fuerza bruta y original contra el decadente estilo académico, y, por otro, el descubrimiento de la asimetría en el arte africano como principio de composición –tan cara al cubismo y al expresionismo. No nos sorprende hoy la declaración de Pierre Daix, de que “Picasso, así como Matisse y Derain veían objetos primitivos y llegaban a la conclusión de que esos artistas desconocidos desde los orígenes de la humanidad se planteaban, con resultados sorprendentes, los mismos problemas plásticos que ellos”². El fundamental trabajo de Petrine Archer-Straw es correcto en su lectura y en la reivindicación de que la negritud (o *negrofilia*, como prefiere llamar

1. Stephanie D'Alessandro. “Vagando com a lua: uma introdução às emigrações artísticas de Lasar Segall”. Vera D'Horta. “Com o coração na terra: a arte brasileira de Lasar Segall como 'Ressonância da Humanidade'”. Ambas en el catálogo *Still More Distant Journeys / Por caminhadas ainda mais distantes: as emigrações artísticas de Lasar Segall*. The David and Alfred Smart Museum of Art, Nueva York, University of Chicago y The Jewish Museum, 1998, páginas 110-163 y 164-232.

2. En Pierre Daix. *Dictionnaire Picasso*. París, Ed. Robert Laffont, 1995, página 54.

al movimiento) en la Europa de los '20 no es un movimiento espontáneo que emane de la propia raza: "Cuanto más se lo examina, se vuelve más claro que los debates sobre negritud eran realmente sobre blancura y sobre cómo proveer a los europeos de una nueva dirección", y que "era la 'idea' de la cultura negra, y no la cultura negra en sí misma lo que caracterizaba esta modernidad"³.

Dentro de esta línea de pensamiento, podríamos extender las preguntas: ¿es la poesía o la pintura de temática negrista, escrita o pintada por un artista negro, más representativa de la negritud que la escrita o pintada por un blanco? O ¿será la obra de los escritores blancos, como Palés Matos y Emilio Ballagas, menos negra o menos mestiza que la consagrada "poesía mulata" de Nicolás Guillén? Los resultados muestran que la calidad de la poesía no depende necesariamente del color de la piel del escritor o del pintor. Pero una visión distinta a la nuestra nos la presenta Emanoel Araújo, en el espléndido catálogo *Negro de corpo e alma / Black in Body and Soul*, cuando afirma⁴:

"Si Mário de Andrade llega más cerca de entender a qué precio fue conquistada la expresión de un sentimiento profundo del alma del padre mulato, la sociedad nacional, que se deleita en el elogio del mestizaje, está lejos de mostrar esa misma comprensión. La tensión que desde el inicio marcó la incorporación del negro a la sociedad brasileña revela aquí una más de sus facetas, encontrando una nueva forma de expresión. De hecho, a lo largo de las primeras décadas de este siglo, poco a poco las herencias culturales de origen africano habían conquistado terreno en el escenario cultural brasileño —aunque muchas veces bajo la designación nítidamente peyorativa de "folklore"— llevando a la progresiva *institucionalización* de manifestaciones como el samba o la capoeira. Esto, sin embargo, no impediría que, en el mismo período, prosiguiese la persecución policial a los "terreiros" de candomblé, a los "batusques" y a los "changós", en los cuales el negro manifestaba sus creencias religiosas como la más poderosa expresión de su alma. Esta ambigüedad constitutiva con que la expresión de un sentimiento negro se integra al alma brasileña se revela, no obstante, en toda su claridad, en las expresiones plásticas del período: mientras manifestaciones culturales de origen afrobrasileño son transformadas en símbolo de identidad nacional, poco falta para que la *representación plástica del negro*, en las obras de una Tarsila do Amaral, un Portinari e incluso un Lasar Segall, recaiga en los estereotipos que siempre fijaron esa imagen a través de una mirada exotizante sobre el cuerpo negro, lejos de la fuerza que revelaría la verdadera expresión de su alma"

3. Petrine Archer-Straw. *Negrophilia. Avant-Garde Paris and Black Culture in the 1920s*. Nueva York, Thames & Hudson, páginas 179 y 183.

4. Emanoel Araújo. Catálogo *Negro de corpo e alma. Mostra do redescobrimento*. San Pablo, Fundação Bienal de São Paulo, 2000, página 53.

Nuestros países, periféricos en relación a las vanguardias berlinesas y parisinas, no tardaron en darse cuenta de que lo primitivo podría tener mucho más que ver con una tradición americana que con la europea. Es por eso que Oswald de Andrade, en su conferencia en 1923 en la Sorbonne, registra, irónicamente, que para el Brasil “el negro es un elemento realista”⁵. Este enfoque interiorizante, a partir de lo nacional, revela un arte que permite importar ciertas fórmulas plásticas y, al mismo tiempo, volcarse sobre sus propias tradiciones. Esto es lo que sucede en la poesía y la pintura de la época, con las soluciones más diversas. México y Perú buscan, en el indigenismo de Rivera o en los ensayos de José Carlos Mariátegui, una reivindicación de lo indígena⁶. El Cono Sur (o incluso en el Sur de Borges) se busca en el gaucho –imagen tardía que resurge hacia finales de los ‘20 en la novela *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes o en el agauchado título *Martín Fierro*, de la revista más importante de la vanguardia porteña–, un símbolo de la nación o una forma de primitivismo argentino. Este mismo Güiraldes trabajó un poema escénico, “Caaporá”, para un ballet de inspiración guaraní, basado en la leyenda de “Urutau”⁷. Y nos sorprende descubrirlo a Oliverio Girondo, el más radical y cosmopolita de los poetas vanguardistas argentinos, y que poseía una conocida colección de guacos peruanos, realizando una expedición de carácter arqueológico a la ciudad de Quilmes⁸.

El negrismo en la literatura, y más específicamente en la poesía de los años ‘20 y ‘30 surgió, como sería previsible, en países donde había una tradición o al menos una reminiscencia de la población negra. Geográficamente, ésta se concentra en el Caribe, en el Brasil y en el Uruguay. Po-

5. Oswald de Andrade. “O esforço intelectual do Brasil contemporâneo”. Conferencia reproducida en Marta Rossetti Batista, Ancona Lopez, Telê Porto y Yone Soares de Lima. *Brasil: 1º Tempo Modernista. 1917/29*. San Pablo, Instituto de Estudos Brasileiros, 1972, página 210. Antonio Candido también formula esta cuestión, de forma lapidaria: “En Brasil las culturas primitivas se mezclan a la vida cotidiana, o son reminiscencias aún vivas de un pasado reciente. Las terribles osadías de un Picasso, un Brancusi, un Max Jacob, un Tristan Tzara, eran, en el fondo, más coherentes con nuestra herencia cultural que con la de ellos”. En *Literatura e sociedade*. San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1973 (originalmente de 1953), página 121.

6. Véase Catálogo *El indigenismo en diálogo. Canarias-América 1920-1950*. Canarias, Centro Atlántico de Arte Moderno, 2001 (curadoría de María Candelaria Hernández Rodríguez).

7. “...los figurines de Alfredo González Garaño para el ballet *Ollantay* con argumento de Ricardo Güiraldes y música de Pascual de Rogattis. Su autor [Güiraldes], familiarizado con el arte modernista a través de su frecuentación de los artistas y los talleres del viejo mundo, era también un coleccionista de arte africano y precolombino”. Véase Adriana Armando y Guillermo Fantoni. “El ‘primitivismo’ martinfierrista de Girondo a Xul Solar”, en Oliverio Girondo. *Obra completa*. París, Archivos, 1999 (coordinador: Raúl Antelo), página 483.

8. Ver el cuaderno de viaje de Girondo. *Expedición a Quilmes. Tomo II*, en *op. cit.*, páginas XXI-XXV.

dríamos también mencionar como influencias el *Harlem Renaissance*, específicamente la poesía de Langston Hughes (*The Weary Blues*, 1926), o el aluvión de literatura negrista producida y exportada desde París: entre otros, Gertrude Stein, *Melanchta*, 1909; Blaise Cendrars, *Anthologie Nègre*, 1921; André Gide, *Voyage ao Congo*, 1927; Paul Morand, *Magie noire* y *Paris Tombouctou*, ambos de 1928, o Philippe Soupault, *La nègre*, 1929.

De la poesía negrista latinoamericana, el nombre más importante es el del puertorriqueño Luis Palés Matos (1898-1959). No sólo por ser el pionero de la poesía afroantillana, con el poema "Danzarina africana", de 1917, como por la calidad poética de su trabajo⁹. Si su libro más difundido de resonancias negristas es *Tuntún de pasa y grifería. Poemas afroantillanos* (1937), su poema más conocido le es muy anterior: "Danza negra", de 1926. En él, los temas y la sonoridad típica de la poesía negrista de la época (cacofonías, onomatopeyas, aliteraciones, etc.) son cruciales:

“Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice: to-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernando Póo.
El cerdo en el fango gruñe: pru-pru-prú.
El sapo en la charca sueña: cro-cro-cró.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
(...)
Pasan tierras rojas, islas de betún:
Haití, Martinica, Congo, Camerún;
las papiamentosas antillas del ron
y las patualesas islas del volcán,
que en el grave son
del canto se dan”

Nicolás Guillén (1904-1989) es tal vez el nombre más conocido de la poesía cubana de vanguardia. *Motivos del son* (1930) reproduce el habla del negro y a partir de su segundo libro, *Sóngoro cosongo* (1931), Guillén pasa a un lenguaje más castizo. En el prólogo el poeta cubano bautiza la

9. Afirma Mercedes López-Baralt en *El barro en la botella: la poesía de Luis Palés Matos*. Puerto Rico, Editorial Plaza Mayor, 1997, página 95: “‘Danzarina africana’ marca un hito en la historia literaria caribeña, pues convierte a Palés en el iniciador indiscutible del negrismo en las Antillas hispánicas: nuestro poeta precede a Guillén, Pereda, Guirao, Tallet, Carpentier y Ballagas; incluso antecede a libros importantes del norteamericano Langston Hughes y del jamaiquino Claude McKay”.

poesía como “versos mulatos” y afirma que “el espíritu de Cuba es mestizo”. Otro nombre que merece destacarse en el horizonte hispanoamericano es el del uruguayo Ildefonso Pereda Valdés (1899-1996)¹⁰, pionero de la literatura negrista en América del Sur. Además de la obra poética dedicada a temas afroamericanos (se destacan *La guitarra de los negros*, de 1926, y *Raza Negra*, de 1929), fue también pionero en las investigaciones antropológicas al estudiar las tradiciones negras en el Uruguay y en otros países¹¹. Las lecturas de los brasileños Nina Rodrigues, Arthur Ramos, Gilberto Freyre y Mário de Andrade fueron influencias decisivas en sus ensayos sobre el universo afrouruguayo.

Ya en el área de los estudios sociológicos y antropológicos en el ámbito hispanoamericano, merece destacarse la investigación de Vicente Rossi (1871-1945), *Cosas de negros*, de 1926. Este libro es un texto pionero sobre la raza negra en el Río de la Plata; se detiene en el estudio del habla de los negros así como en los orígenes africanos del tango y del candombe. Rossi, periodista y escritor uruguayo radicado en Córdoba, Argentina, hace de la lengua rioplatense, una afirmación de nacionalidad americana, en oposición a las rígidas normas castizas de la Real Academia de la Lengua. Se lo podría incorporar a los proyectos lingüísticos independentistas de las vanguardias de los años '20, de raíces románticas y decimonónicas¹². Es contemporáneo al “neocriollo” de Xul Solar, al lenguaje argentinizante de Borges y a la “gramatiquinha” de Mário de Andrade. La peculiar escritura de Rossi lo aproxima al proyecto lingüístico de Simón Rodríguez en Venezuela. De la misma manera que Oswald de Andrade propugnaría en el Manifiesto de la Poesía Pau Brasil (1924) por “la contribución millonaria de todos los errores”, Vicente Rossi, dos años después, en la advertencia a *Cosas de negros* afirmaría: “Error es el servilismo idiomático en esta maravillosa América”¹³. Entre las investigaciones sociológicas y antropológicas afrobrasileñas y afrocubanas, se encuentran los monumentales estudios de

10. Para una visión más detallada de la cuestión poética y política, ver el capítulo “Negritud y negritud”, en mi antología *Las vanguardias latinoamericanas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2002 (2ª edición corregida y aumentada).

11. *Línea de color. Ensayos afroamericanos* (1938), *El negro rioplatense y otros ensayos* (1937) y *Negros esclavos y negros libres* (1941). Pereda Valdés compiló también la *Antología de la poesía negra americana* (1936).

12. Ver, de mi autoría, “Lenguajes utópicos. 'Nwestra ortografía bangwardista': tradición y ruptura en los proyectos lingüísticos de los años veinte”, en Ana Pizarro (org.). *América Latina. Palavra, literatura e cultura*. San Pablo, Unicamp/Memorial da América Latina, 1995, páginas 31-55.

13. Vicente Rossi. *Cosas de negros. Rectificaciones y revelaciones de folklore y de historia*. Buenos Aires, Editorial Taurus, 2001 (edición original de 1926), con estudio preliminar de Horacio Jorge Becco. Borges le ha dedicado dos reseñas: la primera, sobre *Cosas de negros*, es de 1926; la segunda, sobre *El idioma nacional rioplatense*, es de 1928. En esta última, afirma Borges:

Gilberto Freyre (1900-1987), *Casa grande y senzala* (1933), y de Fernando Ortiz (1881-1969), *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940).

Puede parecer irónico, pero podemos afirmar que el Brasil, con una altísima densidad demográfica negra, es relativamente pobre en la producción lírica afrobrasileña¹⁴. Sus mejores representaciones poéticas están en Raul Bopp (1898-1984), escritor y diplomático riograndense, y en Jorge de Lima (1893-1953), médico, poeta y pintor, originario de Alagoas.

Urucungo. Poemas negros (1932), de Raul Bopp, podría ser considerado el libro más representativo de la generación vanguardista de temática negra. La búsqueda de afirmación de la brasilidad ya se había hecho presente en Bopp en el importante *Cobra Norato* (1931), viaje poético por los mitos amazónicos. Bopp formó parte de las hileras de la generación “antropófaga”, y la concepción y composición de *Urucungo* (nombre de un instrumento musical africano) remontan a la Semana del ‘22. La herencia vanguardista predomina todavía en poemas como “Favela (film)”, cuyas metáforas visuales recuerdan de inmediato la poesía *Pau Brasil* (1925) de Oswald de Andrade, o incluso las metáforas ultraístas del *camera-eye* de Oliverio Gironde¹⁵ de los años veinte¹⁶:

[...]

“La bananera echó las tetas del lado de afuera.

[...]

Allá abajo

pasa un tren de suburbio dibujando humareda.

“...estoy previendo que este ahora inaudito y solitario Vicente Rossi va a ser *descubierto* algún día, con desprestigio de nosotros sus contemporáneos y escandalizada comprobación de nuestra ceguera”, en Jorge Luis Borges. *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1997. Ambas reseñas están reproducidas en este libro: páginas 254-5 y 373-4.

14. Números estimativos muestran que de 9 a 18 millones de africanos fueron transportados al Nuevo Mundo. Entre 1811 y 1870 el 3% se encontraba en América del Norte, el 32% en la América española y el 60% en el Brasil. Véase el catálogo *Os herdeiros da noite. Fragmentos do imaginário negro*. San Pablo, Pinacoteca do Estado de São Paulo, 1995, s/p (curadoría de Emanoel Araújo).

15. Aunque muy episódico, hubo un contacto entre Segall y Oliverio Gironde y Norah Lange, su esposa, registrado en los varios libros dedicados que se encuentran en la biblioteca del pintor (Museu Lasar Segall). El encuentro personal ocurrió durante el viaje de seis meses que la pareja hizo por el Brasil. Fruto de este encuentro, son los ejemplares dedicados en San Pablo de *Persuasión de las días*, de Gironde, con dedicatoria del 25 de septiembre de 1943 y *Cuadernos de infancia*, de Norah Lange, con la misma fecha. Años más tarde, Gironde le enviaría *Campo nuestro*, desde Buenos Aires, con dedicatoria del 31 de enero de 1947.

16. (...) “Bananeira botou as tetas do lado de fora. (...) Lá embaixo/passa um trem de subúrbio riscando fumaça. // À porta da venda / negro bocejou como um túnel”, en *Poesia completa de Raul Bopp*. Río de Janeiro/José Olympio, San Pablo/Edusp, 1998 (org.: Augusto Massi), página 218.

En la puerta de la tienda
un negro bostezó como un túnel”

Jorge de Lima publica en 1928 su poema más conocido, “Essa negra Fulô” (“Fulô” es corrupción de “flor” en el habla afrobrasileño), en forma de *plaque*¹⁷. Al año siguiente, reúne sus *Novos poemas* (1929), donde explota el paisaje afro (“Serra da barriga”), la cocina afrobrasileña (“Comidas”) y las historias de esclavos (“Madorna de Iaiá”). Jorge de Lima rememora las narraciones de su infancia, haciendo presente la herencia negra del brasileño. Su lenguaje, según definición de Gilberto Freyre, es el afro-nordestino¹⁸, apartándose del peligro del exotismo fácil del poeta blanco que opta por escribir poesía de temática negrista¹⁹:

[...]
“¡Oh, Fulô! ¡Oh, Fulô!
(Era la voz de su ama)
ven a ayudarme, Fulô,
ven a abanicarme el cuerpo
que estoy sudando, Fulô,
ven, ráscame los picores,
ven a quitarme las liendres,
ven a mecarme en la red,
ven y cuéntame una historia
que tengo sueño, Fulô!
¡Esa negra Fulô!”
[...]

(traducción de Ángel Crespo)

De mayor importancia es el libro *Poemas negros* (1947), que incluye nada menos que 13 dibujos a pluma, en tinta china, de Segall. Las imágenes de la negritud son realistas y fidedignas a los poemas, ya que funcionan como soporte iconográfico de los textos poéticos²⁰. Dos de las imágenes llaman la atención. La primera de ellas ilustra el poema “La noche se des-

17. Su obra más importante es *Invenção de Orfeu*, poema épico en diez cantos, de 1952.

18. Gilberto Freyre, prefacio a *Poemas negros*. Río de Janeiro, Revista Acadêmica, 1947. Reproducido en *Poesia completa*. Río de Janeiro, Nova Aguilar, 1997, página 91.

19. (...) “Ó Fulô! Ó Fulô! / (Era a fala da Sinhá) / vem me ajudar, ó Fulô, / vem abanar o meu corpo / que eu estou suada, Fulô! / vem coçar minha coceria, / vem me catar cafuné, / vem balançar minha rede, / vem me contar uma história, / que eu estou com sono, Fulô! (...)”, en *Op. cit.*, páginas 255-256.

20. Para un excelente estudio de estas relaciones, ver, de Gênese Andrade, “Retratos e cenas em *Essa negra Fulô e Poemas negros*”, en *Imagens eloquentes. A escritura plástica de poetas e artistas latino-americanos*, en 2 tomos. San Pablo, Universidade de São Paulo/FFLCH, 2001, páginas 186-201 (tesis doctoral inédita).

plomó sobre el muelle” (“A noite desabou sobre o cais”). En ella se reconoce el marinero monumentalizado en primer plano y, por detrás –aunque insertada en una estructura en cuadrícula–, la forma ojival que parecería primero en el grabado *Favela* (1930) y posteriormente, de extraordinario impacto visual, en la proa del conocido *Navio de emigrantes* (1939-1941). En esta ilustración para *Poemas negros* publicada en 1947, se da la conjunción del tema marítimo (a través del tema del puerto y de la imagen central del marinero) y el de la favela, resuelta con la misma solución plástica²¹. También llama la atención otra ilustración para el mismo poema, con cuerpos amontonados en la proa del navío; aquí sin duda se produce una superposición entre la temática del navío negrero y el del *Navio de emigrantes*, inspirada posiblemente en el éxodo judío de la época²².

(...)
 “¿Serán carabelas? ¿Serán negreros?
 Son carabelas y son negreros.
 Hay sucios marineros en las carabelas.
 Hay extranjeros que quedaron negros
 de trabajar con el carbón.
 Estibadores trabajan, trabajan,
 suben y bajan a los sótanos.
 ¿A dónde van esas naves?”
 (...)

Las imágenes de Segall creadas para este poema se constituyen en una traducción visual equivalente, tanto para lo negro como para lo judío²³.

21. Reproducimos aquí la siguiente observación de Frederico Morais, de donde también deriva la nuestra: “Es posible, por lo tanto, que la forma gótica del *Navio de emigrantes* haya nacido cuando él descubrió la favela, que es también una ojiva miserable que cruza el paisaje, como la proa del barco sobre las aguas del mar. Los dos arcos góticos están ahí, frente a frente, navío y montaña, en la punta seca de 1930”, en “O Rio de Segall”. Catálogo *Lasar Segall e o Rio de Janeiro*. Río de Janeiro, Museu de Arte Moderna do Rio de Janeiro, 1991, página 64.

22. (...) “Serão caravelas? Serão negreiros? / São caravelas e são negreiros. / Há sujos marujos nas caravelas. / Há estrangeiros que ficaram negros / de trabalharem no carvão. / Homens da estiva trabalham, trabalham, / sobem e descem nos porões. / Para onde vão essas naus? (...)”. Jorge de Lima. “A noite desabou sobre o cais”, en *Poesia completa*. Río de Janeiro, Nova Aguilar, 1997, página 322.

23. En carta dirigida a Lasar Segall, donde le encarga los dibujos, le urge Jorge de Lima: “...tengo prisa por publicar los *Poemas negros*... cuanto más rápido me mandes las ilustracio-

Pero la negritud en Segall ¿es un descubrimiento o un redescubrimiento? ¿Y de qué forma el pintor judío ruso representa lo negro en su pintura? El tema de la negritud no podía serle desconocido, aunque no haya ninguna representación específica de lo negro en su pintura producida en Europa, anterior a su llegada al Brasil. El expresionismo alemán, así como el cubismo francés, no sólo se alimentaron sino que fueron producto de las referencias artísticas y culturales primitivas. Al mismo tiempo que Picasso pinta *Les Femmes d'Alger*, de fuerte inspiración africana, Kandinsky también descubre el arte negro²⁴. Los museos de Dresde y de Berlín —este último, con la colección etnográfica más importante de Europa en la época— eran harto frecuentados por el grupo de pintores expresionistas de *Die Brücke*. El primitivismo fue palabra de orden para las vanguardias, y la negritud fue, tal vez, su mejor expresión.

En América Latina, pocos han sido los pintores que no hicieron de París y Berlín paradas obligatorias y que no integraron lo primitivo a sus repertorios. En el Cono Sur, tanto Joaquín Torres-García (1874-1949) como Xul Solar (1887-1963) y Pedro Figari (1861-1938) querían restaurar sus propias tradiciones americanas, recuperar los elementos autóctonos de una cultura²⁵. Torres-García, a través del *Universalismo Constructivo*, amal-

nes, mejor. Creo que tú ya estás ambientado con los poemas. Además: el asunto debe ser sólo la representación del negro en todos los ambientes en que estuvo desde su venida al Brasil, o sea: el negro (cuando digo el negro, digo también negra, sin hacer distinción de sexo) en los navíos negreros, miles de cabindas, de guinés, de todas las tribus africanas amontonadas en los sótanos de los navíos; el negro rebelado refugiado en las sierras guerreando al blanco; la sirena negra que habita el mar; el negro hechicero; escenas de macumba; la negrita peinando a su ama blanca en la red; la negra vendedora de dulces; la negra dándole el pecho al niño blanco; la negra contando historias en los terrenos de las casas blancas...". Dactiloscrito de Jorge de Lima del 10 de febrero de 1944, Museu Lasar Segall.

24. "Kandinsky afirmó que su interés 'etnográfico' se despertó a partir 'de la perturbadora impresión que me causó el arte negro que vi [en 1907] en el Museo Etnográfico de Berlín'". Donald E. Gordon. "German Expressionism", en William Rubin (ed.). *Primitivism in 20th Century Art. Affinity of the Tribal and the Modern*. Tomo II, Nueva York, The Museum of Modern Art, 1984, página 375.

25. Hasta Emilio Pettoruti tuvo su momento "primitivista". Gracias a la investigación de Patricia Artundo, nos enteramos de la siguiente declaración hecha por Pettoruti en Berlín, en febrero de 1923, o sea, tres meses antes de su exposición en la Galería Der Sturm: "Es mi mayor deseo [...] intentar [en la Argentina] la formación de un arte decorativo americano. Piensa el artista, inspirado en lo que nos pertenece y que deberíamos hacer más nuestro llevándolo a la forma bella, en realizar un arte decorativo basado en la utilización de los elementos de nuestro arte primitivo. En el arte incaico, en el azteca, existe un venero inagotable de motivos pictóricos. El gaucho es esencialmente decorativo. Sus prendas engalanan pintorescamente su figura. El facón es una alhaja exquisita, original. Todo es decorativo también en la vida del personaje legendario. Y nada más generoso que sintetizarle y exaltar-

gamaba el lenguaje de las vanguardias europeas con las voces de una América prehispánica. Llegaba así a un primitivismo de base racional, geométrico, codificado por un lenguaje de símbolos e íconos universales. En 1928, Torres-García asiste a la exposición de arte precolombino “Les arts anciens de l’Amérique”, en el Musée des Arts Décoratifs de París, y en 1930, en *Dessins*, publicado en la misma ciudad y considerado su primer manifiesto del constructivismo, Torres-García repite, en su particular escritura, los gestos fundadores de la vanguardia primitivista: “Una cosa que sé bien es: que me interesa más un museo ETNOGRÁFICO que un museo de PINTURA. El hombre de las catedrales es pasado —el hombre, hoy construye máquinas. Grandes puentes metálicos. Grandes transatlánticos y USINAS”.

En Xul Solar hay una trayectoria geográfica semejante. Pasa doce años en Europa, de 1912 a 1924, compartiendo la época florentina (1916-17) con Emilio Pettoruti²⁶. Los dos años en Munich (1921-23) lo ponen en contacto con la vanguardia expresionista: especialmente con las obras de Klee y de Kandinsky. De sus lecturas, sabemos que Xul había comprado el almanaque expresionista *Die Blaue Reiter*²⁷, dirigido por Kandinsky y Franz Marc, y que en su biblioteca se encuentran todavía hoy *Expressionismus*, de Hermann Bahr (1916), y la novela *Der Golem*, de Gustav Meyrink (1915), temática que inspiraría el cine expresionista alemán²⁸. En la pintura de fondo expresionista, especialmente las acuarelas de principios de los años ‘20, Xul Solar utiliza códigos precolombinos, íconos de la religión egipcia y de la mitología azteca. Con el perfil místico que lo distinguiría de sus contemporáneos rioplatenses aquí analizados, Xul es capaz de realizar una síntesis de grandes religiones en una pintura donde lo americano ocupa un espacio privilegiado —tanto en la iconografía como en el lenguaje, el *neocriollo*, que a veces lo descubrimos en las intervenciones verbales en varias de sus acuarelas. Podríamos aplicar a Xul y a su obra las siguientes palabras de Lasar Segall: “[El expresionismo alemán] despertó en las

le artísticamente. Así hermostraríamos museos y hogares con nuestra propia tradición, y el culto americanista alcanzaría su apogeo, al compenetrarnos con amor de nuestra historia”. Entrevista concedida a Julio de la Paz, “Argentinos en Berlín. El pintor Emilio Pettoruti”, en revista *Atlántida*, Buenos Aires, 8 de febrero de 1923 (en el álbum de recortes 1923-1925, Archivo Pettoruti, Fundación Pettoruti). Citado por Patricia Artundo. *Mário de Andrade y la Argentina*. Tomo I, Universidade de São Paulo/FFLCH, 2001 (tesis doctoral inédita) páginas 89-90.

26. Véase Mario H. Gradowczyk. *Alejandro Xul Solar*. Buenos Aires, Ediciones Alba, 1994, páginas 30-31.

27. *Ib-ídem*, página 29. Existe edición en español: Vasily Kandinsky y Franz Marc. *El jinete azul*. Barcelona, Editorial Paidós, 1989.

28. Del catálogo de la exposición *La biblioteca de Xul Solar*. Buenos Aires, 2001, páginas 4-5 (curadoría de Patricia Artundo).

almas el misticismo y junto a él, elementos de arte primitivo, anterior a toda cultura”²⁹.

A falta de una cultura maya o azteca, Pedro Figari busca la expresión americana en la región y se vuelca hacia las tradiciones gauchescas, indígenas y negras del XIX, como forma de contrarrestar las palabras de orden de una vanguardia europea, urbana, cosmopolita³⁰:

“Fuera de lo precolombino, miramos al gaucho como la esencia de nuestras tradiciones criollas, como la valla autóctona opuesta a la conquista ideológica que subsiguio a la era de las emancipaciones políticas. Las urbes se han hibridizado: hay parises, madrises, romas, vienas y hasta berlines por estas comarcas, en tanto que la ciudad americana, de pura cepa, y aún de media cepa, está por verse; y hasta parece ser de realización utópica”

En esta pintura de resistencia Figari plantea la recuperación de las costumbres de los negros y de los gauchos uruguayos, prácticamente inexistentes en la época en que los pintó. Imágenes que representan una verdadera reminiscencia, una leyenda que huye de cualquier intención realista. Hay momentos en su obra de exacerbado primitivismo. Óleos anteriores a su pintura más típica, como *Lujuria, Adulación y El camino*, se aproximan a monolitos, a masas brutas que emergen de la tierra³¹. También están los dibujos de trogloditas, con escenas de seres de la edad de piedra. La mayor parte de ellos, diseños pertenecientes al libro *El arquitecto* (1928), próximos a la caricatura, donde no falta un cierto sentido del humor³². La temática negrista lo lleva, en 1923, a participar con algunas obras en la

29. De un texto de Segall de 1924, inédito hasta 1958 y publicado en Vera D’Horta. *Lasar Segall e o modernismo paulista*. San Pablo, Brasiliense, 1984, página 269.

30. Pedro Figari. “El gaucho”, en revista *Pegaso* n° 10. Montevideo, abril de 1919, página 367, reproducido en mi *Las vanguardias latinoamericanas*.

31. Del catálogo de la exposición *Figari. 1861-1938*. Montevideo, Museo Nacional de Bellas Artes Juan Manuel Blanes, 1999 (org.: Gabriel Peluffo), página 19. Las fechas presumibles de estas pinturas serían 1917-1918 (véase información de Pablo Rocca). Ver en este catálogo, los importantes artículos de Gabriel Peluffo, “La construcción de una leyenda rioplatina” y de Juan Fló, “Pedro Figari: pensamiento y pintura”.

32. Pedro Figari. *El arquitecto*. Montevideo, Vintén Editor, 1998 (edición facsimilar; edición original de París, Le Livre Libre, 1928). Del repertorio de “primitivistas” aquí mencionado, tal vez Figari sea el único con cierto rasgo de humor en su obra. Afirma al respecto Jorge Romero Brest: “...a diferencia de los pintores franceses con los cuales todo el mundo se empeña en vincularlo, el fantástico Dr. Figari fue un humorista de corte americano. No por haber pintado escenas con negros, chinas y gauchos, que ni el recuerdo se las pudo inspirar, pues probablemente jamás fueron como las pintó, sino por haber dado con ellas la nota entre sarcástica y sentimental, primitiva, popular, de estos pueblos americanos casi vírgenes”, en el catálogo *Figari*. Buenos Aires, Instituto Torcuato di Tella, 1967, y reproducido parcialmente en *Seis maestros de la pintura uruguaya*. Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes, 1987, página 81.

exposición "L'art nègre", en el Musée des Arts Décoratifs de París. Dos años más tarde, se instala en la Ciudad Luz, donde reside por casi nueve años, hasta 1934³³, y con una gran producción de temática afrouruguaya. Figari mira directamente hacia el pasado, una añoranza destinada a hacer una afirmación de lo nacional. Su modernidad, más que adaptar ciertas reglas vigentes del primitivismo europeo, se basa en una pintura criolla de corte regional. "Positivista por su temática pero no por su técnica, vio en los trogloditas, los negros, los gauchos, toda la fuerza primitiva de un presunto ser nacional", afirma Ángel Kalenberg³⁴. A diferencia de los vanguardistas europeos, los uruguayos Figari y Torres-García desarrollan proyectos de intervención en el imaginario colectivo de una nación. Utopías iniciadas cuando ambos tienen 60 años de edad: Figari, cuando se va a Buenos Aires y a París a inicios de los años '20; Torres-García, cuando se vuelve a Montevideo después de 40 años de ausencia.

SEGALL: ¿UN PINTOR BRASILEÑO?

Lasar Segall realiza una trayectoria distinta a la de los pintores rioplatenses aquí mencionados. Torres-García y Xul Solar inventan utopías que se nutren de fuentes prehispánicas; Figari tiene una mirada nostálgica y regionalista, para no sucumbir a la medusa de las vanguardias internacionales (aunque hubiese pintado gran parte de su obra criollista y afrouruguaya en París). Lasar Segall, poco después de instalarse definitivamente en el Brasil, empieza a producir cuadros de temática negrista. Pero el compromiso de Segall no es con un proyecto nacional, sino con un contenido estético e ideológico que sorprendentemente ya había germinado en su período expresionista y que encuentra en la temática brasileña una especie de *locus amenus* para traducir las preocupaciones que lo acompañarán en toda su producción artística.

Dentro de este contexto de una amplia producción plástica, crítica y literaria del fenómeno afroamericano de los años '20 y '30, ¿cómo se define la obra de Lasar Segall, inmigrante europeo de inicios de los '20, artista muy reconocido en las hileras del expresionismo alemán, y que hace de la temática negrista uno de los *leitmotivs* en su obra? El descubrimiento en 1924, a poco de desembarcar en Brasil, de la zona de prostitución de Río de Janeiro, conocida como *Mangue*, despierta en su obra la temática afrobrasileña. En las tres décadas siguientes (fallece en 1957), Segall le será

33. Datos extraídos de la "Cronología biográfica 1861-1938", organizada por Patricia Arundo y Marcelo Pacheco, en *Figari*. XXIII Biental de San Pablo, Buenos Aires, Banco Velox, 1996.

34. En *Seis maestros de la pintura uruguaya*. *Op. cit.*, página 58.

fiel a este tema. La pregunta que se formula –y se ha formulado en varios momentos– la crítica de arte acerca de su obra es la sutil cuestión de su brasilidad. Un óleo como *Encuentro*, producido justamente en 1924, muestra el grado de conciencia (o de problematización) de Segall con respecto a esta cuestión. Ni uno de sus varios autorretratos revela de manera tan ostensible su propio proceso de transculturación. Como si no fuese suficiente la acentuada “piel canela” del pintor eslavo, el contraste con la blancura de su esposa Margarete Quarck, con quien había inmigrado al Brasil, es elocuente. El cuadro es intenso en ambigüedades: aunque de manos entrelazadas, puede significar en efecto la despedida de su esposa alemana, separación que en efecto ocurrió ese mismo año. Un análisis temporal del cuadro significaría entonces un prenuncio del retorno de Margarete a Berlín y una afirmación de la elección por parte de Segall del Brasil como su tierra definitiva. Frederico Morais hace una sagaz lectura de esta escena, a la que percibe más como un “desencuentro” que el “encuentro” anunciado por el propio título³⁵. Pero este encuentro puede ser de orden geográfico, es decir, con el Brasil, y no con Margarete, cuya unión ya estaba llegando a su fin. La pintura revela una mujer de expresión tensa, rígida. Su mirada helada se contrapone al rostro cándido y de labios gruesos de Segall. La blancura de Margarete es un claro índice de resistencia a los nuevos colores de los trópicos: actúa como un contrapunto no sólo con el marrón de la piel y de la ropa de Segall (marrones y ocres que lo acompañarán en toda su obra pictórica), sino también con la maleza verde de los trópicos, en el reducido paisaje al fondo de las dos figuras. En este proceso de mulatización de Segall, lo europeo se mantiene en su vestuario: traje, camisa, corbata y sombrero. El espacio también es ambiguo: por un lado, las palmeras minimizadas; por el otro, la geometría de las construcciones (ya presentes en cuadros producidos en Alemania, como *La calle*, de 1922 sobre una superficie adoquinada, que dialoga con el racionalismo del estatismo de Margarete, representación a ultranza de lo europeo).

En 1924, año de la “mulatización” de Segall, su producción de temática negrista es fecunda. Es el año en que también produce, además de otras obras de temática afrobrasileña, *Mulato I*, *Mulata com criança* y *Meni-*

35. Frederico Morais. “O Rio de Segall”, en el Catálogo *Lasar Segall e o Rio de Janeiro. Op. cit.*, página 63. Interpretación contraria es la de Gilda de Mello e Souza, en un fundamental artículo, donde se pregunta: “¿Sería el cuadro un retrato simbólico de una joven pareja europea en el país exótico, acorralados en su aislamiento, pero buscando el apoyo mutuo, ella resistiendo a la integración [...]; él, persuasivo, tomando las manos de la compañera entre las suyas, y sintiéndose ya en la piel de un brasileño?”, en “Vanguardia e nacionalismo na década de vinte”, en *Exercícios de leitura*. San Pablo, Duas Cidades, 1980 [original de 1975], páginas 263-264.

no com lagartixas. En este último óleo, el sintagma “mulato” + “lagartija” + “hojas de bananos”³⁶ funde y horizontaliza en una única dimensión los conceptos de cultura y naturaleza (hombre + animal + planta). Se produce en esta tela una visión edénica, ahistórica, primitiva e iluminadísima de un Brasil que acaba de ser descubierto por la mirada judeo-eslava. Dos años más tarde Segall expone en Berlín y en Dresde la producción brasileña del período. No extraña, en la cuna del expresionismo, el entusiasmado análisis sobre “la cultura solar del sur”, publicada en un diario de Berlín de la época, ávido de la mirada exótica de los trópicos³⁷:

“¡Qué poderosa es esta obra! La evolución que se efectuó bajo el signo del Brasil, bien lo revela. Todo es un despliegue de una nueva y fértil era vital. El deslumbramiento cromático del sur ofrece cuadros que quieren ser rememoración, rememoración sincera. El amarillo ardiente del sol, el violeta claro con que [Segall] pinta sus casas –como un claro reflejo de plantas fantásticas–, el verde intenso de los cactus y de las palmeras, y la gente color café –todo esto se reúne en una única, límpida embriaguez de colores. Él se entregó a la naturaleza primitiva con la misma fuerza con la que se había entregado antes a la hipnotización demoníaca y espiritual del *Ghetto* y su melancolía musical. Los tintes –antes generalmente en verde-sucio místico, gris, negro, verde-gris y un violeta espectral– se aclaran completamente en la milagrosa cultura solar del sur”

Sabemos que este período de intenso cromatismo en Segall será pasajero, y que los años ‘20 tampoco fueron dedicados exclusivamente a temas negristas, pero sin duda se trata del período más fecundo de Segall en la pintura, en los grabados y en los dibujos dedicados al tema en cuestión. Merece especial atención, dentro de la temática negrista de su obra, la serie dedicada al Mangué³⁸. Después de las mulatas, las persianas son la

36. Refiriéndose a *Bananal* (1927), estructuralmente muy semejante a *Menino com lagartixas* (1924), escribe Mário de Andrade: “Lasar Segall realiza el valor plástico de la vegetación en inundaciones de verde que son de una variedad y entretono y de una textura sumamente deliciosa”, en una reseña a la exposición individual de 1927, en la Rua Barão de Itapetininga 50 (San Pablo), publicada en el *Diário Nacional*, San Pablo, 31 de diciembre de 1927. Reproducida en Marta Rossetti Batista, Telê Porto Ancona Lopez y Yone Soares de Lima. *Brasil: 1º Tempo Modernista. 1917/21*, ya citado, página 152.

37. Catálogo de la exposición. Fragmento traducido de *Juedische Rundschau*. Berlín, 1º de junio de 1926, reproducido en página 145.

38. Antes de que el sustantivo *mangue* fuese identificado con la zona carioca de baja prostrucción, siempre significó una región cenagosa, con árboles denominados “mangues”, conocido también como “manguezal”. Manuel Bandeira describe la historia de esa región en el texto introductorio al famoso álbum de Segall, *Mangue* (1943). Zona pantanosa e insalubre, en 1860 el Barón de Mauá se propuso darle un destino industrial de gran gasómetro. Su deterioro fue inevitable, así como su transformación posterior en el barrio más famoso de prostrucción en Río de Janeiro.

matriz semántica más importante en gran número de ilustraciones del *Mangue*, y significarán una misteriosa división: ¿una explícita imagen de prisión?, ¿una frontera entre lo público y privado-público?, ¿una comprensión escindida entre la cultura (externa) y la mentalidad primitiva (interna)?, ¿una barrera entre un universo masculino, deseante y la contrapartida femenina, misteriosa y oculta por persianas? En este boceto, así como en toda la serie del *Mangue*, la identidad social se superpone a la identidad individual.

En 1943, año de su gran retrospectiva en el Museu Nacional de Belas Artes de Río de Janeiro, dos décadas después de haber dado inicio a este tema, es publicado el álbum *Mangue*, con 4 grabados originales y 42 reproducciones de dibujos. Son dibujos producidos en su mayor parte entre el '25 y el '29, pero los completan también algunos del '43, año de la publicación del álbum. Lo introducen tres textos importantes. El primero, "Lasar Segall", de Jorge de Lima, cuyo libro *Poemas negros* (1947) será ilustrado por el pintor pocos años más tarde. El segundo, un ensayo teórico "Do desenho" [Del dibujo] de Mário de Andrade, el crítico más fervoroso durante los primeros años de Segall en el Brasil³⁹. Y finalmente, "O Mangue", texto en prosa de Manuel Bandeira, que en su importante libro *Libertinagem* (1930) incluiría precisamente un poema con el mismo título. Bandeira, en su ensayo, menciona algunos versos de la poesía de Vinicius de Moraes, "Balada do Mangue", compuesta a inicios de los años '40⁴⁰. Pero al contrario de Vinicius, que describe "polacas", "rubias / mulatas / francesas // vestidas de carnaval", Segall sólo ve negras y mulatas, y su paisaje humano está desprovisto de cualquier visión carnavalesca. Las prostitutas de Segall identifican la condición de la negritud, sumada a la condición social de la pobreza. Al contrario de la interpretación del excelente estudio de Stephanie D'Alessandro, donde el *Mangue* para Segall "repre-

39. Norberto Frontini, que no había conseguido publicar en Buenos Aires el texto de Mário de Andrade sobre Segall, del catálogo de la exposición en Río de Janeiro, en 1943, consigue, en cambio, publicar la traducción del texto "El dibujo" de Mário de Andrade, en la revista *Correo Literario* n° 14, Buenos Aires, 1° de junio de 1944, páginas 4 y 5. Llama mucho la atención que en este texto introductorio al álbum *Mangue*, que ya había sido publicado en el periódico *O Estado de São Paulo* en abril-mayo de 1939 (según informa Patricia Artundo en la nota 260, ya citado) no se mencione absolutamente nada sobre la obra de Segall.

40. El tiraje de la edición original del álbum *Mangue* fue de apenas 135 ejemplares y por iniciativa de Murilo Miranda, fundador y director de la *Revista Académica*, quien, al año siguiente, publicaría el número especial de la revista dedicado a Segall. En 1977, como homenaje a los veinte años de su muerte, la editorial Philobiblion de Río de Janeiro hace una reedición de 2000 ejemplares, numerados, y le agrega al final la versión integral del poema de Vinicius de Moraes, "Balada do Mangue" (no fue posible localizar la fecha de composición de este poema, que seguramente fue escrito pocos años antes de la publicación de 1943).

sentaba un reino de sexualidad y exotismo desenfrenados, y él se colocaba como su explorador artístico, aventurándose en el espacio erotizado del primitivo⁴¹, creemos que el espacio de la pobreza, de la soledad y la total ausencia de identidad individual niegan cualquier posibilidad de erotización de ese paisaje humano descarnado. Sin duda que Segall tenía todos los elementos para darle una interpretación erótica, exótica y cromática, entrando en el campo cultural de lo previsible, por tratarse de un pintor europeo recién llegado al Brasil; pero eligió, en cambio, el *pathos* y el tono de la tragedia, reconocible ya en su obra expresionista y en la temática judía. Quien en esa misma época hará de los burdeles y de las prostitutas-mulatas un espacio brasileño dionisiaco, donde prevalecen la sensualidad, la alegría y un cromatismo carnalesco, es Di Cavalcanti (1897-1976), una especie de contrapunto segalliano, pero que también fue marcado por el expresionismo y por el cubismo⁴². Lo que percibimos en Segall, más que una matriz original brasileña, es la inmigración de temas que ya habían madurado en su etapa europea y expresionista. Antonio Candido ve este movimiento de forma muy clara en la literatura, al hacer la siguiente distinción⁴³:

“A este proceso se lo puede llamar dialéctico porque consistió realmente en una integración progresiva de la experiencia literaria y espiritual, por medio de la tensión entre el dato local (que se presenta como *substancia de la expresión*) y los moldes heredados de la tradición europea (que se presentan como *forma de la expresión*)” [subrayado mío]

¿Cuál es la forma de la expresión que Segall trajo al Brasil? No voy a repetir lo que ya ha sido dicho en relación con los postulados expresionistas que lo precedieron⁴⁴. Pero sí describir algunos temas que se converti-

41. Stephanie D'Alessandro. “A assimilação do espetacular e do inédito. O Brasil na obra de Lasar Segall”, del Catálogo *Still More Distant Journeys / Por caminhadas ainda mais distantes: as emigrações artísticas de Lasar Segall*. *Op. cit.*, página 148.

42. Di Cavalcanti, reconocido bohemio de la vida nocturna carioca, también elige la prostitución como uno de sus temas, junto con el cabaré. En 1929 produce el cuadro *Mangue* y varias obras de temática semejante. “Bohemio inveterado, amigo de la noche, amigo de los amigos, mujeriego, despillarrador y generoso”, así lo define Aracy Amaral en “As três décadas essenciais no desenho de Di Cavalcanti”, en *Desenhos de Di Cavalcanti na coleção do MAC*. San Pablo, Museu de Arte Contemporânea da Universidade de São Paulo, 1985, página 10. El hermoso cuadro *Mangue*, de 1929, un grafito y acuarela sobre papel, se encuentra en el Catálogo *Di Cavalcanti 100 anos*. Río de Janeiro, Petrobrás, 1997 (curadoría de Denise Mattar), página 45.

43. Antonio Candido. *Literatura e cultura de 1900 a 1945 (Panorama para estrangeiros)*. San Pablo, Editora Nacional, 1973, página 100 (edición original de 1965).

44. Ver también, de Claudia Valladão de Mattos, *Lasar Segall. Expressionismo e judaísmo. O período alemão (1906-1923)*. San Pablo, Perspectiva/Fapesp, 2000.

rían en los verdaderos *moldes* de Europa Central que Segall rellenaría aquí con la *substancia brasileña de la expresión*. En primer lugar, la prostitución como tema ya no era una novedad en la obra del propio Segall: aparece en las ocho ilustraciones que hizo en 1921 para *Bubu de Montparnasse*, una novela de Charles Louis Philippe que ocurre en un barrio de prostitutas. Tampoco podemos olvidar que el título (así como el tema) original del cuadro fundador de la vanguardia primitivista, *Les Demoiselles d'Avignon* (1907), de Picasso, era *Le Bordel d'Avignon*, y que aunque Picasso resistió mucho al cambio del nombre, se vio obligado a hacerlo para poder exponer el óleo brevemente, y por primera vez, en 1916 en el Salon d'Antin, organizado por André Salmon⁴⁵. El tema del abandono y de la miseria, presentes en el *Mangue*, son la substancia de grandes obras de su etapa expresionista, como *Interior de indigentes* (1920) o *Interior de pobres II* (1921). Llama también la atención que el tema del *Mangue* o de la prostitución femenina hubiese sido uno de los focos permanentes de interés de Segall, desde el inicio hasta prácticamente el final de su producción artística. Es lo que vemos en óleos tardíos, pero no por eso menos importantes, como *Interior del Mangue* (1949), o en dos cuadros de gran semejanza, y que podrían ser considerados uno, *Calle* (1922), un punto de partida y el otro, *Calle de erráticas I* (1956), pintado un año antes de su muerte, un punto de llegada. Este arco, que también podría ser diseñado para la temática judía (cuyas pinturas más importantes fueron realizadas en el Brasil, *Vejez* [1924], *Rollo de la Toráh* [1933], *Pogrom* [1937] y *Navio de emigrantes* [1939-41]), revela matrices semánticas que superan programas estéticos o nacionalismos pictóricos.

Esto nos remite a la pregunta inicial: ¿Cuán brasileña es la pintura de Segall? La crítica local ya se ha detenido en esta cuestión algunas veces. Hubo momentos en que, por razones políticas, y en ocasión de la publicación del número especial de la *Revista Académica* en junio de 1944, se lo consideró a Segall, de modo enfático, un pintor brasileño por excelencia. Pero fuera de este momento de tensiones y definiciones ideológicas, en que fue fundamental destacarle la brasilidad, la cuestión nunca fue un asunto definitivo. Hay afirmaciones, a mi modo de ver demasiado perentorias, como la de Jorge Coli cuando afirma que “para Segall el universo brasileño le es casi indiferente. Por supuesto que existen paisajes de Campos de Jordão, existen las imágenes del Mangue. Pero se trata de episodios casi accidentales”⁴⁶. Pero hay percepciones tempranas, lúcidas y más moduladas, como la de Manuel Bandeira en su ensayo introducto-

45. Véase *Les Demoiselles d'Avignon*, en Pierre Daix. *Op. cit.*, páginas 246-254.

46. Jorge Coli. “A escultura de Lasar Segall”, introducción al catálogo *A escultura de Lasar Segall*. San Pablo/Campinas, Museu Lasar Segall/Museu de Arte Contemporânea de Campinas, 1991, página 6.

rio al *Mangue*, cuando identifica y superpone los contenidos judíos a los negros:

“Segall, alma seria y grave, iba [al Mangue] para asomarse sobre las almas más solitarias y amargadas de aquel mundo de perdición, como ya se había asomado sobre las almas más solitarias y amargadas del mundo judío, sobre las víctimas de los pogroms, sobre la cubierta de tercera clase de los transatlánticos de lujo”

Pienso que el propio Segall tuvo conciencia de estos sutiles procedimientos. Y me gustaría mostrar dos momentos reveladores. El primero, una carta dirigida a su amigo Will Grohmann, a poco menos de dos meses de su partida de Alemania, en la que, frente a todo lo que sus ojos acababan de ver, afirma: “Nosotros no nos modificamos viendo lo nuevo, esto ya no es posible, pero nos desarrollamos y el horizonte se abre [...] los recuerdos que tenemos de nuestra infancia raramente o nunca nos abandonan”⁴⁷. Sabemos que, por un lado, “lo nuevo” fue uno de los totems de la generación modernólatra futurista, pero no de los expresionistas. Y más allá de los “ismos”, pensamos que Segall, cuando llega al Brasil a los 33 años de edad, asimila lo nuevo, pero con una estructura heredada del expresionismo. El otro momento revelador es un texto autobiográfico fechado alrededor de 1950, en Campos do Jordão y publicado póstumamente, donde Segall parece tener muy clara esta idea sobre los orígenes de los contenidos brasileños de su producción pictórica⁴⁸:

“Si me preguntaran si mi arte se renovó en el Brasil, yo respondería que no, si es que esta pregunta supusiese que para crear lo “Nuevo” hay que renunciar a lo “Viejo de las grandes herencias”. Y si me preguntaran si empleo las mismas formas de expresión de mi fase expresionista, respondería que sí, que éstas serían entonces una fórmula del arte de la cual yo me habría esclavizado [...] *El motivo “Mangue” por ejemplo destinos humanos universales [sic], no era nuevo para mí cuando lo vi por primera vez en Río de Janeiro*. Son motivos que, como hombre, siempre me han agitado internamente y como artista me animaban a la creación. ¡Cuántas veces en mi vida los habré pintado! Antes los llamaba “Las erráticas”. En Río, sin embargo, yo me aproximé a ellos con un sentimiento y una comprensión humana más maduros, y sobre todo con una madura mirada artística” [subrayado mío]

Pero si queremos ser rigurosos con Segall sobre su supuesta brasilidad,

47. Carta de Segall a Will Grohmann, fechada en San Pablo, el 10 de febrero de 1924. Reproducida en Vera D’Horta. *Lasar Segall e o modernismo paulista*. Op. cit., páginas 290-291.

48. “Minhas recordações”, en *Lasar Segall. Textos, depoimentos e exposições*. San Pablo, Museu Lasar Segall, 1993 (1ª edición de 1985), página 29.

tampoco podríamos dejar de lado la observación de Emanuel Araújo que citamos al comienzo de este ensayo o ciertas observaciones sobre la propia afrobrasilidad de alguien como Tarsila do Amaral, que no escapa a la crítica de Gilda de Mello e Souza, cuando afirma que “*A Negra* no era un arquetipo, emergiendo intacto de las profundidades de la memoria colectiva; más que eso, era una consecuencia, aunque curiosamente aculturada, del aprendizaje parisino”⁴⁹.

EVOCACIONES DEL MANGUE

El Mangue despertó la imaginación de varios artistas. Segall fue el primero en tematizarlo, a partir de 1924, de forma variada y consistente (grabados, acuarelas, dibujos, xilografías, aguafuertes, óleos) hasta los años '50, haciendo del famoso barrio uno de los temas centrales de su obra. Pero no fue el único. Como ya hemos dicho, Di Cavalcanti también lo repite con frecuencia en sus pinturas, y relata también la época de su juventud bohemia en prostíbulos, especialmente los del barrio carioca de Lapa, en la autobiografía *Viagem de minha vida*⁵⁰. Aunque un poco extenso, vale la pena transcribir este texto de Renato Cordeiro Gomes, que nos muestra de forma muy precisa la “ascensión y caída” de la prostitución carioca. En esta cartografía prostibularia, el barrio de Lapa fue frecuentado por una elite de la vida bohemia carioca, y se contrapone al Mangue, caracterizado por una prostitución que quedó registrada por su pobreza, por su decadencia y por su público proletario⁵¹:

“Una parte de las calles transversales del Mangue, al margen del centro de Río, fue destinada, desde finales del siglo XIX, al confinamiento de las prostitutas de las clases más bajas. Empezaba el control de la prostitución y la reglamentación por parte del Estado, con el propósito de restringirla a áreas designadas a la prostitución tolerada. En 1920, la policía se encargó de “limpiar” la ciudad para la visita de los reyes de Bélgica: las prostitutas fueron encarceladas por vagabundeo y después alojadas en burdeles en nueve calles transversales

49. Gilda de Mello e Souza. “Vanguardia e nacionalismo na década de vinte”, página 267. Ver también, de Aracy Amaral, “Tarsila revisitada”, donde desarrolla, de forma muy detallada, esta cuestión. Catálogo *Tarsila Anos 20*. San Pablo, Galeria de Arte do Sesi, 1997 (curadoría de Sônia Salzstein), páginas 25-32.

50. E. di Cavalcanti. “A minha Lapa carioca dos vinte anos”, en *Viagem da minha vida (memórias)*. Tomo I. *O testamento da alvorada*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1955, páginas 95-104.

51. Nota inédita de Renato Cordeiro Gomes, para el poema “O Santeiro do Mangue”, en Oswald de Andrade. *Obra incompleta* (coord. Jorge Schwartz). San Pablo, Scipione/Colección Archivos, en prensa.

del Manguê. Se constituyó entonces un sistema no oficial por el cual la policía registraba los trabajos del sexo e intervenía en la administración de los burdeles. Se fijó así esa zona de baja prostitución, en contraste con la prostitución de lujo, localizada en el barrio de Lapa, con sus casas nocturnas, cabarés y cafés, transformándose en la “Montmartre tropical”, lugar de la bohemia intelectual de la ciudad, que tuvo su apogeo en los años ‘30. El Manguê continuó siendo la zona meretricia más popular y pobre, cuya decadencia, junto con la de Lapa, se acentúa a partir de la política represiva y moralizante del Estado Novo de Getúlio Vargas (los burdeles de Lapa fueron cerrados en 1943) y del desplazamiento de la vida nocturna a Copacabana, después de la Segunda Guerra Mundial. El Manguê resistió, aún pobre y decadente, hasta 1979, cuando fue demolido para la construcción del metro, quedando apenas la así denominada Villa Mimosa, finalmente desactivada en los años ‘90. En la “Cidade Nova” se construyó, después de la demolición del Manguê, el Centro Administrativo de la Alcaldía de la Ciudad de Río de Janeiro. El imaginario de la ciudad, sin embargo, resiste, denominando “Piranhão” [“Ramera”] al edificio de la Secretaría de la Administración de la Alcaldía y “Cafetão” [“Proxeneta”] al de Secretaría de Hacienda. El imaginario del Manguê resiste como una marca de la ciudad”

En *Libertinagem* (1930), de Manuel Bandeira, encontramos uno de los primeros registros poéticos del Manguê. En este libro, que inaugura la década del ‘30, encontramos algunos de los poemas más importantes de la lírica brasileña de la generación vanguardista, como “Poética”, “Vou-me embora prá Pasárgada”, o “Evocação do Recife”. Ya el propio título, *Libertinagem*, remite directamente al erotismo y la transgresión sexual. El poema “Cacto” revela también el vínculo de Bandeira con el primitivismo. En un excelente ensayo, Davi Arrigucci Jr. ha señalado este nexo, poniendo en diálogo este poema con las imágenes del cactus en Lasar Segall y vinculando a la vez estas representaciones con el primitivismo: el cactus, “junto con los plátanos y los lagartos, indica la presencia sobresaliente del paisaje local, y se presta a la expresión de nuestra faz de miseria: el rostro sufrido del negro o de las prostitutas pobres del Manguê”⁵². Y el tema de la prostitución (anticipado por el título del libro) aparece estampado en el poema en prosa “Noturno da rua da Lapa”, cuyas primeras líneas dibujan el paisaje de la prostitución carioca: “La ventana estaba abierta. Para qué, no lo sé, pero lo que entraba era el viento de los lupanares” (A janela estava aberta. Para o quê, não sei, mas o que entrava era o vento dos lu-

52. En ese ensayo Davi Arrigucci Jr. analiza “cierta inclinación primitivista [de Manuel Bandeira] que tuvo su origen en el estudio del arte negro, de moda en Europa a inicios del siglo y probablemente reactivada por la presencia entre nosotros del autor de la *Anthologie Nègre*, el poeta franco-suizo Blaise Cendrars”. En *O cacto e as ruínas. A poesia entre outras artes*. San Pablo, Duas Cidades, 1997, páginas 27 y 23.

panares...)⁵³. En este diseño urbano de la prostitución en Río de Janeiro, Bandeira complementa la referencia a Lapa, con “Mangue”, uno de los poemas importantes de *Libertinagem*. Extenso (53 versos), rico en referencias histórico-culturales, escrito en una métrica muy irregular, mantiene muchos de los elementos renovadores del nuevo lenguaje poético introducido por la generación del ‘22: una acentuada utilización del verso libre, un lenguaje altamente coloquial, uso de expresiones tupís y afrobrasileñas, y un cierto humor satírico. Escrito en Río de Janeiro, lugar de residencia de Bandeira, el verso de apertura, “Mangue, más Venecia americana que la propia Recife”, potencia la visión de la ciudad que lo vio nacer: Recife, capital de Pernambuco, llamada popular y cariñosamente la “Venecia americana”, por estar cruzada por canales. Bandeira no sólo se está refiriendo al dicho popular autoparódico, capaz de comparar Recife a Venecia, sino que también remite a otro de los momentos líricos más altos de *Libertinagem*: “Evocação do Recife”⁵⁴:

“Recife
 No es la Venecia americana ✓
 No la Mauritsstad de los armadores de las Indias
 [Occidentales
 No el Recife de los Mascates
 Ni aun el Recife que aprendí a amar después –
 [El Recife de las revoluciones libertarias
 Sino el Recife sin historia ni literatura
 Recife y nada más
 Recife de mi infancia”
 (...)

Bandeira, del mismo modo que Segall, hace del Mangue una metonimia que revela una imagen del Brasil. Pero el “Mangue” del poeta pernambucano –aunque contribuyó con un ensayo al álbum de dibujos del pintor– se distancia muchísimo del proyecto segalliano. En el poema, el barrio se transforma en una metonimia capaz de sintetizar diversos brasileños, dejando de lado los repertorios previsibles de las zonas de prostitución, como la tragedia y la pobreza. En un lenguaje poético muy moder-

53. En Manuel Bandeira. *Libertinagem. Estrela da Manhã* (coord. Giulia Lanciani). San Pablo, Scipione/Colección Archivos, 1998, página 43. En adelante, los poemas de Bandeira citados pertenecen a esta edición.

54. *Ib-ídem*, página 24. “Recife / Não a Veneza americana / Não a Mauritsstad dos armadores das Índias Ocidentais / Não o Recife dos Mascates / Nem mesmo o Recife que aprendi a amar depois - Recife das revoluções libertárias / Mas o Recife sem história nem literatura / Recife sem mais nada / Recife da minha infância” (...).

no, los versos del "Mangue" representan la historia de un Brasil que resiste a la modernidad, gracias a la presencia viva de un extraordinario sincretismo lingüístico (portugués, tupí, africano), religioso (católico y africano), musical ("Sambas de tía Ciata", "Lamentos de guitarrita, pandereta y raspador"), donde se funden las sonoridades, los instrumentos musicales y las referencias carnavalescas. Afirmar que "Así de simple era el Mangue" es restituirle al barrio un sentido de dignidad y de afecto, distinto de los registros segallianos. Se trata de un "brasil menor", revelado por el reiterado uso de diminutivos ("Casinhas" y "O Mangue era simplesinho")⁵⁵. Bandeira se permite inclusive una parodia de un verso del Himno Nacional, "Patria amada idolatrada", y la complementa con una dimensión antiépica de la historia, mostrando una patria formada por "los empleaditos de reparticiones públicas". Bandeira, al antropomorfizar al Mangue convirtiéndolo en una gran figura femenina ("Eres mujer / Eres mujer y nada más"), erotiza a la ciudad, pero, al contrario de Segall, positivamente. La prueba está en el último verso, en el que el Mangue, al ser comparado con entusiasmo con la ciudad de Juiz de Fora ("¡Linda como Juiz de Fora!"), adquiere dimensiones de mujer y de geografía anclada en las tradiciones brasileñas. Evidentemente que Juiz de Fora (estado de Minas Gerais) forma parte del universo afectivo del poeta.

En "Balada do Mangue"⁵⁶, de Vinicius de Moraes (1913-1980), el carácter melancólico, propio de las baladas, pone al poema en inmediata sintonía con el "tono" trágico segalliano. La visión baudelairiana de una ciudad contaminada por el mal, encarnada en la descripción animalizada de mujeres-prostitutas, aparece con fuerza extraordinaria en los 70 versos octosílabos del poema. Hay una sucesión implacable de imágenes, en la que lo femenino, asociado a enfermedades venéreas, aparece degradado como flores envenenadas, pero también con el poder de envenenar. Vinicius describe un grupo étnico europeo (polacas y francesas) y afrobrasileño, al contrario de Segall, que, como fue mencionado, sólo percibe una única composición humana, de origen negro. La imagen marítima, por la ubicación del Mangue cercana al puerto (que Segall supo aprovechar tan bien), surge enriquecida por la visión de ese barrio como un navío de insensatos: "¿A dónde vuestro navío?", pregunta retóricamente Vinicius. El Mangue de Vinicius es una ciudad de perdición, condenada y sin espacio para la redención.

55. En realidad estamos frente a ejemplos del "humilde cotidiano" de Bandeira, estudiado por Davi Arrigucci Jr., en *A poesia de Manuel Bandeira. Humildade, paixão e morte*. San Pablo, Companhia das Letras, 1990.

56. No hemos podido localizar la fecha de composición del poema. Todo indica que fue compuesto a inicios de los años '40, antes de 1943, cuando Manuel Bandeira menciona unos versos en su ensayo para el álbum *Mangue* de Segall.

Oswald de Andrade (1890-1954) fue contemporáneo de Bandeira, de Vinicius de Moraes y de Segall, quien le ilustró el poema *Cântico dos cânticos para flauta e violão* (1944) y la cubierta del libro *Poesias Reunidas O. Andrade* (1945). La temática del Mangue es otro elemento común al pintor y al poeta paulista. La audacia de este extenso poema, escrito y reescrito entre 1936 y 1950, y caracterizado por un lenguaje sarcástico, violento y transgresor, lo convierte en su poema más censurado, hasta su publicación oficial en 1991⁵⁷. Mário da Silva Brito, amigo y albacea del fundador de la Antropofagia, en la introducción a esta edición, confiesa que *O santeiro do Mangue* es un “canto de una violencia y de una fuerza como jamás escuché o vi en nuestra literatura”⁵⁸.

Oswald de Andrade elige el Mangue como un lugar de confluencia de relaciones humanas degradadas, cercado por un espacio urbano, escenario de subversiones donde se mezclan opuestos que intercambian valores. *O santeiro do Mangue*, al contrario de todos los otros ejemplos citados en este ensayo, es un texto altamente ideologizado, y un instrumento de crítica virulenta a la sociedad burguesa de la época: “Lo que le interesa a una sociedad organizada es mantener la cloaca sexual. Para que la institución del casamiento permanezca pura. Para que no sea necesario el divorcio. Y tenga vigencia la monogamia y la herencia. La burguesía necesita el Mangue”. Escuchamos en estas palabras del poema dramático, tanto los principios postulados hacia fines de los '20, con la Antropofagia, como sus teorías utópicas (*La crisis de la filosofía mesiánica* [1950] y *La marcha de las utopías* [1953]). *O santeiro do Mangue* mantiene el tono corrosivo de la crítica social, a través de la actitud paródica que siempre caracterizó al autor: “A dios tenemos / Para que no nos falte / El palo / El palo nuestro de cada noche”, dicen en coro las mujeres del Mangue (evidente lenguaje paródico, donde el “pão/pan” nuestro de cada día, ¿se convierte en el fálico “pau/palo” nuestro de cada noche!). La idea de un Mangue tentacular (“Niños vayan todos para el Mangue / Tentacular”) tiene resonancias de la ciudad maldita de Émile Verhaeren, autor de *Villes tentaculaires*. Y si en el poema de Vinicius de Moraes había reminiscencias de un Mangue retratado como el navío de los insensatos, en el poema de Oswald de Andrade la metáfora naval —dada la proximidad del Mangue con el puerto— lo aproxima a los barcos negreros que arribaron al Brasil: “Es el barco humano caliente / Negrero del Mangue”. *O santeiro do Mangue* es la voz dilacerada de un Brasil cuya sexualidad expone las contradicciones y el sufrimiento de un sistema degradado que explota las relaciones humanas.

57. En Oswald de Andrade. *O santeiro do Mangue e outros poemas*. San Pablo, Globo, 1991. Francisco Alvim, en una nota de una página, aproxima el texto poético al artístico. Véase “O Mangue de Segall e Oswald”, página 17.

58. “O santeiro do Mangue”, en *op. cit.*, página 11.

Finalmente, como una especie de sintética coda, un poema concretista de Hélio Oiticica (1937-1980). El artista carioca, autor de los memorables "Parangolés" creados durante los años '60, construye el poema con el cruce de dos únicas palabras. El título del cuadro/poema, BANGÚ MANGUE, remite a dos zonas de Río de Janeiro bastante diferenciadas socialmente. Bangú, tradicional barrio fabril, está totalmente disociado de la imagen de prostitución que caracterizó al Mangue o a Lapa. El poema, de 1972, fue escrito pocos años antes de la desaparición del Mangue, para dar lugar a la construcción del metro, en 1979. Barrios distantes geográficamente uno del otro, "Bangú" y "Mangue" se unen aquí, en el espacio utópico de la poesía, donde la paronomasia que une los dos términos del título recupera resonancias afrobrasileñas. En realidad Oiticica no llega a reproducir las dos palabras del título por completo: BANGÚ es el verso que cruza el cuadro en diagonal, de derecha a izquierda y de arriba a abajo; MAE (madre en portugués) es la segunda palabra, en el sentido contrario y cruzando la primera, en forma de arco. Es *el título* del cuadro/poema el que nos orienta la lectura y nos anticipa la reconstitución de la palabra MANGUE, a partir de la fusión de "bangú" + "mae". Tenemos entonces dos palabras en el título (BANGÚ/MANGUE); dos en el poema (BANGÚ/MAE) y un tercer término (MANGUE) que se construye o se deriva de la lectura de las otras dos palabras o versos, a modo de anagrama. Una interpretación alegórica de fondo social permitiría leer el cruce del proletariado industrial con la madre patria, Brasil, sugiriendo una especie de conclusión inevitable en la miseria y la prostitución, encarnada en el Mangue. Un Brasil periférico y precario, donde las imágenes de las mujeres del Mangue de Segall, de Vinicius de Moraes y de Oswald de Andrade inclusive, oscilan entre la Madre-obrera de Bangú y la Madre-puta del Mangue que, acorraladas por la modernidad de proyectos urbanos (el metro), acaban siendo excluidas de su propio barrio y exiliadas de su propia existencia.



*De santos, cruzados y
conspiradores mundiales.
Las derechas argentinas y
brasileñas en los años treinta*

*Waldo Ansaldi**

La asunción de la presidencia de la República Federativa de Brasil y de la República Argentina por Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner, respectivamente, ha puesto en la agenda política de ambos países el relanzamiento del proyecto de integración regional a partir del Mercosur. Quienes compartimos el proyecto de unidad latinoamericana en una instancia supranacional, no podemos menos que celebrar la iniciativa. No obstante, cabe subrayar que un proceso de integración regional sólo será posible si se enfatizan las dimensiones sociales y culturales —que son de larga duración y poseen características de fuerte resistencia al cambio—, más que las comerciales e incluso económicas, hasta ahora prioritarias.

* Investigador del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesor Titular de la materia Historia Social Latinoamericana en la misma Facultad.

Prestar atención a las sociedades y las culturas significa hacerse cargo, en primer lugar, de las diferencias¹. Se trata, pues, de conocer mejor, y sin prejuicios, no sólo tales sociedades y culturas, sino también, inevitablemente, sus historias. Ese conocimiento, a su vez, debe hacerse más refinado apelando a la comparación, método que nos permitirá apreciar tanto las diferencias cuanto las coincidencias.

Así, por ejemplo, Argentina y Brasil muestran notables diferencias en los procesos de constitución del Estado y de la nación, en el impacto social y cultural de la esclavitud, en el ejercicio del modo oligárquico de dominación político-social, en la constitución y acción de los partidos políticos, en las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas, en las transiciones de la dictadura a la democracia, en la historia del movimiento obrero, en el comportamiento histórico de los militares, en la cultura política, para citar sólo algunas cuestiones. Tienen coincidencias, no exentas de disimilitudes, en las experiencias populistas y, lo que es muy importante en la hora actual, en historias nacionales marcadas por un notable distanciamiento del resto de América Latina. Las clases dirigentes de Argentina y de Brasil, como ambas sociedades, no se sintieron, durante muchas décadas y por distintas razones, parte de Latinoamérica. En el caso brasileño, la América que había sido hispánica fue vista, desde la independencia –señala María Helena Capelato– como la *otra* América, aquella en la cual no había que mirarse. A su vez, María Ligia Prado, otra latinoamericanista, sostiene que, en su país, Brasil y América Latina son dos polos que se atraen y repelen. Y parafraseando a Edmundo O’Gorman agrega: Brasil es y al mismo tiempo no es América Latina. “Brasil se afirmó y se afirma como América Latina en diversas y variadas manifestaciones políticas, mas también niega su identidad, ignorando, descalificando y formando estereotipos negativos relacionados con el mundo hispanoamericano”². En el caso argentino, señalo por mi parte, la muy larga influencia cultural e ideológica del positivismo de cuño spenceriano marcó –posiblemente mucho más que la fuerte presencia de inmigrantes europeos– un modo de autoconsideración de prolongación, por *blanca*, de las sociedades europeas.

Así, es imprescindible y urgente contribuir a un mejor conocimiento de nuestras diferencias y nuestras similitudes. Sólo un conocimiento rigu-

1. Me he ocupado de esta cuestión en “La seducción de la cultura. Mucho más que un mercado”, en revista *Encrucijadas*, año I, nº 4. Buenos Aires, febrero de 2001, páginas 64-77, texto al cual me permito remitir.

2. María Lígia Coelho Prado. *América Latina no século XIX. Tramas, telas e textos*. San Pablo, Editora da Universidade de São Paulo EDUSP-Editora da Universidade do Sagrado Coração, 1999, páginas 19-20. Véase, para un tratamiento más detenido: María Helena Capelato, “O ‘gigante brasileiro’ na América Latina: ser o não ser latino-americano”, en Carlos Guilherme Mota (coord.). *Viagem Incompleta. A experiência brasileira. A grande transição*, San Pablo, Editora SENAC, 2000, páginas 285-316.

roso nos permitirá superar los prejuicios y avanzar en la dirección de una nueva historia. Este artículo se suma, pues, a los esfuerzos en esa dirección. Por razones de espacio, el recorte se circunscribe, temporalmente, a la década de 1930 y, temáticamente, al pensamiento de las derechas totalitarias de ambos países, entendiéndose que en él se encuentran claves que tornan más inteligible la comprensión de las difíciles condiciones sociales para la democracia.

LOS TURBULENTOS AÑOS TREINTA

El año 1930 es, paradigmáticamente, expresión simbólica de crisis en América Latina. La crisis económica del centro del sistema capitalista –la de 1929–, se suelda en la región con su propia crisis económica –la del agotamiento del modelo primario exportador– y con las que se producen en el plano de la política –crisis de dominación– y de la cultura, campo éste en el cual, en buena medida, lo es de los valores del liberalismo.

La década de 1930, a su vez, es pródiga en acontecimientos resonantes, expresión de intentos de transformación de distinto tenor: las insurrecciones aprista en Trujillo (Perú), paulista (Brasil), campesino-comunista salvadoreña (las tres en 1932), antimachadista (Cuba, 1933). Son, también, los años de la efímera República Socialista (1932) y de los gobiernos del Frente Popular (desde 1938 hasta 1947), en Chile. De la dictadura terrista (1933-1938) y la *Revolución de Enero* (1935), en Uruguay. Del triunfo presidencial de José María Velasco Ibarra y su destitución por un golpe de Estado (1934-1935), en Ecuador. En México, Lázaro Cárdenas profundiza la reforma agraria y realiza la primera experiencia populista latinoamericana. Se instauran las dictaduras autocráticas de Jorge Ubico (Guatemala), Tiburcio Carías Andino (Honduras), Anastasio Somoza (Nicaragua), Maximiliano Hernández Martínez (El Salvador), Rafael Trujillo (República Dominicana). Bolivia y Paraguay se enfrentan en la Guerra del Chaco (1932-1935) y, tras la derrota, en el primero de estos países se vive la experiencia del llamado *socialismo militar* (1936-1939)... Toda América Latina, pues, se conmueve³.

Argentina y Brasil no son ajenos a ese clima. Los treinta argentinos y los treinta brasileños se desarrollan –obvio, pero no trivial– a partir de sendas coyunturas precedentes bien distintas. En Argentina, la *Década Infame* abierta con el golpe del 6 de septiembre de 1930 sucede al frustrado

3. Véase, de Waldo Ansaldi (editor): *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2003, 2ª edición, libro en el cual se ofrecen una introducción general sobre la región y un análisis pormenorizado de casi todos los países latinoamericanos durante los años 1930. (La introducción y el capítulo sobre Brasil son de mi autoría).

proceso de transición de la dominación oligárquica a la dominación democrática, iniciado en 1912, sin generar, estrictamente, una restauración oligárquica. En Brasil, el Varguismo, iniciado con la denominada *Revolução do 30*, termina con buena parte de dominación oligárquica característica de la *República Velha*. Pero en ambos casos, aunque por diferentes razones, lo que está en cuestión es la viabilidad y –quizás sobre todo– la idea misma de la democracia representativa liberal.

En uno y otro país aparecen fuertes manifestaciones contestatarias de las derechas antiliberales, de signo nacionalista y/o católico, cuando no decididamente corporativo e incluso fascista. Los diagnósticos y, sobre todo, las alternativas generados por esas derechas no constituyen, en ninguno de los casos, un *corpus* homogéneo. Pero tienen la suficiente entidad como para confrontar fuertemente con el liberalismo y el socialismo (especialmente entendido como comunismo de inspiración soviética). Y si bien es cierto que hay también una prédica adversa a la democracia liberal formulada desde la izquierda –más destacada en Brasil que en Argentina–, ella no tiene el mismo alcance que aquella. Tanto por razones de espacio cuanto de influencia, aquí sólo se analizará el pensamiento de las derechas, cuyo *desiderátum* es alcanzar una sociedad regida por el orden, la disciplina, la jerarquía y la obediencia. En buena medida, ese objetivo deriva de la convicción de la existencia de una situación de desorden social generado por la adopción del ideario liberal y agravado, sobre todo en Argentina, por las corrientes inmigratorias europeas, portadoras de ideas disolventes, sean ellas imputables a liberales, masones, judíos, anarquistas, socialistas o comunistas, cuando no a extrañas mixturas de unos y otros. A juicio de buena parte de las derechas, tal situación de anomia se supera sólo mediante la creación de un nuevo orden fundado en una “ideología nacional”, elaborada a partir de la matriz societal colonial y, tenida, por tal razón, como mucho más genuina o auténtica que la ideología liberal y/o las consideradas emparentadas, como el socialismo y el comunismo, a las cuales se les achaca un carácter exótico, importado y ajeno al “ser nacional” o a la idiosincrasia de nuestros pueblos.

EL DISÍMIL UNIVERSO IDEOLÓGICO DE LAS DERECHAS ARGENTINAS Y BRASILEÑAS⁴

El universo ideológico de las derechas nacionalistas y antiliberales argentinas y brasileñas de los años 1930 dista de ser homogéneo, aun cuando

4. Retomo aquí argumentos ya expuestos en mi artículo “Cuando los santos vienen marchando. Las derechas totalitarias en Argentina y Brasil”, del Seminario Brasil-Argentina. *A visão do outro*. Brasília, FUNAG, 2000, páginas 559-592.

tengan un sólido sustrato común. José Luis Beired muestra, en su excelente tesis de doctorado (1996) —convertida en libro—, que el campo intelectual de la derecha argentina está compuesto por los que llama polos *católico* y *fascista*, mientras que el de la brasileña suma a estos dos, el *cientificista*.

El polo católico argentino reúne a los intelectuales partícipes de la revista *Criterio* —dentro de los cuales descuellan Julio Meinvielle, Gustavo Franceschi (ambos sacerdotes), César Pico, Tomás Casares—, o en otras publicaciones, como *La Nueva República* —caso de Roberto Irazusta, Ernesto Palacio, Juan Carulla—, *Crisol* y *Pampero* (Enrique P. Osés).

El polo católico brasileño está integrado por intelectuales vinculados a la revista *A Ordem* (el equivalente de *Criterio*) y al Centro Dom Vital. Sus figuras más destacadas son Jackson de Figueiredo y Alceu Amoroso Lima, también conocido como Tristão de Ataíde.

El polo fascista argentino incluye nombres como los de Enrique P. Osés, Carlos Ibarguren, Roberto Laferrère, Juan Carulla, el poeta y escritor Leopoldo Lugones (de pasado anarquista y socialista) y el filósofo Nimio de Anquín. Su equivalente brasileño, de mucha mayor entidad y envergadura, está representado especialmente por el integralismo. Su figura máxima es el jefe, Plínio Salgado, pero también descuellan Miguel Reale, Gustavo Barroso y Olbiano de Mello.

El polo científicista brasileño, que no tiene correlato en la derecha argentina, es el campo de los intelectuales que analizan la realidad social como un fenómeno evolutivo regulado por leyes naturales. Dentro de él descuella el positivismo, cuyas figuras cumbres son Antonio José do Azevedo Amaral y Francisco José de Oliveira Vianna.

En los límites de esta contribución, haré aquí un recorte de ese universo, deteniéndome en unos pocos casos reveladores de ese despliegue de intolerancia.

Entre autores de derechas de los años veinte-treinta es común establecer una genealogía de corrientes de pensamiento consideradas perniciosas, historia cuyos orígenes se sitúan en la Reforma protestante (siglo XVI) —cuando no en el Renacimiento—, continúa con la Revolución Francesa (1789) y alcanza su culminación con la Revolución Soviética (1917), expresión del comunismo, que no es más que un hijo del liberalismo⁵. En efecto, un punto nuclear de coincidencia entre las diferentes corrientes antidemocráticas de los años 1930, en uno y otro país, es su furibundo, ca-

5. Por ejemplo, Julio Meinvielle sostiene: "Renacimiento, Reforma Protestante, Racionalismo cartesiano, liberalismo rousseauiano, capitalismo burgués, socialismo, comunismo. Son ellas diversas etapas de un idéntico proceso de degradación", en *Concepción católica de la economía*. Buenos Aires, CCC, 1936, citado por Fortunato H. Mallimacci. "El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía liberal", en Varios Autores. *500 años de cristianismo en Argentina*. Buenos Aires, CEHILA y Centro Nueva Tierra, 1992, página 266.

si irracional anticomunismo. Para quienes militan en ellas, el comunismo y los comunistas reúnen en sí todos los componentes malignos: uno y otros son portadores del odio, la peste, los flagelos y, por añadidura, están al servicio de una ideología foránea e internacionalista. Los comunistas son amorales, asesinos, crueles, desleales, duros, felones, hedonistas, inmorales, ladrones, mentirosos, paganos, traidores, violadores, portadores de una ideología diabólica. De allí que se los represente con la imagen de la serpiente, el animal que el imaginario católico ha considerado desde siempre una de las máscaras del diablo. Por añadidura, como si lo anterior fuera poco, son también partidarios de la igualdad, del amor libre –por tanto, enemigos de la familia–, materialistas y, casi siempre, judíos.

En opinión del obispo D. Hugo Bresane de Araújo, en 1936:

“O comunismo, por fim, é a sùmula de todas as violências e aberrações. É a guerra aberta a Deus, de quem se proclama implacável inimigo e que desejara aniquilar. Arrasa a família com a prática despudorada do amor livre, com a nacionalização da criança e da mulher; reduz a mero maquinismo produtor o pobre operário e, como única regra moral, estabelece esse princípio –bom é tudo que ao Estado aprouver impor, mau tudo que o contraria. Numa palavra, é a guerra feroz do inferno contra o céu, da matéria contra o espírito, do mal contra o bem”

Más escuetamente, Edgar de Godói dice, el mismo año, que el comunismo “*consiste numa síntese de todas a heresias*”⁶.

Según el líder del integralismo, Plínio Salgado, el comunismo es tanto la reencarnación del demonio cuanto la prueba de la existencia de Satanás. En sus propias palabras:

“...o bolchevismo é o próprio Satanás, arcanjo da insídia, da intriga, das trevas criminosas, que se manifesta neste século, impudente, cínico, descarado”

Pero, al parecer, es más todavía:

“O bolchevismo é a mais evidente, a mais eloquente e a mais palpável das provas de que Satanás existe e atormenta os homens. Pois, Satanás é o arcanjo tenebroso da mentira, da espreita, das ciladas, das surpresas, das escamoteações, das sinuosidades, dos despistamentos, da confusão, do perjúrio, da negação e da ruína. E o bolchevismo é tudo isso” (*Páginas de combate*, 1936, páginas 157 y 160).⁷

6. Ambas referencias documentales en Eliana de Freixas Dutra: *O ardil totalitário. O imaginário político no Brasil dos anos 30*. Editora UFRJ, Río de Janeiro-Belo Horizonte, Editora UFMG, 1997, página 74.

7. Citado en Rosa María Feitero Cavalari. *Integralismo. Ideologia e organização de um partido de massa no Brasil (1932-1937)*. San Pablo, EDUSC, 1999, páginas 140-150.

Para Getúlio Vargas, en el “Discurso a la nación brasileña”, el 1º de enero de 1936, pocas semanas después del fracaso insurreccional del PCB, el comunismo sólo puede ser concebido como o aniquilamiento absoluto de todas las conquistas de la cultura occidental, sob a império dos baixos apetites e das ínfimas paixões da humanidade –espécie de regreso ao primitivismo, às formas elementares da organização social, caracterizadas pelo predomínio do instinto gregário e cujos exemplos típicos são as antigas tribus do interior da Ásia”⁸

En Argentina, el diario católico *Época* aprovecha la efímera experiencia de la República Socialista Chilena, en 1932, para caracterizar a su presidente, Marmaduke Grove, como “Satanás en carne y hueso” (edición del 15 de junio de ese año). Es que, para sus redactores, los socialistas –para el caso indiferenciados de los comunistas– son unos “extranjeros de raza los unos, de idioma los otros y de sentimiento todos ellos” que actúan guiados por el “rencor judaico” (edición del 13 de septiembre de 1934).⁹

La ofensiva de la iglesia ha comenzado a intensificarse desde 1922, con el comienzo de los Cursos de Cultura Católica, cuyo objetivo es formar intelectuales laicos y eclesiásticos destinados, a su vez, a preparar cuadros dirigentes de la sociedad. Un paso más en esta dirección se da, también en 1928 (el año del arrollador triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen, hecho a tener en cuenta), con la creación de la revista *Criterio*, la que es incorporada a la Acción Católica en 1930. Así, en su primer número, Samuel Medrano escribe:

“La clase dirigente tiene un gran deber que cumplir en este país; cuando la cultura y la posición social y la dirección inteligente de los grandes intereses económicos dan a los hombres este título directivo no le dan solamente un timbre de honor o una libreta de cheques incontables, sino que le señalan un sitio responsable para actuar con autoridad y con eficacia en el gobierno de la sociedad”¹⁰

Como dice María Ester Rapalo¹¹, la revista apunta a fortalecer las posiciones políticas que sostiene la iglesia por entonces: mantener el orden social y recuperar el sitio de privilegio en el plano del poder político –co-

8. Citado en Eliana de Freixas Dutra. *Op. cit.*, página 73.

9. Citado por Loris Zanatta. *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*. Universidad Nacional de Quilmes, 1996, páginas 144-145.

10. Samuel Medrano. “Es ridículo creerse clase dirigente cuando en realidad no se dirige nada”, en revista *Criterio* n° 1. Buenos Aires, 8 de marzo de 1928, página 48.

11. María Ester Rapalo. “La iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista *Criterio*. 1928-1931”, en *Anuario IEHS* n° 5. Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1990, páginas 51-89.

mo antes de la secularización de éste— “a partir de la instauración de un régimen de gobierno autoritario”. Tanto el modelo societal como el de las relaciones Iglesia/Estado son, idealmente, el del medioevo europeo. Sólo con ellos y con una cruzada contra comunistas, judíos y obreros extranjeros podrá “salvarse” y sobrevivir la nación.

Uno de los profesores de los Cursos es Julio Meinvielle, sacerdote de larga influencia (cuatro décadas) en el pensamiento y la acción de la derecha y la ultraderecha argentinas, en particular en las Fuerzas Armadas y en la organización parapolicial *Tacuara*¹². Su prédica está estrechamente vinculada con un núcleo duro argumental construido por la cruzada católica hiperreaccionaria de estos años: la tesis de una conspiración mundial para terminar con la civilización cristiana. Forman parte de ella judíos, liberales, masones, socialistas, comunistas, paganos, la plutocracia internacional. Su director es el diablo. Semejante conjunción se compendia, a veces, en una expresión más breve, pero contundente y llamada a tener larga vigencia: “la judeomasonería mundial”. Cristián Buchrucker¹³ indica que para Sofía S. de Boronat, una colaboradora de *Crisol* afiliada a la Sección Argentina del Partido Fascista Ruso, se incluye entre sus dispares agentes a la Liga de las Naciones, el servicio secreto británico y la “finanza internacional”.

En *El comunismo en su revolución Anticristiana*, Meinvielle escribe:

“¿Quiénes son los agentes que el diablo utiliza para la realización de sus maquinaciones? En la providencia actual, el cristianismo tiene un enemigo primero y natural que es el judío. No en vano el Señor los acusa de “hijos del diablo” (Juan, 8, 44). En segundo lugar, los paganos. En la crucifixión, los judíos

12. Fortunato Mallimacci, un excelente conocedor del cristianismo argentino, señala, respecto de Meinvielle: “A partir de su pensamiento y de su acción se desarrolla una corriente de seguidores, que verán en su figura al maestro. Trabajador incansable, difusor de la Juventud Obrera Católica y del scoutismo entre los jóvenes, constructor de barrios y ateneos populares (como el de Versailles, en la ciudad de Buenos Aires), influyente entre sectores intelectuales y de las fuerzas armadas. Su pensamiento circula en cientos de folletos, revistas y libros, su influencia es fundamental a la hora de entender el movimiento católico integral”. Fortunato Mallimacci. *Op. cit.*, página 266. Por su parte, Ignacio González Jansen acota: “Meinvielle fue el nexo entre muchos generales, coroneles y brigadieres nacionalistas, golpistas, y las organizaciones juveniles de derecha. Los militantes de Tacuara primero, y de la GRN [Guardia Restauradora Nacionalista] después, se vincularon por su intermedio a la mayor parte de conatos y alzamientos, planes conspirativos y ‘revolucionarios’ que se produjeron desde 1955 a 1972”, en *La Triple-A*. Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1986, página 39. Meinvielle se separa de *Tacuara* cuando esta organización experimenta la influencia creciente del pensamiento del sociólogo fascista J. M. de Mahieu, considerado peligrosamente izquierdista por el sacerdote.

13. Cristián Buchrucker. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987, página 144.

actúan como los verdaderos instigadores y responsables, mientras los gentiles se desempeñan como ejecutores. De aquí que los enemigos del cristianismo sean los judíos, masones y comunistas”

Meinvielle enfatiza la responsabilidad y el protagonismo de los judíos en esa acción diabólica en un texto publicado por primera vez en 1936, específicamente dedicado a ellos. En efecto, en *El judío*, sostiene que éste, cuando no quiere reconocer a Cristo y, por ende, permanece judío, no es más que un “agente de la iniquidad”. Más aún:

“Todo lo malo que se perpetre en los veinte siglos de historia cristiana debe ser primera y principalmente judaico”

En tanto se trata de una acción impulsada y realizada desde las sombras, su percepción escapa a las mayorías. De allí la necesidad de una actitud vigilante y combativa, capaz de denunciar la persistencia de los cuatro grandes objetivos de los judíos: 1) “la destrucción del cristianismo”; 2) la conspiración “contra los Estados cristianos que les dan albergue”; 3) la apropiación “de los bienes de los cristianos” y 4) el exterminio de éstos, “arrebátándoles la vida, cuando pueden”.

Los judíos –después de haber asesinado ritualmente, según Meinvielle, a miles de niños cristianos– habían logrado ser controlados por el Antiguo Régimen europeo. A los fines de zafar de este cerco y volver a sus designios, crean la masonería y producen la Revolución Francesa. Con y a partir de ella logran desarrollar otros instrumentos para su pérfida acción: el capitalismo, el liberalismo, el socialismo y, el punto más alto de su escalada anticristiana, el comunismo. En efecto, con éste, ellos exterminan a sus opositores y sujetan a los cristianos a un yugo de esclavos imposible de romper.

“La campaña de ‘satanización de los pueblos’ es dirigida por los judíos desde Moscú, habiendo alcanzado ya territorio argentino, en cuya capital, Buenos Aires, ellos controlan nuestro dinero, nuestro trigo (...), nuestras carnes, nuestras incipientes industrias (...) y al mismo tiempo son ellos quienes siembran y fomentan las ideas disolventes contra nuestra Religión, contra nuestra Patria y contra nuestros hogares; son ellos quienes fomentan el odio entre patrones y obreros cristianos”¹⁴

En la misma línea se sitúa la posición de Gustavo Martínez Zuviría,

14. Julio Meinvielle. *El judío*. Buenos Aires, reedición de 1963; las citas y referencias, en páginas 28-30, 31, 51, 58, 12. Véase, también Cristian Buchrucker. *Op. cit.*, en páginas 146-147.

más conocido por su seudónimo literario, Hugo Wast. En *El Kahal-Oro*, una novela doble destinada a un público masivo, publicada en 1935, describe el funcionamiento de Kahal, un grupo constituido, a la manera de misterioso tribunal de carbonarios, por cinco judíos poderosos que conspiran desde New York –considerada “la ciudad del judaísmo”– para monopolizar el oro del mundo, amén de la gran prensa, apelando para el logro de sus objetivos a múltiples maniobras y trampas en las que caen muchos gobiernos, entre las cuales las crisis de sobreproducción. Para el autor, la conquista del mundo iniciada por los judíos nueve siglos antes de Cristo, alcanza sus posiciones más sólidas en el siglo XX, cuando dominan New York (en 1920) y se preparan para conquistar Buenos Aires, en 1950, y proclamarla “capital del futuro reino de Israel”. En Argentina, dos familias –Kohen y Blumen– se enfrentan por la jefatura del Gran Kahal del país. La previsión del Kahal fecha en 1966 el momento culminante del plan: entonces, la serpiente habría de juntar “la cabeza con la cola en las praderas de Moab, junto al Jordán de Jerichó” y haría realidad el objetivo puesto en marcha bajo el reinado de Salomón¹⁵.

En su sólida investigación sobre el antisemitismo en Argentina (convertida ahora en libro), Daniel Lvovich¹⁶ analiza el papel desempeñado por el citado libro de Hugo Wast, al cual llama un texto epigonal de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, y concluye señalando que ese texto profundamente antisemita es editado en uno de los momentos de mayor auge del antisemitismo argentino, constituyendo una “parte esencial de la profunda crisis que el liberalismo atravesó durante la década de 1930”¹⁷.

Igualmente, el periodista Ramón Doll sostiene, por aquellos años, que la riqueza argentina es propiedad de los judíos en un 75 por ciento, mientras el cuarto restante lo es de los protestantes. Es que América Latina ha sido traicionada y arteramente espiada “por el enemigo inglés, masón y judaico”. En el caso argentino,

“[e]l imperialismo anglojudeomasón (...) es el instrumento inteligente, previsor, intencionado de la política inglesa”

La conspiración mundial urdida por la “hidra tricefálica cuyas cabezas son la masonería, el judaísmo y la finanza internacional y cuyo cuerpo es el Imperio Británico”, y a la cual se han sumado los Estados Unidos, una nación “inficionada con la sífilis judaica”, ha tenido éxito en su plan de ocluir la independencia económica y el ascenso a la categoría de potencia

15. Hugo Wast [Gustavo Martínez Zuviría]. *Oro*. Buenos Aires, 1935, *passim*.

16. Daniel Lvovich. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003.

17. Daniel Lvovich. *Op. cit.*, capítulo 9.

de la República Argentina, en razón de su condición de país latino y católico¹⁸.

El acopio de evidencias empíricas de tenor similar o muy parecido excede las disponibilidades espaciales de este trabajo. Pero las indicadas son suficientemente elocuentes para el objeto y alcance de lo en él tratado. Mas conviene destacar la distinción que introduce Daniel Lvovich, quien considera que existen tres tipos de antisemitismo: el popular, el institucional y el oficial o estatal. El último es particularmente importante, pues se trata de la "asunción por un Estado del antisemitismo como política oficial", que emplea recursos públicos y puede "extender su influencia más allá de sus propias fronteras a través de su Servicio Exterior"¹⁹.

Ahora bien: si el comunismo aparece como la encarnación de todo lo maligno, en rigor, la prédica de las derechas totalitarias apunta, por elevación, al liberalismo y la democracia liberal, quienes engendran a aquél. Nada más tiránico que el gobierno del Estado democrático liberal, que, al ser sirviente de la plutocracia internacional, corrompe toda la vida nacional, escribe el inefable Julio Meinvielle en *El comunismo en su revolución anticristiana*.

El mismo sacerdote sostiene, en otro texto:

"¿Existe irreductibilidad entre el liberalismo y el socialismo? Ninguna. En primer lugar, porque el liberalismo conduce al bolchevismo. (...) En segundo lugar, porque en una y otra ideología la condición humana es, en lo cualitativo, considerada del mismo modo. Uno y otro privan de religión a los individuos: el liberalismo porque (...) en él impera la idea laica; el socialismo, porque en nombre del materialismo sólo hace posible la confesión atea. Y ambos privan de lo moral: porque el liberalismo rompe los frenos que detienen los instintos, y el socialismo impulsa todos los movimientos infraracionales. (...) Liberales y socialistas son hijos de un mismo padre, el lacayo Juan Jacobo [Rousseau]"²⁰

En el caso argentino, parece adecuada la caracterización realizada por Cristián Buchrucker de la actitud antidemocrática de los que él llama los nacionalistas restauradores. Según este historiador²¹, ellos se oponen al régimen electoral de sufragio masculino universal obligatorio (ley Sáenz Peña, de 1912), por entender que él es contrario al "valiente" carácter nacional argentino y "un arma cobarde y alevosa, por cuanto se esgrime desde la impunidad y sin ningún control posible" (para decirlo con las pala-

18. Ramón Doll. "Hacia la liberación". Artículo citado por Cristian Buchrucker en páginas 147-148.

19. Daniel Lvovich. *Op. Cit.*, página 27.

20. En "Concepción católica de la política", citado por Cristian Buchrucker en página 143.

21. Cristian Buchrucker. *Op. cit.* páginas 134-137.

bras de un redactor de *Crisol*). Tienen, asimismo, la convicción de que el sufragio universal –“ciego, igualitario e irresponsable”, según Carlos Ibarguren (1934), “injusto, incompetente, corruptor”, a juicio de Meinvielle– conduce al predominio de la “plebe”, siendo la democracia una forma “corrompida”, propia del siglo XIX, por completo superada en el XX, tras haber demostrado su desorientación e impotencia ante los desafíos del presente y, por añadidura, no más que una etapa hacia el comunismo. Finalmente, el liberalismo y la democracia son considerados fenómenos exclusivos de anglosajones y anticatólicos, por ende, ajenos a, e incompatibles con, la condición de argentinos.

Posiciones semejantes se encuentran en Brasil, por ejemplo, en el integralismo. Para Plínio Salgado, la democracia liberal es hija de la filosofía materialista y hermana gemela del comunismo (en *A quarta humanidade*), amén de estoica y epicúrea (en *Palavra nova dos tempos novos*, de 1936).

En *O que é o integralismo*, un texto básico publicado por primera vez en 1933, Salgado sostiene:

“A Liberal-Democracia concebeu o ‘homem-cívico’, a grande mentira biológica; o Marxismo materialista concebeu o ‘homem-econômico’, mentira tanto filosófica como científica. Nós, integralistas, tomamos o homem na sua realidade material, intelectual e moral e, por isso, repudiamos tanto a utopia liberalista como a utopia socialista. A liberal-democracia pretende criar o monstro sem estômago. O socialismo marxista pretende criar o monstro que só possui estômago e sexo. Em contraposição ao místico liberal e ao molusco marxista, nós afirmamos o homem-total”²²

De modo algo más elaborado que en el caso de los católicos integristas argentinos, el líder del fascismo brasileño procura, al menos, encontrar un sustento filosófico para su posición.

DENOMINADORES COMUNES Y DIVERGENCIAS

José Luis Beired, tras comparar las posiciones de las derechas brasileña y argentina, llega a la conclusión de la existencia de varios denominadores comunes y algunas divergencias entre ellas. Según él²³, ambas coinci-

22. Citado en Rosa Maria Feitero Cavalari. *Op. cit.*, página 151

23. José Luis Bendicho Beired. *Autoritarismo e nacionalismo: o campo intelectual da nova direita no Brasil e na Argentina (1914-1945)*. Tesis de doctorado presentada en el Departamento de Historia da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo, San Pablo, 1996, páginas 105-111; y también del mismo autor, *Sob a signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*. San Pablo, Edições Loyola, 1997, páginas 97-101.

den en un cerrado antiiluminismo, en la reivindicación del realismo —entendido como presupuesto interpretativo construido a partir de un orden natural dispuesto por Dios, en el caso de los católicos, o de un orden natural positivo y no trascendental, en el de los positivistas (caso Azevedo Amaral y Francisco de Oliveira Vianna)—, en la convicción de la responsabilidad del liberalismo en la generación de una disyunción entre país *legal* y país *real*, resultante de la imposición a ambas sociedades de un orden institucional y de valores ajenos y contrarios a sus realidades y tradiciones. En el caso brasileño, ello ocurre con la proclamación de la República, en 1889, mientras en Argentina se lo sitúa unas décadas antes, en 1852, cuando la caída de Juan Manuel de Rosas, que es, también, el comienzo de la decadencia argentina, cuyo punto culminante se alcanza durante los gobiernos radicales (1916-1930). La decadencia es, en efecto, otra apelación de ambas derechas, sólo que en Brasil se la percibe como iniciada con el fin del régimen colonial. En ambos casos, este período histórico es reivindicado —con mayor o menor énfasis— y considerado una verdadera “edad de oro”, caracterizada por la armonía, la jerarquía, la felicidad, la tradición y el catolicismo. También comparten una visión conspirativa de la historia y la apelación a la figura de un *salvador*.

Beired sostiene que, en contrapartida con esas coincidencias, los presupuestos conceptuales con que los ultraderechistas argentinos y brasileños de los años treinta piensan sus respectivas sociedades, muestran algunas (pocas) diferencias apreciables. A su juicio, los intelectuales brasileños hacen sus críticas fuertemente influenciados por la sociología, particularmente notable en los casos de Azevedo Amaral y Oliveira Vianna (filiados en el positivismo), pero también en el de católicos laicos, como Tristão de Ataíde. En cambio, la derecha nacionalista argentina tiene un fuerte rechazo por dicha disciplina (por lo demás, presente en el país, incluso con rango universitario, desde fines del siglo XIX), asociada al positivismo liberal, y es muy receptiva a las premisas católico-conservadoras y a las concepciones de la extrema derecha francesa (Charles Maurras y *Action Française*).

Otra cuestión en la cual son apreciables diferencias es la de la conciencia de los intelectuales respecto de sus respectivas naciones. Para los brasileños, Brasil no es aún una nación —Plínio Salgado se refiere, en 1933, a un pueblo dividido en veintidós grupos de interés—, mientras para los nacionalistas argentinos, su país es uno de los más ricos del mundo de entonces, con una cultura cristiano-occidental construida —lo cual es motivo de orgullo y defensa— por una España baluarte del catolicismo (en particular durante la Contrarreforma) y de las tradiciones latinas. Cabe observar, empero, que para los católicos ultrarreaccionarios, como hemos visto, Argentina no ha podido convertirse en una potencia debido a la acción negativa de las naciones protestantes.

Las lúcidas conclusiones de Beired se refieren a las corrientes derechistas consideradas en general. A los efectos que aquí interesan, es posible llegar a otras conclusiones, no antagónicas ni opuestas ni excluyentes. He de sostener que la confrontación de expresiones de derecha, oscilantes entre el autoritarismo y el totalitarismo, no se resuelven de igual manera en Argentina y Brasil²⁴. En efecto, en Brasil, hay un claro vencedor, en términos de liderazgo político: Getúlio Vargas. El desplazamiento de sus grandes enemigos –particularmente los comunistas y los integralistas– permite avanzar en otra dirección, la del *Estado Novo*. La ideología política de éste, empero, no se modela conforme un patrón doctrinario exclusivo y/o rígido, y su construcción se hace con “varios y diferentes portavoces” y “una división de trabajo intelectual” entre quienes son parte de la tarea, como muestra Lúcia Lippi Oliveira²⁵. No debe colegirse, de allí, que la ideología no sea importante para el proyecto político *estado-novista*. Bien por el contrario: según destaca Mônica Pimenta Velloso, ella posee “un peso fundamental”, en tanto se constituye “en una doctrina de ‘obligación política’ para la sociedad civil”²⁶.

Por cierto, entre los componentes de la ideología *estado-novista* se constatan antiliberalismo, demanda de Estado fuerte y centralizado y vertientes conservadoras que vienen desde fines del siglo XIX y desembocan en los fascismos europeos. Mas a diferencia de éstos –argumenta Angela Maria de Castro Gomes– en ella, la condena de la democracia liberal (partidos políticos, parlamentarismo, sufragio universal) implica, simultáneamente, un “esfuerzo sistemático de recuperación de la ‘democracia’ por oposición al liberalismo”, procurando construirla con un sentido social, no político. Se resuelve bajo la forma de “democracia autoritaria”, explicable a partir del “hombre/trabajador”, que es su destinatario. La obra sólo es posible por el papel de un verdadero héroe, el presidente Getúlio Vargas. Más aún, debe construirse una figura ejemplar responsable del éxito de la empresa. En esta especie de trabajo de Hércules, el líder es tanto “el gran ejecutor del proyecto” cuanto “su propia materialización”. “Así, el proyecto político del Estado Novo combina, en un mismo análisis, una visión estructural de la evolución histórica” brasileña y “una visión persona-

24. Es importante señalar que dentro del pensamiento de las derechas de ambos países hay corrientes no totalitarias, tales como el polo cientificista brasileño y sectores católicos y liberales argentinos. Es más difícil, en cambio, encontrar corrientes derechistas democráticas. No debe descuidarse tampoco, como bien señalara Angela de Castro Gomes, la presencia e incidencia de los corporativistas.

25. Lúcia Lippi Oliveira, Mônica Pimenta Velloso, Angela Maria de Castro Gomes. *Estado Novo. Ideología e poder*. Río de Janeiro, Zahar Editores, 1982, páginas 48 y siguientes.

26. Lúcia Lippi Oliveira, Mônica Pimenta Velloso, Angela Maria de Castro Gomes. *Op. cit.*, página 71.

lista” del proceso político del país²⁷. Finalmente, el propio Vargas se construye, simbólicamente, como figura del “padre” (“pai”), representación que tendrá continuidad en la política populista brasileña²⁸.

En Argentina, en cambio, el resultado de la confrontación es más complejo y menos visible. En cierto sentido, sólo podrá apreciarse cabalmente al cabo de varios años. Mirado en esta perspectiva, pues, el rédito mayor es para el pensamiento católico integrista, cuya impronta se hace sentir en sectores ultraderechistas constituidos bien por civiles prestos para la acción directa contra sus enemigos, bien, muy en particular, por militares de todo rango, que han de llevar a la práctica las enseñanzas de sus maestros, alcanzando los niveles más brutales del horror a lo largo de la represión llevada adelante poco antes de acceder al gobierno en 1976 y durante el ejercicio de la dictadura²⁹. En esa instancia histórica, la concepción del enemigo como un demonio al que hay que exorcizar, llegando incluso hasta la muerte, alcanza su paroxismo.

Sin embargo, el fuerte influjo del catolicismo integrista se proyecta en sectores del peronismo, en cuya constitución juega un papel nada despreciable (véase, entre otros, el sólido trabajo de Zanatta), y en varios de los antagonistas civiles y militares opuestos a ese movimiento popular. No es, por cierto, casual que los aviones de los militares sublevados contra el gobierno del general Juan Domingo Perón, en 1955, lleven escrita la leyenda “Cristo Vence”. No lo es, tampoco, la participación de sacerdotes en las acciones terroristas de Estado, o conexas a ellas realizadas por las Fuerzas Armadas durante las prácticas criminales de los años 1974 y siguientes. Más aún, no es forzado establecer algún tipo de conexión –que seguramente necesita más trabajo de investigación– entre la fortísima prédica contra los partidos políticos, la democracia liberal, los judíos y los comunistas, característica de los derechistas antiliberales de los años 1930, y la generalizada oposición contra todos ellos que campea desde entonces en la sociedad argentina, a despecho de cambios bien significativos. Es que, todavía hoy, es posible constatar que aquellos polvos trajeron estos lodos.

27. Lúcia Lippi Oliveira, Mónica Pimenta Velloso, Angela Maria de Castro Gomes. *Op. cit.*, páginas 145-146.

28. Lúcia Lippi Oliveira, Mónica Pimenta Velloso, Angela Maria de Castro Gomes. *Op. cit.*, página 46.

29. Prudente García, sociólogo y coronel del ejército español, destaca muy atinadamente esta cuestión en su libro *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas Militares*. Madrid, Alianza Editorial, 1995, página 65 y siguientes.

- Aspásia Camargo. "A Revolução das elites: clivagens regionais e centralização política", en Universidade Federal de Rio Grande do Sul. Pró-Reitoria de Extensão. *Simpósio sobre a Revolução de 30*. Porto Alegre, Erus, 1983.
- Boris Fausto (dir.). *História geral da civilização brasileira*. Tomo III. *O Brasil republicano* (4 volúmenes), 1985-1986.
- Angela de Castro Gomes. *A invenção do trabalhismo*. San Pablo-Río de Janeiro, Vértice, Editora Revista dos Tribunales, e IUPERJ, Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro, 1988.
- Hélgio Trindade. *Integralismo: o fascismo brasileiro na década de 30*. San Pablo, DIFEL, 2ª ed., 1979.



La extimidad del guión

*Raúl Antelo**

Argentina-Brasil. ¿Qué quiere decir lo argentino-brasileño? ¿Hay algo que tendría la cualidad de lo propio y entonces se podría enorgullecer y reivindicar para sí ser más argentino-brasileño que otro? ¿Qué sería lo argentino-brasileño por antonomasia? “El silencio de ese guión no pacifica ni apacigua nada, ningún tormento, ninguna tortura. Nunca hará callar su memoria. Incluso podría llegar a agravar el terror, las lesiones y las heridas. Un guión nunca basta para ahogar las protestas, los gritos de ira o de sufrimiento, el ruido de las armas, los aviones y las bombas”¹.

Sin embargo, es imposible pensar ese guión, ese espacio común, el entre-lugar argentino-brasileño, sin una referencia a una memoria de la mo-

* Profesor de la Universidad Federal de Santa Catarina.

1. Jacques Derrida. *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires, Editorial Manantial, 1997, página 24.

derinidad a través de sus marcos mayores: el conflicto entre razón y tradición o la tensión entre razón y evolución. En efecto, la modernidad misma es un guión, un *roteiro* o derrotero, un movimiento en dirección al movimiento pero también una secuencia de discontinuidades. Así, por ejemplo, el hiato entre razón y tradición nos propone un discurso institucionalista que domina la lógica pura de la diferencia, atravesada por una dualidad de conciencia cuya manifestación literaria más acabada quizás sea Machado de Assis. En las imprecisas fronteras entre lo vivo y lo difunto, con Brás Cubas, o en los móviles márgenes entre lucidez y demencia de "El Alienista" o, incluso, en el debate que, mediante la alegoría de las Academias de Siam, opone la actividad masculina a la pasividad femenina, recogemos las tensiones de un azaroso proceso de incorporación a la modernidad a partir de la trabajosa vigilancia del intelecto.

Esas cabezas divididas respetan, como ideal, la autonomía, y como régimen social, el liberalismo, negándole de paso esa condición racional a otros vastos sectores de la sociedad latinoamericana. Se generan así dos tipos diferentes de impugnación. En primer lugar, el intelectual se transforma en un héroe cultural en virtud de la supresión de la palabra del Otro. Es el caso de Sarmiento o Rui Barbosa. El primero cita en francés obliterando una dicción local; el segundo, reprime, a través de su modelo cultural británico, todo un sistema social y simbólico que hunde sus raíces en lo indígena y lo ibérico, lo colonial y lo barroco, lo oral y lo mestizo. No hay para él, como tampoco para José Veríssimo u Oliveira Lima, una cultura jesuítica, una religión al margen del Estado, ni siquiera arrobos intelectuales criollos en la colonia. La cultura brasileña es lisa y llanamente una armoniosa adaptación al modelo europeo. La definición de la ley es formal. Y eso vale para el *Esboço* de Teixeira de Freitas o el *Código Civil Argentino* de Vélez Sársfield, aplicado lector de Freitas; para Estanislao Zeballos o su archienemigo, el Barón de Río Branco.

Pero además de negarse la palabra del Otro, en ese proceso avasallador de modernización se le niega al Otro el derecho de hacer su propia literatura y así como Lugones se apodera de la voz del gaucho para construir una épica estatal, Euclides da Cunha silencia la voz de lo sagrado para que se oiga, en cambio, la de la máquina cultural: el diario liberal *O Estado de São Paulo*, en cuyas páginas ese ingeniero militar narra el exterminio de los rebeldes sertaneros.

La emergencia de la máquina nos sitúa, precisamente, ante un nuevo tipo de conflicto: la tensión entre razón y evolución. Diríamos que la máquina crea autonomía pero destruye la independencia. El gran tema cultural en la primera mitad del siglo pasado pasa a ser entonces asociar el músculo al intelecto. Una cultura de la justicia social —el regionalismo nordestino, el expresionismo nacionalista de Portinari o Di Cavalcanti— se cuestiona por tanto de qué modo alterar las estructuras políticas de alian-

zas y compromisos con los de abajo sin afectar por ello la eficiente redistribución simbólica moderna.

No lo logra, sin embargo, sin paradojas. Ese populismo modernizador busca una alternativa radical en el seno de lo comunitario, cuestionando el orden institucional mediante la construcción de nuevos agentes históricos en la persona de individuos marginales. Sin embargo, ante la inevitable división social, surge de su discurso un sujeto ambiguo que, por un lado, es tan sólo un sector de la comunidad nacional, aunque funcione, por otro, como un agente que se presenta, antagónicamente, como el pleno de la comunidad.

Digamos, no obstante, que aunque sea necesaria la alianza de ciudad y campo para el triunfo de ese proyecto altamente controvertido, lo que se afianza, en realidad, es una concepción biotecnológica del cuerpo que reposa, sin duda, en una fuerte autodisciplina, con la que el escritor se niega a sí mismo el derecho de hacer literatura. La poesía *pau-brasil* de Oswald de Andrade prefigura, en ese sentido, el rechazo de la autoría y la originalidad que veremos luego en la estética practicada por Pierre Menard.

Pero hay allí también plantada una semilla explosiva de antitradicionalismo arribista. En efecto, una de las ambiciones de la modernidad periférica es acceder al consumo cultural. En visita a Río de Janeiro, Nicolás Avellaneda ya había estipulado que no existen “prensa sin partidos, partidos sin prensa”, aunque lo importante, de hecho, era que no podía existir indiferencia ante un mercado potencial de 12 millones de personas². Eso es Brasil para Avellaneda. Treinta años más tarde, Raúl González Tuñón, como buen comunista, verá en cambio el medio intelectual brasileño bajo un prisma más lírico; evocará a Nise da Silveira, la psiquiatra que trabajaba con alienados o a la escritora nordestina Rachel de Queiroz, todo con el fondo musical de Darius Milhaud, que llovía sobre el piano la feroz travesura de sus maxixes, con “cascadas de sol, agua ardiente petrificada, y correr, correr a través de inmensas plantaciones”³. O sea, la vida sana.

Pero, contemporáneamente, Roberto Arlt preferirá, al contrario, jactarse del arribismo anarquista criollo, la vida puerca, ensalzando, sin pudor, los hábitos porteños que permitían, ya fuese por consumo, robo, venta o simple ambición, el libre acceso al mundo de los libros. Como los brasileños son 36 millones y no consumen cultura –argumenta– enseguida serán 100 millones. Hay que aprovechar.

“Busco infatigablemente con los ojos, academias de corte y confección. No hay. Y vean que hablo del centro, donde se desenvuelve la actividad de la po-

2. Nicolás Avellaneda. “En Río de Janeiro”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Año 2, Tomo 1. Buenos Aires, 1899.

3. Raúl González Tuñón. *El otro lado de la estrella*. Buenos Aires-Montevideo, 1934, página 131.

blación. ¿Librerías? Media docena de librerías importantes. Ese proyecto altamente controvertido ¿Centros socialistas? No existen. Comunistas, menos. ¿Bibliotecas de barrio? Ni soñarlas. ¿Teatros? No funciona sino uno de variedades y un casino. Para conseguir que la Junta de Censura Cinematográfica permitiera dar la cinta *Tempestad sobre Asia* hubo reuniones y líos. ¿Periodistas? Aquí un buen periodista gana doscientos pesos mensuales para trabajar brutalmente diez o doce horas. ¿Sábado inglés? Casi desconocido. ¿Reuniones en los cafés, de vagos? No se conocen. Tiraje máximo de un diario: ciento cincuenta mil ejemplares. Quiero decir "tiraje ideal", 150.000 ejemplares, porque ni hay periódico que los tire. (...)

Es necesario convencerse: Buenos Aires es única en la América del Sud: Única. Tengo mucho que escribir sobre esto. Allá (y esto se lo he dicho a los periodistas de aquí), allá en el más ínfimo barrio obrero, encuentra usted un centro cultural, donde, con una incompetencia asombrosa, se discuten las cosas más trascendentales. Puede ir a Barracas, a Villa Luro, a Sáenz Peña. Cualquier pueblo de campo de nuestra provincia tiene un centro donde dos o tres filósofos baratos discuten si el hombre desciende o no del mono. Cualquier obrero nuestro, albañil, carpintero, portuario, tiene nociones y algunos bien sólidas, de lo que es cooperativismo, centros de lucha social, etcétera. Leen novelas; sociología, historia. Aquí eso es en absoluto desconocido. (...). Vean: en la Asociación Cristiana, de Montevideo, todas las noches se armaban unas tremendas discusiones sobre comunismo, materialismo histórico, etc. No hay casi estudiante uruguayo que no tenga preocupaciones de índole social. Aquí eso no se conoce. El obrero, albañil, carpintero, mecánico, vive aislado de la burguesía; el empleado forma una casta, el capitalista otra. Y como decía en una nota anterior, los obreros ni por broma entran a los cafés donde va la "gente bien". Hay tranvías de 1ª clase y de segunda. Sí: tranvías. En los de segunda clase viajan los trabajadores. En los de primera, el resto de la población. No confundir con coches de primera, sino un conjunto: coche motor y dos o tres acoplados de segunda clase. Y esto ocurre en Río, donde hay millones de habitantes. Cuando me dijeron que Río tenía dos millones, yo no podía admitirlo. Y es que pensaba en Buenos Aires. (...). "Se travalla". Esa es la frase. Se trabaja brutalmente, desde las ocho de la mañana a las siete de la tarde. Se trabaja. No se lee. Se escribe poco. Los periodistas tienen empleos aparte para poder vivir. No hay ladrones. Los pocos crímenes que ocurren son pasionales. La gente es mansa y educada. Más aún: las casas de radio, que han infectado nuestra ciudad: porque en el último boliche del último barrio encuentra usted un altoparlante aturdiendo a la vecindad son escasas aquí. Y sino venga a Río y mire las azoteas. No va a ver antenas casi. Pase por las calles. No va a oír música. "Se travalla". Se trabaja. Y después se duerme. Eso es todo; eso es todo, ¿comprenden? Hay que haber vivido en Buenos Aires y luego salir de él para saber lo que vale nuestra ciudad"⁴

4. Roberto Arlt. "Sólo escribo sobre lo que veo", en *El Mundo*. Buenos Aires, 30 abril de 1930.

Arlt apuesta a un *tableau* urbano que mimetiza lo conocido y abjura de la imagen cuando ésta no confirma los datos de la experiencia originaria. No deja, sin embargo, de ver en ese caos, a su juicio, demoníaco, un aspecto del sistema total que tiene el poder de cooptar y desarmar formas aún peligrosas de resistencia, vaciándolas como meras mercancías culturales. Brasil es un espejo de lo que la Argentina puede perder.

“Cuando yo miro la cara de un operario porteño, sé lo que piensa. Sé que afanes lleva en su interior. Sé que estoy en presencia de un elemento inquietamente social. Aquí, encuentro gentes que, con tal de ganar para el “feyon”, viven felices. Esto me indigna. En la pensión más equívoca, se encuentra, entre carcajadas irrisorias, un altarcito encendido a la virgen y sus santos. Se vive religiosamente, o no se vive. Esta mezcla de superstición, de mugre, de ignorancia y de inconsecuencia, me crispa. La empleada argentina, es muchacha trabajada de pensamiento en lo relativo; la empleada, aquí, es un artículo de lujo. Los que viven mal no se dan cuenta de ello, aceptan su situación con la misma resignación que un mahometano; y yo no soy mahometano. Algunos me dicen que la culpa es de los negros, otros, de los portugueses, y yo creo que la culpa es de todos. En nuestro país había negros, y había de todo, y la civilización sigue su marcha. No entiendo por civilización superabundancia de fábricas. Por civilización entiendo una preocupación cultural colectiva. Y en nuestro país existe, aunque sea en forma rudimentaria. Aquí, la cultura de la clase media, es de un afrancesamiento ridículo. Se imita a las artistas de cine de tal forma, que se ven mujeres por las calles vestidas de manera tan extravagante, que uno no sabe por qué extremo empezar a describirlas”⁵

Borges decía que, gracias a la penuria imaginativa, “para el argentino ejemplar, todo lo infrecuente es monstruoso —y como tal, ridículo”. Arlt asume sin pudor ese semblante *hooliganista* en sus aguafuertes cariocas.

“Seamos sinceros. En nuestro país, como aquí, está permitido hablar mal del presidente para abajo; y en nuestra Cámara hay socialistas de todos los matices. Aquí el socialismo produce escalofríos. Hay una comisión de cine, que no se asusta de ninguna cinta por escabrosa que sea, mientras que no trate de asuntos sociales. La más inocente asociación gremial alarma a la policía. Hay que ver la estupefacción que produjo, a unos muchachos de la asociación el ver un número de *El Mundo*, donde se publicaba la fotografía de un diputado radical que había sido cañillita y la de otro socialista que fue mensajero, me refiero a Portas y Broncini. Se miraron entre ellos, como diciéndose: ¡Qué país será aquéll!”⁶

5. Roberto Arlt. “No me hablen de antigüedades”, en *El Mundo*. Buenos Aires, 6 de mayo de 1930.

6. Roberto Arlt. “Amabilidad y realidad”, en *El Mundo*. Buenos Aires, 7 de mayo de 1930.

Para Arlt, argentino-ejemplar, Brasil no es un país de malvados sino, como decía el mismo Borges, “de irrisorios, momentáneos y nadie”. Somos los mejores sin vuelta: los mejores. Un obrero como el nuestro no se encuentra sino en Buenos Aires. En Europa y Uruguay los habrá, pero fuera de allí no. Somos los mejores porque tenemos una curiosidad enorme, y una cultura colectiva magnífica –aunque, en tren relativista, agregue: magnífica cuando comparada con la que hay aquí⁷.

Esa prepotencia de los sectores medios recientemente incorporados a la modernidad contrasta con cierta *non-chalance* del aristocrático viajero modernista. En visita al Jardín Botánico de Río, Eduardo Schiaffino, artista y director del Museo Nacional de Bellas Artes, admite haber juzgado, antes de conocerlo, que sólo existían tres tipos de palmeras, “el dátil de África, aquellas gigantes de Botafogo que dan cocos, y las palmeras de Palermo que dan lástima”⁸. Arlt-argentino-ejemplar, muestra, en cambio, lo opuesto o, mejor dicho, lo complementario, la intolerante urgencia de un iluminismo recién estrenado, así como también su contrapartida, la idealización de Brasil como una sociedad diferente, amena y sin conflictos. Kant y Sade no pueden confundirse jamás.

“¡Gente dichosa! Cien veces dichosa. De los diarios leen únicamente las cuestiones relacionadas con política. La policía, cuando tiene trabajo, es porque ha ocurrido un drama pasional: él, cadáver; ella, muerta; el amigo, hambre también. En fin, la eterna trilogía que no pudo concebir Dios en el Paraíso, porque en el Paraíso sólo existían Adán y Eva y el día que intervino un tercero, la serpiente, ya se armó el lío. Si en vez de serpiente, es hombre, la raza humana no existe. Fuera de eso, la delincuencia es reducidísima. El trabajo de la policía se limita a expulsar a los comunistas, en vigilar a los nativos que les da por esas ideas y en dirigir el tráfico. Alguna que otra vez estalla una revolución: pero eso no tiene importancia. Revolucionarios y leales tienen el buen y perfecto cuidado de interponer siempre entre sus personas una distancia razonable, de modo que la opereta continúa hasta que los revolucionarios llegan a terreno neutral. Y como para llegar a terreno neutral median millares de kilómetros, una revolución suele durar un año a dos sin que por eso la sociedad tenga que lamentar la desaparición de ninguno de sus benefactores”⁹

Transformando la rebelión de los tenientes o el mismo golpe de Vargas en sedición “de irrisorios, momentáneos y nadie”, la diferencia cultural se impone, en ese sentido, como un absurdo intolerable e incomprensible.

7. *Ibidem*.

8. Eduardo Schiaffino. *Recodos en el sendero*. Buenos Aires, Ediciones El Elefante Blanco, 1999, página 135.

9. Roberto Arlt. “Qué lindo país”, en *El Mundo*. Buenos Aires, 26 de abril de 1930.

“Naturalmente, en las conversaciones y reportajes oficiales que se publican en los diarios, argentinos y brasileños nos conocemos como si hubiéramos comido en el mismo plato y en el mismo cuarto; pero en la realidad práctica no ocurre eso. Somos dos pueblos distintos. Con ideales colectivos distintos. Nosotros somos ambiciosos, entusiastas y deseamos alcanzar algo que no sabemos lo que es y leemos diarios, revistas, novelas, teatro; conocemos España como si fuera la Argentina... ¿Aquí? En uno de los mejores diarios, el encargado del archivo, me ha dicho: Vea...no tenemos ninguna información de Portugal, la madre patria. Ninguna fotografía. Estamos tan distantes... ¿Se dan cuenta?”¹⁰

Como vemos a través de las aguafuertes cariocas de Arlt, a las que podríamos agregar las de Nicolás Olivari, Alcântara Machado o incluso Oswald de Andrade, los escritores de este pliegue modernizador no dejan de escribir ficciones en los bordes mismos de la literatura, de allí que la imagen paranoica pueda llegar a servirles para elaborar nuevas relaciones entre política y Estado. Así, por ejemplo, mientras escribe la rapsodia desgeografizada de *Macunaíma*, experiencia máxima de ruptura escrituraria en la región, Mario de Andrade lee y escribe en diarios una parodia de guerra Brasil-Argentina, en ritmo de carnaval, cuasi premonitoria del desastre de 1983, que concluye con un aumento descomunal de la deuda y una previsible derrota para ambas partes.

“Pois eis que leio nos jornais que ¡A ARGENTINA DESTINOU 75 MILHÕES DE PESOS PRA COMPRA DE MATERIAL BELICO! Li e se baralhou tudo no meu sentimento.

Rapazes fiquei sem compreender mais nada. Pois será que aquela gente argentina ainda está sob o regime do patriotismo e no estadio mental do ‘Pátria latejo’!!!!...Deve de estar, secundava a minha desilusão, pois que credita 75 milhões de pesos pros fabricantes de submarinos e metralhadoras. Num átimo todo o corpão moreno desta nossa Sulamerica se estendeu no meu pensamento, vi todos os nossos países brigandinho internamente é verdade porém todos desprevenidos, dois canhões aqui três espingardas no pueblo vizinho e no meio de todos a Argentina sentada na ponta duma baioneta e armada até os dentes. Achei idiota, palavra.

Eu, franqueza, não tenho muito medo da Argentina não porque afinal das contas suponhamos que surgisse de sopetão uma guerra entre ela e a gente, ¿que sucedia? Sucedia que os militares argentinos nos passavam logo a fronteira, deixavam os sulriograndenses numa trapalhada guaçú não sabendo si tomar partido pelos militares argentinos ou pelos militares brasileiros, afinal os militares argentinos invadiam o Brasil, isto virava num chinfrim de filme da Century Co., era só tiro que mais de cá e de lá e pra encurtar caminho, depois do dia histórico do armistício ficassem os militares brasileiros vencedores ou não, o certo é que levávamos uma tunda mestra.

10. Roberto Arlt. “Amabilidad y realidad”, en *El Mundo*. Buenos Aires, 7 de mayo de 1930.

Agora me secundem a isto, os militares do mundo: ¿que sucedia depois? Sei que uma imundice de coisas pândegas...Novas Historias do Brasil contando que apanhamos por estarmos desprevenidos por causa dos manejos diplomáticos internacionais, por causa das traições, proteções, etc.. ou que vencemos devido a forçura da peitaria patricia e a bravura dos nossos galhardos militares que souberam não desmentir os heróis dos Guararapes e de Humaitá! Vencendo ou apanhando é bem possível que se mudasse de colorido certas partes dos mapas impressos que ensinam a geografia do universo; é possível que se fizesse muitas comemorações com muita gritaria de miserável povo inconsciente e muita gritaria de gente que se diz instruida, porém, mais besta do que um burro; é possível que se fizesse novas estátuas horrorosas e mais hinos pras coitadas das criancinhas dos grupos escolares decorarem e na certa que apareciam muitos soldados desconhecidos mortos pela pátria e que estão agora em moda. ¿Depois? Depois, vitoriosos ou vencidos ficávamos com os mortos em roda, conhecidos, parentes, amigos, tanta gente boa, tanta gente querida morta, moça, ficávamos com uma dor muito sofrida, mais inquietações, mais abatimentos, mais amarguras, muito raciocínio panema. E uma raiva surda desses argentinos que afinal são tanto nossos irmãos que nem eu sou irmão do Manuel Bandeira, do dr. Arthur Bernardes que nem conheço e até do dr. Graça Aranha que está de mal comigo¹¹. E ficávamos com uma dívida macota mais enormissima que a de agora... E depois? Depois tudo continuava da mesma forma progredindo, progredindo, talvez mais união, talvez mais desconfiança, talvez mais consciência de nacionalidade moral, os argentinos e brasileiros vivendo, sofrendo, gozando e afinal uma quarta-feira batendo com o rabo na cerca e indo pro inferno, pro purgatório ou pro céu”¹²

Algunas conclusiones se imponen de esa carnavalizada construcción de lo brasileño-argentino. En primer lugar, lo supra-nacional, lo regional-americano, nunca es un dato primario de la vida social sino una construcción simbólica y, en el caso de Andrade, funciona como un encabalgamiento epifánico de identidades discontinuas, algo “sin carácter”, apático y virtual. En una palabra, potente. Por otra parte, y en consecuencia de ese carácter complejo, las relaciones de representación en que se basa lo argentino-brasileño no son un nivel secundario que refleja una realidad social primera, constituida antes, en otro lugar. Al contrario, son el espacio específico de constitución de lo social y, en ese sentido, la construcción imaginaria de la rapsodia, por ejemplo, es un paso importante para la representación simbólica posterior de Vargas. En fin, dicha representación no ocupa tampoco un lugar secundario, derivado de la brecha entre el espacio comunitario universal y el particularismo de las voluntades co-

11. Bandeira es poeta de vanguardia; Bernardes, el presidente de Brasil, y Graça Aranha, escritor elegante y afrancesado.

12 Mario de Andrade. “Clara Argentina”, en *A Manhã*. Río de Janeiro, 26 de octubre de 1926.

lectivas dadas. Por el contrario, la asimetría entre la comunidad como un todo y las voluntades colectivas es la fuente misma del juego simbólico de la modernidad, la lanzadera dual del populismo, el vaivén pendular de un abanico de posibilidades, mediante el cual descubrimos inclusive la penuria imaginativa y el rencor, nuestros límites y nuestras imposibilidades, “nuestra parte de muerte”, como la llama Borges, antes incluso de Bataille¹³, o “nuestra parte maldita”, como secunda Sarlo, después del sociólogo sagrado:

“El cuerpo de Maradona, compacto y etéreo al mismo tiempo, es la fuente de una inmensa riqueza dilapidada que, precisamente porque se la gasta sin ton ni son, permanece intacta, infinita, intocada por el tiempo. Ese cuarentón gordo y balbuceante que hoy muestran las pantallas, emotivo, sentimental y truculento, no puede desvanecer la figura del mito heroico. Ante los creyentes (que son casi todos) Maradona sigue siendo un espejo de la felicidad que ha desafiado la estrechez capitalista con el lujo insultante y el dispendio interminable. Carismático y plebeyo, no puede ser sometido a ningún juicio porque, frente a un exceso que ha tenido mucho de insensato, todo juicio parece moralista. ¿Cómo criticar a Maradona sin que se piense de inmediato en el escándalo mezquino del pequeño-burgués que otros pequeño-burgueses son los primeros en denunciar?”¹⁴

A partir de estas constataciones, cabría aún pensar que la emergencia de lo popular transnacional, o en fin, de lo argentino-brasileño, más que signada por la suma, surge atravesada por la falta. En la medida en que lo argentino-brasileño sólo puede constituirse en el terreno de las relaciones de representación, la construcción identitaria de ese margen sólo admitiría una consistencia informe: la de lo *desuniversal*.

En efecto, poco después de la guerra, en 1948, Héctor A. Murena comienza a trabajar en lo que será *El pecado original de América latina*, como respuesta al *Sarmiento* de Ezequiel Martínez Estrada¹⁵. Más tarde, en uno de los prototextos de ese ensayo, a su modo, pionero en el esfuerzo por superar marcos exclusivistas nacionales, hay una iluminadora intervención donde Murena desarrolla las consecuencias de la modernidad según Nietzsche. Concluye así que

13. Jorge Luis Borges. “Nuestras imposibilidades”, en *Borges en Sur. 1931-1980*. Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1999, páginas 117-120.

14. Beatriz Sarlo. “Nuestra parte maldita”, en suplemento *Radarlibros de Página/12*. Buenos Aires, 17 de noviembre de 2001.

15. Héctor A. Murena. “Reflexiones sobre el pecado original de América”, en revista *Verbum*, Año 11, n° 90. Buenos Aires, 1948, páginas 20-41.

“Los americanos tenemos desde antes que nadie y con mayor intensidad que ninguno la experiencia de la desuniversalización. Porque América, la tierra aún no poseída por el espíritu, la tierra que abate el hambre, es por excelencia el mundo desuniversalizado. En este ámbito oscuro y caótico la razón se ve en cada momento llamada a actuar, en cada minuto se siente convocada a librar su épica ante la tierra, no puede encerrarse en el racionalismo ni abandonarse al irracionalismo. Este mundo crudo, en descubierto, libre de teorías, es la situación que Nietzsche pedía para que la razón hiciera frente a su verdadera prueba, para fundar una filosofía viva. Como americanos que somos, no podemos entonces menos que concluir esta recordación del cincuentenario de Nietzsche deseando que las ricas enseñanzas que su pensar aún encierra sirvan de incentivo para una filosofía americana, para que América supere junto con el resto del mundo esta intolerable desuniversalización en que nos hallamos postrados”¹⁶

Al celebrarse, recientemente, el segundo cincuentenario de la muerte del filósofo del *gay saber*, Peter Sloterdijk argumentaba, en la línea propuesta por Murena, que Nietzsche es aún un poderoso elemento de superación de obstáculos éticos, promoviendo, en el corte prehistórico, la emancipación del hombre con respecto a la naturaleza, y construyendo, luego, a lo largo del proceso de la modernidad, la sujeción del hombre a otros hombres, para, por último, en la tercera insularidad post-histórica, la “americana”, firmar alianzas inestables con los valores del mundo moderno, de las que Nietzsche, en última instancia, es su evangelista y su *designer* más acabado¹⁷.

El mismo Murena desarrolla esa idea de negatividad post-histórica más tarde, en *Ensayos sobre subversión*, al evocar el *sacrificium intellectus* de Euclides da Cunha y José Hernández.

“En 1909, pocos meses antes de morir (asesinado), Euclides da Cunha escribía desde Río de Janeiro a su amigo Oliveira Lima: “Nem faço outra coisa senão entristecer-me nesta nossa pobre terra.” No hacía otra cosa que entristecerse en su pobre tierra. ¿Por qué? La mención de la tierra parece insinuar una relación de causa a efecto. ¿Era por el destino de su tierra por lo que se entristecía? Siete años antes había publicado una obra llena de grandeza y monstruosidad. No narraré el argumento de *Os sertões*. Deseo subrayar el hecho de que sus protagonistas son la naturaleza y Antonio Conselheiro, fuerza que apenas se diferencia de la naturaleza y en la que no debemos ver nada humano, pese al nombre que ostenta. ¿Dónde está el hombre, pues? ¿Dónde está el sensible y ultralúcido Euclides da Cunha? Ausente: lo humano no figura

16. Héctor A. Murena. “Nietzsche y la desuniversalización del mundo”, en revista *Sur* n° 192-194. Buenos Aires, octubre-diciembre de 1950, página 85.

17. Peter Sloterdijk. *La Compétition des Bonnes Nouvelles. Nietzsche évangéliste*. París, Mille et Une Nuits, 2001.

en la obra. Y Euclides da Cunha ha desaparecido en la tierra, se ha disuelto allí, ya sea en la naturaleza llamada Conselheiro. Es comprensible que se entristezca en esa "pobre tierra": ella no le permite expresarse. Pero se entristece por sí, aunque entristecerse de tal suerte por un hombre es también hacerlo por una tierra que se opone a que lo humano florezca en ella. Y llegó a contraer lo que él consideraba un "pessimismo abominável". Aproximadamente un cuarto de siglo atrás, más al sur, otro incidental hombre de letras da a su novia una foto suya que se había hecho tomar de espaldas. Ese hombre era José Hernández. En *Martín Fierro* la entrega a la naturaleza –bajo la forma de gaucho– se intensifica hasta el punto de lo casi ininteligible: ese poema que nadie traducirá sin desvirtuar por completo, que nadie entenderá bien fuera de un lugar y una época determinados, acoge en sus palabras el silencio de la naturaleza. Martínez Estrada ha dicho que "*Martín Fierro* es una sublevación... un levantamiento contra la cultura y las letras". Yo añadiría que es un poema *contra la palabra*"¹⁸

Por último en 1965, simultáneamente ya a la segunda edición de su ensayo sobre América, pero, de manera no menos sintomática, después del primer viaje a Europa, Murena evoca las condiciones de esa iluminación epifánica de lo local. Es, a su modo, una manera de usar la literatura para el asesinato sistemático de la literatura ya que América no era más vista desde la incorporación a la ciudad letrada, sino desde el exterminio, es decir, la desincorporación.

"La tesis central del libro era la de que, por haberse constituido América en un campo de expulsión del ámbito de la historia, en una fractura histórica, irrumpía en ella el mundo en bruto, no humanizado, que para criaturas habituadas a una considerable altura histórica pesaba como verdadero pecado original capaz de malbaratar todos sus esfuerzos vitales. La lucha contra ese pecado debía consistir, en los diversos órdenes, en abrirse al mundo en bruto, para hacerse con él y poder pasar así de un mortecino y animalesco limbo a una vida que mereciese el nombre de humana. Tal era la tesis, esquemáticamente: esto es, con matices y variaciones fundamentales, pero que resulta imposible dar aquí. Una de las perplejidades de tipo agudo en relación con esas ideas se me produjo en ocasión de mi primer viaje a Europa. Desde el momento mismo en que pisé tierra europea me había asaltado el recuerdo de ese libro, naturalmente. ¿Qué sentido tenía? Recordaba las páginas y páginas en que había insistido en la diferencia total de América y, a medida que veía ciudades y gentes, me invadía la desazón, más: la vergüenza. Me encontraba entonces frente al principal de los términos de comparación que me habían servido para fijar y reclamar esa diferencia de América, una diferencia casi totalmente potencial, pero que debía concretarse un día en expresiones formales. Y ¿qué era

18. Héctor A. Murena. *Ensayos sobre subversión*. Buenos Aires, Editorial Sur, 1962, páginas 60-61.

esa diferencia, en términos rigurosos? ¿Se trataba de una diferencia por la inferioridad? Estas y otras preguntas, peores, me seguían, articuladas a veces o si no pesadamente confusas. La turbación alcanzó su punto máximo en Florencia. Una tarde, sentado en la Plaza de la Signoría, aplastado por el espíritu del lugar, mi mundo cedió. Ante lo que estaba contemplando ¿qué significaba esa diferencia, que ya sonaba con tono ridículo? ¿No era acaso la plenitud de lo humano —en su sabida o no reverencia a los poderes divinos— la meta de todo hombre? Y esa plenitud ¿no se hallaba ante mis ojos lograda en forma insuperable? Esa plaza, como símbolo de un mundo en el que lo humano había encontrado ocasión para cumplirse en forma absoluta y en todas sus variadas capacidades ¿no era un mandato para que callase lo caótico, informe y quizá también frustrado? Insistir en la diferencia, en que debíamos ser diferentes ¿no era apartarse de la meta misma de lo humano? Fue de semejante nadir de donde salió la respuesta a esa perplejidad que sin duda yacía en mí mismo desde mucho antes del viaje. Y la respuesta decía que América buscaba también la plenitud de lo humano, pero que para cumplirla mediante sí debía, en un primer paso, apartarse de lo ya cumplido por otros. Debía descender al fondo de sí con movimientos que significaban en principio una negación de lo occidental. Y no sólo de lo occidental, sino de todas las formas en que se hubiese plasmado la plenitud. América debía descender a lo informe, a sus zonas abismales: únicamente cuando pareciera hallarse en pleno extravío se encontraría cerca de su camino. Porque aunque lo que los americanos buscábamos fuera igual a lo que ya habían logrado otros, debíamos buscarlo a través de la diferencia. Sólo separándonos de los demás llegaríamos adonde los demás estaban. Tal paradoja, que rige en toda vida creadora, se aplicaba con entero rigor al caso de América”¹⁹

Y más que al caso de América, al caso de lo argentino-brasileño: sólo separándonos de lo idéntico llegaríamos así, finalmente, a lo idéntico.

Además de la incuriosidad ecuménica, razonaba Borges, una de las imposibilidades argentinas es la fruición incontenible de los fracasos, menos interesada en la felicidad del ganador que en la humillación del vencido. Pues si admitimos que, de manera semejante, una de las marcas más ostensivas de Nietzsche es también su ejercicio por sobrepasar una pasión alemana, la necesidad de rebajar al otro, es lógico leer su obra como el denodado esfuerzo de un pensador dramático por huir, tanto de la alucinación filosófica del sujeto individual, como de la acción comunicativa de la sociedad.

Nietzsche, en verdad, se interesa por una teoría de la penetración penetrada (Sloterdijk), una ética del desbordamiento y la entrada en los otros que puede ser provechosa en la actual coyuntura de lo argenti-

19. Héctor A. Murena. “América, su pecado y sus exegetas”, en *Revista de Occidente*, año 3 (segunda época), n° 25. Madrid, abril de 1965, páginas 77-85.

no-brasileño. El desafío consistiría en aliar dos movimientos contrapuestos. De un lado, una celebración del no-sí-mismo, como si eso no hubiera sido intentado ya por el elogio moderno de la alteridad y, del otro, una conmemoración del extrañamiento del mundo que, al mismo tiempo, se diferencie de la actitud festival de la epifanía modernista.

Ese lugar ambivalente en que afirmamos, alternativamente, que no somos animales pero tampoco nos comportamos como hombres del pasado, diseña una nueva condición que el psicoanálisis llamaría *extimidad*, un lugar simultáneamente interno-externo, metido en la cueva de lo propio pero abierto asimismo a la indefensión de la vida. En ese *sitio-guión*, ni plenamente mimético, ni totalmente mágico, sino ético, se esboza un más allá del sujeto y un más allá de lo moderno.

El futuro, recinto de la muerte, dice Murena, es asimismo la fuente de la que mana lo sacro²⁰. Situar a la vida a la altura de la muerte, dejando atrás a la misma muerte, es una manera de identificarse el hombre con su otro, con la víctima. Pero es también una forma de comprender que, donde hay goce, hay asimismo búsqueda y rechazo simultáneos, porque el goce es siempre demasiado intenso, demasiado humano. Estaríamos así combinando un origen antehistórico de la cultura con una crítica anhistórica de la soberanía, pautándonos siempre por una doble y recurrente negatividad.

Afirmar un margen que, al mismo tiempo, no sea ni interno, ni externo sino étimo, o en otras palabras, una dimensión superlativa de lo *exter* (extraño, extranjero, exterior), es proponer el encabalgamiento informe de Kant y Sade, Sarmiento y Euclides, Arlt y Mário de Andrade. El guión étimo nos definiría así, en un primer nivel, como no-pensadores, prescindentes del no-ente, la Cosa nacional, lo cual frustra toda negación de lo alterno, dejándonos asimismo, en cuanto sujetos, tan imposibilitados de afirmar como de negar el vacío identitario, ante la permanencia constante de lo Mismo. Pero, a un segundo nivel, nos hace renunciar al viejo y estéril dilema de la modernización, ese no-ser disociado del no-pensar, el civilización o barbarie, *tupy or not tupy*, ser o no ser el Otro. El silencio de ese guión argentino-brasileño no pacifica ni apacigua nada, es verdad, pero puede ayudar a diseminar una decisión ética ineludible, llegar a lo propio por la vía de lo ajeno.

20. Héctor A. Murena. "El ultranihilista", en *Visiones de Babel*. Introducción y selección de Guillermo Piro. México, Fondo de Cultura Económica, 2002, página 295.



*Límites y estereotipos (o para qué sirve el fútbol, si es que sirve para algo)**

*Pablo Alabarces***

Tipos sociales, narrativas condensadas en esquemas significativos: todas son formas de explicación, maneras de aprehender lo social y lo cultural. Las sociedades (se) conocen también narrando y tipificando, especialmente en sus momentos de invención y de imaginación, como indica Benedict Anderson¹, como una manera de reducir complejidad y hetero-

* Fragmento de la conferencia inaugural de la Cátedra de Estudios Argentinos en la UNICAMP (Universidad Estadual de Campinas, San Pablo, Brasil), dada en octubre de 2003.

** Profesor Titular del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del CONICET con sede en la Instituto Gino Germani, de la misma Facultad.

1. Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Editorial, 1993.

geneidad, como una forma de construir homogeneidades reconocibles. Esas tipificaciones abundan en la bibliografía brasileña, en su ensayística o en su ficción narrativa: en Sérgio Buarque de Holanda, en Mário de Andrade, o en Monteiro Lobato, como antes en Silvio Romero o Joaquim Nabuco. Pero una vez mitificadas, como señala Octavio Ianni², se transforman en “fórmulas ideológicas de reiteración”: “À medida que se reiteram as formulações, oralmente e por escrito, já que alguns textos notáveis são lidos e relidos, comentados e repetidos, pode ocorrer um processo de ideologização ou reificação”³. También se podría señalar lo mismo respecto de la cultura argentina, y en algunos de sus textos fundacionales: la operación efectuada sobre el *Martín Fierro* por Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, por ejemplo, o el fenomenal capítulo segundo del *Facundo*, donde Sarmiento instala las tipificaciones cruciales de la *barbarie* argentina (el gaucho malo, el cantor, el baqueano, el rastreador –riojano–); o la invención definitiva del *gaucho patriota* en el Tercer Canto del *Santos Vega*, donde Obligado resuelve casi un siglo de guerra civil en un gaucho *fiel* que convoca a defender Buenos Aires en medio de un pacífico partido de pato (y para colmo, con éxito).

Como bien señala Ianni, esas operaciones devienen, en tiempos largos, enunciados de sentido común, reificados, que pierden poder explicativo para ganar capacidad mítica, con importantes implicancias políticas. La operación tipificadora-mitificadora que analiza se despliega en el momento en que se consolida la estructura jerárquica de la sociedad brasileña; de esa manera, “o que está em causa é “despolitizar” a sociedade civil em formação, defini-la e organizá-la desde cima, tomá-la como pouco ativa e pouco organizada, gelatinosa, carente de tutela”⁴.

En un universo como el de la cultura futbolística, donde el estereotipo es la norma, estas operaciones son harto frecuentes. Más aún cuando tratamos de las relaciones entre Argentina y Brasil; en ambos, el peso del fútbol es desmesurado, no sólo por la manera como permea las sociabilidades cotidianas, sino por su importancia en la construcción de narrativas nacionales, de mitos de integración racial, de relatos de héroes que desbordan los campos de juego para transformarse en íconos de argentinidad o en un *rei atleta do século* (la distancia adjetiva que separa a un Maradona de un Pelé). Sobre esto, mucho se ha dicho en los relatos cinematográficos (la heroicidad que va de lo familiar a lo patriótico en *Pelota de trapo*, de Torres Ríos, de 1948); en el periodismo con pretensiones ensayísticas (el fundacional *O negro no futebol brasileiro*, de Mario Filho, del mis-

2. Octavio Ianni. “Tipos e mitos do pensamento brasileiro”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, n° 49. San Pablo, ANPOCS, junio 2002, páginas 5-10.

3. Octavio Ianni. *Op. cit.*, página 8.

4. Octavio Ianni. *Op. cit.*, página 9.

mo 1948 en su primera edición), pero también en las ciencias sociales⁵ (Archetti, Alabarces, Da Matta, Leite Lopes, Vogel, entre otros). Lo que ha sido poco analizado es el punto de encuentro, el lugar limítrofe y liminal donde los relatos de identidad son también (porque precisan serlo) relatos de alteridad, y donde el otro significativo es, justamente, Argentina o Brasil. Conozco un solo intento: un texto de la antropóloga brasileña Simone Lahud Guedes⁶ en el que, dialogando con mi trabajo y el de Archetti, arriesga algunas interpretaciones. Quiero continuar aquí esa conversación, con algunos otros interlocutores.

LAS PERIFERIAS ARGUMENTATIVAS

Y aquí tengo que arriesgar una posible respuesta a mi subtítulo. ¿Sirve para algo el fútbol? Una posible respuesta desde las ciencias sociales: el fútbol puede ser visto como un foco, un punto de pasaje de la mirada crítica que a través de esa focalización se interroga por la dimensión de lo simbólico y su articulación problemática con lo político. Pero también: un lugar donde se despliegan algunas de las operaciones narrativas más pregnantas y eficaces para construir identidades. Entonces, en esa periferia de lo legítimo (porque ese lugar central seguirá siendo la cátedra o la política o los medios, según su capacidad históricamente variable de instituir y administrar legitimidades del discurso) podemos leer operaciones de tipificación que colaboren en las dificultosas construcciones de la narraciones identitarias.

Como señala Guedes, siguiendo a Lévi-Strauss, "(...) O futebol [é] um significante privilegiado, um veículo cuja exigência de significação é tamanha que só não admite a ausência de significado. (...) O processo semântico desencadeado pelo jogo constrói-se em um campo de debates, no qual diversas posições se confrontam"⁷. En esta proliferación de discursos, prosigue Guedes, "várias dimensões identitárias são disputadas, negociadas

5. Pablo Alabarces. *Fútbol y patria*. Buenos Aires, Prometeo libros, 2002. Eduardo Archetti. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003. Roberto Da Matta. "Esporte na sociedade: um ensaio sobre o futebol brasileiro", en *Universo do Futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro, Pinakothek, 1982. José Sérgio Leite Lopes. "A vitória do futebol que incorporou a pelada", en *Revista USP. Dossiê Futebol*. San Pablo, USP, 1994, página 22. Amo Vogel. "O momento felis. Reflexões sobre o futebol e o ethos nacional", en *Universo do Futebol: esporte e sociedade brasileira*. Río de Janeiro, Pinakothek, 1982.

6. Simone Lahud Guedes. "De criollos e capoeiras: notas sobre futebol e identidade nacional na Argentina e no Brasil". Ponencia ante el XXVI Encontro Anual da ANPOCS. Caixambu (MG), 22 a 26 de octubre de 2002.

7. Simone Lahud Guedes. *Op. cit.*, página 3.

e construídas (...). Uma delas seria a da nação”⁸. Fue Hobsbawm (1990) uno de los pocos historiadores y analistas del proceso de “invención” de las naciones modernas en señalar la importancia del rol de los deportes modernos en esa invención, especialmente en la construcción “desde abajo” de los nacionalismos. Y el papel de la alteridad, en estos discursos, es esencial. Por ello, Guedes afirma que “Sob tal ponto de vista, não é, absolutamente, irrelevante o fato de ser o futebol é o esporte mais popular do mundo. Trata-se de construir a diferença no interior de um código que todos dominam e em uma prática a que todos atribuem valor, mesmo desigual. A alteridade, portanto, conforme já nos ensinaram os estudiosos dos grupos étnicos (...) não sucede à identificação: é parte do mesmo processo”⁹.

Pero a la vez, no se trata solamente de una práctica difundida mundialmente, lo que nos habla de su pregnancia: es un espacio especialmente productivo, una zona donde se generan discursos significativos y relevantes. Siguiendo a Archetti¹⁰, “el fútbol y el tango son espejos y máscaras al mismo tiempo”, espejos donde los argentinos se ven a sí mismo y máscaras que son miradas por los otros. Y eso es posible porque forman parte de las que Archetti llama “zonas libres” de una cultura:

“Consideradas como áreas para demostrar la identidad ‘masculina nacional’, el tango y el fútbol revelan la complejidad de este tipo de zonas ‘libres’ en relación con ‘los otros’. Las tendencias ordenadoras de la sociedad están relacionadas con instituciones públicas como la escuela, el servicio militar, el trabajo, las ceremonias públicas y los rituales de nacionalidad. Las zonas ‘libres’, como las propiedades anti-estructurales de la liminaridad y lo sacramental híbrido en el trabajo de Turner (...), permiten la articulación de lenguajes y prácticas que pueden desafiar un dominio público oficial y puritano. Las zonas ‘libres’ son espacios para la mezcla, la aparición de híbridos, la sexualidad y la exaltación de desempeños físicos. En las sociedades modernas, el deporte, los juegos y el baile son sitios privilegiados para el análisis de la libertad y la creatividad cultural. El fútbol y el tango pueden, de esta manera, ser conceptualizados como una amenaza a las ideologías oficiales”¹¹

Esa creatividad y libertad, anclada en el carácter periférico de las prácticas respecto, como dijimos, de las que instauran la legitimidad oficial, no puede llevar, sin embargo, a idealizaciones entre populistas y posmodernas (o ambas a la vez): si bien se trata de una producción en los intersticios, no significa necesariamente una producción alternativa. Como intenté demostrar en otro lugar, la resultante de las narrativas de identidad

8. *Ib-idem*, página 4.

9. *Idem*, página 5.

10. Eduardo Archetti. *Op. cit.*, página 41.

11. *Ib-idem*, página 42.

nacional soportadas por el fútbol en la Argentina es complementaria antes que opositiva de las narrativas oficiales y legítimas: incluyente, pero una inclusión administrada; democratizadora, pero tributaria de una jerarquización de clase. La invención del fútbol resulta de constituciones muy complejas, donde las afirmaciones identitarias remiten a formantes disímiles (migratorios, barriales, generacionales, de clase), pero que tienden a reunirse en dos interpolaciones básicas, en dos ejes de oposiciones: frente a los ingleses (inventores, propietarios, administradores), del que resulta un mito de nacionalidad, y frente a las clases hegemónicas (practicantes, propietarios del ocio, estigmatizadores), de lo que resulta un mito de origen –humilde, aunque no proletario¹².

Esa doble articulación, que Guedes señala como similar en el caso brasileño aunque incorpore un componente más –el étnico, con la inclusión de la cuestión de la relación blancos-negros-mestizos–, va reduciéndose a una sola: la nacional. La interpretación de la segunda articulación, la de clase, queda reducida a momentos especialmente significativos, donde pueda ser recuperada y esgrimida argumentativamente, en contextos donde una épica “popular” sea necesaria y posible: en el caso argentino, la saga de Maradona como último símbolo nacional-popular y plebeyo, quizás sea el ejemplo más claro de esta posibilidad. En el caso brasileño, en cambio, el ejemplo de Pelé no la permite.

Así, la discusión central pasa a ser la de los “estilos”, poderosos relatos de distinción respecto de un otro significante, que en ambos casos será el inglés o, más ampliamente, el europeo:

“No entrecruzamento destes dois eixos, como uma prática e um espaço semântico do qual se apropriam os ‘nacionais’ (versus o ‘inglês colonizador’) e o ‘povo’ (versus a ‘elite’) cria-se, como sabemos, um primeiro espaço de distinção que permitirá que as criaturas enfrentem o criador, opondo-lhe uma nova criação. Esta criação nova é o que ficou conhecido como ‘futebol-arte’, classificação genericamente aceita tanto para o futebol argentino quanto para o futebol brasileiro, cuja definição contrastiva é o ‘futebol-máquina’ ou ‘futebol-força’, epítetos que se consagraram para o futebol inglês e, secundariamente, todo o futebol europeu”¹³.

Una popularización que se produce al mismo tiempo en ambas culturas no se transforma en un relato de afirmación de clase, sino en una narrativa de distinción y de afirmación nacional, favorecida por el hecho de

12. Pablo Alabarces. “Fútbol y academia: recorrido de un desencuentro”, en Alabarces, Di Giano y Frydenberg (compiladores). *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, páginas 268 y siguientes.

13. Simone Lahud Guedes. *Op. cit.*, página 9.

que es comprendida y valorizada “por todos os segmentos da população e, além do mais, ecoa para além das fronteiras da nação. O “produto” deste processo, tanto no Brasil e quanto na Argentina, resultará na valorização de uma específica corporalidade, num determinado uso social do corpo (...) que explora suas potencialidades estéticas e sua capacidade de vencer o opositor pela habilidade. (...) Neste caso, tanto para brasileiros quanto para argentinos, todos os “outros”, particularmente os “europeus”, são como “máquinas” ou capazes apenas de usar o corpo como força”¹⁴.

Queda claro entonces aquello que nos une: una narrativa de hibridación y mestizaje, articulada sobre prácticas popularizadas a partir de una común propiedad de elite, con un origen también común de pueblos invadidos y colonizados, que en el momento de su “invención moderna” (las dos primeras décadas del siglo XX) encuentran en el fútbol, en un uso social –popular– del cuerpo, un significante diacrítico. Lo que queda por indagar es entonces la zona de clivaje: aquello que nos separa¹⁵.

TROPICALISMOS

Guedes afirma que el clivaje está centralmente en las narrativas étnicas hegemónicas en ambos países. Y pareciera que los estereotipos construidos en torno de este eje son, tanto histórica como contemporáneamente, el mayor factor articulador de la diferencia.

En el caso brasileño:

“O constructo brasileiro alimenta-se, vagamente, do mito das três raças, apresentando-se e representando-se como um amálgama *mestiço*¹⁶ no qual, sem dúvida, o lugar do negro é determinante. O sinal diacrítico, a diferença essencial, é a incorporação simbólica do negro como responsável pela forma ‘espontânea’ de usar o corpo em *dribles*, *malandragem*, *jogo de cintura*, sem qualquer esforço ou aprendizagem. Concepção que está no cerne da própria concepção do ‘povo brasileiro’, esta participação é endeusada ou demonizada,

14. *Ib-idem*, página 11.

15. “Todo nos une, nada nos separa”, fue una expresión del presidente argentino Sáenz Peña, citada por el delegado brasileño Coelho Neto al Congreso fundacional de la Confederación Sudamericana de Fútbol en 1919, en Río de Janeiro. Así continuaba: “de fato tudo nos une: o sangue, a terra, a lingua, a religião. Os povos ligam-se pelas raizes que eles mesmos possuem: o amor, o canto dos seus poetas, as angustias dos trabalhos, a solidariedade dos homens infelizes, a crença e a religião. Todos estes fatores fazem com que, qualquer dos países sul-americanos não aspire a hegemonia: todos em conjunto aspiram a hegemonia do Continente. E para a solidariedade dos povos americanos muito tem feito o esporte”. La capacidad profética de Coelho Neto no resiste ningún análisis... Debo esta referencia, una vez más, a Simone Guedes.

16. Véase, entre otros, José Sérgio Leite Lopes. *Op. cit.*

mas está sempre presente. As glórias e as mazelas do futebol brasileiro, muitas vezes, foram pensadas como decorrência de uma específica corporalidade negra, cujo antecedente maior é a capoeira”¹⁷.

Aunque este proceso también permite la construcción de un héroe blanco marcado por el esfuerzo y la disciplina para construir un cuerpo apto, como señala el análisis de Helal sobre Zico¹⁸, la dominante sería la narrativa del mestizaje tal como fuera consagrada por Gilberto Freyre. No en vano, Freyre prologa el libro clave en la invención de esta narrativa, el ya citado *O negro no futebol brasileiro*, del periodista Mario Filho. Dice Freyre: “Sublimando tanto do que é mais primitivo, mais jovem, mais elementar, em nossa cultura, era natural que o futebol, no Brasil, ao engrandecer-se em instituição nacional, engrandecesse também o negro, o descendente do negro, o mulato, o cafuso, o mestiço”¹⁹. Pero Guedes señala los límites de la metáfora:

“A metáfora autoriza igualmente a interpretação de que, por essa via, estão também sendo denunciadas as ‘ambigüidades e fissuras’ (...) do constructo acerca do ‘estilo brasileiro’. Pois não é, de modo algum, inequívoca ou consensual, no Brasil, a identificação da ‘brasilidade’ com a ‘negritude’. Nem mesmo depois de Gilberto Freyre, dos modernistas e dos tropicalistas, nossa ‘mestiçagem’ constitui-se num valor totalmente compartilhado. Quanto mais não seja porque trata-se de uma sociedade que está longe de incluir os negros na distribuição da riqueza coletiva e como partícipes iguais de sua construção sócio-política”²⁰.

Esa narrativa del mestizaje se combina con un imaginario poderoso que Gustavo Lins Ribeiro²¹ denomina *tropicalismo*, inspirado en la definición de *orientalismo* de Edward Said: una reducción estereotípica de un conjunto de rasgos complejos y heterogéneos, que en esa operación revela una señal del poder colonizador, la imposición de un imaginario. Porque esa definición *tropicalista* (así como una correlativa definición *européista* de la Argentina) es en gran medida aceptada tanto por las elites como por las masas, como un modo de representar la pertenencia a los Estados-

17. Simone Lahud Guedes: *Op. cit.*, página 14.

18. Ronaldo Helal. “As idealizações do sucesso no imaginário futebolístico brasileiro: um estudo de caso”, en Pablo Alabarces (comp.). *Peligro de Gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires, Clacso, 2000.

19. Gilberto Freyre. Prefácio a *O negro no futebol brasileiro*, de Mário Rodrigues Filho. Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1964.

20. Simone Lahud Guedes. *Op. cit.*, página 15.

21. Gustavo Lins Ribeiro. “Postimperialismo. Diálogo con el poscolonialismo y el multiculturalismo”, en *Postimperialismo. Cultura y política en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires, Editorial Gedisa, 2002, páginas 39-59.

Nación: “Esta afirmação, evidentemente, não significa a universalidade da eficácia desta matrizes nem que elas não sejam abertamente contestadas por diferentes segmentos”²², pero la fuerza de este *tropo* “se expressa de maneira complexa e capilar, sendo cantada e reproduzida em diferentes âmbitos rituais, midiáticos e institucionais”²³.

Según Ribeiro, el texto fundacional de la cultura brasileña, la célebre *Carta* de Pero Vaz de Caminha en 1500, ya fija dos de los componentes centrales del tropicalismo: por un lado, el de la naturaleza ubérrima, fijado en el “em se plantando tudo dá”. Por el otro, el de la sexualidad, también ubérrima, topicalizado en el cuerpo desnudo de las mujeres indígenas: “De fato, hoje, o ‘corpo nu das nativas’ pressegue como objeto central da construção de estereótipos sobre o Brasil. O que está em jogo é uma visão do corpo da mulher brasileira que a transforma em puro objeto de desejo”²⁴. Este repertorio de imágenes femeninas será complementado, más tarde, con el de las “afro-negras”, rematando así la construcción de un imaginario poderoso, el de una sociedad que resuelve sus tensiones en la cocina, la fiesta y la cama, un “povo moreno, sensual, alegre e sempre pronto para o sexo”²⁵. Eso llevaría a que, contemporáneamente, el fútbol y las mujeres semi-desnudas del carnaval constituyan uno de los *mediascapes* (siguiendo la clasificación de Appadurai) que dominan la imagen brasileña en la cultura pop internacional. Y demuestra, indudablemente, que estos estereotipos son construidos desde una mirada masculina, hablados por una lengua masculina²⁶.

Por supuesto, afirma Ribeiro, el tropicalismo no se agota en la erotización de la imagen de Brasil a través del cuerpo de la india, la negra o la mestiza: se reproduce en su música, el “jeitinho”, la “saudade”, o en la complejidad de las relaciones entre tradición y modernidad de los “antropófagos” de 1922 o en el *Macunaíma* de Mário de Andrade (1928)²⁷. El in-

22. *Ib-idem*, página 248.

23. *Idem*, página 249.

24. *Id.*, página 250.

25. *Idem*, página 255. La idea, correlativamente, informa partes de un imaginario argentino sobre lo brasileño. Según describe Alejandro Frigerio, las migrantes brasileñas en la Argentina se quejan de ser consideradas mujeres “fáciles” por los hombres argentinos, que simplemente parecen activar esta porción del estereotipo. Alejandro Frigerio. “A alegria é somente brasileira. A exotização dos migrantes brasileiros em Buenos Aires”, en A. Frigerio y G. Lins Ribeiro (eds.). *Argentinos e brasileiros. Encontros, imagens e estereótipos*. Petrópolis, Vozes, 2002, páginas 15-40.

26. Fenómeno similar al analizado para la Argentina por Archetti, que no en vano titula su trabajo *Masculinidades*. Puede verse en este sentido el análisis de Mosse sobre la construcción de imágenes masculinas en la Europa occidental. G. Mosse. *Nationalism and Sexuality. Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*. Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1985, y *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*. New York, Oxford University Press, 1996.

27. Donde el tropicalismo puede adquirir características transgresoras o resistentes: la

digenismo es una parte crucial de este imaginario, justamente a la inversa del argentino, que precisa expulsar los componentes que discutan su *européismo*: así, a pesar de que proporcionalmente el peso demográfico de la población indígena es menor en Brasil que en la Argentina (0,2% de la población contra 1,24%)²⁸, el hecho de que los indígenas brasileños pertenecen en su totalidad al grupo de cazadores-recolectores de las selvas tropicales facilita la identificación. En la Argentina, en cambio, a pesar de cualquier consideración estadística o demográfica, se tiende a sobrevalorar un imaginario incaico: en los pocos trazos de presencia de lo indígena en las tradiciones culturales, se elige la imagen del Imperio antes que la de tribus nómades y tropicales²⁹.

Este imaginario tropicalista aparece especialmente remarcado en los estereotipos futbolísticos: por un lado, en el que vincula, como señalaba Guedes, un estilo de juego con una específica utilización del cuerpo marcada por la negritud. Por otro, en la mirada del otro (que, recordemos, necesita estereotipar para señalar un clivaje, para marcar una alteridad que en el mismo movimiento ratifique su identidad), y específicamente desde los argentinos, en el tropo de los *macacos*. Si la asignación estereotipificadora del mote tiene dos siglos de antigüedad (es legible en la Colonia, en la gauchesca, en los recurrentes enfrentamientos geopolíticos entre Argentina y Brasil en los siglos XIX y XX), se actualiza insistentemente en el fútbol, definido por Ribeiro como “un choque agudo de estereotipias”³⁰. Alejandro Frigerio señala coincidentemente: “Além do mais, o estereótipo anteriormente construído dos brasileiros como sendo negros, *macaquitos* sem cultura, continua latente, podendo ser acionado em ocasiões de forte emotividade e antagonismo, como é o caso dos jogos de futebol. Nessas ocasiões, a diferença pode voltar a ser um estigma, ao invés de um aspecto positivo”³¹. Franzini³² relata la antigüedad del uso del mo-

antropofagia enfatizaba la re-creación, como marcador de distinción. Véase G. Lins Ribeiro. *Op. cit.*, página 260.

28. Datos de G. Lins Ribeiro. *Op. cit.*, página 256.

29. Esto es visible en el intento de Belgrano de instaurar una monarquía restaurando un Inca, en la época de la Independencia, o en los textos de Joaquín V. González a fines del siglo XIX, o en la re-edición del Ollantay por Ricardo Rojas a comienzos del siglo XX. Pero también en el peso de ese imaginario y esa imaginería en ciertas zonas de los consumos culturales juveniles, especialmente los más politizados, o en el valor iniciático del viaje al Norte argentino, que sistemáticamente incluye a Macchu Picchu. Esos son, en la Argentina, indigenismos positivizados.

30. G. Lins Ribeiro. *Op. cit.*, página 260.

31. Alejandro Frigerio. *Op. cit.*, página 37.

32. Fábio Franzini. *As raízes do país do futebol. Estudo sobre a relação entre o futebol e a nacionalidade brasileira 1919-1950*. Dissertação (Mestrado em História Social). Universidad de San Pablo, 2000.

te en el terreno futbolístico: en 1920, al transitar por Buenos Aires con destino a Chile la selección brasileña de fútbol para disputar un Campeonato Sudamericano, un diario porteño habría publicado un artículo acompañado de caricaturas que llamaban *macaquitos* a sus integrantes. Lo insólito —o un gesto revelador del peso de estos imaginarios en las élites— es que, al año siguiente, el presidente Epitácio Pessoa habría exigido que la delegación al campeonato Sudamericano a jugarse en Buenos Aires excluyera a los jugadores negros.

Pero más insólito aún es su perduración contemporánea, fuera del discurso cotidiano: luego de jugarse las semifinales de los Juegos Olímpicos de Atlanta, en 1996, y que el equipo argentino obtuviera el pase a la final (mientras Brasil y Nigeria disputaban la otra llave), el diario deportivo argentino *Olé*, en ese entonces de reciente aparición, tituló en su portada: “Y ahora, que se vengan los macacos”. Cinco años después, y a despecho de las críticas recibidas en ese momento, el mismo diario publicó, el día de un partido por las eliminatorias para la Copa del Mundo del 2002, la imagen de una mulata semidesnuda con el título “¿Qué tenés que hacer esta noche?”. Los dos componentes centrales del imaginario tropicalista, negritud y sexualidad, se daban cita en el discurso mediático-futbolístico. Su versión más grosera, popular entre las hinchadas, es el cántico racista y homofóbico: “Ya todos saben que Brasil está de luto / son todos negros / son todos putos”, inaugurada durante el Mundial de 1978, de nefasta memoria.

PAMPISMOS, CRIOLLISMOS, EUROPEÍSMOS, Y PÍCAROS DEVENIDOS TRAMPOSOS

Por supuesto, estas hetero-atribuciones son posibles desde el doble juego del peso del imaginario tropicalista brasileño y de la auto-imagen blanca y europea del imaginario argentino. Con un punto de arranque central en el *Facundo*, de Sarmiento (1847), que al contraponer civilización y barbarie igualó los polos antagónicos a Europa y América; y con continuidad en la Campaña del Desierto (1879), el genocidio de los indígenas patagónicos que disfrazó la expansión de la frontera cultivable; la invención de la Argentina es una invención blanca y europeísta, luego rematada en la política inmigratoria que pobló la Argentina con descendientes de españoles e italianos. El acceso a la civilización se define por el blanqueamiento poblacional, asociado a Europa y fuertemente impulsado por la acción estatal y el mito del “crisol de razas”. Esa segmentación étnica se ratificó, a pesar de que podría haberse democratizado, durante el peronismo, en el que el etnocentrismo de clase viró étnico, al estigmatizar al migrante interno hacia Buenos Aires como “cabecita negra”, o posteriormente, con el uso de los motes “paragua” o “bolita” para los inmigrantes de los países limítrofes.

Sin embargo, en el caso del fútbol las narrativas de origen, las que consagraron la existencia de un estilo *criollo*, “la nuestra”, debieron apoyarse en otras posibilidades. El europeísmo argentino debió virar, en determinado momento, *criollista*: cuando la inmigración amenazaba las operaciones de homogeneización de las élites, revelándose como una Babel lingüística pero además ideológica –con la progresiva sindicalización y el peso del anarquismo entre las nuevas clases populares de comienzos de siglo–, la consagración de un *gauchismo*, la entronización de la figura del gaucho como mito de la raza y la argentinidad, señala un europeísmo trunco, que debe virar americanista cuando la necesidad de prolongar una hegemonía se revela como más urgente³³. El fútbol produce en ese momento un relato nacionalista paradójico: la *criollización* del fútbol, como dije, en su primera articulación étnica frente a los ingleses, es obra de los inmigrantes italianos y españoles. Que Racing de 1912 sea el primer equipo criollo depende de que los Brown sean reemplazados por los Perinetti y los Ochoa. Un reemplazo fónico que indica un reemplazo étnico, y que se narra como *argentinización*. Ése es el relato que consagra el periodista Borocotó desde las páginas de *El Gráfico*: un modelo de hibridación donde los componentes inmigratorios (italianos y españoles, porque el inglés no puede entrar en la mezcla) son transformados por el contacto con una pretendida *esencia* gaucha, actualizada en el mate, el asado y el paisaje. Y de ello resulta un estilo de juego, actualizado en el *potrero*, que en el nombre del espacio vacío indica la permanencia metafórica de la concepción ganadera: los futbolistas se argentinizan en el mismo lugar donde pueden cruzarse las vacas o los caballos criollos con las razas europeas, para construir híbridos insuperables.

¿Por qué, entonces, no se consagra un imaginario *pampista* antes que *uropeísta*? Retomemos imágenes conocidas de la cultura argentina de las primeras décadas del siglo: los inmigrantes disfrazados de Moreiras en los carnavales, como narra Adolfo Prieto³⁴; Gardel vestido de gaucho en algunas escenas de sus películas; Valentino como otro paisano en *Los cuatro jinetes del apocalipsis*; la inestabilidad de la puesta en escena del primer tango, que además procede de cantantes folclóricos (el mismo Gardel, en dúo con Razzano); pero a la vez, el pasaje de Gardel al *smoking*, y el triunfo europeo y el contrato con la Paramount. A pesar de los devaneos *criollistas* de las élites y de las peregrinaciones *potreristas* de Borocotó, la re-inventación de la Argentina no puede reducirse al esencialismo telurista;

33. Un buen análisis de este proceso en el campo intelectual puede leerse en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, CEAL, 1982. Para el caso del fútbol, nuevamente Archetti y Alabarces.

34. Adolfo Prieto. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1988.

porque el nuevo imaginario es centralmente urbano y moderno, y esos trazos son incompatibles con un anclaje rural. La construcción de ese imaginario, en el que el fútbol colabora activamente, tiene un único centro en el que todos los relatos confluyen: la metrópolis, Buenos Aires, una ciudad moderna –aunque periférica, como analiza Sarlo³⁵– donde lo rural puede ser, como mucho, la referencia de la riqueza agropecuaria. Y donde *la pampa*, entonces, pasa a designar un doble juego de propiedad: la propiedad del significante, que permite las invenciones mitológicas, las épicas gauchescas, el relato de origen, en suma, la administración del pasado convertido en mito; y la propiedad efectiva de la tierra, que decide la administración de la riqueza y del sentido; y consecuentemente, del poder. Por ello, entonces, el *pampismo*, el *criollismo*, el *gauchismo*, devienen marcas de un pasado mitológico que sostienen un presente furibundamente sarmientino: urbano, civilizado y europeo.

Por ello, el fútbol construye sus signos diacríticos en tensión: porque debe diferenciarse de lo europeo pero para superar al maestro... y luego ser aceptado por ellos. No en balde la consagración de ese estilo debe producirse en el escenario del otro: la gira de Boca por Europa en 1925 y los Juegos Olímpicos de Amsterdam en 1928, donde la final se disputa entre argentinos y uruguayos (con el previsible triunfo de éstos: ha nacido la inflexión del fútbol *rioplatense*, que incorpora a los montevideanos para ocultar la derrota).

Desde ese origen, el fútbol va a incorporar dos trazos más en su estereotipia: el primero es la picardía, la *viveza criolla*. Un relato que proviene de la tradición de la picaresca española, y que remite a formantes populares (la vieja tradición de la lucha del pobre contra el poderoso, con las armas del pobre: su astucia), vuelve a señalar marcas estereotípicas del *argentino* (aunque, por el peso descomunal de Buenos Aires en la construcción del imaginario, generalmente encubre al porteño): el *pícaro* deviene simple tramposo. Aunque esto sería refutado en cualquier conversación de un bar argentino, la autoimagen de la viveza es leída por el otro como *trampa*, como violación de la regla para alcanzar un beneficio personal. La mano de Maradona en 1986 es vista como simplemente eso: una transgresión punible, y no un clímax de la picardía criolla.

El otro es la violencia: también disfrazada de *viveza*, de aprovechamiento de los vericuetos de las reglas, o encubierta con significados masculinos (un juego de *hombres*), este rasgo aparece como dominante a partir de los años '60, en las incontables patadas desparramadas por los equipos argentinos en los escenarios internacionales. Y se consagra en ese

35. Beatriz Sarlo. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1988.

terreno: una publicidad de calzado de fútbol brasileño, en los '90, anunciaba: "Mais animal que zagueiro argentino".

ESTEREOTIPOS, MEDIOS Y PARODIA

Desde ya, no es el objetivo de las ciencias sociales la preservación de estos estereotipos. Por el contrario: retomando las postulaciones iniciales de Octavio Ianni, este juego de tipificaciones devenidas enunciados de sentido común permite la ilusión de una sociedad donde el sentido es fijo, "situado, organizado, comprendido, explicado e decantado"³⁶. Y lejos estamos de suponer que nuestro trabajo consiste en la reproducción de sentidos organizados: antes bien, consiste en desmontar esos sentidos comunes, en demostrar su falacia, su historicidad, en señalar aquello que impiden y bloquean. La simplificación estereotípica, dice Ribeiro, es una forma de disciplinar y administrar lo heterogéneo³⁷; es decir, de reducir espesor y polifonía.

Para eso están los medios, los relatos del periodismo deportivo banalizado, las publicidades que encubren en un nacionalismo patriotero y xenóforo la administración económica y la maximización de la ganancia. En los relatos etnocéntricos de los partidos internacionales, en los chauvinismos de vuelo bajo, se reproduce incesantemente la estereotipia (como señalamos con los ejemplos del diario *Ole*); en los comerciales que celebran *los triunfos de la patria*, que la Argentina sea eliminada de un Mundial "no tiene precio"³⁸. Para alguna cerveza brasileña, la solidaridad con la crisis argentina del 2002 era un dato importante: los *torcedores*, serios y conmovidos, comentaban la gravedad de la situación... hasta estallar en risas y festejos. Se pregunta Guedes: "a rivalidade é maior do que a solidariedade ou, na verdade, a rivalidade é tamanha que a grave crise econômica argentina provoca a alegria?"³⁹.

Lejos estamos del humor paródico que en el esquematismo señala las miserias de una cultura: en los relatos de Roberto Fontanarrosa, donde esa estereotipia es señalada críticamente porque no puede sostenerse seriamente, la tipificación deriva en la risa, porque nos interpela como hablantes de un discurso fijado por otro, alienados en un lenguaje construido por siglos de esquematismo. Así, un *centrehalf* uruguayo sólo puede ser el temible Wilmar Everton Cardaña, terror de los campos sudamericanos:

36. Octavio Ianni. *Op. cit.*, página 10.

37. G. Lins Ribeyro. *Op. cit.*, página 261.

38. Rejla Guedes que la publicidad de Mastercard durante el Mundial de Corea-Japón de 2002 en la televisión brasileña usó este slogan. Simone Lahud Guedes. *Op. cit.*, página 6.

39. Simone Lahud Guedes. *Op. cit.*, página 6.

“¡Cuánto valor cívico podía esconderse bajo el glorioso número cinco prendido a la mirasol peñalorense, ya fuera sobre el verde césped del Estadio Centenario, en cualquier campo de la vecina Buenos Aires, o en la grama misma de tantos y tantos estadios brasileños donde los frágiles y siempre pusilánimes morenos le tenían como a una figura mitológica! (...) Allí, delante mío, Wilmar Everton Cardaña, “El Hombre”, “El Capitán Invicto”, “El Hacha” Cardaña, estaba llorando. ¡Aquel que hiciera callar de un solo chistido a ciento cincuenta mil brasileños aterrados en el Estadio Pacaembú, cuando la final de la Copa Roca! ¡Aquel que se bajó los pantaloncitos y el canzoncillo punzó para mostrar sus testículos velludos, uruguayos y celestes a la Reina Isabel en el mismísimo estadio de Wembley!”⁴⁰

En la hipérbole del relato tipificador, Fontanarrosa señala sus límites, su construcción como mito, su inutilidad explicativa; indica que todo estereotipo sólo puede terminar en la risa... o en el fracaso. Así, al trabajar sobre el imaginario erótico de las brasileñas, el viajante ansioso de una aventura sexual con una nativa sólo puede concluir en la derrota, porque los sucesivos estereotipos –la violencia urbana, la facilidad del abordaje, el travestismo encubierto, el esquematismo del argentino “canchero y ganador”– únicamente lo conducen a la frustración erótica⁴¹.

Aunque “condenados a un juego de espejos”, argentinos y brasileños precisamos más humor, más crítica y menos reproducción esquemática: ésa es la conclusión de Ribeiro, que retomo como cierre:

“Enquanto Brasil e Argentina não saírem da armadilha do tropicalismo e do europeísmo, construída ao longo de séculos pelo discurso ocidental hegemônico, estarão sendo ventríloquos de vozes de outros ou repetidores de estereótipos que só interessam à reprodução da hegemonia. Assim como as pessoas, sujeitos políticos individuais, as coletividades, sujeitos políticos coletivos, que não sabem quem são, não sabem o que querem, nem para onde vão”⁴².

40. Roberto Fontanarrosa. “Wilmar Everton Cardaña, número cinco de Peñarol”, en *Puro fútbol*. Buenos Aires, Ediciones De la Flor, 2000, páginas 85-90.

41. Roberto Fontanarrosa. “Elige tu propia aventura (para adultos)”, en *El mayor de mis defectos*. Buenos Aires, Ediciones De la Flor, 1990.

42. G. Lins Ribeiro. *Op. cit.*, página 262.



*Patrones y dilemas: el pensamiento de Florestan Fernandes**

*Gabriel Cohn***

Resulta un tanto extraño ocuparse del pensamiento de un autor que está ahí, en plena actividad***. Se trata, evidentemente, de un pensamiento que está en proceso y que tal vez nos reserve todavía redefiniciones que vuelvan enteramente obsoleto todo lo que vayamos a discutir aquí. Pero es claro también que, a lo largo de su carrera, Florestan Fernandes ha definido ya una posición que justifica plenamente que se desarrolle un debate sobre su figura.

* Artículo publicado en *Inteligência brasileira*. Edición preparada por R. Moraes, R. Antunes y V. B. Ferrante. San Pablo, Ed. Brasiliense, 1986.

** Sociólogo brasileño, profesor, y actualmente Director del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de São Paulo, Brasil.

*** El texto que aquí se presenta recoge una intervención oral de Gabriel Cohn ocurrida antes de la muerte de Florestan Fernandes.

Tal vez, si intentáramos captar en dos palabras el sentido general de gran parte de la producción de Florestan Fernandes como sociólogo –y es en eso en lo que quiero concentrarme–, esas dos palabras serían *patrones* y *dilemas*. Es sobre todo alrededor de esos dos grandes temas que gira la reflexión de Florestan Fernandes en las diversas obras que produjo a lo largo de estos años. En esas obras, una gran preocupación –que me parece que en buena medida identifica la figura de Florestan Fernandes en el pensamiento social brasileño– es la de imprimir a su reflexión una marca específicamente *sociológica*.

Si intentáramos presentar al sociólogo brasileño por excelencia, ése sería posiblemente Florestan Fernandes, no sólo por la calidad de su trabajo, sino por esa circunstancia muy específica que, insisto, me parece singularizarlo: él es, y siempre fue, medularmente, un sociólogo. O sea: siempre estuvo preocupado por definir, explorar y desarrollar un enfoque específicamente sociológico de los grandes problemas del Brasil. Además, la cosa se complica si tenemos en cuenta que ese enfoque específicamente sociológico está vinculado a una posición que en todo momento contempla los temas de la ciencia y de la ciudadanía. Por lo tanto, es una posición sociológica como enfoque básico, pero que al mismo tiempo intenta dar cuenta de eso que tal vez para algunos sugiriera una disyunción, pero que para Florestan es siempre algo que “viene junto”: la cuestión de la ciencia y del rigor metodológico se vincula en él con la de la ciudadanía, o sea, con la de la intervención siempre activa en la realidad. Todo eso viene a desembocar en aquello que el propio Florestan Fernandes, en años más recientes, llamaría una sociología militante. Quiero decir: ser sociólogo y ser militante, ser militante sociólogo, algo fácil de decir aquí y ahora, pero una posición sumamente difícil de desarrollar y mantener, porque involucra todos los complicados problemas de los vínculos entre la teoría y la práctica, entre la actividad académica y la intervención más directa en los problemas de la hora. Sobre todo, involucra una cuestión tal vez no plenamente resuelta hasta ahora: la que presenté hace un momento como la relación entre la ciencia y la ciudadanía, entre la ciencia y la militancia.

El tema que orienta siempre la reflexión de Florestan Fernandes tiene que ver centralmente, entonces, con el modo en que el sociólogo puede intervenir en la realidad *como* sociólogo; es eso lo que, finalmente, siempre le preocupó. Se trata, por lo tanto, de ver cómo se puede establecer la movilización de una cierta actividad metódica que es la actividad del cientista, una actividad disciplinada, sistemáticamente enseñada, pero orientada en el sentido de imprimir una cierta racionalidad a procesos sociales espontáneos o dirigidos. De cualquier manera, es una intervención, una movilización de actividades y de habilidades que remite al tema del control. Pero se trata de un control sobre procesos sociales en términos de

una preocupación no menos fundamental, que es la preocupación por la democracia. Control, entonces, siempre que sea democrático. Todo esto va caracterizando un conjunto de –casi diríamos– pares de opuestos, que, si fuera reconstruido aquí, permitiría dar un panorama claro de las tensiones en el interior de las cuales se mueve el pensamiento de Florestan, un pensamiento siempre en tensión. Y esa tensión se manifiesta incluso en el estilo, casi siempre crispado, de los trabajos de Florestan Fernandes. Es una tensión que deriva de la búsqueda incesante de la conjugación de esos términos que la mayor parte de las veces aparecen separados: el científico y el político, el científico y el militante, el control racional sobre la realidad que sea un control democrático, y así sucesivamente.

Entonces, primer punto: Florestan busca ser simultáneamente un sociólogo y un hombre de acción. Un hombre capaz de tomar posición frente a la realidad, pero de tomar una posición fundada en un determinado conocimiento, que es justamente el del sociólogo. Nada original –se dirá–: el viejo Durkheim ya se había propuesto hacer eso. Y realmente lo había hecho. Hasta me atrevería a sugerir que es en este punto, en esta afinidad profunda entre Florestan Fernandes entre nosotros y Durkheim en la Francia de comienzos del siglo, en esta búsqueda, en ambos, del establecimiento de condiciones para una intervención racional y científicamente metódica en la realidad social, donde está en la raíz de una afinidad metodológica más profunda, que se traduce en la adhesión de Florestan a un funcionalismo altamente elaborado y muy sutil, del cual él, como virtuoso que es, consigue sacar resultados extraordinarios. Tal vez haya ahí, por lo menos, una afinidad intelectual profunda. Quiero decir: lo que hay de común entre un Florestan y un Durkheim, más allá de las cuestiones puramente metodológicas, es esa preocupación, que ambos realmente compartieron. Que no es, nótese bien, una preocupación banal, que no se encuentra en todos los clásicos de las ciencias sociales ni entre los practicantes triviales de las mismas. Casi siempre, al contrario, hay incluso una separación entre los dos mundos: el de la reflexión científica o teórica y el de la intervención práctica en la realidad social.

Pero la sociedad sobre la cual a Florestan Fernandes le gustaría ver impresa la marca de una intervención racional, democrática y científicamente orientada –para el caso: sociológicamente orientada– no es la sociedad sobre la cual Durkheim intentaba ejercer su influencia. Es una sociedad con problemas muy nítidos, es una sociedad burguesa problemática, una sociedad en la que la revolución burguesa, efectivamente, no tuvo cómo echar raíces. En esto, es una sociedad que recuerda más la Alemania de Weber que la Francia de Durkheim. Entonces, ¿por qué no acercarse, por esta vía, a Florestan y Weber? Yo diría que es por esta vía que podríamos aproximarnos. La preocupación durkheimiana encuentra una variante weberiana en la circunstancia de que la sociedad en la cual él vive y sobre la

cual intenta influir presenta problemas muy semejantes a los que la Alemania de Weber presentaba para el propio Weber, sobre todo los problemas derivados de una revolución burguesa frustrada, de un capitalismo, al fin de cuentas, también en gran medida problemático, que encontraba obstáculos en los segmentos más conservadores de la sociedad, dificultades para la efectiva configuración de una burguesía (para no hablar de un proletariado), etcétera.

Pero, al mismo tiempo, la cuestión es la de una intervención racional, innovadora, de cambio, por vía democrática. ¿Por qué entonces quedarnos en la referencia a Durkheim? Otra afinidad viene a cuento aquí, una afinidad obvia que remite al tema de una intervención, pero de una intervención que en el límite es revolucionaria. Por lo tanto, ¿por qué no recordar a Marx? Es imposible no hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta las preocupaciones y la obra de Florestan. Llego por este camino a un primer punto que eventualmente podríamos retomar después: parece, por lo menos en principio, que sería posible reconstruir de una manera perfectamente plausible las raíces de una de las características básicas del pensamiento de Florestan Fernandes, a saber, su eclecticismo, la búsqueda de lo que en un cierto momento él llamaba –se me escapa ahora el término exacto, pero en fin– un “eclecticismo moderado”, un eclecticismo controlado. La búsqueda de una unificación, en la reflexión, de diversas líneas de pensamiento –sobre todo las del gran pensamiento clásico– de las ciencias sociales en el esfuerzo de su aplicación más eficaz frente a los problemas de la sociedad brasileña. Ese rechazo de la idea de que una única gran línea de pensamiento pueda dar cuenta de todas las dimensiones significativas de una sociedad compleja que requería la reflexión y la intervención del sociólogo, ese eclecticismo, en fin, esa búsqueda de una síntesis, que además sería una síntesis muy peculiar entre líneas de pensamiento que en principio tienen muy poco que ver entre sí –sobre todo Durkheim, Weber y Marx, que serían las balizas de la operación–, está en la base, me parece, de las especulaciones que desde el comienzo alimentan la reflexión de Florestan, y que ganan su real complejidad frente a las condiciones de la sociedad brasileña en la que esa reflexión opera. Y ese mismo eclecticismo constituiría entonces una especie de desarrollo de aquella preocupación inicial por la conjugación entre la actividad propiamente sociológica y la ciudadanía, o sea, la militancia, la intervención efectiva en la realidad. Y eso de una manera que también permitiría singularizar la figura de Florestan, porque, por lo que me es posible reconstruir en este momento, esa búsqueda de una síntesis teórica y metodológica no estaba dada en el ambiente en que se formó el propio Florestan Fernandes, no puede ser buscada en el tipo de formación académica y profesional que él tuvo en la Escuela de Sociología y Política y en la Universidad de San Pablo, no es algo que él haya ido a buscar en los profesos-

res franceses de la USP, sino que resulta, efectivamente, de su propia y peculiar postura frente al mundo en que vivía y al modo en que incorporaba la concepción de ciencia que recibía.

Florestan incorporó la exigencia de rigor, incorporó la exigencia de hacer ciencia sin concesiones, con la más alta pauta de rigor posible y siempre buscando sus conquistas, sus formulaciones más recientes y más desarrolladas. Pero, una vez incorporado ese dato básico, la búsqueda de los elementos que realmente constituirían su repertorio conceptual fue una búsqueda muy personal. En parte, tal vez, derivaba un poco de una condición —que él mismo apunta en más de un momento y que lo acompañó en su proceso de formación, en su actividad profesional e incluso después de su retiro—, relativamente marginal en términos de las grandes tendencias, de las grandes áreas centrales del pensamiento, y que se vincula, nótese bien, a otra condición —que es en los días que corren absolutamente singular—: la de ser un cientista social que se forma y que ejerce su actividad, casi de punta a punta, en un mismo y específico ambiente: prácticamente sin salir de su país, ni siquiera de su estado, para completar su formación o para buscar más elementos. Un tipo de formación académica y una situación profesional que, en las condiciones actuales de la universidad brasileña, es una especie de anomalía, y que sin embargo tuvo una importancia muy grande. Es algo que, visto rápidamente, podría parecer una especie de provincianismo. Florestan formula aquí una opción, y era una opción muy clara: es aquí donde uno debe formarse, es aquí donde los problemas se presentan y tienen que ser encarados. Es una forma de pensar y una forma de trabajar que en las condiciones actuales de nuestra universidad encuentra pocas condiciones para repetirse, porque nosotros tendemos a buscar, con mucha mayor rapidez, un complemento de formación, o cierta inspiración, o incluso los problemas, fuera de nuestro ambiente inmediato de acción y de trabajo.

De esa forma, Florestan estableció, a su manera, una síntesis muy peculiar de forma de pensamiento, porque recogió los grandes elementos, las grandes exigencias de la producción científica en el ambiente universitario que frecuentó, pero lo hizo, al mismo tiempo, en un contexto que en parte le imponía y en parte le permitía ser relativamente marginal. Quiero decir: una figura que no venía del centro intelectual, social y económico de esa sociedad y, al mismo tiempo, era —entre muchas comillas— “provinciano”. O sea: que no vino de afuera y no se fue afuera; se quedó aquí y exigió eso de los otros. Por cierto, entre paréntesis —y como él mismo cuenta, y yo soy testigo—, siempre defendió el punto de vista de que el cientista social debe madurar en su lugar de origen y sólo después pasar a perfeccionarse en el exterior. Quien trabajó con él sabe que el posgrado era aquí, que el inicio del trabajo era aquí, e incluso, si había oportunidad de salir al exterior, él se las arreglaba para que uno no se fuera: había

que ganar primero una cierta madurez en el Brasil para después ir a perfeccionarse afuera. Todavía dentro de este paréntesis que estoy haciendo, diría desde luego que ésa me parece una opción muy digna de ser considerada, incluso en los días que corren, desde el punto de vista de la producción científica, de la producción universitaria, de la universidad como un todo. Hay que pensar seriamente si esta posición, que siempre fue defendida por Florestan Fernandes, no merecería mucha atención también hoy, cuando se busca con mucho más vigor y mucha más agresividad salir, obtener becas afuera, etcétera. La idea de que primero hay que madurar intelectualmente para después encontrar qué hay de bueno afuera no es despreciable. Por cierto, si me permiten un paréntesis dentro del paréntesis, recuerdo un diálogo que oí entre él y un colega, en el que el colega le reprochaba que nunca saliera del país, porque sería muy interesante que él fuera, digamos, a los Estados Unidos: podría encontrarse allí con “fulano de tal, que es una figura tan importante, tan interesante”. Y la respuesta fue: “¿pero por qué debería ir hasta allá para hablar con él? Lo que él escribió lo conozco, y el resto es totalmente secundario”. Esa posición tal vez no sea actualmente la posición dominante con relación al intercambio intelectual. Claro que nosotros sabemos que después de su retiro Florestan Fernandes trabajó varios años en Toronto, Canadá, y circuló por América y por Europa. Pero eso, obviamente, en una etapa distinta y por presión de circunstancias también diferentes.

Bien. Veamos ahora algunos aspectos de ese pensamiento que podrían singularizar la figura de Florestan Fernandes. Dije que posiblemente no sería mucho lo que se encontraría en el pensamiento, al menos en el pensamiento maduro, de Florestan Fernandes que se pudiera atribuir a tal o cual influencia intelectual decisiva en su época de formación. Sin embargo, puede hacerse quizás una salvedad. La misma se refiere al peso singular que un cierto autor tuvo en una fase importante de su carrera, un autor traído por uno de los muchos profesores que vinieron al Brasil, en la época heroica de la Universidad de San Pablo y también de la Escuela de Sociología y Política. El autor en cuestión es Mannheim. En realidad, frente al tipo de problema con que desde el inicio se debatió Florestan —ese problema de la intervención racional en la realidad, del planeamiento, del control, y sobre todo del planeamiento democrático—, era más o menos natural que Mannheim desempeñara en su pensamiento un papel importante en por lo menos una época decisiva de su vida. En realidad, creo yo, Mannheim desempeñó en el pensamiento de Florestan Fernandes un papel semejante, en la década del '40, al papel que Marx desempeñó para los discípulos más directos de Florestan Fernandes, que en el inicio de la década del '50 se reunieron en un célebre seminario sobre *El Capital*, del que resultó una influencia muy grande en la formación de varios de sus colaboradores más directos, como Fernando Henrique Cardo-

so, Octávio Ianni y otros de otras áreas más cercanas a él, como Fernando Novaes. En ambos casos, un determinado autor –Mannheim en un caso, Marx en el otro– permitió la formulación más clara de una serie de problemas y proporcionó el aparato conceptual para llevar adelante un trabajo, y de cierta manera ofreció también las condiciones para cierta autonomía en relación, precisamente, a las condiciones institucionales de formación de las personas en cuestión. Quiero decir: en el caso de los discípulos de Florestan, tenemos el testimonio del propio Fernando Henrique Cardoso, que atribuye a los seminarios sobre Marx –en los que participaron él, Ianni, Giannotti, Fernando Novaes, Paulo Singer y algunos otros– un papel decisivo en la formación de todos ellos y en la capacidad para definir problemas de un modo nuevo. En realidad, eso significa que, para ese equipo, esos seminarios sobre Marx representaban no sólo la profundización de aquello que habían trabajado y aprendido junto al propio Florestan, sino también la posibilidad de trabajar sin chocar con el maestro y con una gran independencia en relación con lo que él hacía. Algo semejante, decía, puede aplicarse a la relación entre Florestan y la obra de Mannheim en los años '40 y '50: la obra de Mannheim le permitía a Florestan tratar de construir –en términos que más tarde él redefiniría– las condiciones mediante las cuales podría concebir una Sociología que fuera, en sus palabras, una Sociología aplicada, capaz de detectar los problemas en el interior de un orden social determinado y capaz de formular condiciones de intervención que hicieran frente a esos problemas, no para resolverlos volviendo todo a la normalidad del *status quo* anterior, sino para resolverlos en un sentido dinámico, a través de un tipo de intervención que fuera –en un registro, diría ahora, no sólo mannheimiano, sino muy durkheimiano– capaz de solucionar los puntos de estrangulamiento en el interior de la sociedad, permitiéndole avanzar, pero avanzar dentro de un cierto patrón que sería precisamente el patrón intrínseco a ese tipo de sociedad que se estaba constituyendo.

El Florestan mannheimiano –mannheimiano entre comillas: espero que se entienda todo el tiempo que estoy esquematizando mucho– de los años 40-50, hasta el inicio de la década del '60 (mannnheimiano y también un poco durkheimiano), lidiaba con la cuestión –con los dilemas, para usar una expresión suya más característica– de la democracia en una sociedad capitalista, en una sociedad burguesa en constitución, sin, en términos de su preocupación científica, cuestionar a fondo esa sociedad en cuanto capitalista, en cuanto burguesa, y sin, en realidad –y esto es importante–, nombrarla directamente como burguesa o capitalista, sino designándola como “orden social competitivo”. Quiero decir: ¿cuál era el problema de Florestan, digamos, no antes del '68, sino, retrocediendo un poco, antes del '64? Su problema tenía que ver con las condiciones o los obstáculos a la constitución y funcionamiento pleno de eso que él llama-

ba un orden social competitivo, que al fin de cuentas tenía que ver con la constitución de la sociedad burguesa entre nosotros. Pero cuando él habla de un “orden social competitivo” está pensando lo competitivo en términos que implican una referencia democrática, y casi diría una incorporación, por el lado socialista, de ciertos temas al pensamiento liberal. Está pensando, entonces, en un orden social en el que los mecanismos de organización y funcionamiento de los procesos sociales aseguren la posibilidad de acceso universal a medios, recursos e instrumentos y en el cual de alguna manera –y reflejando en eso una característica profunda de la propia formación, incluso personal, de Florestan– haya algo así como la posibilidad de una carrera universal abierta al mérito. Florestan, como muchas veces testimonió en sus reflexiones autobiográficas, tiene todos los motivos para ser sensible a las potencialidades productivas de la competencia y de la búsqueda vigorosa, cuando no incluso agresiva, de la imposición de los méritos propios. Por cierto, él venció en una lucha dura, personal, y en su vida profesional siempre incentivó a sus discípulos y a sus compañeros de trabajo a competir, a entrar en confrontación, para que pudieran desarrollar sus condiciones, sus méritos personales. Pero, obsérvese bien, la referencia entonces sería, por lo menos en la fase de la que me estoy ocupando ahora, hasta mediados de la década del ‘60 (y estoy ignorando los primeros trabajos de carácter más etnológico de reconstrucción histórica, como *Organização Social dos Tupinambá*, por ejemplo), la de las posibilidades, los obstáculos y los dilemas en la constitución del orden social competitivo.

Me gustaría, en este punto, sugerir que este concepto, “orden social competitivo”, que aparece reiteradamente en sus obras y en las primeras obras de sus discípulos, no tiene, por supuesto, nada que ver con ningún propósito de disimular el carácter histórico más específico de tal o cual sociedad. No se trataba, digamos, de un eufemismo por “sociedad burguesa” o “sociedad capitalista”, sino de algo que se vinculaba tanto con las preocupaciones más generales de Florestan como también con una preocupación muy específica, a la que hice referencia al comienzo y que quiero retomar ahora, que es la de tratar de encontrar la formulación específicamente sociológica de los problemas de la sociedad en que está viviendo. O sea, “orden social competitivo”, que es su concepto clave en gran parte de su producción, es algo que responde, me imagino, a esa exigencia fundamental de encontrar un concepto que recoja la dimensión específicamente sociológica de los problemas y que por lo tanto no tome a estos problemas por el lado económico, o por el lado político, o simplemente por el lado de la reconstrucción histórica. La cuestión es tomar la cosa por el lado de los procesos sociales básicos involucrados. La preocupación de fondo no es sólo la de caracterizar un determinado tipo de sociedad –incluso porque la expresión orden social competitivo es demasia-

do amplia como para caracterizar una sociedad particular—, sino, más precisamente, encontrar el ángulo específico que permita pensar una sociedad desde una perspectiva sociológica —y no económica, política, histórica o antropológica. Ése es el gran chiste. La cuestión es entonces recoger determinados problemas que puedan preocupar también a, digamos, los economistas, o —todavía más fuertemente— los científicos políticos. Si bien en la época de la que estoy hablando el cientista político todavía no era una figura institucionalizada en el ámbito académico, evidentemente la reflexión política existía, estaba también presente en la universidad. Pero la reflexión de Florestan es la reflexión sobre la manera en que eso debería preocupar al sociólogo. Diría incluso que la redefinición que el pensamiento de Florestan va a sufrir a lo largo de la década del '60, y que va a llevarlo al abandono de ese tipo de formulación, conduce también, en cierto modo, a un debilitamiento de esta preocupación tan peculiar por el ángulo específicamente sociológico, el modo específicamente sociológico de pensar los problemas. Eso va a ser en parte repensado en la etapa más reciente, en la que las cosas se combinaron de una manera, si se quiere, más suelta. La reflexión sociológica, sobre todo, se combina más fuertemente con la reflexión de carácter más propiamente político. Pero en la etapa anterior esa preocupación por lo específicamente sociológico es muy fuerte. Y yo realmente insistiría en destacar eso, porque me parece uno de los puntos básicos de la preocupación de Florestan que debe ser retenido. Porque involucra una cuestión no resuelta tampoco hasta el momento presente, a saber: la cuestión de la propia especificidad del enfoque de las diversas especialidades en las ciencias sociales en lo que se refiere a los problemas más amplios de la sociedad brasileña. Quiero decir: ¿hay una manera sociológica de pensar esos problemas, hay una manera política, hay una manera económica, o todas ellas se confunden? Actualmente tienden a combinarse, actualmente no es sólo Florestan el que bajó un poco la guardia y está combinando mucho el análisis sociológico con el político, por ejemplo. Repárese en que cuando hablo de combinar el análisis sociológico con el análisis político estoy hablando de una confusión en el plano del análisis. No estoy diciendo que antes él hiciera un análisis sociológico tratando de dejar de lado la preocupación política. No era ése el caso. El gran problema que él intentó definir antes, incluso con conceptos como ése de “orden social competitivo”, era el problema que yo estoy ahora tratando de decir que se mantiene en pie, a saber: ¿es posible ser políticamente relevante por medio de un enfoque que sea específicamente sociológico? Ése era su problema: ¿era posible decir cosas políticamente relevantes —y que escaparan de una perspectiva estrictamente política— de una manera que fuera específicamente sociológica? Ésa era la cuestión. La vinculación a la que me refería antes, entre el sociólogo y el ciudadano, se basa en este problema: ¿es posible ser sociólogo

del modo más riguroso y específico posible y simultáneamente ser un ciudadano comprometido sin dejar sin embargo de lado todas las exigencias de rigor científico de la Sociología?

La búsqueda de respuesta a este problema distingue, en gran medida, la posición de Florestan, y es ella la que encuentra su contrapartida en conceptos como ése que acabo de mencionar: el de "orden social competitivo". Más adelante, como decía, eso cambia. Entonces, la reflexión sociológica se entrecruza con una reflexión propiamente política. No sé si eso es una tragedia, no veo por qué considerarlo algo terriblemente trágico. Lo que estoy tratando de apuntar aquí es otra cosa. Una cosa es pensar como sociólogo, o, pensando sociológicamente, sacar a la luz problemas que son políticamente relevantes. Otra cosa es trabajar simultáneamente con dos registros, el sociológico y el político, que es más la fase actual de Florestan. Ahora: no es sólo él el que está combinando, en el momento actual de las ciencias sociales, la especificidad de las distintas orientaciones de investigación. No sería fácil determinar quién está hablando el lenguaje de quién. Otro pequeño paréntesis aquí. Hace unos días, leyendo una revista mexicana en la que una de las secciones estaba dedicada a un debate de científicos sociales de diversos tipos de formación, sobre todo economistas, respecto a la crisis actual en América Latina, encontré un fino ejemplo de la ironía de Fernando Henrique Cardoso, en los siguientes términos: había una serie de intervenciones de economistas hablando sobre la actual crisis y ese tipo de cosas. Economistas latinoamericanos eminentes. Después de que hablaron tres o cuatro, entra en escena Fernando Henrique Cardoso, y éste comienza su exposición diciendo que, como sociólogo, tenía una cierta dificultad para empezar a hablar, porque después de que tantos economistas habían debatido las cuestiones sociológicas, era difícil saber qué quedaba para él. La cosa es sumamente interesante y expresiva porque, hace diez años, habría sido inconcebible una situación de este tipo. Si en 1974 nos hubiéramos reunido seis economistas y seis sociólogos, habríamos tenido, sin duda, doce personas hablando economés. En 1982, habiéndose extinguido la fascinación por el llamado discurso económico, volvimos a una situación en la que parece que el sociólogo gana primacía. Pero ni el economés ni el sociólogo resolvían el problema de Florestan. El problema de Florestan era siempre el de una especificidad que, sin embargo, no redujera la cosa al ámbito estrecho, mezquino, de una cierta disciplina.

Ése era su problema y ésa es, obsérvese, la marca que él buscó dejar en la Universidad de San Pablo, y la marca que dejó. ¿Qué caracteriza a la famosa "Escuela de Sociología de San Pablo" sino eso: la búsqueda de una manera de pensar los grandes problemas del Brasil con rigor y, si es posible, con eficacia práctica, pero sobre todo con rigor? ¿Qué hizo él, efectivamente, sino sacar las preocupaciones de una especie de purismo socio-

lógico en el ámbito menor –no insignificante, por cierto, pero sin embargo menor– de los estudios de comunidad, cosas de esa naturaleza, y buscar desplazar eso hacia el ámbito de las reflexiones sobre los grandes problemas de la sociedad brasileña contemporánea? Ése era su problema, y se trata de una tarea que dista mucho de ser despreciable, y probablemente también mucho de haber sido terminada, con soluciones que probablemente tampoco hayan tenido pleno éxito. Una tarea inmensa. Eso realmente es la marca de la grandeza de la presencia de Florestan Fernandes en el pensamiento brasileño. Ese intento de ser rigurosamente sociólogo, esa convicción de que el sociólogo tiene algo que decir que es específico de él, pero al mismo tiempo ese rechazo de cualquier orientación que lleve al sociólogo a la posición estrecha del especialista, a ese refluir hacia su pequeño campo específico. Es la búsqueda de la especificidad de una línea de investigación, de una línea de pensamiento, de una forma particular de pensar, pero sobre problemas que tengan un peso universal. Eso fue lo que Florestan Fernandes intentó implantar sobre todo entre sus alumnos, sus colegas de la Universidad de San Pablo, y sobre todo desde el final de la década del '50 hasta su retiro en 1969, y que de alguna manera, imagino, debe haber dado frutos, porque sus discípulos más directos están por ahí produciendo cosas que sin ese tipo de impulso probablemente no estarían produciendo. A pesar de que hay que computar otras influencias, ese impulso fue decisivo, ésa es la marca fundamental, creo, del tipo de pensamiento de Florestan.

Pero trabajemos un poco más sobre sus preocupaciones y su pensamiento. Yo decía que las palabras-clave –válidas incluso ahora, diría: hasta la fase presente– para caracterizar el pensamiento de Florestan serían: “patrones” y “dilemas”. Porque es realmente eso lo que alimenta todo el tiempo ese tipo de pensamiento. La primera palabra, *patrones*, se referiría a la siempre continuada búsqueda de caracterización de formas de organización, y de regularidades dinámicas que tengan que ver con el desarrollo de esas formas de organización susceptibles de ser reconstruidas, discernidas, identificadas con claridad y recogidas en su modo propio de articulación. Y los *dilemas* tendrían que ver con las condiciones generadas por las propias condiciones dinámicas de esos modos de organización de la sociedad, que introducen en su interior obstáculos para la realización de aquello que sea propio de esa forma de organización. El patrón, entonces, define una manera de organizar la sociedad, los mecanismos por los cuales se actualiza la sociedad en cierto momento. Los dilemas tienen que ver con condiciones generadas por la dinámica interna de esa forma de organización y que sin embargo conducen a obstáculos o, tomando al pie de la letra el término “dilema”, a opciones. Es aquí que se conjugan, como ya había ocurrido con Mannheim, las herencias de Durkheim y Weber. Florestan piensa todo el tiempo esos patrones y esos dilemas en tér-

minos de lo que está ahí y en términos de dos grandes ausencias en la sociedad brasileña. La primera ausencia se refiere a algo que se vincula con una característica muy específica, también, del pensamiento de Florestan. Esa característica tiene que ver con la preocupación, no sólo por las condiciones vigentes en cada momento, sino también –y yo diría incluso: sobre todo– con los agentes que se puedan encontrar en estas condiciones, y sobre todo con los agentes sociales que puedan dar cuenta de los problemas involucrados en estas condiciones. Yo hablaba antes de patrones y dilemas como definiendo el universo de pensamiento de Florestan en términos esquemáticos. Tengo que completar eso, ahora, diciendo que el elemento dinámico que se introduce entre los patrones, definidores de condiciones, y los dilemas, definidores de dificultades para la efectivación de aquello que puede ser el resultado de esas condiciones, se refiere entonces a determinados agentes sociales que sean capaces no sólo de convivir con los dilemas, sino también de dar cuenta de ellos y de los patrones correspondientes de organización de la sociedad.

Por lo tanto, la búsqueda de agentes sociales capaces de dar cuenta de los problemas del momento es una constante del pensamiento de Florestan. Y, en el caso que estoy mencionando ahora, la ausencia primera tiene que ver, exactamente, con un agente social específico que tenga una relación directa con el patrón de organización histórico de una sociedad como la brasileña. O sea: se trata de la ausencia de una burguesía, del burgués como tipo social capaz de desempeñar adecuadamente los papeles que el patrón de organización de una sociedad capitalista burguesa, o, si ustedes quieren, de un orden social competitivo, exige para su plena realización. Pero un problema que se reitera en la obra de Florestan, análogamente al que preocupaba a Weber en Alemania, es que el desarrollo histórico de la sociedad brasileña no engendra una burguesía capaz de llevar efectivamente a fondo la constitución del capitalismo. Repárese en que no estoy diciendo que Florestan lamenta la ausencia de la burguesía; él está haciendo el análisis para mostrar que la sociedad brasileña en su desarrollo histórico no engendra plenamente ese agente social, y que el patrón básico de organización de esa sociedad no sólo es compatible con la presencia dominante de la burguesía, sino que *exige* esa presencia. Que se trata de una sociedad que se organiza en términos capitalistas, pero no engendra esa burguesía. La reflexión sobre esto va a llevar a Florestan, primero, a sus preocupaciones por el problema del desarrollo, por el problema de los obstáculos al desarrollo, una problemática más o menos convencional en la década del '50, para desembocar después en la cuestión de la sociedad dependiente y de los mecanismos internos a la sociedad brasileña –mecanismos responsables, al fin de cuentas, por su condición de dependencia y por la imposibilidad histórica y estructural de superar efectivamente un capitalismo subordinado, en su dinámica interna (que

ciertamente no puede ser despreciada en el análisis), a la dinámica externa. En el otro aspecto de las preocupaciones hay otra ausencia: no la de la burguesía capitalista, sino la del partido revolucionario. Eso es algo más inmediato, muy presente en el tipo de pensamiento de Florestan Fernandes. La constatación de esta ausencia —o el análisis que lo lleva a considerar esta ausencia— tiene que ver con toda su concepción, no sólo de su papel como cientista, sino, de manera general, del papel del intelectual. Como yo decía antes, la cuestión es la de la fusión entre el sociólogo y el ciudadano, o el cientista y el militante, desembocando en la actual sociología militante. Ahora: se trata de la ausencia, no sólo del agente social capaz de impulsar el capitalismo (es decir, la burguesía), sino también (y sobre todo) del partido socialista revolucionario, o sea, del agente de la gran opción histórica frente a ese capitalismo. Aquí ya se dibuja todo otro escenario en el pensamiento de Florestan, un escenario que, para permanecer dentro de las referencias a nombres ilustres, nos llevaría a tratar del pasaje de Mannheim a Lenin.

Voy a intentar ahora, de un modo más o menos rápido, cerrar mis formulaciones. El tipo de pensamiento al que es conducido Florestan Fernandes tiene que ver con esa figura, con la idea de los patrones y de los dilemas, pero, en términos de los análisis más concretos, tiene que ver con la preocupación con actores sociales específicos y con oportunidades estructural e históricamente dadas para la actuación de esos actores. Y gran parte de sus análisis sobre el Brasil, desembocando en esa obra notable que es *A revolução burguesa no Brasil*, se relacionan con el análisis de cómo, en nuestras condiciones, tenemos actores frustrados y oportunidades perdidas. En gran medida se trata de eso. Si se observa la evolución de la obra de Florestan, el problema es siempre apuntar, identificar y diagnosticar de qué manera determinados actores decisivos, en tales o cuales momentos de la historia del Brasil, en tales o cuales segmentos de la sociedad, no desempeñan plenamente los papeles que les estarían reservados. Por lo tanto, en ese sentido, serían actores frustrados, que no se realizan plenamente como tales. Se trata de ver cómo, en función de eso, oportunidades históricas que se presentan en este tipo de sociedades (por ejemplo, la oportunidad de la realización del capitalismo) pueden ser oportunidades perdidas. Eso es evidente a medida que se va avanzando hacia la obra más reciente de Florestan. Si tomamos el libro sobre la revolución burguesa en el Brasil, toda su segunda parte podría ser reconstruida sobre la base de un problema, que es, por lo demás, un problema weberiano. En efecto: en un pasaje de su ensayo sobre la neutralidad en la ciencia, Weber dice —y ésta va a ser mi única cita: no puedo dejar de citar por lo menos a Weber—: "Cualquier tipo de orden social, para ser evaluado, debe serlo según el tipo de hombre al que da oportunidad de ascender a una posición de superioridad a través de operaciones de los diferentes

factores selectivos, objetivos y subjetivos". O sea: Weber caracteriza un orden social en función de sus mecanismos selectivos, y selectivos de aquellos tipos de hombres que ganarán posición de ascendencia. Pues bien: en buena medida ésa es la preocupación de Florestan, sobre todo en la segunda parte del libro sobre la revolución burguesa en el Brasil. Vale decir: ¿qué tipos de actores, qué tipos de hombres son engendrados por el tipo de orden social que se constituye históricamente en el Brasil y son traídos por él al primer plano? Eso está presente todo el tiempo en el pensamiento de Florestan, y a veces esa cuestión, sumamente seria, queda un poco opacada por un tipo de lenguaje que para el lector desavisado puede parecer —el término que voy a usar ahora es poco feliz, pero, en fin, no se me ocurre otro— casi moralista. Eso cuando habla de la deslealtad de este o de la deshonestidad de aquel segmento de la sociedad, en fin, usando una terminología que se puede localizar fácilmente yendo a los textos —por ejemplo, *A revolução burguesa no Brasil*—, términos que son como evaluaciones éticas. Pero el problema no es tanto de evaluación ética. Lo que le preocupa es qué tipo de mecanismo lleva al primer plano, no digamos al burgués emprendedor, sino más propiamente al oportunista. Ahora: es claro que no se trata de la evaluación pura y simple de los tipos sociales en cuestión, sino de intentar reconstruir los mecanismos que los seleccionan, o sea, esa conjugación entre actores y oportunidades que hace que el patrón más abarcador de desarrollo intrínseco a una determinada sociedad históricamente constituida no llegue a saturar —para usar otro término característico de Florestan— su dinámica intrínseca y, por eso mismo, engendre esos actores, y no sólo los engendre, sino que los conduzca a posiciones de mando, a posiciones decisivas, en un proceso que al fin de cuentas va a profundizar, más que a resolver, los dilemas con los que se enfrenta este tipo de orden social. Entonces, la cuestión es: ¿cuáles son los mecanismos que hacen que la revolución burguesa en el Brasil sea una revolución frustrada, que no haya una burguesía que haya hecho la revolución capitalista, cuáles pueden ser los mecanismos determinantes de eso? Y así siguiendo.

Entonces: la cuestión es siempre encontrar los patrones que permitan discernir las oportunidades históricas y sus condiciones de aprovechamiento, en términos de ver qué tipos humanos se generan, cómo se generan, cómo son elevados a posiciones decisivas y en nombre de qué. Otros son reducidos a posiciones menores, y por detrás de eso está una cuestión que viene de lejos en Florestan y sigue abierta hasta hoy, es decir: discernidos los patrones, las oportunidades que se generan, ¿qué condiciones puede haber de aprovechamiento racional de esas circunstancias, de qué modo se puede intervenir racionalmente en eso, sea para desbloquear lo que está ahí girando en el vacío, sea para redefinir los esquemas, por lo menos los esquemas selectivos de los cuales tales tipos humanos son man-

tenidos? ¿De qué manera racional se puede intervenir para hacer surgir tipos alternativos? Digamos: en vez del burgués incapaz de cumplir sus papeles, eventualmente otra clase social podría hacer surgir tipos sociales, agentes sociales mejor capacitados para desempeñar sus respectivos papeles. Las condiciones del momento brasileño presente sugieren que todo eso es plausible. Junto con eso hay otra vertiente de ese tipo de pensamiento que también viene de lejos y tiene un desarrollo que por sí mismo merecería una reconstrucción en el pensamiento de Florestan, y que me parece fascinante. Él está preocupado, como decía, por caracterizar ciertos tipos sociales, ciertos tipos de agentes sociales que emergen en condiciones estructurales históricas dadas en tal y cual sociedad, en tales o cuales condiciones históricas. Eso lleva a la cuestión de pensar en la redefinición del tipo de hombre producido por una cierta sociedad. O sea: la intervención racional puede orientarse en el sentido de modificar las condiciones de emergencia de determinados tipos de hombre, para usar la expresión de Florestan. Este tipo de preocupación es viejo en él. Si tomamos, en 1963, el libro importante de la época, *A sociologia numa época de revolução social*, que es un libro ya de “vuelta” de su pensamiento, encontramos continuas reflexiones respecto a la posibilidad de generar, a través de una intervención controlada, racional y democráticamente orientada en la sociedad, un nuevo tipo de hombre, capaz de cumplir exactamente, de manera más satisfactoria, los papeles necesarios para la creación del orden social democrático, que siempre fue la preocupación básica de Florestan. O sea que la cuestión es cómo intervenir no sólo en el plano estructural sino en el plano de la creación del soporte de un orden social democrático. De un nuevo tipo de hombre, como él decía. Eso reaparece en la etapa más reciente de su pensamiento, de cierto modo en una especie de revitalización de temas utópicos. Utópicos en el sentido de una preocupación no sólo por el aquí y ahora, sino por virtualidades inscriptas en la sociedad presente, pero sin embargo realizables al cabo de transformaciones más o menos profundas, que incluirían una vez más la constitución de un nuevo tipo de orden, o sea, de agentes sociales capaces de desempeñar de manera plena papeles que vayan más allá de aquello que sus condiciones específicas de existencia en ese momento exacto les solicitan y les permiten. Para ver eso, deben leerse conjuntamente *A revolução burguesa no Brasil* y la obra que de cierto modo es su contrapartida, el importante libro sobre la revolución cubana, y, finalmente, sus reflexiones sobre la Sociología y la sociedad en el capitalismo avanzado, donde discute la “naturaleza sociológica de la Sociología”. En las tres obras, que sintetizan una etapa decisiva del pensamiento de Florestan Fernandes, se articulan todos sus grandes temas, en un pensamiento en que el análisis más despiadadamente crítico de las condiciones presentes jamás oscurece la luminosidad de la utopía: de la posibilidad que brilla en el horizonte, dis-

cernible por el análisis y alcanzable por la acción, siempre que uno y otra no desfallezcan y sepan caminar juntos.

TRADUCCIÓN DE EDUARDO RINESI



Minas Gerais (Brasil), con saudade

*Dora Barrancos**

“Que solidao de peixes, meu Deus, exilados e mediterrâneos”

DANTAS MOTA

Brasil fue un descubrimiento y una experiencia conmocionante, un parteaguas existencial. Debo reconocer que en la época de mi exilio yo era bastante ignorante acerca de su historia y su cultura, salvo un picado de circunstancias (asombrosamente escasas) tales como el populismo de Vargas, la geografía del hambre de Josué de Castro, la construcción de

* Profesora Titular de la materia Historia Latinoamericana en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente del CONICET. Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Brasilia, la “teoría de la dependencia”, el método de Paulo Freyre, el golpe de 1964 y la “bossa nova”. ¿Y qué decir de la nula información acerca del territorio en que me tocó vivir, Minas Gerais? Referencia obligada de los clásicos de la economía, Smith y Ricardo, cuando desarrollan la cuestión del oro, mi imperfecta lectura lo había llevado por delante.

Lo cierto es que el contacto con la cultura brasileña cambió mis sensaciones y emociones (y mi intelecto también), aunque en rigor fue esa “calda” de la “cultura mineira”, con la que conviví casi ocho años, la que transfiguró percepciones y sentimientos.

En primer lugar cuenta el impacto de la intelectualidad mineira que constituía una tradición empinada debido a figuras centrales en la literatura brasileña como Carlos Drummond de Andrade, Pedro Nava y Guimarães Rosa. La creación de este último se sitúa entre las más notables de la literatura universal. Su *Gran sertão: veredas* funge una épica de valor exponencial y de originalísimo estilo. Pude leer este difícil texto –plagado de neologismos y de giros idiomáticos que son una carrera de obstáculos para los lectores de habla portuguesa–, gracias a la indicación del querido Aroldo Leal que un día me dijo: “Você tem que chegar à página 25, ¡depois é fácil!”. Y así fue, por lo que está de más decir que he pasado el consejo a quienes se sumergen en ese texto mayor. Después de su lectura, me conmovía llegar a Curvelo y subir hacia la región de Diamantina, en donde Guimarães Rosa construyó el gran escenario de su narrativa, e imaginar el lugar exacto en donde Riobaldo Tartarano salió a conjurar al diablo y quedó, sin advertirlo, con el diablo adentro. Como la lectura coincidió con las absorciones de Foucault, comencé a sostener que pocas literaturas mostraban el agenciamiento cotidiano y el ejercicio microfísico del poder como este texto. Luego vino el encuentro con sus cuentos –entre los que “Sagarana” destella–, y hasta pude conocer personalmente a Manuelzón que había inspirado al notable escritor en transfiguraciones memorables.

Una poeta que ya descollaba era Adelia Prado, hoy una de las más reconocidas oficientes del género en Brasil. Adelia vivía en una ciudad de mediano porte, no demasiado distante de Belo Horizonte, y muchas veces quise conocerla pero nunca cumplí con mi deseo. Su poesía, de particular sensualismo místico, está habitada de metáforas que refractan las cosas y sus órdenes en la más pura inmanencia cotidiana. Adelia es una traductora de sensaciones que en su arte alcanzan una enjundia conmovedora. Otro queridísimo amigo, un excelente poeta de enorme sensibilidad, Regis Duarte Gonçalves, fue quien me contagió sus devociones por Adelia. Desde fines de la década del ‘70 y hasta mediados de los ‘80, Belo Horizonte reunía a una gran cantidad de poetas en una empresa común, *Poesia Livre*, y editaba el género en pequeñas hojas de papel “stras” (el que se usa para embalajes) que se remitía en un sobre de los de almacén. Celebraban encuentros (menos metafóricos, y más pantagruélicos y utilizados)

varias veces al año, y Ouro Preto solía ser el lugar privilegiado (la edición de esta revista original se hacía allí) ya que era una auténtica capital de la cultura mineira, y no sólo de la poesía sino también de la plástica. Debo también al entrañable Regis haber puesto en mi camino a Dantas Mota, otro gran poeta que sintetizaba como pocos “o mineiro, a mineirice e a mineiridade” (trilogía de las variaciones identitarias), vate de la región de las “gerais” (área de ganadería extensa que completa la geografía de las minas), en el que brillan alto sus elegías al padre-río San Francisco. El verso que sirve de epígrafe pertenece a su poema “Sobre o rio do tempo”.

Antes de mi exilio yo sabía apenas lo imprescindible sobre Oscar Niemeyer, en realidad casi exclusivamente lo que Brasilia debía a su arquitectura. Fue sorprendente descubrir el paso de Niemeyer por Belo Horizonte, los trazos curvos de la capilla de Pampulha emplazada sobre la orilla de la laguna del mismo nombre que, si no me equivoco, el propio Niemeyer aconsejó construir sobre la base de un curso de agua existente. Niemeyer también diseñó ese edificio ondulante, frente a la Praça da Liberdade que años después me pareció evocar a Gaudí.

Otra dimensión a descubrir era la del cine, aunque en esos años previos al exilio la obra de Glauber Rocha ya había impactado a mi generación radicalizada. Mientras crecía la oposición y el régimen militar de descongelaba, se ampliaban las manifestaciones contrarias al régimen –Figueiredo sucedía a Geisel–, se sancionaba la amnistía y luego se desataban las impresionantes manifestaciones por las “diretas, ja”, la creación cinematográfica mineira se abría paso con jóvenes oficinantes. Algunos, como Helvécio Ratton, llegaron a una producción de largometrajes exitosos. Helvécio se había exiliado en Chile y retornó a Minas Gerais casi coincidiendo con nuestro exilio y fue uno de los renovadores de la escuela de cine.

La plástica constituía una dimensión de la cultura brasileña que, no es necesario recordar, desbordaba en talentos. A la gran tradición de los Portinari y Di Cavalcanti, Minas Gerais aportaba por esos años figuras que se tornarían muy destacados, Brechar es uno de ellos. Y al lado de la plástica que se había impuesto con crédito “académico”, Minas Gerais ofrecía creadores populares que consiguieron ingresar a otros mercados. Tal el caso de GTO, un tallador de madera, obsesionado con círculos concéntricos que enlazaban figuras humanas. El trazado “naif” de los contornos humanos y su disposición circular, daba a sus ruedas –algunas gigantes– un aire de trascendencia mística. GTO –que era analfabeto– decía que la revelación de ese oficio de tallista le había venido a través de una ensoñación con la mismísima Virgen. Lo cierto es que GTO era una marca de Minas Gerais que vendía su producción a Canadá y Estados Unidos; a raíz de la gran demanda de sus piezas había formado a su hijo en el oficio y a otros artesanos para que lo ayudaran, y hubo un momento en que resultó

difícil atribuir la autoría; desde luego, algunos plagiadores aparecieron...

Otro arte popular original de Minas Gerais –además de las varias formas de trabajar la cerámica–, era (y continúa siendo) el labrado en “pedra sabão”, típica de la región montañosa mineira cuya plasticidad permite un burilado relativamente fácil. Es cierto que la mayor parte de la confección de las piezas –desde las ornamentales hasta las destinadas al uso práctico– se realiza con tornos mecánicos y que es rara su hechura manual, pero no es menos cierto que Minas Gerais ofrece, como pocos lugares en Brasil, el respaldo de una tradición magistral en materia de escultura: el barroco y la impronta del Aleijadinho.

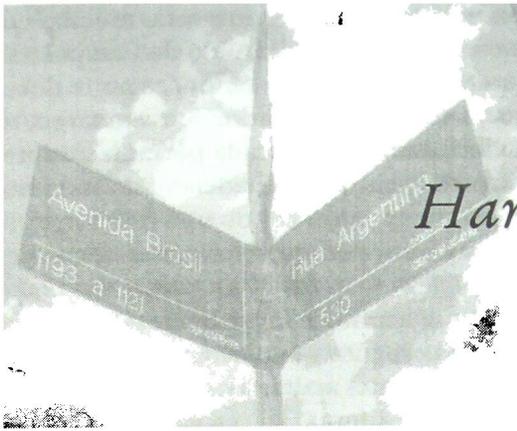
Si las culturas de todas las vertientes tornaban prodigiosa la creación mineira en las artes plásticas, la música popular encontraba a autores e intérpretes de incontestable valor. Era la época en que Milton Nascimento surgía con su voz de registro inigualable, y que Wagner Tizo hacía arreglos de descomunal talento. Pero al lado de estos grandes, desde todos los cantos surgían autores, voces y “violoes”. El aire sertanejo de algunos oficiantes volvía sobre antiguas cantigas, sencillas pero bellas, que a veces conseguían una rara dignidad con interpretaciones como las de la soprano Maria Lúcia Godoy (también mineira), que en la época yo había hecho mi favorita. Su versión de “É a ti, flor do Céu”, la voz que se elevaba en el estribillo “nao me lembro de ti sem ter saudades / nem podes me fugir do pensamento” (que me emocionaba con una segura evocación de todo lo que había dejado en mi tierra), era tan repetida en nuestro “aparelho de som”, que mis hijitas solían exclamar al unísono: “¡Otra vez Maria Lúcia Godoy!”.

Un aspecto que no puedo pasar por alto es la circunstancia de que en los medios académicos mineiros relacionados con las ciencias sociales, era de pésimo tono y gusto no proferir como mínimo una adhesión al canon progresista, lo que marcaba una distancia sideral con el pensamiento de derechas que tanto se prodigaba en los ambientes universitarios argentinos. Llamaba la atención la recurrencia a vertientes situadas a la izquierda que hegemonizaban algunos lugares especialmente las áreas de posgrado, y cómo no recordar la instalación de las ideas de esa notable intelectual brasileña, Marilena Chauí.

Finalmente, desearía hacer dos referencias que tienen que ver con transformaciones significativas que no sólo atañen a mi persona. Una se refiere al impacto de la formación clínica mineira sobre mi marido, médico egresado de la Universidad de Buenos Aires, quien pudo beneficiarse como residente en la especialidad, alcanzándolo un saber que sin duda debía bastante a las reformas de la Escuela de Medicina de la Universidad Federal de Minas Gerais. La clínica mineira exhibía en las décadas del '70 y '80 profesionales notables, entre ellos ese maestro de tan mineira humildad, Ildeu Batista de Oliveira. Fue Minas Gerais, por otra parte, la

cuna del primer programa sudamericano de Atención Primaria en Salud. Sorprendía el nivel de formación y de compromiso del cuadro de los y las sanitarios mineiros –en el que se destacaba Eugenio Vilaça Mendes– con quienes tuve el privilegio de trabajar, el grupo de la “Secretaria de Saúde” que me acogió con emocionante fraternidad y que años más tarde me convirtió en la primera Directora mujer (¡extranjera y no médica!) de la Escuela de Salud Pública.

La segunda se refiere a mi encuentro con el feminismo. En esa época de dictadura la contestación se hacía sentir en numerosos frentes. Fueron inolvidable los días en que Belo Horizonte fue paralizada por las manifestaciones de los obreros de la construcción, en 1979, y por la insurgencia estudiantil que se propalaba a diversos escenarios. Pero también resulta memorable la resistencia de las mujeres que se organizaban, no sólo contra el autoritarismo militar, sino también contra el patriarcado. Había habido una ola de asesinatos de mujeres y una de las víctimas era una joven de clase media alta –Angela Diniz–, cuyo marido la había abatido a tiros en la playa de Búzios. Cientos de mujeres reclamaron entonces justicia, hicieron tribunales públicos y reencendieron el feminismo. Allí encontré, pues, el fermento de una interpelación fundamental para la igualdad, una indexación de los motivos de justicia y equidad que impulsan a la transformación de nuestras sociedades. Otro aprendizaje que debo a Minas Gerais, y a Brasil, tierra del exilio, morada de una reconstrucción, plaza que no puede evocarse sin saudades, si no fuera más que por lo tanto que debo a Marta, magister umbanda, diestra en confortamientos del alma. ¡Saravá!



Haroldo argentino

*Tamara Kamenszain**

Una sola letra diferencia los vocablos blanco y branco. En esa estrecha disparidad, sin embargo, prospera un mundo de matices que, entre el sonido y el sentido, hace lugar a una verdad presente en dos idiomas. Ahí, en el grado cero de las letras, donde nadie hasta entonces había osado poner su oído, trabajó la escucha atenta de Haroldo de Campos. Y el testimonio que él dejó nos enseña que ese acontecimiento de lengua materna que llamamos poesía puede ser maternalmente compartido en otra lengua. Una posibilidad que no había sido contemplada por el binario ejercicio de traducción que hasta entonces venía practicando alegremente la modernidad.

Ese trabajo monumental, ese puente lezamiano que “no se le ve / pe-

* Poeta y filósofa.

ro que anda sobre su propia obra manuscrita” es, entre otras muchas cosas, lo que nosotros, los argentinos, le debemos a Haroldo de Campos. Algún burócrata de nuestra cultura podría decir que entonces no le debemos nada más que un inocuo crucigrama literario. Sin embargo, si queremos acceder a esa adulez ciudadana tan mentada por nuestros presidentes tercermundistas, deberíamos decir que este adelantado transmoderno nos enseñó ni más ni menos que los alcances de una relación política. Relación que, entre un idioma y otro, permite a los países reconocer lo que los une en la diferencia.

“En una traducción como ésta, que acontece entre lenguas tan cercanas y en apariencia solidarias como el español y el portugués, los avatares obsesivos de lo mismo se dejan, no obstante, asaltar a cada momento por los azares perversamente invasivos de la diferencia”, escribió de Campos en *Transblanco*¹, ese célebre tratado de transcreación² que, como su título lo indica, es mucho más que una traducción de *Blanco* de Octavio Paz. Y esta peligrosa y desafiante solidaridad idiomática entre el español y el portugués es la que él supo hacer funcionar –en un ejercicio de trasmisión oblicua donde la tradición se transnacionaliza– para devolvernos transcreados a tres de nuestros más grandes poetas del siglo XX: Oliverio Girondo, Juan L. Ortiz y Néstor Perlongher.

El caso Girondo es tal vez el más previsible. Se trata de otro hermano más en el árbol genealógico de esa práctica concretista que los de Campos sistematizaron para el mundo (el crítico argentino Gonzalo Aguilar, en un admirable ejercicio de traducción melliza interpretó *No a mago do mega* como *En la medula de la mega*)³. Haroldo tradujo un sólo poema de Girondo, *Hay que buscarlo*, de *En la masmedula*⁴. Este ejercicio único basta y sobra para enseñarnos a los argentinos de qué trata el idioma girondiano: “psiquéros” por “eropsiquis”, “esperausencia” por “espera ausencia” o “peixelámpago” por “pezlampo”, son algunos ejemplos que revelan, en la transcreación, un girondismo acaso más radical que el del original.

El caso de Juan L. Ortiz es un regalo tan inesperado como esperable. Poco o mal leída por sus compatriotas, la obra de Ortiz fue por épocas confinada a la categoría de poesía de provincia o encasillada, por inercia académica, en el posromanticismo. Nadie en Argentina se había animado a sostener que en la lejana provincia de Entre Ríos –“vocación de entre

1. Haroldo de Campos. *Transblanco*. Río de Janeiro, Editora Guanabara, 1986. La traducción es mía.

2. Término acuñado por de Campos para diferenciar la traducción tradicional de ese ejercicio “trans” donde traducir es tanto creación como crítica.

3. Gonzalo Aguilar. *Galaxia Concreta*. México, Universidad Iberoamericana, 1999.

4. Publicado en revista *Qorpo Estranho* n° 2. San Pablo, septiembre-diciembre de 1976. En el mismo dossier también hay dos poemas de Girondo traducidos por Augusto de Campos.

rios” definió Haroldo a la gesta ortiziana— alguien ya estaba montando, hacia 1920, un verdadero laboratorio preconcretista. En el extenso y deslumbrante ensayo “Juan L. Ortiz: la retórica seca de un poeta fluvial”⁵, de Campos nos devuelve al otro Ortiz, ése que en oposición al dispositivo nerudiano “de retórica jugosa, resplandeciente y resonante, de sucesivos sedimentos metafóricos” operó desde un discurso “reseco, turbio que orilla la prosa”. Así leyó de Campos todo el libro-Ortiz —“un libro que se desliza, desembocadura de otros libros afluentes”— como esa diferencia pegada a la naturaleza sureña que se saca de encima, con recursos no menos naturales, las imposiciones de la cultura europea. Una especie de salvajismo culto o, por qué no, una antropofagia climática. A la intemperie de las inclemencias provincianas, de Campos lee la poesía de Ortiz como un factor que desordena todo intento —aún el vanguardista— de armonización. La escucha atenta del concretista reconoce ahí una música “de ramajes y ramúsculos agitados por el viento”. Es una música tan concretamente pictórica que hasta “desfigura los ideogramas (...) como si el pincel de bambú estuviese poseído por una corriente de viento, por una estética de ráfagas”. Desde esa profunda intuición artesanal —aquí el artesano es un sujeto ético que reconoce en la estética de las ráfagas un rumor de patrias que de Campos transcrea dos poemas⁶ de lo que él llama “la vertiente china” de Ortiz. Ningún argentino había intuido semejante empatía concretista entre las pulsiones de la naturaleza y las transgresiones culturales.

En cuanto a Néstor Perlongher, Haroldo no llegó a traducirlo pero le dedicó un memorable *biografema*, tal vez el formato más íntimo y extremo que adquiere la transcreación amorosa. En *Requiem*⁷ Haroldo traduce la vida de Néstor muerto para que la entienda la posteridad. Con la herramienta translingüística como arma privilegiada, encuentra lo que el argentino amó en São Paulo de Buenos Aires, ese espíritu neobarroso —barro en el barrio, médula nudosa del suburbio— que a su manera São Paulo le devolvió intacto (“néstor / portenho-paulistano tietépi- / nheirosplatinogaretino-barroso deleitando-se / amantísimo / neste deleitoso boosco bor- / roso de delitos (detritos)”).

Néstor sí tradujo a Haroldo. Gracias a esas traducciones, algunos poetas de mi generación llegamos a repetir como mantra los versos finales del poema *Transblanco*. Esos que en español suenan así: “tomé la mezcali-

5. Publicado en el número 30 de la revista *Poesía y Poética*. México, Universidad Iberoamericana, 1998. Es traducción al español; el original en portugués apareció un año antes en *Folha de São Paulo*.

6. La traducción de *El gran puente del “Yan Tse”* y de *Cuando digo China* aparece en el mismo dossier de *Poesía y Poética*. Los dos poemas pertenecen a una serie escrita por Ortiz a la vuelta de un viaje a China en 1957.

7. Publicado en *Folha de São Paulo* el 1º de julio de 2001.

na de mí mismo / y pasé esta noche en claro / traduciendo BLANCO de octavio paz”. De esos tres versos nos gustaba todo. La palabra mezcalina casi desmentida por el “mí mismo”, el “pasado en claro” paziano que se arma en el crucigrama del verso, el nombre del poeta mexicano escrito en minúscula y, sobre todo, las luces de neón del cartel BLANCO. Hoy, ya muerto haroldo de campos –con minúscula, como nos enseñó él que nunca se ocupó de “autores”– BRANCO, el otro lado del cartel, ilumina para siempre ese “puente que no se le ve” pero que habilita, entre Argentina y Brasil, una relación tan poética como política.

Cárceles en común

En la memoria política de la época moderna, los nombres de las antiguas mazmorras públicas no pueden ser recordados sin un estremecimiento de espanto retrospectivo. La Fortaleza de Pedro y Pablo, la Isla del Diablo, la mazmorra moscovita de la KGB en la calle Lublianka, la sede central de la GESTAPO en Berlín o, actualmente, la base norteamericana de Guantánamo en Cuba o los campos de confinamiento de disidentes en China.

También Argentina y Brasil construyeron sus simétricas Siberias, la una austral y la otra ecuatorial, cuya historia sepultada Lila Caimari, Alexandre Samis y Renato Ramos sacan a la luz. A su vez, Juan Pegoraro nos recuerda que los vínculos entre política e ilegalidad por parte de los grupos dominantes asumen la forma del “guante blanco”, que raramente son castigados, y que ni siquiera suelen llegar al estrado judicial.





Ushuaia: la Siberia criolla

*Lila Caimari**

Los viajeros internacionales que cada año confluyen a Ushuaia, encuentran a su llegada folletos que proponen una experiencia turística inusual: la visita al Museo del Presidio. Situada al final de la calle principal, a pocas cuadras de los hoteles y negocios de souvenirs, la antigua prisión recibe contingente tras contingente de visitantes dispuestos a asomarse a los vestigios del castigo del fin del mundo. En el sendero que conduce a la entrada del penal-museo, los recibe una estatua de bronce: el penado uniformado a rayas abre sus brazos y piernas para la requisa del guardián. También está la locomotora del trencito que cada día atravesaba el pueblo para trasladar a los presidiarios a cortar leña al Monte Susana. Desde un

* Coordinadora Académica del Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés, y profesora en esa misma Universidad. Investigadora del CONICET.

tren mucho más vistoso y confortable, los visitantes pueden recorrer parte del mismo trayecto, y fotografiar las huellas devastadoras que más de cuatro décadas de extracción penal dejaron en el bosque fueguino.

Uno de los pabellones de ese viejo panóptico del desierto ha sido refaccionado para la exhibición. Cada una de sus celdas redecoradas encierra –separadamente y sin contagio, como lo querían los diseñadores de prisiones del siglo XIX– un fragmento de su historia. Algunas están habitadas por muñecos tamaño natural que recrean los rasgos de los presidiarios más famosos. El Petiso Orejudo muestra su famosa sogá homicida a los pasantes, que se detienen a fotografiarse junto a él. Otros posan con Ricardo Rojas, sentado en una escenificación de su habitación de confinado. Hay una celda que habla del anarquismo, porque Ushuaia es donde estaban muchos de los activistas libertarios que desaparecían casi mágicamente de la gran ciudad. Poemas y cartas mencionan el frío, los guardianes más odiados, el padecimiento físico y mental –pinceladas de la cotidianidad de los sepultados vivos.

Los visitantes pueden adquirir postales con escenas del penal, el trencito y los reclusos. También hay libros bilingües, fotografías, agarraderas y delantales de cocina con las rayas del uniforme de presidiario. Salida a la luz como curiosidad criolla de la globalización, la historia de nuestra Siberia nos es todavía muy mal conocida. Este artículo procura evocar algunos de sus rasgos.

UTOPIÁS DE POBLAMIENTO PENAL Y TRANSPORTE PUNITIVO

Entre fines del siglo XIX y 1947 el estado argentino sostuvo una ambiciosa empresa de castigo, cuyos inicios tienen como telón de fondo la definición del límite sur entre Argentina y Chile. “La República, una vez fundado el establecimiento penal en la Tierra del Fuego, habría echado las bases de la colonización de aquel punto (...)”, decía el Presidente Roca en un proyecto de 1883¹. La necesidad de poblar los territorios reclamados en las negociaciones era, a esa altura, sentido común. También lo era que extender la soberanía a ese desierto hostil, sin límites ni civilización requeriría no poca ingeniería estatal². Los primeros proyectos de traslado de penados a la Patagonia están asociados a nombres clásicos de la construcción del estado: Roca, Eduardo Wilde (co-autor del proyecto

1. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. *Memoria presentada al Congreso*. 1883, página 931.

2. Sobre las construcciones culturales de la Patagonia como un obstáculo para la formación del Estado, véase Gabriela Nouzeilles. “Patagonia as Borderland: Nature, Culture, and the Idea of the State”, en el *Journal of Latin American Cultural Studies*, año 8, n° 1, 1999, página 36.

citado). Y, antes que ellos, Nicasio Oroño, cuya propuesta de deportación (1868) –que combinaba nociones de castigo moderno, abolición de la pena de muerte, e imperativos de soberanía territorial– tipifica todo un clima de ideas³.

El destierro es una de las penas más antiguas de la tradición occidental –sabemos que la transgresión fundante de nuestra cultura judeo-cristiana, la desobediencia de Adán y Eva, recibió ese mismo castigo. En estos horizontes, el destierro poblacional había sido frecuente durante la colonia, y a lo largo del siglo XIX. Tampoco faltaban antecedentes regionales, como la colonia penal fundada para chilenuzar la zona del estrecho de Magallanes en 1847. Pero eran otros los referentes aquí reclamados.

En el siglo XVIII, el transporte punitivo fue el principal castigo practicado en Inglaterra, donde los tormentos corporales eran cada vez más repudiados. Entre 1718 y 1755, unas treinta mil personas fueron desterradas a las colonias norteamericanas –la mayor masa de inmigración forzada a América, después de la esclavitud. Cuando la independencia eliminó dicha válvula de escape a las tensiones londinense, las autoridades tomaron su interés a Australia, que en 1787 recibió el primer contingente de penados ingleses. La idea de asegurar soberanía sobre islas remotas mediante la radicación de delincuentes condenados fue entonces adoptada por otros estados⁴. Atractivo para las autoridades de las ciudades modernas en rápido crecimiento –fuese Londres en 1780 o Buenos Aires en 1890– el transporte podía contribuir a la solución del problema criminal mediante la simple eliminación de los criminales. ¿Y por qué no exportar al desierto también otros resultados perversos de la urbanización porteña? Por un acuerdo entre defensores de menores y gobernadores de los nuevos territorios, niños huérfanos o abandonados fueron también enviados de la congestionada capital a zonas del territorio nacional necesitadas de sangre argentina⁵.

Como tantos en su época, Sarmiento había visto en el transporte punitivo una atractiva herramienta civilizatoria: Sudamérica –decía en 1841– debía crear sus Australias, transformando a hombres viciosos y corrompidos en los habitantes de prósperas sociedades nuevas⁶. La visión que sub-

3. J. Carlos García Basalo. *La colonización penal de la Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Servicio Penitenciario Argentino, 1981, página 5.

4. Sobre los orígenes del transporte punitivo y la experiencia australiana, véase Norval Morris and David Rothman (eds.). *The Oxford History of the Prison*. New York, Oxford University Press, 1995, capítulos III y IX.

5. J. Carlos García Basalo. “La fundación del presidio de Ushuaia”, en Arnoldo Canclini (ed.). *Ushuaia. 1884-1984. Cien años de una ciudad argentina*. Ushuaia, Asociación HANIS, 1984, página 98.

6. Domingo Faustino Sarmiento. *Obras Completas*. Volumen X. Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1950, páginas 33-34.

yacía al proyecto Roca-Wilde era más pragmática: la prisión era una herramienta introductora de población para soldar tierras remotas al cuerpo del territorio nacional. Tierra del Fuego sería una nueva Australia, sí, pero no tanto por la civilización de su futura sociedad como por la existencia misma de una sociedad.

El lado “argentino” de Tierra del Fuego no estaba desierto, pero sus habitantes difícilmente podían representar los reclamos nacionales en el área. “¿Sabes que algunos Tehuelches hablan inglés?”, preguntaba alarmado Nicanor Larrain en 1883⁷. En Ushuaia, los indios convivían en una sociedad bilingüe, anglo-yagana, con la misión anglicana establecida en 1870 –por eso respondieron con británicos “yes” y “what” a las preguntas de los primeros argentinos que encontraron. Roberto Payró, quien visitó Ushuaia en 1898, concurre a una misa en la que el reverendo Lawrence leyó la Biblia en inglés, los indios cantaron himnos en inglés y yagana, y el único español que se oyó fue una oración “por la prosperidad de las autoridades de nuestro país”⁸. Peones de estancia chilenos, sacerdotes salesianos italianos, aventureros internacionales atraídos por una fugaz fiebre del oro, ocasionales científicos europeos, y náufragos internacionales complejizaban aún más el universo cultural de este rincón de la “Argentina”. Quienes necesitaban comunicación, provisiones o transporte desde o hacia el “norte” (palabra que en Tierra del Fuego significa “el resto del mundo”) dependían del único centro urbano activo de la zona, la ciudad chilena de Punta Arenas.

La tarea de los primeros gobernadores argentinos enviados a Ushuaia, entonces, no era sencilla. Durante los primeros años, dependían del consejo de los misioneros ingleses para cada decisión política –dónde ubicar faros y edificios públicos, cómo escribir documentos para regular las relaciones con los indios, etc. Aunque la colaboración fue amistosa, los pastores ingleses tenían razones para recibir con aprehensión a los recién llegados. Su primera demanda fue que prohibieran la venta de alcohol en el pueblo. La segunda, que garantizaran un duro castigo a la borrachera. La bandera argentina llegó a Ushuaia, además, con nuevos gérmenes. Los yaganas, y la misión anglicana dedicada a ellos, no los sobrevivirían mucho tiempo.

Las hostiles relaciones con el explorador y colonizador rumano Julius Popper expusieron los problemas de los gobernadores de modo más crudo. Las expediciones de este aventurero singular habían contribuido enormemente al conocimiento de Tierra del Fuego. Popper dio nombres rumanos a los numerosos accidentes geográficos descubiertos, o utilizó di-

7. Nicanor Larrain. *Viajes en el “Villarino” a la Costa Sud de la República Argentina. 1883.* Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1883, página 54.

8. Roberto J. Payró. *La Australia Argentina.* Buenos Aires, La Nación, 1898, página 147.

chos bautismos para halagar a sus relaciones en Buenos Aires —tal fue el origen del río “Juárez Celman”. En 1887 adquirió 2.500 hectáreas en la zona, y pronto obtuvo otras 80.000. Sus relaciones con los representantes de la autoridad nacional en la zona tienen algo de las batallas europeas entre señores feudales y autoridades de los incipientes estados centrales. En el extremo sur de la isla, rodeada de montañas, Ushuaia daba la espalda al territorio que “gobernaba”. En su propiedad, bien llamada “El Páramo”, Popper, repelía a los invasores con su “ejército” (alrededor de veinte hombres, incluyendo soldados, oficiales y comandante en jefe), acuñaba monedas con su nombre, y emitía estampillas con sus iniciales. El “estado” argentino en Tierra del Fuego no era más que una impotente declaración de principios. Pero una rápida sucesión de cambios aceleró la suerte del viejo proyecto de colonización penal: la caída de la población indígena condujo al abandono de las misiones religiosas anglicanas y salesianas; Popper, que siempre se había opuesto a la creación de una prisión, murió en 1893, dejando detrás un “reino” patagónico que pronto desaparecería. El mismo año, un dinámico gobernador, Pedro Godoy, llegó a Tierra del Fuego. Mientras tanto, las ideas sobre transporte penal se habían ido consolidando, y llegaban a la ley —en 1895, la condena de multireincidentes en territorios (no especificados) del sur fue finalmente legalizada (Ley 3.335).

Para entonces, eran muchas las expectativas puestas en la prisión como agente de una utópica colonia de industriosos ex-penados. Así lo muestra el proyecto de Godoy: los reclusos que se casaran tendrían derecho a cumplir su condena *fuera* de la prisión. Recibirían tierra gratuita y material para construir sus casas. Tierra también sería regalada a los solteros que prometieran establecerse en la zona. Habría trabajo para todos. El estado proveería pasajes gratuitos a Ushuaia a los parientes de los penados. La prisión sería el centro de un gran proyecto de poblamiento⁹.

LA FRONTERA NACIONAL-CARCELARIA

“Un presidio por capital, y un desierto por jurisdicción de la misma, ambos segregados de la patria en estéril aislamiento”

RICARDO ROJAS, *Archipiélago*

Toda historia de la prisión remite a su vínculo con el contexto externo. Esta razonable afirmación general resulta redundante al examinar el penal de Ushuaia, donde la excentricidad geográfica modificó profunda-

9. Véase el proyecto de Godoy en García Basalo. *Op. cit.*, página 83.

mente el eje prisión-sociedad. Comencemos por mirar, entonces, los lazos que ligaron a los de adentro con los de afuera en esta peculiar sociedad carcelaria.

El utópico proyecto de Godoy no prosperó, quizás porque su autor se otorgaba amplios poderes de decisión sobre una prisión que estaba legalmente fuera de su jurisdicción (y bajo la del Ministerio de Justicia). Esta división de poderes entre gobierno y prisión, allí donde la prisión era lo único a gobernar, tuvo el efecto de convertir al director del penal en la autoridad más poderosa del territorio.

A partir de 1902, los penados, única fuente estable de mano de obra de la zona, construyeron su presidio con las piedras extraídas por ellos mismos de las canteras cercanas, y con las hayas que cortaron en el Monte Susana. El presidio de Ushuaia fue una empresa muy ambiciosa en su concepción, y no solamente por su impactante planta-abanico de cinco pabellones. Catello Muratgia, director y diseñador del penal, insistió en construir también un gabinete antropométrico. En la prosa de sus informes, empapada de la retórica criminológica del cambio de siglo, Ushuaia no era simplemente un lugar para deshacerse de los incorregibles: era un brillante faro de modernidad punitiva en el fin del mundo. Cuando no estuviesen sometidos a la observación científica, además, estos representantes del mundo lunfardo en el fin del mundo se transformarían, mediante el trabajo, en obreros estatales de la construcción¹⁰.

Si bien las ambiciones criminológicas de Muratgia apenas sobrevivieron a su gestión, los reclusos fueron, en efecto, la mano de obra detrás de cada elemento urbano construido durante el "período del penal": los edificios públicos, el muelle comercial, el pavimento, la energía eléctrica, líneas telefónicas, los muebles de los primeros residentes, etc. Estos logros eran protegidos por los mismos penados, únicos bomberos del asentamiento¹¹.

La dimensión de esta población, constructora de la sociedad donde sufrir su castigo, varió según los períodos. 300 en 1902, más de 1.500 en 1930, su promedio histórico estuvo cerca de los 500 reclusos (alrededor del 10% de la población carcelaria nacional). Pero en sentidos diferentes, eran muchos más los que dependían del presidio: la mayoría de los pobladores libres de Ushuaia trabajaba en sus instalaciones (unas 350 personas), o para proveerlas, o vivían indirectamente de ella, sirviendo a las familias de guardias, celadores y oficiales. Todos ellos, libres y condenados, confor-

10. Catello Muratgia. *Presidio y cárcel de reincidentes. Antecedentes*. Buenos Aires, Imprenta Tragant, sin fecha, páginas 71 y 65.

11. El trabajo de los penados en el pueblo es descrito en los informes anuales presentados por sucesivos directores del presidio al Ministerio de Justicia y Educación. *Memoria*. 1896-1947.

maban una sociedad en aislamiento extremo del resto del país –podían pasar más de tres meses sin comunicación con la Capital. Se vivía a la espera de la próxima nave, y al ritmo de su llegada, que traería nuevos reclusos, pertrechos, salarios oficiales, y noticias del “norte”. El aislamiento, tan esencial al proyecto penitenciario decimonónico basado en la soledad y la separación, estaba en el corazón de la peculiar estructura de esta sociedad.

Rojas transcribe una conversación oída en un bar: “Ya sé que vine de guardián, y que como todos en Ushuaia, yo también ahora soy un preso”¹². Este intercambio ficcionalizado resuena con muchas otras descripciones, incluyendo las oficiales. En esta sociedad, todos provenían “del norte”: si no del extranjero, de provincias con poco trabajo. La distancia no era vivida con naturalidad. A días de viaje del próximo centro urbano, cercadas de obstáculos físicos que hacían de la fuga una posibilidad remota, la prisión y la sociedad estaban igualmente aisladas. Como el “muro” entre Ushuaia y el “norte” era tan espeso, el muro entre la prisión y Ushuaia se volvió excepcionalmente poroso.

Ninguna otra prisión organizaba el castigo de tantos penados afuera de sus límites edilicios. Diariamente, un trencito atravesaba la calle paralela a la costa, a pocos metros de las casas de las familias “conocidas”, llevando a los uniformados a rayas a sus tareas cotidianas en el monte¹³. A no dudarlo, esta imagen –evocada en tantos testimonios– habla del conjunto singular de significados del concepto de “estado” en la región: apropiación de los cuerpos de condenados, públicamente obligados a trabajar; explotación de los recursos naturales y, también, única garantía de la existencia del asentamiento, gracias a la mano de obra de la prisión. Los ciudadanos más duramente castigados eran los representantes (forzados) del estado y la modernidad en los bordes territoriales de su soberanía. Los rituales de celebración del estado nacional también estaban asociados a la prisión. De allí provenía la mayor parte de la concurrencia a las ceremonias patrias. Y también la música, pues las fotografías de estos eventos muestran a la banda de uniformados a rayas –que incluía al Petiso Orejudo, responsable del bombo– ejecutando las infaltables marchas junto al muelle comercial.

12. Ricardo Rojas. *Archipiélago. Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, página 114.

13. La mayoría de los testimonios de antiguos residentes utilizados aquí provienen de un archivo oral de historia de Ushuaia reproducido en A. Canclini (ed.), *op. cit.*

*"Estoy sepultado vivo,
pero, con todo, no he muerto:
vivo muerto, eso es lo cierto,
en mi suerte de cautivo..."*

E. V. A., *Penado* 165

La densa simbiosis de la vida de la prisión con la del exterior debía mucho a la heterogeneidad y distribución espacial de la población confinada en Ushuaia. Inicialmente, el penal estaba destinado exclusivamente a los reincidentes de Buenos Aires, desesperación de criminólogos y penalistas que vieron en su remoción física un paliativo al crimen capitalino. Así fue cómo tantos condenados por delitos contra la propiedad –tipo de crimen con mayor índice estadístico de reincidencia– terminaron en Ushuaia. Pero los reincidentes (que, por las características de su delito, servían penas relativamente cortas) cumplían sus condenas demasiado rápido para constituir potenciales pobladores. No pocos vieron expirar su pena durante el largo viaje al sur. De ellos podría decirse que el castigo fue la travesía misma –entre sesenta y ochenta días en la bodega del barco, con los pies rigurosamente engrillados.

Desde el punto de vista oficial, sin embargo, el ir y venir de reincidentes entre Ushuaia y Buenos Aires no justificaba siquiera el gasto. Por eso, la Cárcel de Reincidentes fue convertida en Presidio, para penados cumpliendo las condenas más largas y duras (homicidio fue, en el largo plazo, el crimen asociado a más de la mitad de esta población). A pesar de este cambio, Ushuaia siguió siendo destino de reincidentes –alrededor de un cuarto de la población histórica del penal. Si a la misma experiencia de presidio convergieron ladrones y famosos homicidas seriales fue en parte gracias al artículo 52 del Código Penal de 1922, que introdujo una condena accesoria de reclusión por tiempo indeterminado en un paraje del sur para varias categorías de reincidentes. La "accesoria" se impuso como la pena de dureza y duración suficientes como para reemplazar a la muerte, eliminada por primera vez de las leyes penales.

La composición de la población de penados en este presidio también es un indicio de la complejidad de los mecanismos de aplicación del Código, pues la selección final de candidatos no salía de los tribunales (que mediante la "accesoria" no hacían más que una parcial preselección), sino de la Penitenciaría Nacional, donde los problemas de superpoblación eran crónicos. Allí, los criterios oscilaban entre las destrezas manuales, edad, salud y fuerza física, y la "peligrosidad" diagnosticada por los criminólogos de la institución¹⁴. Ninguno de los condenados en la Penitencia-

14. *Revista Penal y Penitenciaria*. Buenos Aires, abril-junio de 1938, página 141.

ría podía tener la certeza de no formar parte de la temida “remesa”, y esperaban las listas periódicas con verdadero terror. Este mecanismo tuvo otro resultado, no intencional: reprodujo en el fin del mundo alianzas y conflictos de la subcultura carcelaria del penal capitalino —la investigación, en 1924, del asesinato de un penado por otro reveló conflictos que se remontaban a su relación en el establecimiento de la calle Las Heras¹⁵.

Ushuaia fue también la prisión para penados de alta visibilidad que las autoridades deseaban alejar de la prensa sensacionalista de la gran ciudad. El famoso descuartizador del Lago de Palermo, Ernst, apodado “Serruchito”; el condenado por homicidio Saccomano, que dividiera a la opinión pública; el Petiso Orejudo, asesino serial de niños; el mártir anarquista Simón Radowitzky. Ellos justificaron el viaje de más de un periodista capitalino, y son los que pueblan hoy la galería de personajes del Museo del Presidio.

Desgraciadamente, sabemos poco sobre el perfil socio-económico de la mayoría de los internos, porque los administradores fueron parcos en sus informes estadísticos. Pero como los caminos que conducían a Ushuaia pasaban a menudo por la Penitenciaría, podemos asumir que su población no era socialmente muy diversa de la de ésta: una enorme proporción (alrededor del 50%) eran “jornaleros”, término que describe poco fuera de la inestabilidad laboral del categorizado. Estos trabajadores temporarios eran seguidos, en orden decreciente, por diversas categorías de trabajadores manuales (herrereros, mecánicos, zapateros, agricultores) y del sector terciario (empleados, conductores, comerciantes). Como en las demás prisiones, la alta proporción inicial de extranjeros fue disminuyendo a lo largo de la primer mitad del siglo.

Luego, en la década de 1930, Ushuaia se convirtió en lugar de confinamiento político, de “detenidos a disposición del Poder Ejecutivo”. Alrededor de cien prisioneros “sociales”, sin otro prontuario que su militancia, fueron enviados al presidio en 1931. En enero de 1934, llegaron los radicales castigados por rebeliones contra la discriminación electoral justista. Entre ellos había grandes nombres de la oposición —Alvear, Cantilo, Pueyrredón, Mosca o el mismo Rojas. Estos famosos presos no estaban en la prisión: su lugar de confinamiento era el pueblo mismo, donde eran tratados como invitados de honor¹⁶.

Además de las ocasionales oleadas de políticos desterrados, los residentes de Ushuaia estaban acostumbrados a convivir con los ex-penados. Aunque los barcos a Buenos Aires llegaban muy irregularmente, quienes cum-

15. Juan Carlos Lovece. “El pabellón N° 5”, en *Karukinka. Cuaderno Fueguino* n° 5. Ushuaia, página 148.

16. Néstor Aparicio. *Los prisioneros del “Chaco” y la fuga de Ushuaia*. Buenos Aires, Editorial Manuel Gleizer, 1992, página 54.

plían la sentencia eran liberados el día y hora exactos de expiración de la condena. Si deseaban volver “al norte”, tenían que comprar su pasaje Ushuaia-Buenos Aires y esperar pacientemente al próximo barco –a veces en la policía, a veces alojados por residentes, a veces con otros ex-convictos en las afueras del pueblo. La gente los reconocía porque, en su nueva libertad, mantenían reflejos de la cultura carcelaria, como el saludo militar. Algunos aprovechaban la irrestricta proximidad de sus ex-celadores para permitirse revanchas largamente esperadas¹⁷. Pero sólo una minoría se quedaba en Ushuaia, casi siempre hombres mayores cuyos lazos con “el norte” habían sido destruidos. Se convirtieron en parte del tejido local, asimilándose con poca disrupción como peones en estancias cercanas, o incluso como guardias de los *gangs* de penados que trabajaban afuera.

¿Qué ingredientes contenía la experiencia punitiva en el fin del mundo, además del aislamiento? El frío. Más que un malestar físico, era un componente esencial del sufrimiento: *el miedo* al frío, el frío *como castigo* suplementario. Las cartas de los penados, pidiendo abrigo y más abrigo a sus familiares, reproducidas hoy en las paredes de las celdas, son un indicio de la obsesión por protegerse del clima. Pero el mejor indicador de esta amenaza es su bien documentada utilización punitiva. Los “plantones” de reclusos semidesnudos en el calabozo mojado, o a la intemperie, no fueron cosa de todas las administraciones, pero lo fueron de muchas. Las denuncias comienzan en 1910, continúan en la década del veinte, y llegan al paroxismo a principios de los años treinta¹⁸.

¿Y qué significaba la privación de la libertad en Ushuaia, donde el castigo transcurría en un radio espacial tan amplio? Hemos visto que buena parte del trabajo coercitivo se realizaba puertas afuera del penal, en el monte o en las calles. En este último caso, había mucha proximidad de los condenados con la población libre, pero toda iniciativa de contacto era severamente castigada, como lo comprobó un penado que pagara con quince días de celda oscura el pedido de un cigarrillo a un transeúnte¹⁹. Además del trabajo en el pueblo y las expediciones a buscar leña, los presos de buena conducta hacían excursiones de varios días, a kilómetros del penal, donde se instalaban en ranchos improvisados, acompañados por unos pocos guardianes. Allí los visitó en 1933 el corresponsal de *Caras y Caretas*, Juan José de Soiza Reilly.

17. *Memoria*. 1901. Página 112.

18. Belascoain Sayós. *El presidio de Ushuaia. Impresiones de un observador*. Buenos Aires, Editorial de La Protesta, 1918, página 29. Documentos sobre los abusos entre 1921 y 1924 en Juan Carlos Lovece. “El pabellón n° 5”. *Op. cit.*, páginas 141-157; sobre la década de 1930, ver más abajo.

19. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Dirección General de Institutos Penales, Instituto de Clasificación. *Ficha Criminológica 786*.

Estos “viajes” eran factibles, claro, gracias a la imposibilidad de fuga de aquella jaula geográfica. O más bien, la imposibilidad de *supervivencia* después de una evasión que podía ser engañosamente sencilla. Al trasladarse de la Penitenciaría Nacional a Ushuaia, los penados aprendían a descartar el recurso de túneles subterráneos, método muy exitoso en las grandes fugas del penal capitalino. El presidio del sur estaba construido sobre roca pura. Salir de él no era tan difícil, ya que las oportunidades no faltaban. Pero si los escapados de la Penitenciaría podían perderse en las multitudes porteñas, aquí no podía haber más plan que sobrevivir el obstáculo de los elementos. Las excepcionales empresas exitosas, como la de Radowitzky (capturado sólo meses después de evadirse), eran las que contaban con ayuda externa y complicidad del personal. Por lo general, los prófugos terminaban regresando, vivos o muertos (de frío, de hambre, o del maltrato de sus captores), caídos en manos del personal del presidio (que sólo los buscaba unos días) o de los carabineros chilenos que los detenían cuando intentaban cruzar la frontera.

Con diversas variantes, la misma historia surge de uno y otro legajo. Quienes intentaban escapar en las últimas décadas de vida del presidio contaban con el saber acumulado por la experiencia de otros intentos. La primer lección aprendida era que las chances de una fuga exitosa eran prácticamente nulas. Los que se lanzaban a la empresa eran, por regla general, porque no tenían esperanzas de salir por otros medios: “[El penado 190] manifestó que se encontraba dispuesto a evadirse, en vista de que se encuentra condenado por tiempo indeterminado, dispuesto a jugarse la vida, a lo cual se sumó el número once, quien también sufre una condena de veinticinco años”²⁰. Otra enseñanza: que la falta de comida y la desorientación en la montaña eran los obstáculos principales en esos primeros tramos de vida libre. Es por temor a perderse que algunos optaban por mantenerse cerca del mar, del cauce de un chorrillo, o incluso de las vías del trencito del penal, aunque cualquiera de estas opciones implicase altos riesgos. Quedarse en las inmediaciones del pueblo era peligroso, pero algunos lo preferían a alejarse de las fuentes alimenticias. (La apuesta era sobrevivir así durante semanas, hasta que la búsqueda oficial terminara y las autoridades chilenas cesaran el control fronterizo). Si escapar era casi imposible, quien se arriesgaba sabía que el regreso al penal equivalía a meses de los castigo más extremos. Los frecuentes intentos de fuga no dan cuenta entonces de cálculos racionales, sino de desesperación lisa y llana. Los suicidios, también. Así lo explicaba el penado 491: “Declara que quiso quitarse la vida porque ya no tiene esperanza de salir de esta cárcel”²¹.

20. Archivo Histórico del Museo del Fin del Mundo, Juzgado Letrado de Santa Cruz, Río Gallegos, Furo Criminal y Correccional, Expediente 94. “Evasión”, 1928, foja 22.

21. *Ibidem*. Expediente 472. 1943, foja 8.

Por debajo de los intentos más desesperados, había toda una gama de estrategias de escape de otra escala, como los pedidos de indulto y las cartas solicitando el regreso a las prisiones capitalinas –pedidos inútiles, porque la atestada Penitenciaría se negaban a recibir de vuelta a quienes había desechado. La ayuda de la población local, cuyos habitantes dependían del presidio para subsistir, era una posibilidad poco realista, aunque no faltaron casos. La ocasión más importante de comunicación con el exterior, por la visibilidad de los testigos y la duración de su estadía en Ushuaia, llegó con los confinados políticos radicales, cuyo testimonio tendría muchas consecuencias para el destino del penal. Parte de ello se debió a la coincidencia de su estadía fueguina con el momento más oscuro de la larga historia de abusos discrecionales del presidio.

La gestión del teniente Adolfo Cernadas comenzó con el golpe de Uriburu y la llegada de los presos sociales anarquistas. Allí donde el aislamiento siempre había permitido márgenes excepcionales de brutalidad y el desarrollo de pequeñas tiranías, se instaló una rutina sistemática de intimidación física y psicológica de los penados (políticos o no). El médico del penal, Guillermo Kelly, denunció la situación ante la justicia, y es gracias al testimonio de decenas de penados, guardianes y celadores que conocemos las líneas generales de este sistema de poder y tortura, una suerte de descenso cotidiano a los infiernos²². La llegada de las altas esferas del radicalismo a Ushuaia instaló entonces una posibilidad única de que las noticias de ese submundo nocturno vieran la luz del mundo exterior. Los penados, que gracias a su sistema de comunicación estaban perfectamente al tanto de la situación de los exiliados políticos, esperaban seguramente que la mutua situación de confinamiento acortara distancias entre unos y otros. Sus estrategias de comunicación fueron dos: el envío, por medio de intermediarios, de cartas anónimas, y la organización de motines callejeros ante testigos importantes.

De los casi cincuenta años de funcionamiento del penal de Ushuaia, éste es el período mejor conocido, por las repercusiones del proceso judicial y, sobre todo, por los numerosos testimonios de los desterrados políticos. Proyectar esta sombra, que también dejó huellas traumáticas en la población local, sobre toda la historia del penal sería un error, y sería ignorar también que este escándalo condujo a una relativa dulcificación de la pena fueguina en los últimos años de su existencia. Pero el caso Cernadas delata otro rasgo, que sí es de largo plazo: la formación, en el aislamiento, de sistemas de poder, culturas y subculturas carcelarias de autonomía excepcional. En este sentido, los rituales sádicos de los años '30 no

22. Juzgado Letrado de los Territorios Nacionales de Santa Cruz y Tierra del Fuego. *Registro de Sentencias Criminales y Correccionales*. 1933 y 1934.

son solamente el punto máximo de un sistema que estructuralmente conducía a la brutalización del castigo. También fueron el producto de una red de *cliques*, facciones y prebendas que gobernó, muy libre de interferencias, las relaciones entre la institución y la sociedad circundante, y las de quienes convivían tras sus muros.

LA SIBERIA CRIOLLA Y LA IMAGINACIÓN PUNITIVA

El presidio “maldito” de Ushuaia fue desmantelado en 1947, en el contexto de una amplia reforma del castigo estatal, cuyo *leitmotiv* fue el desagravio histórico de los presos. Los diarios publicaron entonces grandes fotografías de los penados volviendo al “norte”, abrazando en el puerto a las familias de las que habían sido separados por la crueldad de un estado de antiguo régimen. La teatralizada vuelta de los enterrados del fin del mundo fue otro capítulo del gran tema peronista de la integración a la comunidad nacional de los olvidados de la Argentina²³.

Al enfatizar la ruptura que el peronismo representaba en la condición del castigado —el pasado oscuro y el presente luminoso— los líderes de esta reforma recurrieron a imágenes y temas instalados en la cultura popular desde hacía tiempo. Ushuaia, esa entidad mítica de la que intermitentemente llegaban gritos sobrecogedores, había sido una pieza fundamental en ese imaginario del castigo. Ya en los años veinte, la palabra misma estaba cargada de connotaciones siniestras —“El hombre que vuelve de Ushuaia”, titulaba Arlt una de sus aguafuertes²⁴. La obra teatral de Ivo Pelay, “Ushuaia. Dos momentos de la vida de un ex-hombre” (1922), denunciaba el *estigma* de Ushuaia. De todos los personajes de esta triste historia de traiciones e injusticias, el Confinado es el más puro e inocente. Y es él quien, de vuelta en Buenos Aires, confirma la horrorosa perpetuidad de su castigo: “Libre... De Ushuaia no sale libre nadie! Ushuaia sigue... señalala...”²⁵.

La denuncia del sufrimiento de los reclusos del fin del mundo siempre estuvo muy presente en la prensa contestataria —los anarquistas fueron, como es natural, los que más se ocuparon del tema. Sus informes sobre la condición de Radowitzky derivaban invariablemente en denuncias mucho más amplias sobre la suerte de los allí cautivos²⁶. Pero como Ushuaia era

23. Lila Caimari. “Que la revolución llegue a las cárceles. El castigo en la Argentina de la justicia social”, en revista *Entre pasados*, año IX, n° 22. Buenos Aires, principios de 2002.

24. *El Mundo*. Buenos Aires, 12 de agosto de 1929.

25. Ivo Pelay. “Ushuaia. Dos momentos de la vida de un ex-hombre”, en *La Escena. Revista Teatral*. Año V, 22 de mayo de 1922, Suplemento 62.

26. Véase, por ejemplo, Belascoain Sayós. *El presidio de Ushuaia*, *op. cit.*

una *buena nota*, la prensa popular –*Crítica, Caras y Caretas*– también se ocupó del tema²⁷. La alta densidad de criminales célebres, combinada con la excentricidad geográfica de la prisión hicieron del presidio mitológico un desafío periodístico tentador –después de todo, hablar de delincuentes y competir en torno a los obstáculos superados para descubrir la verdad eran centrales al oficio periodístico de los años '20 y '30. Luego, la llegada masiva de detenidos políticos otorgó al presidio fueguino una visibilidad excepcional. Al regresar, los presos “sociales” contaron al periodismo las noches de sadismo, las humillaciones, las cachiporras, las parodias de fusilamiento²⁸. Si sus testimonios amplificaban lo que los medios anarquistas habían difundido durante años, las crónicas de los radicales llegaron a públicos aun más amplios. Ya no eran militantes de izquierda hablando a diarios simpatizantes: era la plana mayor del principal partido político –diputados, escritores, dirigentes– escribiendo memorias, publicando cartas, denunciando: todo un capítulo de la literatura del confinamiento político argentino, que desencadenó una serie nueva de investigaciones periodísticas y parlamentarias²⁹. La identificación de Ushuaia con las más oscuras profundidades del castigo arbitrario y antimoderno estaba completada. En su libro publicado en 1935, Manuel Ramírez la resumía mejor que cualquier informe. Como Dostoievski en *La casa de los muertos*, este diputado concluía: la “ergástula del sud” sólo puede generar “una momia disecada y medio loca, como un modelo de arrepentimiento y corrección”³⁰.

27. Las notas de Alberto Del Sar en *Crítica* fueron republicadas en *¡Ushuaia! ¡Tierra maldita!* Buenos Aires, Editorial Gurfunkel, 1924. Las de Soiza Reilly en la revista *Caras y Caretas*. Buenos Aires, marzo-mayo 1933.

28. *Crítica*. Buenos Aires, 16 de diciembre de 1932, página 4.

29. Ricardo Rojas. *Archipiélago. Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942; Víctor J. Guillot. *Paralelo 55° (Diario de un confinado)*. Buenos Aires, Editorial Sol, 1936; Néstor Aparicio. *Los prisioneros del “Chaco” y la fuga de Ushuaia*. Buenos Aires, Editorial Manuel Gleizer, 1932; Aníbal del Rié. *Ushuaia, el presidio siniestro. Régimen de terror. Relato de un reporter*. Buenos Aires, Editorial Boston, 1933.

30. Manuel Ramírez. *El presidio de Ushuaia. La Ergástula del Sud*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1935, página 17.



Clevelândia: la Siberia tropical

*Alexandre Samis y Renato Ramos**

LA GÉNESIS DE CLEVELÂNDIA

Los planes para la creación de colonias agrícolas, en el extremo norte del Brasil, databan de un período anterior al siglo xx. Los acuerdos gubernamentales que se hicieron en ese sentido buscaban insertar la totalidad del territorio en un proyecto nacional único. De esa forma, el sentido de la integración debería estar acompañado de la contrapartida material de la ocupación. Acción esta que sucedería como una especie de “segunda conquista”, ahora bajo la bandera de un sentido de progreso que, por

* Alexandre Samis es master en historia por la Universidad del Estado de Río de Janeiro y doctorando por la Universidad Federal Fluminense. Renato Ramos es master en geología por la Universidad del Estado de Río de Janeiro y doctor por la Universidad Federal de Río de Janeiro.

sus intenciones, debería alejar de la opinión nacional cualquier relación con las expediciones predatorias de los siglos de la colonización.

Así, los esfuerzos de los gobiernos de la República se hicieron sentir también en el plano internacional, como por ejemplo en los problemas de fronteras con la Guayana Francesa, en 1900, y en la conquista de Acre, en 1903. La diplomacia brasileña ejecutaba su papel dándole al país fronteras más definidas. Haciendo dialogar el Servicio de Relaciones Exteriores con los actores internacionales, el Brasil reafirmaba su recorte territorial y se "recuperaba" de años de olvido de las áreas fronterizas en cuestión.

En conformidad con tales aspiraciones, en 1919 el senador Justo Chermont¹ señalaba el territorio de Amapá, que en los años 1920 integrará el estado de Pará, y específicamente la región de Oiapoque, donde se fundó la Colonia Agrícola de "Cleveland", como área de colonización. Según el plan original, en ese final de la década de 1910 deberían fundarse colonias y "patronatos" para la ocupación de las fronteras y el desarrollo de la región, utilizándose preferentemente la mano de obra de familias que migraban de las pésimas condiciones de vida en la región del nordeste del Brasil².

Siendo así, el ministro de Agricultura Simão Lopes, durante la presidencia de Epitácio Pessoa (1918-1922), nombró un jefe para la comisión encargada de crear un centro colonial en Oiapoque. El nombre del ingeniero Gentil Norberto³ sobresalía entre los de los demás candidatos, y los trabajos de instalación de la colonia pasan a la etapa de ejecución en marzo de 1920. La colonia de Clevelândia sería inaugurada el 5 de mayo de 1922.

Queda por saber por qué el nombre de Clevelândia. Nos parece que la diplomacia brasileña, con el discurso de la ocupación de los espacios vacíos en las áreas fronterizas del norte del país, y su alineamiento a la política externa norteamericana, habría homenajeado al presidente estadounidense Grover Cleveland, dando su nombre al nuevo centro colonial. Cleveland, que en 1895 se había pronunciado favorablemente por el Brasil en las disputas fronterizas con la Argentina, parecía ser el nombre perfecto para una región de frontera.

1. El senador Justo Pereira Leite Chermont (1857-1926) fue diputado provincial en 1880, Gobernador de Pará (1889-1891), Senador en los períodos de 1894, 1900 y 1921, y estuvo en prisión hasta su muerte en 1926. Fundó el periódico *Estado do Pará* en 1911, habiendo constituido allí un patrimonio considerable; era propietario de grandes extensiones de tierra en la región de Oiapoque y, por lo tanto, uno de los mayores interesados en el desarrollo del área.

2. *A Notícia*, 4 de enero de 1928.

3. El *gaúcho* [oriundo de la región del Río Grande do Sul] Gentil Norberto encabezó la revuelta de 1900-1901 en Acre, consiguiendo varias victorias. Hélio Viana. *História das fronteiras do Brasil*. Rio de Janeiro, Biblioteca Militar, 1948, página 227.

En junio de 1922, la Colonia de Clevelândia recibía algunas decenas de familias de trabajadores del nordeste del Brasil. Entre 1923 y 1925, habrían sido concluidas las obras de hospedaje de los inmigrantes, iglesia, casas particulares, estación radiotelegráfica y la secretaría. E incluso, según las informaciones del gobierno, se habrían abierto a través de la selva virgen 28 kilómetros de carreteras vecinales. La situación de Clevelândia era, también según fuentes gubernamentales, de franco progreso cuando llegaron allí, el 26 de diciembre de 1924 y el 6 de enero de 1925, los primeros grupos de presos deportados⁴.

MOTIVOS DE LAS DEPORTACIONES A CLEVELÂNDIA

Durante las primeras décadas del siglo XX en el Brasil, los obreros anarquistas, organizados en federaciones y confederaciones, principalmente en las regiones centrales y del sur del país, animaron las luchas sociales con huelgas, paralizaciones, boicots, sabotajes y hasta una tentativa insurreccional en Río de Janeiro, en 1918. Tales eventos resultaron para los anarquistas en dos consecuencias fundamentales. Si por un lado los libertarios consiguieron crecer en influencia en el medio obrero, por otro, el gobierno montó contra los anarquistas un aparato de represión de dimensiones considerables. Las leyes de expulsión, promulgadas por el Poder Legislativo Federal en 1907, 1913 y 1921, además de los asaltos a los sindicatos promovidos por la policía, no dejaban dudas sobre la preocupación de los gobernantes ante la organización de los trabajadores.

Tales embates crecían en proporción a las actividades de movilización de los anarquistas al interior de las entidades sindicales. En los años '20, con la legislación internacional dictada por la Organización Internacional del Trabajo, y los crecimientos de los grupos cooperativistas, a los que los libertarios consideraban reformistas, el gobierno inauguraría una nueva fase de lucha contra los grupos anarquistas en el país. Uniendo una nueva legislación laboral a la represión sistemática a través de la policía, cada vez más organizada para desarticular los sindicatos revolucionarios, el gobierno obtuvo algunos éxitos contra los anarquistas.

Así, con la formación del Partido Comunista del Brasil en 1922, el cuadro se volvería aún más complejo para los anarquistas. La lucha contra la nueva tendencia revolucionaria, que pasó a disputar con los libertarios el mismo campo de inserción, los sindicatos, debilitaría las fuerzas de las hileras del sindicalismo revolucionario defendido por los anarquistas.

En la misma época de estas intensas luchas obreras, se producían en

4. *Ibidem*.

Brasil algunos levantamientos militares. Oficiales de bajo rango (tenientes) iniciaron en 1922 un movimiento contestatario contra las prácticas del gobierno, francamente favorables a las oligarquías productoras de café. Muchas de las reivindicaciones de los revoltosos coincidían con los presupuestos defendidos por las clases medias urbanas y sectores de la intelectualidad democrática. Este movimiento, conocido como “*tenentismo*” [“*tenientismo*”], alcanzó enorme repercusión nacional.

El gobierno, a partir del “*tenentismo*”, pasó a luchar en dos frentes. Por un lado, reprimía a la clase trabajadora y, por el otro, reforzaba las investigaciones dentro de cuarteles y demás instalaciones militares para detectar focos rebeldes al poder constituido. Así, como síntesis de las preocupaciones del presidente electo Arthur Bernardes, en 1922 fue creada la 4ª Comisaría Auxiliar, que se beneficiaba de las experiencias pasadas de la policía en el control del crecimiento del movimiento obrero para utilizarlas en el combate contra tenientes y anarquistas.

En el año 1924, los sindicalistas anarquistas contaban con mucho prestigio en el medio obrero. Habían acabado de refundar una antigua federación, la Federación Obrera de Río de Janeiro (FORJ), y, en el enfrentamiento con los comunistas, lograban relativo éxito. Mientras tanto, fue en ese período que un segundo levantamiento “*tenentista*”, el 5 de julio en la ciudad de San Pablo, dio ocasión al aumento de la represión. El gobierno aprovechaba el movimiento rebelde militar para poner en prisión, en cárceles e islas, a líderes anarquistas, políticos de oposición e incluso desempleados y niños pobres de las calles de la capital de la República, Río de Janeiro.

Las prisiones se llenaron, el peligro para el gobierno crecía, las casas de corrección y detención, únicas penitenciarías de gran porte, ya no permitían la permanencia, con seguridad, de un contingente peligroso y en crecimiento progresivo. El gobierno decidió entonces enviar a algunos políticos de oposición y a anarquistas conocidos en los medios intelectuales a algunas islas, cercanas al distrito federal. Los más pobres, obreros anarquistas, presos comunes y soldados rebeldes terminaron probando los rigores de las instalaciones de un navío anclado en la bahía de Guanabara, conocido como el “Navío Fantasma Campos”.

En verdad el navío “Campos”, originalmente un botín de guerra arrancado a los alemanes en la Primera Guerra, pasó a servir como espacio de concentración de presos sin mayores credenciales sociales, o sea, detenidos salidos de las capas más pobres de la sociedad. Y fue del Campos que partieron, a fines del año 1924, los primeros presos para Clevelândia.

Fueron enviados para Clevelândia, en “diciembre de 1924”, “250 presos”, considerados “peligrosos por sus pésimos antecedentes”⁵. Y también

5. *Idem*.

algunos otros procedentes de la revuelta en el Amazonas, en un número inferior a 120.

LOS NÚMEROS OFICIALES DE CLEVELÂNDIA

El número total de prisioneros, según el informe del funcionario del Ministerio de Agricultura, Oldemar Murtinho, que visitó Clevelândia en 1926, era de 946 individuos: 408 de Cantaduvás, 419 de Río de Janeiro y 119 de Amazonas⁶. Asimismo, el funcionario afirmaba:

“Encontré a los detenidos tristes, quebrantados, sufriendo la tortura del arrepentimiento de haberse involucrado en los lamentables acontecimientos que vienen perturbando la vida del país. En general son pensativos y serenos y andan como los condenados a muerte, que van al pátibulo demorando los pasos, siempre en la esperanza del perdón. Curvados, raquíuticos, tristonos, vencidos, dan la sensación de que el paludismo los volvió inservibles para el resto de sus vidas”⁷

A partir de los testimonios de 193 entrevistados por el oficial del gobierno, éste exponía la siguiente conclusión: eran todos “niños”, engañados en su buena fe, forzados a luchar o amenazados por sus superiores jerárquicos. Estaban profundamente arrepentidos, tanto los de Cantaduvás como los del acorazado de San Pablo, y la mayoría odiaba a sus antiguos jefes revolucionarios⁸.

En el caso de los ex marineros venidos de Río de Janeiro y del Amazonas, la justificación no era muy diferente.

“De Río, enviados por la Policía Civil, vinieron algunos jóvenes sin la menor culpa, prendidos en la calle y sin que pudiesen alegar el menor acto de defensa, pues eran puestos en la más rigurosa incomunicación, y dos o tres días después fueron enviados al vapor “Campos” y más tarde remitidos a Cleveland. Algunos venían señalados como “revolucionarios”, otros como “indeseables”, pero nada fue investigado en indagatoria o proceso regular, ni siquiera fueron oídos por alguna autoridad capaz de juzgarlos sabiamente como merecedores de semejante castigo, y muchos incluso vieron sus propias vidas sacrificadas”⁹

6. Oldemar Murtinho. *Viaje al núcleo colonial de Cleveland. Informe presentado al Ministro de Agricultura, Industria y Comercio.*

7. *Ib-ídem.*

8. *Ib-ídem.*

9. MR.6.foto 175.

Involuntariamente, el informe del subordinado del Ministerio de Agricultura, al desempeñar su misión, demostraba las semejanzas entre los casos de deportación, por lo menos en lo referente a los procedimientos de la policía. Las muertes fueron numéricamente clasificadas de la siguiente forma: "disentería bacilar", 306; "paludismo", 130; "tuberculosis", 3; "diversas molestias", 52.

LA "SIBERIA BRASILEÑA"

En el período que va de 1923 hasta el final del estado de sitio, gran parte de las noticias que llegaban al movimiento obrero organizado, de orientación anarquista, venía a través de periódicos del exterior. Aunque el periódico *A Plebe* de San Pablo, editado por Edgar Leuenroth y dirigido por Rodolpho Filipe, haya circulado en el año 1924, muchas veces sus ediciones eran levantadas por la policía. *A Plebe*, fundada en 1917, año de las grandes huelgas en San Pablo y en Río de Janeiro, registró en sus columnas fases importantes del movimiento social vinculado al trabajo. Por lo que todo indica, su circulación fue interrumpida como consecuencia de la reacción gubernamental que sucedió al 5 de julio en San Pablo. Reapareció en 1927, con mucho material sobre las deportaciones, pero la nueva "ley criminal" de agosto de ese mismo año abrevió la vida del periódico. Resurgió por algunos años más, en 1932 y 1935.

Durante el gobierno de Bernardes, las noticias sobre las cuestiones nacionales, no exclusivamente las obreras, muchas veces venían de periódicos de más allá de las fronteras territoriales. Después del cierre de *A Plebe* en 1924, las informaciones sobre lo que les sucedía a los miembros más activos del medio sindical prácticamente dejaron de circular. Con rarísimas excepciones, como la de los pequeños boletines publicados por los sindicatos, se encontraba alguna información confiable sobre las actividades de los grupos obreros afiliados al sindicalismo revolucionario. Para disminuir las graves consecuencias de la desinformación la alternativa encontrada por los libertarios fue publicar en periódicos de otros países las noticias que se impedía circular.

Después del 5 julio de 1924, uno de los más activos periódicos sindicales de Lisboa, *A Batalha*, comenzó a publicar casi a diario noticias de la situación en la que se encontraba el Brasil. *A Batalha* era el órgano oficial de la Central General de los Trabajadores (CGT) de Portugal, ideológicamente ligada al anarquismo. La utilización del periódico no se justificaba sólo por la ventaja del idioma; muchos portugueses residentes en el Brasil eran suscriptores y colaboradores de *A Batalha*. Esta relación sería fundamental para explicar el éxito de la colaboración político-sindical entre Brasil y Portugal.

El 22 de julio de 1924, *A Batalha* publicaba noticias sobre la "Revolución Brasileña", que llegaban a la redacción por intermedio de Buenos Aires y Washington¹⁰. En determinados momentos, los responsables de las columnas dedicadas a la "revolución" en el Brasil arriesgaban algunos pálpitos que tenían el firme propósito de reforzar las expectativas de una posible revolución social. De ese modo, sobre las consecuencias de la retirada al sur del país de los revolucionarios del 5 de julio, el periódico afirmaba, en base a mensajes enviados de Brasil, que profesores, estudiantes, civiles simpatizantes y obreros en general sufrían el revés de haber permanecido en la ciudad de San Pablo, después de la evacuación de la columna del general rebelde, Isidoro Dias Lopes. Habría todavía, según *A Batalha*, miembros fieles al gobierno dedicados "al trágico placer de la venganza", fusilando inocentes en las calles durante las madrugadas¹¹.

Los artículos de comienzos de 1925 eran más detallados, y traían, con algún atraso, denuncias sobre las prisiones de los militantes brasileños:

"Los camaradas prisioneros son golpeados con varas diariamente, principalmente los obreros que están en el vapor Campos, de Lloyd Brasileiro, tales como Pedro Carneiro, Domingos Passos y otros carpinteros, pintores, que están allí trabajando sin salario para una empresa particular, ¡contra todos los principios de humanidad!"¹²

Las primeras menciones hechas por el periódico sobre Clevelândia sólo aparecen en julio de 1925¹³ junto con denuncias de la deportación de anarquistas portugueses a Guinea, Cabo Verde y Timor. Las noticias sobre las deportaciones ocupan una buena parte de los informes de las primeras páginas y siguen, durante meses, mostrando la semejanza que existía entre los métodos empleados por las repúblicas portuguesa y brasileña.

En el Brasil, las informaciones sobre la deportación de los obreros anarquistas se encontraban casi todas en los testimonios de los militantes. En muchos de ellos se denuncia la participación de los presos comunes en la vigilancia y el castigo de los presos políticos, hecho que, por cierto, favoreció las limitaciones de los militantes presos en relación con los criminales comunes, que rara vez los veían con buenos ojos.

Domingos Braz, en carta de septiembre de 1925 desde Oiapoque¹⁴, no dejó de referirse a los "desvalidos" que engrosaron los grupos de deportados:

10. *A Batalha*, 22 de julio de 1924.

11. *A Batalha*, 4 de enero de 1925.

12. *A Batalha*, 13 de enero de 1925.

13. *A Batalha*, 30 de julio de 1925.

14. *A Plebe*, 10 de febrero de 1927.

“[...] pobres desgraciados envilecidos, inutilizados, repelidos y escarnecidos por la sociedad, porque aquí no hay asilo donde los acojan; hijos innumerables del pueblo confundidos entre vagabundos –productos híbridos del régimen social contemporáneo– por el inconcebible delito de no tener recursos para comprar su libertad a los agentes que los prendieron; y varios sindicalistas y anarquistas –obreros e intelectuales– por amar y proteger su Ideal de Amor, Paz, Libertad y Armonía, crimen que ningún gobierno perdona”¹⁵

La iconografía de Clevelândia y otros relatos pormenorizados reunieron los diferentes fragmentos de los deportados, exceptuando, claro, los de los que se aliaron a la administración del campo de deportados. La miseria del destierro no sólo crearía un vocabulario común, también colaboraría en la homogeneización, al menos en el discurso, de la masa de sentenciados. Para los que murieron como víctimas de las condiciones climáticas, del trato recibido y de las enfermedades, la imagen no era diferente.

Domingos Passos, en carta publicada luego de su regreso de Oiapoque, hizo un breve relato del largo período pasado en las prisiones, “mazmorras inmundas”, y en los navíos “Campos” y “Comandante Vasconcellos”. Según él, todos los martirios habrían sido causados por “nuestros hermanos-inconscientes y ambiciosos”, observación sorprendente, que revela, sin embargo, el optimismo en relación con la naturaleza humana.

Este militante, que habría permanecido veinte días con hambre en la “heladera” de la Central de Policía en compañía de 200 presos, los “cuales descargaban sobre los más débiles el odio del que se hallaban poseídos”¹⁶, demostró, en varias oportunidades, mucha sensibilidad para captar los motivos de las desagregaciones sociales en ambientes como aquél. Por cierto, este pensamiento suyo guardaba estrecha relación con las probables lecturas de textos del anarquista Kropotkin. Él permaneció, al salir de la Central, seis meses más a bordo del “Campos”, “picando” hierro y sufriendo “insultos y golpizas”. Terminó embarcando en el “Comandante Vasconcellos”, con destino al norte.

Pero para Domingos Passos: “Nada de esto se comparaba con el sufrimiento que sentimos durante dos largos años”¹⁷. Después de un tiempo en la colonia, el sindicalista terminó consiguiendo escapar a Saint George, en la Guayana Francesa. Mientras tanto, las fiebres lo obligaron a buscar medicamentos en Cayena (Guayana Francesa), habiendo llegado a la ciudad sin un “*sous manque*” (valor pecuniario). Passos contó, en Cayena, con la solidaridad de un “*crioulo*”, según él, un ejemplo de bondad propia de los pobres trabajadores. Y, como contrapunto, relató que había mante-

15. *Ib-idem*.

16. *Idem*.

17. *Id.*

nido una ligera conversación con el cónsul brasileño en aquella capital y que el funcionario brasileño le había negado cualquier ayuda.

Domingos Passos, refiriéndose a las condiciones y la mala alimentación a bordo, habló de este modo sobre el retorno a Río de Janeiro, después de finalizado el estado de sitio:

“El viaje fue el peor posible. Basta decir que el “Manaus”, que posee 10 camas en la 3ª clase, trajo 280 pasajeros. De los 72 que venían de Oiapoque, casi todos tenían paludismo, algunos estaban atacados de disentería, otros de gripe, neumonía y otras enfermedades”¹⁸

Agregaba que muchos agravaron sus enfermedades debido a las condiciones del navío y la mala alimentación.

LA VIDA COTIDIANA EN LA COLONIA: UNA MIRADA LIBERTARIA

Refiriéndose al 1º de mayo de 1925 conmemorado por los anarquistas en Oiapoque, *A Plebe*¹⁹ publicó una carta de Domingos Passos, de Belén. El texto está marcado por un estilo muy interesante, poblado de figuras literarias y frases elocuentes. Es, por lo que indica la propia construcción, uno de sus informes más líricos y probablemente escrito en circunstancias de la mayor estabilidad física y emocional:

“Muy por encima de su desembocadura, en el Oiapoque, está localizado, en el lote 14, nuestro infatigable camarada José Nascimento, ex-secretario de la Construcción Civil de Río de Janeiro y uno de los profesores de esperanto del Grupo Renovación (teatro y música). Nascimento, figura de un coraje resignado, devoción al trabajo y a la lucha, después de montar su tienda, fundó una escuela. Se propuso desanalfabetizar a todos los hijos de los agricultores situados en las márgenes del Ciparini. Y allí, incansable, a pesar de sus cuarenta y tantos años, curvado durante el día sobre la materia inculta, pero en bella y honrosa lid de productor, con el torso desnudo, orgulloso de sí mismo, como desafiando las intemperies de esta región, él, con callos en las manos, fecunda a la madre naturaleza para enseñar a los nativos las ventajas de la cultura científica. De noche, de cabaña en cabaña lleva a los analfabetos la enseñanza mental de la que tanto necesitan”²⁰

En el párrafo siguiente, Passos inicia un detallado relato sobre el 1º de Mayo, en el que deja clara su esperanza en la construcción de una so-

18. *Idem*.

19. *A Plebe*, 26 de febrero de 1927.

20. *Idem*.

ciudad más solidaria²¹. Se percibe el entusiasmo del sindicalista por haber logrado, en la fecha simbólica del proletariado internacional, reunir, en condiciones adversas, a los compañeros de ideal, además de a algunos infelices “de quienes esta sociedad hizo ladrones, y a algunos colonos locales”²².

Los registros de los anarquistas daban cuenta, entretanto, de un tipo de resistencia al tiempo perdido en la reclusión. En medio del trabajo exhaustivo y compulsivo, en la vida cotidiana de la colonia, encontraban algunas horas para la “convivencia común de los camaradas anarquistas”²³. Buscaban, en esos interludios, el aliento recíproco del Ideal, estimulado, bajo la forma de diálogos, escritos y discusiones, dentro de las bases del comunismo libertario: “cada cual de acuerdo con sus posibilidades”. Buena parte de lo que se discutió en aquellos tiempos libres quedó registrado en un “voluminoso cuaderno”: los himnos revolucionarios, en portugués, español y esperanto; las composiciones poéticas de los militantes; el alfabeto y la conversación de los “sordo-mudos” y los cursos destinados al conocimiento de la música. La ilustración, a través de la enseñanza del esperanto, se había iniciado ya en las celdas de la Policía Central y solamente fue interrumpida con la muerte de José Alves do Nascimento, profesor de esa lengua “internacional”²⁴.

Pero los primeros tiempos en la colonia parecían no guardar grandes esperanzas para el futuro de los individuos más comprometidos. Una vez instalados los prisioneros en las precarias habitaciones, los conflictos con la administración se volvieron frecuentes. Según Domingos Passos²⁵, en los primeros días de llegada a la colonia, en diciembre de 1924, uno de los prisioneros, llamado Adelino, se había quejado al administrador por las injusticias de las que eran víctimas viejos y jóvenes. El director había confiado al prisionero “Coronel Bahía” la disciplina de los internos y, como tales violencias partían justamente del responsable de la vigilancia, muy poco se hizo para que fuesen disminuidos los actos de truculencia. Incluso las protestas colectivas de los desterrados y las reacciones mínimas a las agresiones recibidas eran castigadas con el auxilio de un guardia armado de fusil y bayoneta. Domingos Braz, al protestar contra el abofeteamiento de un prisionero de sobrenombre “Constructor”, fue puesto en prisión²⁶. Otro anarquista, Nicolau Parada, incluso enfermo, era obligado a cavar fosas para los muertos de disentería y malaria, trabajo que lo llevó

21. *Idem.*

22. *Id.*

23. A *Plebe*, 1º de mayo de 1927.

24. *Ib-idem.*

25. A *Plebe*, 12 de marzo de 1927.

26. *Ib-idem.*

al agotamiento total. El hospital Simão Lopes, según Passos, en poco tiempo se había transformado en una morgue adonde los presos moribundos comenzaron a negarse a ir.

LA FUGA DE ANARQUISTAS DE CLEVELÂNDIA

Según Domingos Braz²⁷, el primer anarquista que escapa de Clevelândia fue el pintor y decorador Pedro Alves Carneiro. La fuga habría tenido lugar el 17 de febrero de 1925, rumbo a Belén.

“Encontrando facilidad con un compañero de presidio que le adelantó la suma del pasaje, embarcó hacia Belén en un momento favorable en que era tolerada la salida de deportados de Oiapoque, mediante el valor insignificante –para nosotros, los exiliados, ¡¡¡una fortuna!!!– de 20 a 30 pesos para el navegante que quisiera llevarlos. El director de la colonia había facilitado hasta los víveres para el rancho de los ‘fugitivos’”²⁸

Este período de mayor tolerancia aparece mencionado en otros testimonios. Pero, después de algunos meses, debido a la excesiva evasión, las reglas son alteradas y los que auxiliaban en el transporte de los fugitivos pasaron a sufrir pesadas multas.

Al parecer, en los primeros meses de la colonia penal de Clevelândia, el régimen se mantuvo indefinido, al menos en lo que se refería al propósito de mantener a los desterrados en los límites del campo. Pero, en el testimonio de Domingos Braz, encontramos algunos indicios que dan cuenta de la opción, por parte de las autoridades, por una reclusión más vigilada en los meses que siguieron:

“Después de salir del presidio canibalesco de Oiapoque, llegamos a la colonia de Obreros de la Construcción Civil de Río de Janeiro la suma de 300 pesos, que llegó tarde, en un momento de vigilancias y represiones severas, tales como revistas vigorosas de todas las embarcaciones, multa y prisión a los navegantes que se prestasen a la embarcación de los deportados, censura en toda la correspondencia postal y todos los horrores de las situaciones que son la causa y el efecto de esas medidas canibalescas”²⁹

Es muy posible que en los primeros tiempos de la colonia la administración del campo no estuviese en posesión de instrucciones precisas por parte del gobierno central sobre la vigilancia de los presos. Esta situación

27. *Idem*, 28 de mayo de 1927.

28. *Ibidem*.

29. *Idem*.

iría a modificarse con las primeras fugas y el aumento de la importancia de la actividad política de los presos políticos para el gobierno.

Antônio Alves da Costa, "El Carioca", militante anarquista que, habiendo sido apresado junto con Domingos Passos, había pasado por la Policía Central, el "Campos" y el "Comandante Vasconcellos", cobró notoriedad por sus intentos de fuga. En una de sus evasiones, "El Carioca" casi perdió la vida: después de internarse por la selva, determinado a caminar hacia la libertad, terminó perdiéndose. Pero la suerte no había abandonado al militante: terminó siendo encontrado, días después, en estado lamentable, casi sin los sentidos, por el interno y sindicalista José Alves Nascimento. Su determinación para escapar de Clevelândia le rindió el concurso de las fuerzas de sus compañeros para que, el 4 de mayo de 1925, "El Carioca" consiguiese finalmente evadirse del centro.

Entre los 262 evadidos de la colonia³⁰ podemos incluir a los militantes anarquistas que volvieron con vida de Clevelândia.

RUFIANES, MALANDRAS Y LADRONES

Intentar esbozar lo que representó para el funcionamiento de Clevelândia la llegada de la "escoria" de las ciudades, de las "chinchas" de las cárceles de la Policía Central, es tarea muy difícil. Dar visibilidad social a un grupo que, invariablemente, apareció sólo como elemento secundario en todos los discursos, no es trabajo simple. El problema no se reduce a que era sólo una pieza de la narración, esto en sí no sería la cuestión. El hecho es que, inversamente, la falta de testimonio de criminales comunes en la prensa, en el eje retórico del gobierno, los "ladrones" y "rufianes" obtuvieron una proyección significativa. Fenómeno que se justificaba por el interés de los administradores del Estado en descalificar las "remesas humanas" enviadas a Oiapoque.

Sobreestimar la proporción de deportados con credenciales adquiridas en las calles equivalía a disminuir la culpabilidad de quien, por celo profesional, se extralimitó en sus funciones punitivas. Para el gobierno era vital, en su retórica, crear confusión entre el revolucionario y el malandra común. La línea tenue, trazada por el Estado, que separó uno del otro, fue la piedra de toque que, en gran parte, consustanció las dudas acerca de cómo proceder contra los que exageraron en sus "oficios patrióticos".

Esa masa de gran visibilidad estadística, bajo una mirada más cuidado-

30. Oldemar Murtinho. *Op. cit.*, página 40.

sa, fue sistemáticamente despreciada por los discursos a favor de los “mártires” que volvieron. La prensa de oposición, no sin frecuencia, utilizó la figura del “ladrón” como contrapunto a los “inocentes suplicados”. No fueron acalladas sólo las voces de los “criminales”, como lo demuestra la ausencia casi total de testimonios, también les cupo la condición de diferencia moral, en el intento de valorizar el sufrimiento de los “revolucionarios sinceros”, obreros y niños deportados. El empañamiento parcial de la imagen de la tragedia empobrecía su significado estructural.

Otros factores confluían en la vigencia de reparos mayores en las menciones a los “criminales”. Pedro Carneiro³¹, al describir los tormentos a bordo del “Comandante Vasconcellos”, no ahorró críticas al referirse a los ladrones: “Río Grande”, “Joãozinho”, “Zala Morte”, “Padeirinho” y el “Coronel Bahía”, que parecía ser un híbrido de malandra y preso político. Todos los citados, de una forma u otra, sirvieron a los funcionarios federales como fuerza auxiliar de control disciplinario. Los alias, para el caso, no eran utilizados por los malandras para ocultar su identidad, sino que servían como un distintivo entre sus pares. Muchos sólo eran conocidos o temidos al ostentar el sobrenombre conquistado en el oficio de la contravención.

¿QUIÉN FUE A CLEVELÂNDIA?

Cuando analizamos las informaciones sobre la colonia de Clevelândia, principalmente a través del informe oficial de Oldemar Murtinho, podemos afirmar que fueron enviados a la región tres grandes grupos que están subdivididos en segmentos. Cada uno de los grupos estuvo ligado, de forma directa o indirecta, a diferentes acontecimientos ocurridos en los años '20, integrando el mismo ciclo de inestabilidad política. El primer gran grupo de deportados, formado por 419 individuos de composición variada de Río de Janeiro, habría llegado al centro a partir de diciembre de 1924. Del segundo grupo, que originalmente contaba con aproximadamente 200 militares de baja graduación del Ejército y la Marina involucrados en los levantamientos en Pará y Amazonas³², fueron enviados 119 personas a Oiapoque³³. Éstos llegaron el 6 de enero de 1925³⁴. A diferencia de los deportados de Río de Janeiro, los revoltosos de Amazonas y Pará desembarcaron en un único bloque de prisioneros. El tercer grupo fue el de los soldados de Cantaduvas que llegaron de Parangará, pasando por la

31. Edgar Rodríguez. *Novas rumbas*. Río de Janeiro, Mundo Livre, sin fecha, página 238.

32. MR.21. Telegrama enviado al Presidente por el interventor de Amazonas, Alfredo Sá.

33. Oldemar Murtinho. *Op. cit.*, página 4.

34. J. F. Dulles. *Anarquistas e comunistas no Brasil*. Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1977, página 212.

bahía de Guanabara y siguiendo el Oiapoque. Según el informe de Olde-
mar Murtinho³⁵, éstos, que sumaban 408, llegaron en junio de 1925³⁶.

Los dos grupos de militares estaban compuestos, en su abrumadora
mayoría, por soldados de bajo rango. Sin embargo, existían tenientes co-
misionados, en gran parte adherentes a la columna rebelde por haber de-
sertado de sus antiguas corporaciones, desempeñando, con esta adhesión,
una jerarquía mayor en el ejército de Isidoro Dias Lopes.

El grupo proveniente de Río de Janeiro, sin embargo, presentaba en
su interior diferencias muy claras. En verdad, sólo en dos cosas se aseme-
jaban: el punto de partida para el destierro y la condición social a la cual
estaban ligados. Eran efectivamente todos pobres —obreros, inmigrantes,
vagabundos, ladrones, marineros y soldados rebeldes del Distrito Federal
y de San Pablo.

ANARQUISTAS: LOS DESTERRADOS DE LA REBELIÓN

Pero los anarquistas deportados representan un subgrupo muy cohe-
sionado. Ellos contribuyeron, por todo el período de permanencia en el
centro, con informaciones sobre la vida cotidiana, las fugas y sus aprensio-
nes en relación con el régimen. Los obreros anarquistas, por la propia na-
turaleza de su militancia, supieron imprimir a sus dificultades un carácter
didáctico, informando, en la medida de sus posibilidades, a los camaradas
del centro-sur lo que pasaba, en una más de las “trampas del capitalismo”
para la clase trabajadora.

Esta relevancia de los militantes anarquistas no se dio sólo por la capa-
cidad que tuvieron de dejar testimonios escritos, tan necesarios para el
análisis de los hechos, sino principalmente porque fueron los únicos que
consiguieron, como grupo, un punto de definición y una mirada sobre sí
mismos, emitiendo opiniones que excedían la mera contingencia coyunt-
tural. Dejaron una memoria de los hechos.

En la composición del grupo de Río de Janeiro, que comenzó a llegar
a Clevelândia a partir del 26 de diciembre de 1924³⁷, había obreros anar-
quistas³⁸:

Domingos Passos: varias veces secretario de la UOCC, mestizo, uno de
los más feroces combatientes contra el bolcheviquismo dentro del sindica-

35. *Ib-idem*.

36. Everardo Dias. *Bastilhas modernas*. San Pablo, Obras Sociais e Literarias, 1926, página
242.

37. *O Globo*, 1º de enero de 1927.

38. Optamos por enumerar los deportados anarquistas partiendo de los nombres más
populares.

to. Recibió, por sus actos, el sobrenombre de "Bakunin Brasileño"³⁹; y como obrero carpintero alcanzó gran notoriedad, no sólo como hábil artesano sino también como un incansable autodidacta y notable orador. Pasos volvió de Oiapoque y continuó su militancia, participando del comité de agitación pro Sacco y Vanzetti⁴⁰, y escribiendo en la prensa libertaria sobre los acontecimientos del destierro y otros problemas enfrentados por el anarco-sindicalismo. Fue preso varias veces, aun después de regresar de Clevelândia, en 1927. Estuvo en la prisión de Cambuci, en San Pablo, y de allí salió en un estado lamentable después de tres meses de malos tratos⁴¹, desapareciendo enseguida.

Biófilo Panclasta [Amante de la Vida, Destructor de Todo]: colombiano, bautizado por sus padres como Vicente R. Lizcano, adoptó, en 1904, el otro nombre que iría a utilizar en toda su vida de militante⁴². A diferencia de los demás, no era un anarco-sindicalista. Era un anarquista individualista de los más virulentos⁴³. Estuvo más tiempo en su vida viviendo en las cárceles que fuera de ellas. Decía tener un alma "neopagana y artista"⁴⁴. Logró huir de Oiapoque en 1925, y en 1927 ya estaba preso en Colombia⁴⁵.

Antônio Alves da Costa, de sobrenombre "El Carioca": obrero del tejido, de Petrópolis⁴⁶. Estuvo ligado al movimiento huelguista en Santos, y estuvo en la "Barcelona Brasileña" hasta 1921. Preso en Río de Janeiro, fue deportado a Clevelândia; más tarde termina retornando al Distrito Federal, después de varios intentos de fuga de Oiapoque, e ingresa en el Partido Comunista Brasileño⁴⁷.

Antônio Salgado da Cunha: Uno de los prisioneros que va al navío "Campos". Regresó de Clevelândia. Edgar Rodrigues afirma que era un obrero de la construcción civil y anarco-sindicalista⁴⁸.

José Alves do Nascimento: ex sargento y empleado de comercio. Enseñó esperanto a los compañeros en Oiapoque, además de las primeras letras a los colonos y sus hijos⁴⁹. Murió en el destierro, el 15 de agosto de 1925⁵⁰.

39. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo 2. Río de Janeiro, VJR, 1995, página 24.

40. *Ib-idem*, página 25.

41. *Idem*, página 26.

42. O. V. Martínez y otros. *Biófilo Panclasta. El eterno prisionero*. Bogotá, Proyecto Cultural Alas de Xuc, 1992, página 159.

43. *Ib-idem*, página 160.

44. *Idem*, página 160.

45. *Id.*, página 176.

46. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo 1. Río de Janeiro, VJR, 1994, página 42.

47. *Ib-idem*, página 42.

48. *Idem*, página 98.

49. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*, Tomo 3. Río de Janeiro, VJR, 1994, página 138.

50. Oldemar Murtinho. *Op. cit.*, página 138.

Pedro Alves Carneiro: "portugués pintor de la construcción civil"⁵¹, tomó contacto con el anarquismo en el Brasil, volviéndose secretario de la UOCC. Fue apresado el 17 de julio de 1924 en Río, consiguiendo evadirse de Oiapoque el día 17 de febrero de 1925. Posteriormente enviaría 300.000 *réis* a los compañeros que allí quedaron⁵².

Nicolau Parada: español, ejercía el oficio de mesero⁵³. Socio del Centro Cosmopolita, entidad de los "gastronómicos" en Río de Janeiro. Más tarde, se radicó en San Pablo, donde fue preso, siendo enviado posteriormente a Río de Janeiro. Vino a fallecer en el destierro, el 29 de agosto de 1925⁵⁴.

Manuel Ferreira Gomes: obrero de la construcción civil, preso en julio de 1924⁵⁵ en Río de Janeiro. Consiguió regresar de Oiapoque.

Domingos Braz: obrero textil de Petrópolis⁵⁶, escritor muy fecundo en las publicaciones libertarias. Fue, junto con Domingos Passos, uno de los más empeñados en registrar los acontecimientos del campo de Clevelândia.

En 1925, llegaron en otro grupo algunos militantes anarquistas.

Nino Martins: nacido en Río Grande do Sul, alrededor de 1895⁵⁷, recibió en el sur el sobrenombre de "O Carbonário"⁵⁸, por sus actividades en el campo sindical y pedagógico. Gráfico de profesión, participó en huelgas en la Argentina y el Uruguay, destacándose, en casi todas, por su estilo arrojado. En Río Grande do Sul, al participar de la toma de los talleres del periódico oficialista, *Jornal do Comércio*, fue detenido y enviado por la policía a Río de Janeiro: pasa por la FORJ y posteriormente va a trabajar a San Pablo. Preso en San Pablo, durante la revolución del 5 de julio, fue uno de los signatarios de la moción a los rebeldes solicitando mayor libertad para el proletariado. Fue apresado y enviado a Río de Janeiro; pasó entonces a Oiapoque. Murió en Clevelândia.

Pedro Augusto Motta: obrero gráfico, tuvo sus primeros contactos con el sindicalismo en Ceará⁵⁹. Se trasladó a San Pablo, donde consolidó relaciones con los anarquistas y dirigió el periódico *A Plebe*. Preso, es enviado a Río de Janeiro, y después al centro de Clevelândia. Logra escapar pero

51. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo V. Florianópolis, Insular, 1998, página 29.

52. *Ib-idem*, página 34.

53. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo IV. Florianópolis, Insular, 1997, página 154.

54. Oldemar Murtinho. *Op. cit.*, página 34.

55. Edgar Rodríguez. *Novos rumbos*. *Op. cit.*, página 235.

56. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo 2. *Op. cit.*, página 10.

57. João Batista Marçal. *Os anarquistas no Rio Grande do Sul*. Porto Alegre, Unidade Editorial, 1995, página 115.

58. Referencia a los revolucionarios conjurados del siglo XIX.

59. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo V. *Op. cit.*, página 58.

termina muriendo en Saint Georges, en la Guayana Francesa, el 12 de enero de 1926⁶⁰.

José Maria Fernandes Varella: obrero de San Pablo que estuvo preso en la Policía Central de Río de Janeiro en abril de 1925. Varella, ya muy debilitado, escribe en la prisión: "todo mi físico es demasiado débil para esta odisea opuesta a las leyes del progreso"⁶¹. Frase que caracteriza muy bien su perspectiva de la evolución de la sociedad y preanuncia su muerte, que iría a suceder en Oiapoque, antes del final del año 1925⁶².

José Baptista da Silva: obrero, intentó escapar de Clevelândia y desapareció en la selva. Todos creían que había muerto. Domingos Passos, ya en Río de Janeiro, recibió un telegrama de los sindicalistas de Pará avisando sobre el regreso de José Baptista da Silva⁶³. En el periódico *A Plebe*, la noticia venía acompañada del título: "Mais um que se salva" [Uno más que se salva]⁶⁴.

Thomas D. Borsche: uruguayo, chofer y sindicalista en San Pablo⁶⁵. Fue incluido en una lista de 21 nombres que se vieron excluidos de la libertad por el funcionario del Ministerio de Agricultura⁶⁶. Regresó a Río de Janeiro y partió hacia Uruguay⁶⁷; manteniéndose en su país como militante anarquista.

No obstante, esta lista de anarquistas es incompleta. Registra sólo a aquellos que, por así decir, estaban "orgánicamente" ligados a los sindicatos o, como en el caso de Biófilo Panclasta, eran contumaces predicadores del "credo libertario" y de notoriedad tanto en los medios obreros como policiales. La proximidad entre ellos fue la natural continuación de todo el trabajo que venían desarrollando hasta entonces. La deportación fue una violencia más que, para los problemas de una dedicación integral al sindicalismo, señalaba otro momento más de la lucha, de manera alguna extraña a los anarquistas más activos.

Para estos militantes el compromiso ideológico superaba la problemática representada por las simples reivindicaciones salariales. Entre muchos ejemplos, podemos buscar en la actitud de los obreros comprometidos elementos que fácilmente proporciona la constatación de tal afirmación. No fueron pocas las demostraciones colectivas e individuales de desprendimiento y resistencia estoica en el exilio, las mismas que en

60. Manuscrito de la carta enviada de Saint Georges, el 2 de febrero de 1926.

61. *A Plebe*, 12 de febrero de 1927.

62. *Ib-idem*.

63. *A Plebe*, 9 de abril de 1927.

64. *Ib-idem*.

65. Edgar Rodríguez. *Os companheiros*. Tomo V. *Op. cit.*, página 165.

66. Oldemar Murtinho. *Op. cit.*, página 29.

67. *A Plebe*, 30 de marzo de 1927.

los períodos prolongados en las prisiones y detenciones. Así percibían su martirio, y así produjeron el catalizador de sus identidades en la colonia. Colectivo selecto, por razones de un rigor moral pulido en la lucha, en los códigos inscriptos en los principios libertarios y en los ejemplos que debían legar a los compañeros en formación.

La cuestión policial para los anarquistas no era nueva y las deportaciones lo eran mucho menos. El destierro en Clevelândia se sumaba a una larga experiencia de luchas contra el Estado. En el plano interno, desde 1922 los anarquistas venían, a través de escaramuzas y debates en la prensa, luchando contra la infiltración de los comunistas en los medios sindicales. Combatían antiguos compañeros que, “hasta otro día”, se ponían a la par en las refriegas contra la represión. El terror impuesto por Bernardes no esperó la resolución de las idiosincracias internas del sindicalismo revolucionario. Muy por el contrario, profundizó y utilizó su crisis. Las deportaciones al exterior y los exilios internos promovieron, en las filas del anarco-sindicalismo, una verdadera *razzia*.

No hay noticias de ningún militante comunista en la época que haya ido a parar a Clevelândia. Ningún militante del partido parece haber sido enviado al llamado “infierno verde”. Según J. F. Dulles, cuando se hicieron comparaciones entre los sobresaltos de los comunistas y de los anarquistas que enfrentaron la represión de Bernardes, los comunistas en algunas oportunidades admitieron que los anarquistas sufrieron mayores “provocaciones”.

LA IMAGEN POLÍTICA LEGADA POR CLEVELÂNDIA

Clevelândia fue de hecho una de las “máculas” de mayor poder de apelación política en lo que respecta a los desgastes del gobierno de Arthur Bernardes. Aunque lo poco que se escribió sobre el tema lo haya planteado como un elemento accesorio del ciclo de las acciones contestatarias “*tenentistas*” de 1924. Un estudio, un poco más detenido, demuestra que los eventos en Oiapoque, mucho más que una simple consecuencia específica de una fase del cuatrienio, representaron la expresión de estructuras autoritarias que se pusieron en evidencia, elevadas a su concreitud por los órganos de defensa del Estado, en momentos de ascenso de sectores subalternos o radicalizados de la sociedad.

La prensa de oposición divulgó⁶⁸ un hecho inequívocamente catastró-

68. En los primeros meses de 1927, podemos encontrar en diversas ediciones de periódicos anuncios elocuentes convocando al público a ver en la sala Odeon un documental sobre “Clevelândia”.

fico para la memoria de aquel gobierno. Bernardes, al desembarcar en Río de Janeiro en 1927, para representar a Minas Gerais en el Senado Federal, fue agredido por una multitud popular con todo tipo de proyectiles y descalificado con el alias, entonado por los estudiantes, de “Presidente Clevelândia”⁶⁹.

Mário Lago, en su libro de memorias *Na rolança do tempo*, menciona a Clevelândia como una de las memorias de imagen fuerte de los años 1920:

“El país estaba viviendo un período de excepción, bajo el poder sofocante de un estado de sitio que parecía durar siglos innumerables. Estaba prohibido tener la mínima contemplación con los adversarios del presidente Arthur Bernardes —caídos en las mazmorras de la policía encabezada por el siniestro general Fontoura. Si sobreviviesen a la brutalidad de las torturas y golpizas, regla general durante los interrogatorios, aquellos que tenían el coraje de oponerse al gobierno eran enviados a Clevelândia, infierno localizado en el fondo del Amazonas. Tiempos duros de aguantar. Las interpretaciones quedaban a criterio de los verdugos, que con ellos estaba el monopolio de la verdad y la opinión”⁷⁰

Incluso los comunistas no dejaron de utilizar la ocasión, creada por las narraciones y sedimentada en el imaginario colectivo, para anunciar la continuidad de la tragedia. En un panfleto, bajo el título de “Clevelândia, ¡matadero de los Trabajadores revolucionarios!”, el Socorro Rojo denunciaba más deportaciones a Oiapoque, ahora durante el gobierno provisorio de Getúlio Vargas⁷¹. Después del embarque en el vapor “Santos”, según el panfleto, las víctimas fueron enviadas a la “tenebrosa región del extremo norte”, por lo que todo indica, el 17 de marzo de 1934⁷².

Se observa entre los nombres una gran cantidad de trabajadores judíos, la acción del gobierno en este período parece ir más allá de la simple lucha de clases pregonada por los comunistas. Hay en esta deportación⁷³ a Oiapoque un ingrediente nuevo; no puede decirse que en los años 1920 ningún judío engrosara las levas, pero en esta, en cambio, se

69. Para el velorio de Arthur Bernardes, en 1955, fue enviado un suntuoso arreglo floral con una sorprendente faja de desagravio suscripta por los “sobrevivientes de Clevelândia”. Este hecho, a pesar de la bizarra actitud de los signatarios, demuestra la permanencia del fantasma de la tragedia en la memoria política del ex presidente. Aunque la autoría del homenaje pueda ser considerada apócrifa, aún así demuestra la fuerza simbólica de Clevelândia veintiocho años después.

70. Mário Lago. *Na rolança do tempo*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1979, página 75.

71. Colección de Panfletos Políticos DOPS/DGS.

72. El panfleto no tiene mayores cuidados de revisión; fue, muy probablemente, un primer borrador.

73. Durante la Segunda Guerra Mundial fueron enviados a Tomé-Assú, en Pará, alemanes y japoneses.

observa una casi exclusividad de judíos. Es curioso notar que el texto del panfleto los identifica casi exclusivamente como proletarios y extranjeros. Teniéndose en vista el tratamiento dado a los judíos en el régimen de Moscú, las implicaciones de tal omisión pueden ser aún más complejas.

Clevelândia entra, también ahí, en el discurso instituido por el panfleto, como lugar de injusticia. Manteniéndose, a través de la década de 1930, como antimodelo, Clevelândia vive⁷⁴ y se reproduce para significar la iniquidad de sus congéneres. En 1959, salía en la revista *Coletânea*, en un texto firmado por Aor Ribeiro, el siguiente informe: "Odisséia da Clevelândia"⁷⁵. El texto consistía en el resumen de una entrevista con el señor I. M. Pereira, veterano de las primeras levas. La narración no agrega ninguna novedad al tema; en cambio, explicita una cierta tendencia que se anunciaba desde comienzos de los años '30. En la referencia que se hace a los grupos deportados, los anarquistas fueron confundidos con los comunistas, o sea, hay una sustitución pura y simple de los términos distintivos. Los anarquistas desaparecen, como representantes de una propuesta específica, y aparecen, en el cuerpo narrativo, los comunistas. Es muy posible que se trate de una "actualización", muy al gusto de la prensa informativa, sin compromiso con la veracidad o, aun, con la fidelidad histórica. Pero, al parecer, a pesar de todo el impacto producido por Oiapoque, el material de la revista *Coletânea* indicaba ya, en el umbral de la década de 1960, una amnesia parcial, lo que ciertamente puede explicar la resignificación de los papeles desempeñados por los afectados por las deportaciones.

TRADUCCIÓN DE JUNG HA KANG

74. En el periódico *O Globo* del 2 de abril de 1929 una noticia anunciaba el esfuerzo "patriótico" del *Diario Nacional*, de San Pablo, en traer al suelo *bandeirante* los huesos de los revolucionarios sepultados en Clevelândia.

75. Revista *Coletânea*, junio-julio de 1959.



La trama social de las ilegalidades como lazo social

*Juan Pegoraro**

“El aparato restrictivo y las leyes del Estado –se pensaba– son útiles para mantener en paz la inquietud de las masas. Para nosotros, los guerreros y gobernantes somos los que garantizamos el orden en el Estado, somos los que dominamos el Estado. Vivimos según nuestras propias reglas, según las que nosotros mismos nos hemos dado, luego estas leyes estatales no se aplican en nuestro caso”

NORBERT ELIAS, *La satisfacción del honor*

* Profesor Titular de la materia Delito y Sociedad: Sociología del Sistema Penal en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

El fenómeno social de las ilegalidades ha tenido una escasa relevancia en la concepción de la sociedad para la teoría sociológica. Ha sido reducido a manifestaciones particulares o desviaciones explicadas ya sea por patologías personales, o por carencias en los que la necesidad de satisfacer tales carencias ha sido la causa más aceptada a la hora de las explicaciones de “¿por qué se pasa al acto?” y también de las respuestas de los órganos de control social que se traducen en políticas penales.

Es cierto que al hablar del delito es necesario distinguir a su interior una variedad de conductas, dentro de su característica general: la violación de una norma legal dictada por el estado y que conlleva la amenaza de castigo. Esta característica está presente en un gran número de comportamientos que el código penal identifica y que se cometen cotidianamente; la normativa los distingue según que las conductas prohibidas lo sean en relación preservar a personas, a bienes privados, a bienes públicos, a la salud pública etc. y en tal clasificación distingue las características del o los victimarios, la variedad o gradación del uso de la violencia hacia personas o hacia cosas, y también por las consecuencias y daños sociales que producen.

Propongo en este trabajo una *primera hipótesis*: que las conductas ilegales en la producción, distribución e intercambio de bienes y servicios está generalizada en la vida social y funciona como un lazo social que integra y sostiene las conductas recíprocas de los diferentes actores sociales. Esta hipótesis tiene como consecuencia una concepción de sociedad (del orden social) como una diversidad de intereses privados que conviven en inestable equilibrio-conflicto cuyo resultado son relaciones de dominación y sometimiento, así como variadas formas de desigualdad social; por lo tanto se trata de un orden social no basado en el bienestar general y en la moral pública. Y cuando digo que las conductas ilegales están absolutamente generalizadas, me refiero a las ilegalidades cotidianas que se cometen frecuentemente en el transcurso del día, ilegalidades que son delitos (conductas contempladas en el código penal) aunque no respondan al imaginario social del delito violento y el crimen. En efecto, la vida social está articulada también sobre la generalización de conductas ilegales como la participación, complicidad y encubrimiento en pequeños robos, apropiaciones ilegales, diversas formas de fraudes, estafas, usuras, especulaciones prohibidas, sabotajes, falsificaciones de documentos o de objetos, ventas fraudulentas, lesiones, hostigamiento y abuso sexual, corrupción, violaciones a la libertad de trabajo y de asociación, hurtos varios, extorsiones, quiebras fraudulentas, daños voluntarios, piraterías de bienes variados (discos, software, casetes, ropas, aparatos electrónicos, herramientas, libros, lámparas, etcétera) falsificación de mercaderías, marcas y

patentes, asociaciones ilícitas, fraudes varios en mercaderías y en medicamentos, contrabando, tráfico de drogas, abusos de autoridad y violación de los deberes de funcionarios, cohecho y retornos, negociaciones incompatibles de funcionarios y empleados, testimonios falsos, falsificación de títulos, de marcas, de documentos personales, de fraudes en bienes comerciales e industriales, de libramiento de cheques sin provisión de fondos, etcétera. Decíamos, participación, complicidad y encubrimiento en un sinnúmero de conductas ilegales que incluyen desde el tráfico de influencias, al manejo clientelístico de planes sociales, de uso ilegal de la corriente eléctrica o el cable de video, la compra-venta de autopartes o repuestos robados, uso o apropiación indebida de bienes públicos, usurpación de espacios públicos de manera transitoria o definitiva, fraude en los alimentos, compraventa de mercaderías falsificadas o robadas, servicios mecánicos innecesarios, cobro de retornos por parte de profesionales de la salud, trabajo en negro, apropiación de dineros en el manejo de obras sociales, de sindicatos, de corporaciones empresariales, robos o hurtos de objetos menores, copia de marcas y patentes para uso privado, fraudes en materiales de construcción, balances falsos, falsificación de firmas o sellos, cobro indebido de beneficios sociales, evasión impositiva, declaraciones falsas, omisión en la declaración de bienes, venta ilegal de mercaderías, transferencia ilegal de bienes al exterior, solo por poner algunos ejemplos¹.

También propongo una segunda hipótesis: que la omisión de la teoría sociológica de integrar los delitos en el seno de la estructura social se explica en gran medida porque ella nació y se desarrolló como propuesta de orden y progreso, de racionalidad y de modernidad, de organicismo social, donde el delito sería reducido por la ley y por la difundida moral ciudadana a expresiones patológicas o de alguna irracionalidad contingente y por lo tanto a ser sólo un aspecto tumoral de la vida social.

1. La demanda social crea un mercado de objetos ilegales como ser el de repuestos de automóviles, base de la existencia de un gran negocio ilegal que comienza con el robo de un automóvil y su desguace, y posterior venta de sus partes. En la calle Warnes en Buenos Aires hace más de cuarenta años que funciona un gran mercado de repuestos, la mayoría de ellos de origen ilegal; en la calle Libertad, en pleno centro de la ciudad, existe un gran mercado de videos, cámaras fotográficas, estereos, joyas, también en su mayoría de origen ilegal; en San Telmo existe un gran mercado de objetos viejos y antiguos de las mismas características. Esto es ampliamente conocido por la sociedad y por las autoridades policiales y judiciales, que también se benefician con la existencia de tal mercado al que concurren cuando necesitan alguna mercancía.

El paradigma del pensamiento organicista de la sociedad² y del cual son tributarios casi todos los sociólogos tiene como sustento las reflexiones de Emile Durkheim preocupado por encontrar los “lazos sociales” o el cemento que impide la disgregación social; para ello en su libro *La división del trabajo social* desarrolla la idea de la “función” que la división del trabajo cumple atribuyéndole precisamente de ser el “lazo social” por antonomasia que produce un tipo especial de solidaridad que denomina orgánica. Para fundar su idea acerca de la función de la división del trabajo social Durkheim omite el proceso histórico cuyo resultado es una forma especial de división del trabajo, la división del trabajo de la sociedad capitalista³; en este sentido la concibe como producto de un acuerdo o pacto para vivir mejor y no de una imposición forzada, una relación social posible gracias a guerras, despojos, sometimientos, exclusiones y diversas formas de dominación y disciplinamientos de unos sobre otros. Por lo tanto lo que para Durkheim es la división del trabajo en la *sociedad*, para Marx sería la división del trabajo en el *orden social* capitalista.

De tal manera, Durkheim argumenta que la división del trabajo “aumenta a la vez la fuerza productiva y la habilidad del trabajador y es la condición necesaria para el desenvolvimiento intelectual y material de la sociedad; es la fuente de la civilización”⁴. Pero, dice que si no sirviera para otra cosa no habría razón para atribuirle un carácter moral y por lo tanto encuentra que la verdadera función de la división del trabajo es crear un sentimiento de solidaridad. El efecto más notable de la división del trabajo para Durkheim no es sólo que aumente el rendimiento de las funciones divididas “sino que las hace más solidarias y continúa es la fuente sino única al menos principal de solidaridad social”⁵ y la condición más importante para la vida social y a su vez condición de la existencia de la sociedad “pues las necesidades de orden, de armonía, de solidaridad social pasan generalmente por ser morales”⁶. Durkheim encuentra el observable de este lazo social en las normas jurídicas que son las que reproducen las formas principales de la solidaridad social.

De tal manera que, para Durkheim, el observable de la solidaridad or-

2. Vale para esto transcribir una idea de Marx al respecto: “Es cierto que Napoleón había sabido penetrar ya en la esencia del Estado moderno y comprender que éste tiene como base el desarrollo sin trabas de la sociedad burguesa, el libre juego de los intereses privados”, en *La Sagrada Familia*. México, Editorial Grijalbo, 1967, página 190.

3. No obstante, sostiene que los individuos se “adhieren” a la actual división del trabajo.

4. Emile Durkheim. *La división del trabajo social*. Barcelona, Editorial Planeta-Agostini, 1993, página 68.

5. Emile Durkheim. *Op. cit.*, páginas 81 y 83.

6. *Ibidem*, página 84.

gánica es el derecho, y más que el derecho represivo (penal) –productor de la solidaridad mecánica en sociedades primitivas y con gran semejanza moral⁷– el observable es el derecho “restitutivo”; éste es el que se ha generalizado en las sociedades modernas caracterizadas por la diversidad y representado por el derecho civil, el comercial, el administrativo y el procesal; estos derechos expresan la solidaridad social y la división del trabajo.

Ahora bien, para Durkheim el delito ataca precisamente los lazos sociales y tiende a disolverlos y conduce a la crisis moral de la sociedad; el observable de la inmoralidad colectiva estaría dado por las altas tasas de suicidios y de crímenes de toda especie. Por ello la importancia, para Durkheim, del castigo de tales conductas que evidenciaría así la vitalidad de la conciencia moral colectiva⁸.

La insistencia de Durkheim en tales ideas tranquilizadoras acerca de la conciencia colectiva o común –que estaría fundada sólo en buenos sentimientos como la piedad o la probidad– debilita la percepción de otras motivaciones que en una sociedad de mercado son el deseo de obtener bienes y beneficios diversos de manera legal o ilegal. La conciencia colectiva como conciencia moral para Durkheim estaría sólo objetivada en el derecho, en el deber ser; pero una conciencia colectiva que no sea expresada por la realidad es una abstracción y por lo tanto la negación de la sociología. Y la realidad social está compuesta por el derecho y por la violación del derecho. Por otra parte Durkheim da por sentado que el derecho es justo porque es moral y es moral por que es justo. Pero, ¿es cierto que el derecho civil o el derecho comercial y aun el derecho penal son ontológicamente justos? El derecho es una producción social y por lo tanto una imposición de aquellos que han triunfado en la lucha. No dudo que la idealización de la conciencia colectiva como conciencia moral o ética que formula Durkheim tiene una intención loable, tan loable como alejada de la realidad social; en este sentido sostengo que la “conciencia colectiva” existe pero está compuesta de necesidades sociales y no sólo de buenos sentimientos y valoraciones morales. Son estas necesidades sociales (que se satisfacen tanto legal como ilegalmente) el verdadero lazo social que la mantiene unida, aunque con tensiones o conflictos y con contradicciones que por momentos adquieren formas de enfrentamientos sociales y hasta de guerras civiles.

Esta génesis ha dificultado o desestimado integrar en los análisis de la

7. Esta idea de Durkheim ha sido muy cuestionada por estudios antropológicos que pusieron de manifiesto la complejidad de las relaciones sociales en las así llamadas sociedades primitivas, por ejemplo, Bronislaw Malinowski, en *Crímen y costumbre en las sociedades salvajes*.

8. Recordemos que para Michel Foucault la “política de castigos” poco tiene que ver con la conciencia colectiva y sí más con un sistema de poder impuesto a la población y con tecnologías de poder y dominación.

estructura social al delito como un elemento históricamente constitutivo de ella, y me refiero a la gran variedad de delitos y en especial del *delito económico organizado*⁹; de tal manera, en su todavía limitada “imaginación sociológica” lo ha enviado a disciplinas menores como la Criminología, disciplina que por su propia naturaleza no puede explicar la impunidad e inmunidad social y penal de estas conductas.

Por otra parte desde hace un par de décadas el fenómeno de las ilegalidades ha adquirido una mayor visibilidad, en particular por el papel que los medios de comunicación han asumido; ha sido relevante en esto el denominado “periodismo de investigación” que de manera ambigua satisface un cierto morbo del público fundado en el ambivalente sentimiento impuesto por el clima cultural del neoliberalismo económico: violación de la norma junto a éxito económico; la transgresión de la norma ha llegado en los últimos años en mancuerna con el pragmatismo atribuido a los triunfadores sociales que la ideología neoliberal y el individualismo han impuesto como “clima cultural”.

No obstante la abundancia de información al respecto que tanto los medios escritos como visuales han puesto de manifiesto, no deja de causar una cierta perplejidad la ausencia en el campo de las ciencias sociales de análisis que consideren, cuantitativa y cualitativamente a las conductas ilegales como soporte ineludible de la estructura social argentina.

Tengo en mente, a solo título de ejemplo los lazos sociales creados por las ilegalidades en la vida social y su relación con los “poderes ocultos” en la década de los ‘90 en Argentina en especial como parte de las políticas económicas y filosóficas neoliberales; así puede mostrarse que la “orientación normativa de la acción” durante el período respondió a un sistema simbólico de significados que obraron como un “orden impuesto” cuyo resultado fue un alto grado de conformidad con las convenciones del sistema simbólico en el cual el enriquecimiento personal ilegal estaba constanciado con el triunfo social y con la valoración personal¹⁰.

Mi postura, por lo tanto, es un tanto distinta a la de Durkheim y sostengo como hipótesis la idea de la existencia en la sociedad y como parte de la conciencia colectiva común de lazos sociales ilegales que lejos de disolver el “principal” –la división del trabajo y la solidaridad orgánica– conviven con él, forman parte indisoluble de él y que tales lazos responden y satisfacen necesidades sociales.

Se trata por lo tanto no de un reparo ético a tales conductas sino de

9. Juan Pegoraro. “El eslabón perdido: teoría sociológica y delito organizado”, en *Encrucijadas. Revista de la Universidad de Buenos Aires* n° 19. Buenos Aires, 2002.

10. Dice Talcott Parsons: “la orientación hacia un orden normativo, y el entrelazamiento mutuo de expectativas y sanciones (...) se encuentra enraizado, por tanto, en los fundamentos más profundos del marco de referencia de la acción”, en *El sistema social*. Madrid, Editorial Alianza, página 31.

un análisis sociológico, de poner de relieve la importancia de las conductas delictivas en la estructura social, y en particular el *encubrimiento* como fenómeno social.

LA SIMBIOSIS ENTRE ECONOMÍA LEGAL Y ECONOMÍA ILEGAL

Considero, para matizar la afirmación precedente, que el imaginario del delito es tan fuerte, tan asociado a la violencia sin razón, al crimen, la violación sexual, el robo a mano armada que así resulta un obstáculo para pensar en la cotidianidad y generalidad de actos ilegales que caen dentro de la órbita del derecho penal y que conforman fuertes lazos sociales.

La importancia de este objetivo se potencia al identificar la relación entre las actividades ilegales, en especial la producida por el delito económico organizado¹¹ con los poderes “invisibles” u ocultos que degradan la vida democrática; en efecto las fuerzas sociales que gobiernan la vida social están conformadas por elementos, medios, conductas, alianzas, negociaciones al margen de las normas legales y por lo tanto al tiempo que construyen lazos de inmunidad e impunidad, someten a situación de inermidad a la mayoría de los ciudadanos que no forman parte de *esa* fuerza social o poder oculto.

Esto nos lleva a otra *hipótesis* que propongo: considerar que existe una simbiosis ineludible entre la economía legal y la ilegal ajustada al desarrollo del plano económico social de América Latina y Argentina.

Casi en la misma época en la que Robert K. Merton publicaba su famoso artículo “Estructura social y anomia” (1938), paradigma del pensamiento estructuralista acerca del delito, Edwin Sutherland pronunciaba en 1939 su discurso como Presidente de la American Sociological Society sobre la Delincuencia de Cuello Blanco, publicado en febrero de 1940, que marcó un quiebre en las concepciones de la delincuencia al considerar la existencia de “delitos cometidos por personas de elevado estatus económico que violan las leyes destinadas a regular sus actividades profesionales”¹². Ya en 1937 había publicado su monografía “The Professional Thief”¹³ en el que presentaba a los ladrones como personas normales, y

11. En el año 2002 los escándalos financieros en Wall Street se multiplicaron, por ejemplo, el caso “Enron”, con miles de ahorristas estafados; WorldCom, que admitió haber ocultado gastos por 3.800 millones de dólares en su último reporte financiero; o Xerox, que anunció que entre 1997 y 2001 realizó una acción semejante por 2.000 millones de dólares aunque los expertos estiman que las pérdidas escondidas serían de casi 6.000 millones.

12. Edwin Sutherland. “The White Collar Criminal”, anexo a *El delito de cuello blanco*. Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1999.

13. Edwin Sutherland. *Ladrones profesionales*. Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1988, páginas 201-202. Fue publicado por primera vez en 1937.

allí decía “Los ladrones reciben ayuda de personas y de organismos considerados legales y protectores oficiales de la sociedad; encuentran en estas gentes y en estos organismos un sistema de ‘depredación controlada’ que se asemejan a la suya. Los mecanismos que rigen la vida política de numerosas ciudades americanas y numerosos distritos de provincia, están generalmente sometidos a un control venal”.

Recordemos que Edwin Sutherland se refería a los profesionales del delito en la década de los ‘20 y ‘30 frecuentando clubes de juego clandestino, cabarets y prostíbulos pero la vida social de los partícipes actuales en la cadena de ilegalidades y en especial en los *delitos de cuello blanco* y en los *delitos económicos organizados* han sustituido esos lugares y ahora frecuentan y hacen sus relaciones sociales en residencias particulares, countries, lobbies de hoteles de cinco estrellas, campos de golf, restaurantes lujosos de Recoleta o Puerto Madero, y viven en zonas y barrios exclusivos en la ciudad o sus alrededores, vacacionan en Punta del Este, Cariló, playas privadas o en clubes de altísimo nivel del mundo. Es cierto que hay encuentros e intercambios de ilegalidades con gente del “hampa” pero los grandes negociados que se han realizado en Argentina, tanto en la época de los militares (1976-1983) con la deuda externa privada y pública, como desde la recuperación de la democracia en 1983 y en especial en la década de los ‘90 con las privatizaciones de las empresas estatales, no han sido ejecutados por los hampones tradicionales, casi folclóricos, sino por aquellos que raramente han pasado por un tribunal penal y menos por una cárcel.

Esos ambientes lujosos son el espacio para la interacción social que facilita la “asociación diferencial”¹⁴ que con tal afinidad o producto de negocios previos se perpetúa en la forma de sociedades o empresas que compatibilizan negocios lícitos con ilícitos. A esta altura puede decirse que ninguna actividad empresarial legal puede hoy sobrevivir si no es dentro de la red de organizaciones o empresas “compatibles” y en una relación simbiótica con la economía ilegal.

Tales vinculaciones que asumen la forma de participación necesaria, complicidad, encubrimiento, etcétera, expresan una ineludible simbiosis entre lo legal y lo ilegal ya que el fenómeno de la liberalización del mercado financiero ha producido la obsolescencia del síndrome de Ali Baba –cuya riqueza quedaba en la cueva– y de tal manera es casi imposible identificar el dinero legal del ilegal. En este sentido se discute acerca de si la delincuencia económica facilita el desarrollo económico ya que ella per-

14. La “asociación diferencial” es un concepto clave en la teoría sociológica de la “desviación social” que desarrolla Sutherland: “la conducta delictiva se aprende en asociación con aquellos que definen esa conducta favorablemente y en aislamiento de aquellos que la definen desfavorablemente”, en *El delito de cuello blanco*. Madrid, *Op. cit.*, página 277. También en el ya citado *Ladrones profesionales*.

mite al capital saltar por encima de normativas estatistas regulatorias que frenan la inversión suponiendo que éstas deben adecuarse a otros parámetros (fiscales, ecológicos, largo plazo etc.); de tal manera la liberalización del tráfico de capitales y la globalización han creado un “ser” ingobernable para los estados-nación que se ven sujetos cada vez más a la lógica de la reproducción ampliada del capital financiero, casi con seguridad de origen delictual. Y todos estos ejemplos de necesaria complementación entre economía legal e ilegal se pueden reproducir, en la actualidad, en casi todos los negocios industriales, comerciales y financieros en los que se requiere la necesaria participación de funcionarios estatales. La discusión se torna abstracta en cuanto no se precisa puntualmente los efectos de esas inversiones. En efecto, ¿cómo creer, por ejemplo, que el lavado del “dinero sucio” se realiza sin la connivencia, complicidad, encubrimiento y/o participación directa de los grandes bancos? ¿Cómo no sospechar que tiendas, aun de las marcas famosas, no negocian la adquisición de mercaderías producidas fuera del control de su marca patente? ¿Cómo creer que el contrabando de automóviles no requiere de alguna connivencia, por lo menos en países latinoamericanos, con los organismos de seguridad que controlan las aduanas fronterizas? ¿Cómo creer que el contrabando de armas, generalmente en camiones, barcos, o aviones, se puede realizar sin la connivencia de las más altas autoridades del gobierno?

Sutherland, en su investigación sobre los delitos de cuello blanco, decía que su investigación comenzó con el propósito de mejorar las explicaciones generales de la conducta delictiva. Y esto era necesario porque la mayoría de las teorías acerca de las conductas delictivas que entonces estaban en boga y que singularmente sobreviven actualmente entre los científicos sociales —no obstante la evidencia empírica e impactante de su importancia cuantitativa y cualitativa en las relaciones sociales— subrayaban las patologías sociales y personales como causas del delito. Tales patologías sociales incluían especialmente la pobreza y las condiciones sociales relacionadas con la pobreza, como las malas condiciones de vivienda, la falta de facilidades recreativas organizadas, la ignorancia de los padres, y la desorganización familiar. La patología personal que se subrayaba en el primer período era la debilidad mental que se hereda y es la causa tanto de la pobreza como del crimen¹⁵. Es interesante señalar que en la década de los '90 y en pleno auge de las políticas neoliberales de mercado y de los efectos de marginación y exclusión que estaba produciendo se recrearon y reafirmaron, por los *think tank* norteamericanos como Herrnstein y Murray¹⁶, las antiguas ideas de Eysenck en cuanto a la inteligencia defi-

15. Edwin Sutherland. *El delito de cuello blanco*. Op. cit.

16. Richard Herrnstein y Charles Murray. *The Bell Curve. Intelligence and Class Structure in American Life*. Nueva York, Free Press Paperbacks, 1996.

ciente, la inestabilidad emocional y conceptos tales como el de frustración, complejo de inferioridad como explicación de conductas ilegales.

Sigue diciendo Sutherland que “en contraste con esas teorías, mi teoría era que la conducta criminal se aprende exactamente igual que se aprende cualquier otra conducta y que las patologías personales y sociales no juegan ningún papel esencial en las causas del delito. Normalmente los hombres de negocios no son pobres, no son débiles mentales, no le faltan facilidades recreativas organizadas, y no sufren las otras patologías sociales y personales”. Pero aún más, Sutherland señala que una característica del delito de cuello blanco es que es un delito de naturaleza profesional y además organizado al punto tal que requiere de los servicios de “expertos en derecho, en relaciones públicas con el objeto de mantener su estatus y el concepto de sí mismos como no delincuentes”¹⁷ que, además, tienen la función de influir en decretos y leyes y en la administración pública para moldear la normativa y también aconsejar a sus clientes sobre los métodos ilegales que pueden usarse con relativa impunidad además de defenderlos en tribunales cuando se los procesa.

La preservación del estatus que los aleja del tipo ideal o del imaginario social acerca del delincuente típico es “un rasgo fundamental en este grupo social a punto tal de contratar expertos en relaciones públicas que logren preservar la imagen de la empresa de las caracterizaciones negativas; en tal sentido en ocasiones dejan y hasta contribuyen a la condena de alguno de ellos que haya sido descubierto y etiquetado por el público y como la metáfora del *buey de piranha* lo sacrifican mientras siguen haciendo sus negocios impunemente.

Los empresarios están también organizados formalmente para el control de la legislación, la selección de administradores y las objeciones a la promulgación de leyes que puedan afectarlos, mientras proclaman la libre competencia y la libre empresa practican toda clase de restricciones a ella ya sea con la planificación, organización y manipulación de los negocios.

Creo importante agregar que Roberto K. Merton¹⁸ en la década de los ‘40 proponía introducir el análisis sociológico de las funciones latentes de las conductas delictuales de los grupos de poder, por ejemplo, en el campo de la política y en el campo de la economía, que revelan que la vida social no es tan sencilla como a primera vista parece y así sustituir los juicios morales sobre tales conductas que se agotan en adjetivos. Proponía entonces develar la hipótesis de que el “puntero o jefe” político y su maquinaria

17. Edwin Sutherland. *Op. cit.*, páginas 269-270.

18. Robert K. Merton. “Funciones manifiestas y latentes”, en *Teoría y estructura social*. México, Fondo de Cultura Editorial, 1980.

son parte integrante de la organización de la economía, de la propia estructura económica que se vale de la ilegalidad, que utiliza la ilegalidad. Así, llama la atención sobre esa subestructura legal que permite obtener resultados que por las vías legales no se obtendrían y que facilita o permite nuevos canales de movilidad social *a quienes de otro modo estarían excluidos de los caminos más tradicionales para el ascenso personal*.

Merton sostiene que tanto los negocios legítimos como los ilegítimos se dedican a suministrar bienes y servicios para los que hay demanda económica. Además formula un teorema fundamental, aunque para nada tranquilizador: “todo intento de eliminar una estructura social existente sin suministrar otras estructuras adecuadas para llenar las funciones que antes llenaba la organización abolida, está condenado al fracaso”¹⁹.

Es importante recordar que Merton en otro trabajo destacaba las “funciones positivas” que realizaba “la maquinaria política”²⁰ que permitía según él la movilidad e integración social de personas y grupos que no la podían obtener por medios legales, destacando así que la descripción y el análisis sociológico del funcionamiento de la sociedad requería abandonar temporalmente las actitudes de indignación moral²¹.

Volviendo al trabajo de Edwin Sutherland, éste dice que “los ladrones profesionales y los políticos, ligados por el interés que encuentran en este control ilegal, suelen trabajar juntos para obtener beneficios recíprocos. La cooperación entre la policía y los tribunales es necesaria en la medida en que ambos organismos están bajo control de la maquinaria política-administrativa”²². El delincuente, lejos de estar separado de esta parte de la sociedad, se halla en relación estrecha e íntima con ella, no sólo en su vida profesional, sino también en su vida social”. Esas relaciones se establecen en los clubes de juego, los cabarets y las casas de citas en donde todas esas personas consideradas honorables se divierten en su ratos de ocio.

Si reparamos en esta proposición de Sutherland, que representaba entonces una indudable postura progresista no podemos menos que concluir que se estaba refiriendo a la inexistente separación entre la economía legal y la economía ilegal, y que la inteligencia de Al Capone ratificara en

19. Robert K. Merton. *Op. cit.*, página 157.

20. El “control depredatorio” ha sido argentinizado en la forma de “zonas liberadas” (puestas en ejecución en la época del Terrorismo de Estado para poder realizar secuestros y asesinatos de militantes políticos) por la Policía para permitir la realización de determinadas formas delictivas, como el robo de autos, o el tráfico de drogas.

21. Robert K. Merton. *Op. cit.*, página 155.

22. Recordemos la conformación de la Corte Suprema y el copamiento del Poder judicial con los nombramientos de nuevos jueces en la década de los ‘90 que pusiera de manifiesto el Ministro de Economía Domingo Cavallo con el ejemplo de “la servilleta”, cuando el Ministro de Interior Carlos V. Corach, conversando con Cavallo, escribió el nombre de los jueces federales que respondían a directivas del gobierno.

el Tribunal que lo juzgaba en 1932: “soy un hombre de negocios y nada más. Gané dinero satisfaciendo la necesidad de la nación. No puedo cambiar la situación del país. La afronto, eso es todo”²³. Los negocios son las estafas legítimas. Esa gente dice que yo no soy legítimo. Nadie es legítimo. Eso lo saben ustedes y lo saben ellos”²⁴, y luego se preguntaba: “¿Porqué los mayores banqueros y hombres de negocios y políticos y gente profesional andan detrás de mí para mantener el sistema marchando?”²⁵. Más que una separación entre la economía legal e ilegal, en la realidad serían complementarias. Al respecto, dice Robert K. Merton: “existe la analogía fundamental, sino la identidad, del papel económico de los negocios ‘legítimos’ y de los negocios ‘ilegítimos’. Unos y otros se dedican en cierto grado a suministrar bienes y servicios para los que hay demanda económica. La moral aparte, unos y otros son negocios, empresas industriales y profesionales que distribuyen bienes y servicios que alguna gente desea, para los que hay un mercado de bienes y servicios se convierten en mercancías. Y en un sociedad predominantemente de mercado, esperaríamos que naciesen empresas adecuadas dondequiera que haya una demanda de mercado para ciertos bienes y servicios”²⁶. Esta definición de Merton contiene los registros más claros de la “analogía” entre negocios legales e ilegales, pero se detiene, quizás cautelosamente, al sugerir que serían paralelos cuando en la realidad están unidos por relaciones imprescindibles.

LOS PODERES OCULTOS-VISIBLES

Por otra parte la idea de la existencia de “poderes ocultos” en la vida democrática está íntimamente relacionado a estas ilegalidades que estoy señalando como fuertes lazos sociales que se expresan en función de decisiones políticas; pero para que estos lazos sociales funciones es necesario *construir* ese poder oculto que significa un proceso complejo cuyo resultado es la capacidad de influir y determinar decisiones de órganos públicos que beneficien de manera ilegal o ilegítima a dichos “poderes ocultos” personificados en grupos o empresas y aun instituciones, ya sean estas particulares u oficiales. En este sentido, cuando se calcula que la evasión fis-

23. Citado por Hans M. Enzensberger, en *Política y Delito*. Barcelona, Editorial Seix-Barral, 1968, página 107.

24. El ex-jefe de Policía de España, Luis Roldán, en un juicio por el reparto de droga confiscada a unidades policiales, ante la pregunta del Juez: “¿desde cuando sabía eso?”, contestó: “desde la primera comunión”, en *El País*. Madrid, 12 marzo de 1977.

25. Juan Pegoraro. “Delincuencia económica e ideología de la defensa social”, en *Le Monde Diplomatique*, edición en castellano. México, 1983; y “Señores y delincuentes de cuello blanco”, en revista *Doctrina Penal* n° 29. Buenos Aires, 1985.

26. Robert K. Merton. *Op. cit.*, página 155.

cal en Argentina es de alrededor de 30.000 millones de dólares anuales, (una suma que representa el 15% del PBI) hace pensar en la capacidad que tienen esos millones de dólares no sólo de evadirse ilegalmente, y también de transitar por otros circuitos, legales e ilegales, reproducirse *ad infinitum* e influir en decisiones políticas sobre el “bien común” en beneficio de intereses privados. Y es que cuando me refiero al delito como lazo social estoy indicando más que el hecho en sí, el fenómeno social, o sea sus consecuencias, sus efectos que se diseminan y tocan personas e instituciones tanto cercanas como lejanas.

Haciendo un ejercicio de ejemplificación, el titular de la Aduana, José Sbatella, acaba de declarar que “el Código Aduanero parece hecho por contrabandistas de cuello blanco”. Lo interesante no es tanto el “descubrimiento” sino el tiempo que estuvo en vigencia con el encubrimiento consiguiente de todos los que pasaron por la gestión institucional. Y sigue diciendo: “encontramos que el contrabando es una constante (...) Existe una desarticulación a propósito del esquema de funcionamiento interno de la Aduana (...) sobre una planta de personal de 4.700 personas, 2.400 están sumariadas por diversas irregularidades y muchas de ellas con causas penales (...) No funcionan las balanzas y los controles que certifican los pesajes no existen (...) Uno de los grandes problemas para el control de los delitos aduaneros es la propia Aduana”²⁷.

¿Qué sería de la política sin sus vínculos con las ilegalidades en los diversos ámbitos donde obtiene un financiamiento paralelo?²⁸ Todo aquel que entra a formar parte de alguno de estos ámbitos debe adecuarse y adaptarse a las particulares reglas del juego y orientar gran parte de sus acciones a las relaciones sociales tejidas conforme a tales reglas del juego y a los lazos sociales que caracterizan a esas instituciones²⁹.

27. En suplemento “Cash” de *Página/12*, 13 de julio de 2003. En la Provincia de Santa Fe la División Policial de Asuntos Internos está sumariando por sospechas de haber cometido un delito a 3.480 (uno de cada tres) policías. Investigación de M. Sozzo, G. González, L. Corti, R. Tavella, V. Aimar, A. Montero, G. Taleb y V. Ferreccio. “Más allá de la disciplina policial”, en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales* n° 14. Buenos Aires, 2000.

28. La Cámara de Diputados, en el medio de las aprobaciones por la política de privatizaciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, de Aerolíneas Argentinas, de Yacimiento Carboníferos Fiscales, de la Flota Mercante del Estado, y de otros organismos nacionales durante el Gobierno de Carlos Menem, se negó a aprobar la ley de patentes medicinales que reclamaban los laboratorios extranjeros; esta incongruencia política de los legisladores y del gobierno es explicable, como en Italia, ya que se afirma que los laboratorios nacionales privados son una fuente de financiamiento paralelo de la política.

29. “Adaproc”, una ONG de los auditores fue creada a principio de año. Como informó *Página/12* el 15 de junio de 2002, la entidad es presidida por Roberto Emilio Barraza, un cirujano especializado en ginecología y obstetricia que descubrió irregularidades en subsidios otorgados a varias obras sociales donde estaban en juego cerca de seis millones de dólares a través de la Administración de Programas Especiales, un organismo descentralizado del Mi-

Un espacio institucional clásico donde los “poderes ocultos” se manifiestan para lograr beneficios como por ejemplo la inmunidad para la evasión fiscal es el Congreso de la Nación; ahí es donde logran leyes que reducen o permiten grandes negocios o facilitan la evasión impositiva y para ello la compra de voluntades de los llamados representantes del pueblo. ¿Cómo se puede omitir o ignorar en la reflexión académica de las ciencias sociales que “los interesados” dedican sumas de dinero, facilidades de créditos, regalos, viajes turísticos, donaciones a familiares entre otros medios para comprar la voluntad de congresistas que tienen que decidir leyes tributarias? ¿Qué lo puede impedir? Cuando los congresistas sancionan leyes que permiten o eximen de tales impuestos convierten casos de “evasión ilegal” en evasión legal³⁰ pero en tal situación el delito original es la corrupción o soborno de los diputados. De la misma manera juegan las resoluciones internas de organismos tales como la Dirección General Impositiva que decide eximir de algún tributo a una empresa o dar por prescrita su deuda tributaria, o interpretar una ley a favor de la misma; de la misma manera las resoluciones del Banco Central que transforman en legal ilegalidades previas. Así la mayor parte de estas formas ilegales como la evasión fiscal es facilitada y hasta permitida por funcionarios que ejercen de “caballos de Troya” dentro del Estado y colocados por dichos “poderes ocultos” en la función pública. De acuerdo a esto se puede afirmar que en algún tramo de cualquier actividad empresarial –desde la forma de la adquisición de materia prima, o en el modo de elaboración del producto, o en la obtención anticipada de una decisión política que favorece el negocio, o en la influencia en la figura en que se generan las condiciones de una licitación o una compra del Estado, o en la disminución de la calidad o en la propaganda sobre ciertas cualidades inexistentes de un producto– se comete un acto ilegal. Esto vale para casi todos los negocios y empresas que tienen relación económica con el Estado y también en casi todos los negocios privados.

En el ámbito de la Administración Pública los legisladores y funcionarios dictan o ponen en ejecución ciertas leyes u omiten su cumplimiento, deciden las excepciones por medio de “circulares internas” del Banco Central, o por medio de circulares de la Dirección General Impositiva, de la

nisterio de Salud. En septiembre del año pasado denunció todo en la Oficina Anticorrupción, y al mes siguiente fue desplazado de su cargo de auditor médico interno de la Superintendencia de Servicios de Salud. A la abogada Elsa Virgolini Krey, vicepresidente de la institución, le dejaron sin efecto su designación como auditora en la Colonia Montes de Oca, después de que denunció contratos irregulares, y tuvo que volver a la actividad privada. Adapro patrocina a quienes estén dispuestos a denunciar actos corruptos, según reza su carta constitutiva.

30. Por ejemplo, la transferencia de activos al exterior sin pagar impuestos.

Dirección General de Aduanas, del Ministerio de Economía, del Ministerio del Interior, etc. resueltas por funcionarios involucrados (por acción u omisión) en diversas actividades ilegales; estos son los medios lícitos y técnicamente eficaces para la obtención de diversos beneficios privados que si bien se transforman en legales por medio de una norma dictada para ello tienen, obviamente, un origen ilegal. Por ejemplo la falta de control de la trasferencia de dinero a bancos “off shore” por parte de empresas radicadas en el país es conocido y los expertos hablan de no menos de cien mil millones de dólares transferidos a tales paraísos fiscales. Un ejemplo paradigmático de esto fue la decisión del Congreso de la Nación de derogar la Ley de Subversión Económica bajo la presión directa del Fondo Monetario Internacional y que algunos afamados juristas apoyaron con diversos argumentos que, si bien atendibles en cuanto a la defensa de las garantías en juicio, no trataron de remediar o remendar la ley sino que propugnaron su derogación lisa y llana, lo que es una muestra muy clara de la necesidad de garantizar la total impunidad de los negocios empresariales³¹.

Lo que muestran estos ejemplos es la realidad de la política penal, su subalternidad a la política y no al derecho penal. Si la Criminología es el basamento de la política criminal, lo ha sido en la medida en que también ella ha producido un discurso supuestamente científico, pero que muestra una parte de la realidad encubriendo otra parte. Entre ella y las instituciones penales con sus funcionarios constituyen las mediaciones que operan para la reproducción del sistema social en su conjunto. Al respecto la idea de “caja negra” como espacio social donde se producen las decisiones de política criminal tanto de represión como de tolerancia es buena en la medida que se tenga claro que en ella la esfera pública ha ido dejando más lugar a la esfera privada por la preeminencia del mercado y por lo tanto tal “caja negra” funciona como una caja compensadora pero sólo de los intereses o dentro de la esfera privada. Por lo tanto puede afirmarse que lo más importante de la política penal es la tolerancia que permite más que lo que prohíbe, en suma la inmunidad de los poderosos y la impunidad en el caso de que sean inculpinados. Como dice Foucault, la burguesía se ha reservado la esfera del ilegalismo de los derechos, que discute en sede civil o administrativa y la sede penal la deja para los delitos de los pobres y los débiles sociales: “todo dispositivo legislativo ha organizado espacios protegidos y aprovechables en los que la ley puede ser violada, otros en los que puede ser ignorada y otros, en fin, en los que las infracciones se sancionarán”³².

31. La ley de Subversión Económica inculpinaba a aquellos que producían daños en la economía nacional por medio de maniobras fraudulentas.

32. Michel Foucault. *Vigilar y Castigar*. México, Editorial Siglo XXI, varias ediciones, página 87.

Pero si bien esto puede considerarse un fenómeno sociológico, lo que apunto a sostener, a diferencia de la mayoría de los trabajos sobre el delito, la desviación y las ilegalidades, es que el lazo social que construye la ilegalidad lejos de diluir o deteriorar el lazo social de la solidaridad orgánica que identificaba Durkheim con el derecho, comercial-civil-administrativo, convive con él y hasta podríamos decir que construye otros lazos tan fuertes “societalmente” como el mismo ordenamiento legal; así se explicarían los niveles de impunidad y de inmunidad de aquellos que participan o tienen expectativas de participar en los financiamientos empresariales o personales ilegales.

De tal manera, lo que estamos sosteniendo es la existencia estructural de “lazos sociales”, vínculos, eslabones de una cadena de ilegalidades que con regularidad y habitualidad integran innumerables personas cuyos comportamientos están “enlazados” y guiados, ya sea por acción u omisión hacia fines ilegales. En la sociedad existen innumerables lazos sociales además de la “división del trabajo” (familiares, corporativos, asociativos, económicos, religiosos, fraternales, virtuosos, comunitarios, de empatía, de enemistad, de afinidad espiritual, etc., etc.) que en conjunto dan la apariencia de unidad orgánica a la sociedad, pero lo que mantiene unida a la sociedad como un fin común, como elemento predominante son los lazos sociales signados por la ilegalidad para la supervivencia y reproducción material de los individuos.

Es cierto que al hablar de conductas ilegales o delitos es necesario distinguir a su interior una variedad de conductas, pero su característica definitoria es que se trata de la violación de una norma legal dictada por el Estado y que conlleva la amenaza de castigo. Esta característica está presente en un gran número de comportamientos que el código penal identifica y que se cometen cotidianamente; la normativa los distingue según que las conductas prohibidas lo sean en relación a preservar a personas, a bienes privados, a bienes públicos, a la salud pública, etcétera, y en tal calificación distingue las características del o los victimarios, la variedad o gradación del uso de la violencia hacia personas o hacia cosas, y también por las consecuencias y daños sociales que producen. En este orden de ideas considero que “los delitos contra la Administración Pública”³³ (aquellos considerados contra el bien común) son los que establecen pa-

33. Estos delitos incluyen: abuso de autoridad, violación de los deberes de funcionario público, cohecho, corrupción, malversación de caudales públicos, negociaciones incompatibles con el ejercicio de funciones públicas, exacciones ilegales, enriquecimiento ilícito de funcionarios y empleados, prevaricato, testimonios falsos, encubrimiento, evasión fiscal, falsificación de documentos públicos, fraudes al comercio y la industria, asociación ilícita, etcétera.

radojalmente un lazo social que lejos de disolver “la sociedad” conviven con ella y de alguna manera solidifican grupos de personas que actúan a su interior. No estoy diciendo esto en relación a que al herir la conciencia colectiva la fortalecen al estilo de los planteamientos de Durkheim, sino que estas conductas son funcionales a la supervivencia del orden social realmente existente. No se trata de un juicio moral sino que se trata más de un análisis sociológico sobre las funciones que cumplen tales ilegalidades y por ello entender su sobrevivencia en la vida social. La verdadera explicación del por qué todas las campañas para moralizar la función pública y realizar una reforma política y moral han sido ineficaces es que la ilegalidad es un verdadero lazo social que guía o motiva innumerables acciones sociales.

Pero volvamos al “poder invisible”, como le llama Bobbio, que no está sujeto a la legalidad formal, que no es otra cosa que ese poder que se dirige tanto en el campo de la legalidad como en el de la ilegalidad, y que permanece en los márgenes del Estado, pero también dentro del Estado, en el Estado y con el Estado, que dispone no sólo de sicarios, sino de policías, de jueces, de funcionarios, de políticos, de comunicadores, y que siempre puede disponer de hombres armados, y sobre todo de apoyos institucionales, ya sean estos tanto públicos como privados, religiosos o seculares, y aun populares o capaces de movilizar grupos de pobres.

La importancia y la funcionalidad del delito, de la organización delictiva para la vida social en el marco del capitalismo también fue analizada por Daniel Bell³⁴ en *El fin de las ideologías* que les asigna un papel singular en el apoyo y el ascenso del partido Demócrata y en el triunfo del New Deal de Franklin D. Roosevelt: “las medidas básicas del New Deal que hoy todos los americanos concuerdan en admitir que fueron necesarias para el bien público, no habrían sido posibles sin el sostén de las ‘corrompidas’ máquinas de las gran ciudad”. La era rooseveltiana les permitió paulatinamente a los gangsters (en especial a los italianos que llegaron a América después de los judíos e irlandeses, y por ello con menos lugar para el ascenso social) abandonar la violencia de los años ‘20 y transformarse en señores más o menos respetables a partir de los ‘50. Bell denomina a este proceso como “el aburguesamiento del delito” porque en la era rooseveltiana se va produciendo lo que podría denominarse la concentración de la organización delictiva. Dice Bell: “hasta aquí hemos estado tratando el delito como una forma ‘desorganizada’ de ganancia ilegal. Las agresiones, los robos, los hurtos son habitualmente asuntos ‘aventureros’, cometidos esporádicamente por individuos o por bandas intermitentes. Pero la ‘gran fortuna’ del delito ha sido el intento de regularizar las ga-

34. Daniel Bell. *El fin de las ideologías*. Madrid, Editorial Tecnos, 1970.

nancias organizando un servicio para los deseos ilícitos y prohibiciones del público: prostitución, bebidas alcohólicas, juego e incluso los rackets industriales. Este es el delito como 'una de las formas de la vida americana'³⁵.

Claro que el estereotipo de la cotidianidad gangsteril de la década de los '20, y aún de los '30, ya no estaba presente en la vida norteamericana de finales de los '50 cuando Bell teorizaba acerca de que la "ola delictiva" que producía alarma social, aunque los sectores más conservadores la invocaban (la invocan siempre en verdad) para pedir por políticas penales más duras. La realización de la acumulación previa por medio del delito naturalizaba las grandes fortunas, las grandes empresas, los grandes negocios, y por ello más que una "ola de crímenes" era una "ola de información" sobre el crimen³⁶.

Pero creo que la pregunta sobre las funciones del delito, por ejemplo la corrupción, sigue abriendo interrogantes y Jean Baudrillard, en una entrevista decía "moralmente se reprueba pero interiormente hay un goce del espectáculo de la corrupción. Si la corrupción tuviera un sentido a nivel de las responsabilidades, los dirigentes deberían ser expulsados. Casi la mitad de la clase política debería desaparecer. Pero eso no sucede".

Querría hacer finalmente una advertencia metodológica, en el sentido que no creo que se pueda conceptualizar este poder invisible, como *El Poder*: se trata de una compleja red social de interacciones (Foucault advertía sobre "las redes del poder" y Baudrillard le llamaba "la red paralela"), estrategias comunes, realimentaciones y circulaciones, intercambios, necesidades reales o suntuarias, deseos, crueldades y beneficencia, lealtades mafiosas y lealtades ideológicas, y también y quizás sobre todo lealtades y alineamientos sociales; en suma, la imagen de una red y no la de una verticalidad o de una soberanía o de un vértice de una pirámide.

Hace casi cien años, Pareto realizaba un lúcido y descarnado análisis de la democracia (realmente existente): "Tenemos ahora, bajo una forma distinta, una nueva feudalidad que, en parte, reproduce la sustancia de la antigua. En esos tiempos, los señores congregaban a sus vasallos para hacer la guerra, y, si obtenían la victoria, los recompensaban con el botín. Hoy los políticos y los líderes sindicales actúan del mismo modo y congregan a sus tropas para las elecciones, a los efectos de llevar a cabo actos de violencia contra sus adversarios y obtener de tal modo beneficios que los

35. *Ibidem*, página 209.

36. *Idem*, página 192. Una muestra del poder del delito organizado que cuenta Daniel Bell fue cuando en 1942 se rompió el servicio telegráfico estadounidense, mediante el cual se transmitían las carreras de caballos a todo el país. La organización clandestina del juego tardó 15 minutos en arreglarlo para proseguir con sus actividades mientras que el IV Ejército, responsable de la Costa Occidental, tardó tres horas en reanudarlo. Véase página 166.

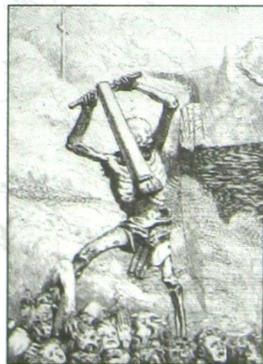
vencedores disfrutan (...) Los privilegios que gozaban en aquellos tiempos los nobles se reflejan en los privilegios judiciales, fiscales y otros que los diputados gozan ahora y, en pequeña pero no desdeñable medida, también sus electores, si pertenecen al bando gubernamental". Estas páginas de Pareto citadas por Giulio Sapelli³⁷ son iluminadoras para el enfoque sociológico del fenómeno de la corrupción política en su forma histórica concreta a partir de una concepción de la sociedad y de las formas políticas que la gobiernan. La insistencia de Pareto sobre la prolongación de rasgos de una sociedad corporativa (y hasta feudal) en el sistema político-democrático abre interrogantes sobre las causas y remedios del fenómeno: en suma la incumplida promesa de la Modernidad de disolver los poderes ocultos en la sociedad civil. En este sentido el sistema penal está supeditado en la realidad a la misma realidad a la que está sometida la vida democrática. Sólo queda la apelación a la virtud, aquel valor espiritual siempre a mano para invocar pero siempre lejano de objetivar en la función pública.

Las ciencias sociales tienen así una importante tarea por delante en revertir su modelo organicista y contribuir a un diagnóstico sobre las relaciones sociales realmente existentes en el orden social.

37. Giulio Sapelli. *Cleptocracia. El mecanismo único de la corrupción entre economía y política*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1998, página 75.

¿Qué es un imperio?

Hubo un tiempo en que el mundo estaba rebanado en dos mitades simétricas, que se medían entre sí y combatían por la supremacía. Es un tiempo ya extinto. Cuando la "guerra fría" culminó con el triunfo de uno sólo de los combatientes, ese gladiador imperial exigió ser respetado y obedecido, e incluso deseado. Pero las facetas y sustancia que lo constituyen ha sido motivo de intensa discusión en los últimos años a partir de la publicación de Imperio, de Toni Negri y Michel Hardt. La importancia de este libro no puede ser menospreciada, pues es un síntoma positivo revelador de que la caminata por el desierto del pensamiento de izquierda ya llega a su fin. Justamente, por así considerarlo, Ernesto Laclau aporta una serie de señalamientos y argumentaciones sobre Imperio, motivadas por la idea de política, que el filósofo argentino utiliza a modo de prisma crítico.





¿Puede la inmanencia explicar las luchas sociales?*

Crítica a Imperio

Ernesto Laclau

En una reciente entrevista¹, Jacques Rancière contrapone su noción de “pueblo” (*peuple*)² a la categoría de “multitud” que utilizan los autores de *Imperio*. Como se sabe, Rancière establece una distinción entre *policia* [*police*] y *política* [*politique*], según la cual la primera designa la lógica de cuantificar y asignar la población a lugares diferentes, mientras que la segunda alude a la subversión de esa lógica diferencial por medio de la constitución de un discurso igualitario que pone en tela de juicio las identidades estableci-

* Publicado como *Can immanence explain social struggles?*, en Ernesto Laclau, Michael Hardt and Antonio Negri. *Empire*. Cambridge (Massachusetts) y London, Harvard University Press, 2000.

1. “Peuple ou multitudes: question d’Eric Alliez à Jacques Rancière”, en revista *Multitudes* n° 9. Mayo-Junio de 2002, páginas 95-100.

2. Jacques Rancière. *La Mésentente*. Paris, Galilée, 1995.

das. El “pueblo” es el sujeto específico de la política y presupone una división categórica en el cuerpo social que no puede ser reconducida a forma alguna de unidad inmanente. La línea de *Imperio*, en cambio, hace de la inmanencia su categoría central y el fundamento de la unidad de la multitud.

Conviene describir las líneas principales de la crítica que desarrolla Rancière porque en ellas encontramos un buen punto de partida para lo que tenemos que decir respecto del libro que estamos comentando. Según Rancière, el inmanentismo de Hardt y Negri estaría vinculado con su ética nietzscheana/deleuziana de la afirmación, que suprime toda dimensión reactiva o negativa. *Imperio* pertenecería, en ese sentido, a la tradición de la filosofía política moderna, que es profundamente metapolítica: “el núcleo de la metapolítica consiste en reconducir los precarios artificios de la escena política a la verdad de un poder inmanente que organiza a los seres de una comunidad e identifica la verdadera comunidad con la operación aprehendida y sensible de esta verdad”³. Del rechazo que Negri y Hardt hacen de toda negatividad inherente a los sujetos políticos se concluye que el poder inherente a la multitud debe tener necesariamente un carácter disruptivo, alojado en todo estado de dominación como su contenido definitivo, un contenido destinado a destruir todas las barreras. “Las ‘multitudes’ tienen que ser un contenido cuyo continente es el Imperio”⁴. Las fuerzas disruptivas que operan a través de un movimiento puramente inmanente son las que la teoría marxista denominaba ‘fuerzas productivas’ y, según Rancière, debería haber una estricta homología entre el lugar de las fuerzas productivas y aquél donde –como se describe en *Imperio*– actúan las multitudes. Rancière señala que las fuerzas productivas no necesariamente deberían ser interpretadas en un sentido productivista limitado: desde el riguroso economicismo del marxismo clásico, ha habido una constante ampliación del concepto hasta llegar a los recientes intentos para incluir en él el conjunto de facultades intelectuales y científicas, pasando por el intento leninista de suplirlas, a través de la intervención política, con un rol que las fuerzas productivas se negaban a realizar.

Creo que Rancière enfatiza correctamente lo que a mi juicio constituye el factor principal de una serie de puntos débiles que aparecen en *Imperio*, entre ellos uno de carácter central: el hecho de que, dentro de su entramado teórico, la política se torna impensable. De manera que voy a partir de una discusión de su noción de la inmanencia para abordar luego una serie de aspectos políticos y teóricos del libro.

Empecemos con el análisis que hacen los autores de los orígenes de la modernidad europea. Mientras que habitualmente se insiste en el proce-

3. “Peuple ou multitude...”. *Op. cit.*, página 96.

4. *Op. cit.*, página 97.

so de secularización, este proceso constituiría “en nuestra opinión... apenas un síntoma del acontecimiento primordial de la modernidad: la afirmación de los poderes de *este* mundo, el descubrimiento del plano de la immanencia. “Omne eus habet aliquod esse proprium” –cada entidad posee una esencia singular. La aseveración de Duns Escoto subvierte la concepción medieval del ser como un objeto de afirmación analógica y por lo tanto dualista –un ser con un pie en este mundo y el otro en una esfera trascendental”⁵. La insistencia de Duns Escoto en la singularidad del ser podría haber puesto en movimiento una afirmación de la immanencia que los autores describen como un proceso cuyos nombres representativos serían Nicolás de Cusa, Pico della Mirandola y Bovillus –se cita además a Bacon y Occam– y cuya culminación es la figura de Spinoza. “Cuando llegamos a Spinoza, el horizonte de la immanencia y el horizonte del orden político democrático coinciden completamente. Es en el plano de la immanencia donde hacen efectivos los poderes de la singularidad y donde se determina histórica, técnica y políticamente la verdad de la nueva humanidad. Por este mismo hecho, dado que no puede haber mediación exterior alguna, lo singular es presentado como la multitud”⁶. Pero la Revolución entró en dificultades. Le llegó su Termidor, y de todo ello derivó la Guerra de los Treinta Años, hasta que la necesidad de restablecer la paz acarrió la derrota de las fuerzas del progreso y la instauración del absolutismo.

Lo primero que llama la atención en este análisis es que nos ofrece un relato truncado, ya que la aseveración de un inmanentismo radical no se inicia, como parecen creerlo Hardt y Negri, en la época de Duns Escoto, sino mucho antes, durante el renacimiento carolingio –más precisamente con *De Divisione Naturae* de Escoto Erigena. Y su formulación inicial nada tenía que ver con el secularismo, puesto que era una respuesta a una serie de problemas estrictamente teológicos. El esfuerzo por remontarse a tales orígenes no obedece a un escrúpulo puramente erudito; por el contrario, la necesidad de clarificar el contexto de alternativas teológicas –de las que el inmanentismo era apenas una– está directamente relacionada con los problemas políticos que se debaten en la actualidad. La cuestión teológica original –que ocupó la mente de un pensador de la talla de San Agustín, entre otros– consistía en determinar cómo podría llegar a compatibilizarse la existencia terrenal del mal con la omnipotencia divina. Si Dios es responsable del mal, no puede ser el depositario de la bondad absoluta, pero si no es responsable del mal, no es todopoderoso. El inmanentismo, ya en sus primeras formulaciones, constituye una respuesta a esta

5. *Op. cit.*, página 71.

6. *Op. cit.*, página 73.

cuestión. Según Erigena, el mal no existe realmente porque lo que llamamos "mal" son etapas necesarias que Dios debe atravesar para alcanzar su divina perfección. Pero esto es obviamente imposible, a menos que Dios sea, de alguna manera, inherente al mundo.

A partir de ese momento, el inmanentismo tuvo una larga trayectoria en el pensamiento occidental. Está muy presente en el misticismo septentrional y en algunos de los autores citados en *Imperio*, como Nicolás de Cusa y Spinoza, y llega a su máxima expresión con Hegel y Marx. La astucia de la razón en Hegel sigue estrechamente el argumento que Erigena formulara mil años antes. Como lo sostiene en su *Filosofía de la Historia*, la historia universal no es el terreno de la felicidad. Y la versión marxista apenas si difiere de esa visión: la sociedad debía superar al comunismo primitivo y atravesar todo el infierno de la división de clases para llegar a desarrollar las fuerzas productivas de la humanidad, y es sólo al término de ese proceso, en un comunismo plenamente desarrollado, que la racionalidad de todo este sufrimiento se torna visible⁷.

Pero lo verdaderamente importante en relación a estos debates teológicos son las otras alternativas que existen si *no se sigue* la ruta inmanentista. Porque, en ese caso, el mal no es la manifestación de una racionalidad subyacente que lo explica, sino un hecho crudo e irreductible. Dado que el abismo que separa al bien del mal es estrictamente constitutivo y que no hay fundamento para reducir a su desarrollo inmanente la totalidad de lo que existe, hay un elemento de negatividad que no puede eliminarse ni a través de una mediación dialéctica, ni de una afirmación nietzscheana. No estamos muy alejados aquí de las alternativas aludidas por Rancière en su entrevista. (Tengamos en cuenta que, estrictamente hablando, la categoría de *exceso* no es incompatible con la noción de una negatividad no-dialéctica que estamos proponiendo. Es sólo si tratamos de combinar el exceso con la inmanencia que el giro no-político que vamos a analizar será inevitable).

Del mismo modo que; con la modernidad, la inmanencia dejó de ser un concepto teológico y se hizo plenamente secularizado, la noción religiosa del mal se convierte, con las transformaciones modernas, en el núcleo de lo que podemos llamar "el antagonismo social". Lo que el último retiene del primero es la noción de una disyuntiva radical –radical en el sentido que no puede ser reabsorbida por ninguna objetividad más profunda que reduzca los términos del antagonismo a momentos de su propio movimiento interno– por ejemplo, el desarrollo de fuerzas productivas o cualquier otra forma de inmanencia. En este punto, sostengo que

7. He analizado con mayor detalle estas cuestiones en mi ensayo "Más allá de la emancipación", en *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Editorial Ariel, 1996.

sólo mediante la aceptación de una tal noción de antagonismo –y de su corolario, que es la división social radical– confrontamos formas de acción social que pueden ser consideradas verdaderamente *políticas*. ¿Por qué? Para contestar a esta pregunta me detendré en un texto temprano de Marx que he analizado exhaustivamente en otro lugar⁸. En él, Marx contrapone una revolución puramente humana a una meramente política. El rasgo distintivo reside en que, en la primera, emerge un sujeto *universal* en y por sí mismo. En palabras de Marx: “Al proclamar *la disolución del orden mundial vigente hasta ese momento*, el proletariado se limita a enunciar *el secreto de su propia existencia*, puesto que él *es* la disolución de ese orden mundial”. Para decirlo en términos más familiares a Hardt y Negri: la universalidad del proletariado depende enteramente de su *inmanencia* dentro de un orden social objetivo que es enteramente producto del capitalismo, el cual es, a su vez, un momento del desarrollo universal de las fuerzas productivas. Pero, precisamente por esta razón, la universalidad del sujeto revolucionario implica el fin de la política, por ejemplo del marchitamiento del decadencia del Estado y de la transición (de acuerdo con la divisa sansimoniana adoptada por el marxismo) del gobierno de los hombres a la administración de las cosas.

En cuanto a la segunda revolución –la política– su rasgo distintivo es, para Marx, una asimetría esencial: la que existe entre la universalidad de la tarea y el particularismo del agente que la lleve a cabo. Marx describe esta asimetría en términos inequívocos: un determinado régimen es percibido como un sistema de opresión universal, lo cual permite a la particular fuerza social capacitada para dirigir la lucha contra él presentarse como liberadora universal, universalizando de ese modo sus objetivos particulares. Y es aquí donde encontramos la verdadera línea teórica divisoria de aguas de los análisis contemporáneos: *o bien* afirmamos la posibilidad de una universalidad que no esté políticamente construida ni mediada, *o bien* afirmamos que toda universalidad es precaria y depende de una construcción histórica hecha en base a elementos heterogéneos. Hardt y Negri aceptan la primera alternativa sin hesitar. Pero si, inversamente, aceptamos la segunda, nos encontraremos en los umbrales de la concepción gramsciana de la hegemonía. (Y Gramsci es otro pensador por el cual Hardt y Negri, comprensiblemente –dadas las premisas en que ellos se fundan– muestran escasa simpatía).

8. En mi ensayo “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, páginas 49 a 95. El texto de Marx al que me refiero es “Contribution to the Critique of Hegel’s Philosophy of Law. Introduction”, en *Collected Works* de Karl Marx y Friedrich Engels. Tomo 3. London, Lawrence and Wishart, 1975, páginas 186 a 187.

Es interesante analizar las conclusiones que *Imperio* extrae de su enfoque de la inmanencia. Hay un sujeto histórico real de lo que ellos conciben como la realización de una plena inmanencia: es lo que ellos llaman “multitud”. La plena realización de la inmanencia de la multitud sería la eliminación de toda trascendencia. Esto sólo puede aceptarse, por supuesto, si no se pone en duda el postulado de la homogeneidad y unidad de la multitud como agente histórico, tema éste que pronto vamos a retomar. Pero algunos de los resultados de esta rigurosa oposición entre la inmanencia y la trascendencia pueden ser percibidos rápidamente. Veamos cómo abordan la cuestión de la soberanía. Para ellos, la soberanía política moderna –bien arraigada en la tendencia contrarrevolucionaria de la segunda modernidad– se reduce a la tentativa de construir un aparato político trascendente. “La soberanía se define tanto por la *trascendencia* como por la *representación*, dos conceptos que el humanismo postulaba como contradictorios. Por un lado, la trascendencia del soberano no se funda en un soporte teológico exterior, sino tan sólo en la lógica inmanente de las relaciones humanas. Por el otro lado, la representación que funciona para legitimar este poder soberano también lo enajena por completo de la multitud de los sujetos... Aquí (en Bođino y Hobbes) el concepto de la soberanía moderna se origina en su estado de pureza trascendental. El contrato de asociación es intrínseco e inseparable del contrato de dominación”⁹.

De manera que la soberanía era un aparato esencialmente represivo que trataba de impedir el surgimiento democrático de una multitud indefinida. ¡Qué bella fábula! Cualquiera que esté familiarizado con la moderna teoría de la soberanía sabe perfectamente que su puesta en práctica requirió un proceso mucho más complicado que el cuento que nos relatan Hardt y Negri. En primer lugar, la multitud de que nos hablan es una elaboración puramente caprichosa. Lo que existía a principios de la modernidad era una sociedad estamental, profundamente fragmentada y de ninguna manera encaminada hacia la construcción de un sujeto político unificado y capaz de establecer un orden social alternativo. La soberanía monárquica se estableció a través de una lucha librada en un doble frente: contra los poderes universalistas –la Iglesia y el Imperio– y contra los poderes feudales locales. Y muchos de los sectores sociales que comenzaron a emerger –sobre todo, la burguesía– fueron la base social que posibilitó el surgimiento de la soberanía monárquica. Es incontestable que la transferencia de control de numerosas esferas sociales a los nuevos estados sociales se encuentra en la raíz de las nuevas formas de biopoder, pe-

9. Toni Negri y Michel Hardt. *Empire*. Cambridge, Massachussets, Harvard University Press, 2000, página 84.

ro la alternativa a ese proceso no fue el poder autónomo de una multitud hipotética, sino la continuación de la fragmentación feudal. Más aún: sólo cuando este proceso de centralización traspuso un determinado límite empezó a surgir algo parecido a una multitud unitaria mediante la transferencia de la soberanía del monarca hacia el pueblo.

Esto nos conduce al segundo aspecto de la dicotomía de Hardt y Negri: la cuestión de la representación. ¿Cuáles son las condiciones para la eliminación de cualquier forma de representación? Evidentemente, la eliminación de cualquier forma de asimetría entre los sujetos políticos y la comunidad como un todo. Si la *volonté générale* es la voluntad de un sujeto cuyos límites coinciden con los de la comunidad, no hace falta relación alguna de representación, pero tampoco una continuidad de la política como actividad pertinente. He ahí por qué, como dijimos antes, la emergencia de una clase universal anunció, para el marxismo, la decadencia del Estado. Pero, si tenemos una sociedad dividida internamente, la voluntad de la comunidad como un todo deberá ser construida *políticamente* a partir de una diversidad –constitutiva– primaria. En ese caso, la *volonté générale* requiere de la representación como su terreno fundamental de emergencia. Esto significa que cualquier “multitud” se construye a través de la acción política, lo cual presupone la existencia de antagonismo y hegemonía.

La razón por la cual Hardt y Negri ni siquiera se plantean esta pregunta reside en que, para ellos, la unidad de la multitud proviene de la agregación espontánea de una pluralidad de acciones que no necesitan de una articulación entre ellas mismas. En sus palabras: “Si estos puntos llegaran a constituir algo parecido a un nuevo ciclo de luchas, se trataría de un ciclo definido no por la extensión comunicativa de tales luchas, sino más bien por su emergencia singular y por la intensidad que caracterizara a cada una de ellas. En suma, esta nueva fase se define por el hecho de que estas luchas no están vinculadas horizontalmente, sino porque cada una experimenta impulsos verticales, directamente dirigidos al centro virtual del Imperio”¹⁰.

No podemos evitar cierta dificultad en comprender cómo puede ser que una entidad carente de límites (“El concepto de Imperio se caracteriza fundamentalmente por una falta de límites: el dominio imperial no tiene límites”¹¹) pueda sin embargo poseer un centro virtual. Pero dejémoslo pasar. De todas maneras, lo que se nos dice es: 1) que un conjunto de luchas inconexas tiende, por algún tipo de *coincidentia oppositorum* a converger en su asalto sobre un supuesto centro; 2) que, a pesar de su diver-

10. *Op. cit.*, página XIV.

11. *Op. cit.*, página 210.

sidad, sin ningún tipo de intervención política, estas luchas tenderán a unirse entre sí; 3) que nunca podrán tener objetivos que sean incompatibles entre sí. No hace falta mucho esfuerzo para advertir que estos supuestos adolecen de un alto grado de irrealidad, para decirlo con moderación, y entran en colisión con la más elemental evidencia de la escena internacional, que expone una proliferación de actores sociales que luchan entre sí por una amplia gama de motivos religiosos, étnicos o raciales. Tampoco le ha ido muy bien al supuesto de que el imperialismo ha concluido (“*Los Estados Unidos –ni, por cierto, ningún estado-nación– no pueden hoy en día erigirse en el centro de un proyecto imperialista. Ninguna nación será líder mundial del modo en que lo fueron alguna vez las modernas naciones europeas*”), como fácilmente podrá advertirlo cualquiera que observe lo que ocurre en el mundo desde el 11 de septiembre. Lo que falta por completo en *Imperio* es una teoría de la *articulación*, sin la cual la política es impensable.

Esta brecha en su razonamiento se hace particularmente evidente si analizamos cómo aborda *Imperio* la distinción entre la táctica y la estrategia. Para nuestros autores, esa distinción se desmorona, aunque es evidente que las luchas autónomas pertenecen a la esfera de la táctica antes que al cálculo estratégico. Quiero ser muy preciso en este aspecto de mi crítica porque también creo –aunque por razones diferentes de las que esgrimen Hardt y Negri– que no podemos seguir aceptando la distinción entre táctica y estrategia heredada de la tradición socialista. El socialismo clásico establecía una clara diferenciación entre ambas, así como una rigurosa subordinación de la táctica a la estrategia. Y uno de los supuestos básicos de esa concepción era que la identidad de clase de los actores estratégicos permanecía inmodificada durante todo el proceso político. Para Kautsky, la estricta identidad de clase trabajadora de los actores socialistas constituía un dogma fundamental. Para Lenin, las alianzas de clase no transformaban las identidades de las fuerzas involucradas (“golpear juntos y marchar separados”). Y para Trotsky la estrategia total de la revolución permanente sólo tiene sentido cuando el abordaje de tareas democráticas por la clase trabajadora no contamina los objetivos ni la naturaleza de ésta.

Y es justamente este supuesto, en mi opinión, el que debe ser puesto en tela de juicio, pues la actual proliferación de una pluralidad de identidades y puntos de ruptura hace que los sujetos de la acción política se vuelvan esencialmente inestables, lo cual imposibilita un cálculo estratégico que abarque largos períodos históricos. Esto no quiere decir que la noción de estrategia haya llegado a ser totalmente obsoleta, pero sí, decididamente, que las estrategias deben ser de corto plazo y que las diversas tácticas deben ser más autónomas. Lo que es evidente, de todos modos, es que esta situación coloca en una posición cada vez más central el momento de la articulación política, el momento, justamente, que no figura para

nada en los análisis de Hardt y Negri, como consecuencia de su concepción de las luchas que convergen *espontáneamente* en su asalto a un centro sistémico.

Existe otro aspecto de la multitud, tal como la conciben Hardt y Negri, que debe ser considerado: su inherente nomadismo, que ellos explícitamente vinculan con los movimientos rizomáticos deleuzianos. Lo propio de la multitud es “estar en contra”: “Si algo podemos afirmar (de la multitud), en su nivel más básico y elemental, es *su voluntad de estar en contra*. Por lo general, esta voluntad no parece requerir muchas explicaciones. La resistencia a la autoridad es uno de los actos más naturales y saludables. A nosotros nos parece del todo obvio que aquellos que se encuentren sometidos y explotados se resistan y, cuando se den las condiciones necesarias para ello, se rebelen”¹². No obstante, hoy en día, la ubicuidad misma del Imperio –que ha dejado de ser un enemigo *externo*– dificultaría la identificación de aquellos a quienes la multitud se opone. La única solución sería ponerse en contra de todo, en todo lugar. El patrón principal de esta forma de lucha es la desertión. “Mientras en la era disciplinaria *el sabotaje* constituía la noción fundamental de la resistencia, en la era del control imperial puede serlo *la desertión*. En la modernidad, el estar en contra significó, con frecuencia, una oposición directa y/o dialéctica de fuerzas, en la postmodernidad, la forma más efectiva del estar en contra bien podría consistir en una postura oblicua o diagonal. Las batallas contra el Imperio podrían ganarse a través de la sustracción y la defección. Esta desertión carece de un lugar propio; es la evacuación de los lugares de poder”¹³.

Esta desertión adopta la forma de migraciones nómadas: el éxodo económico, intelectual y político crea una movilidad esencial, que es el nuevo patrón de la lucha de clases. La movilidad habría sido el terreno privilegiado del republicanismo desde los primeros tiempos modernos (los ejemplos que se mencionan son los Socianos del Renacimiento, las migraciones religiosas transatlánticas del siglo XVII, la agitación de los Wobblies (IWW: Industrial Workers of the World) en los Estados Unidos hacia la década del ‘10 y de los autonomistas europeos hacia los ‘70). Estos actores nómadas son los nuevos bárbaros. Pero el concepto de migración puede expandirse más aún: no es sólo cuestión de migraciones físicas, en un sentido literal, sino también en un sentido figurado: la transformación de los cuerpos puede también considerarse como un *anthropological exodus*. “Sin ninguna duda, **necesitamos** cambiar nuestros cuerpos y a nosotros mismos, y quizás de un modo mucho más radical que el que imaginan los au-

12. *Op. cit.*, página 212.

13. *Op. cit.*, página 216.

tores ciberpunk. En nuestro mundo contemporáneo, las hoy comunes mutaciones estéticas del cuerpo, tales como el piercing y los tatuajes, la moda punk y sus diversas imitaciones, son todas ellas signos iniciales de estas transformaciones corpóreas, pero en última instancia no se aproximan siquiera al tipo de mutación radical que se necesita aquí. La voluntad de estar en contra necesita de un cuerpo que sea completamente incapaz de someterse a ordenes, de adaptarse a la vida familiar, a la disciplina laboral, a la normativa de la vida sexual tradicional, y así sucesivamente”¹⁴. Desde este punto de vista, los proletarios del siglo XIX podrían considerarse como nómadas, ya que, aunque no se desplazaran geográficamente, “su creatividad y productividad definen migraciones corpóreas y ontológicas”¹⁵.

¿Cuáles son las dificultades que acarrea esta visión más bien triunfalista? Varias. En primer lugar, la afirmación de que “la voluntad de estar en contra no parece requerir mayores explicaciones” es una mera manifestación de deseos. Aquí, la alternativa es clara: o bien la resistencia a la opresión constituye un cierto tipo de mecanismo natural y automático que se pondrá espontáneamente en funcionamiento, sean cuales fueren las circunstancias, o bien se trata de una compleja construcción social cuyas condiciones de posibilidad son exteriores a ella misma. Para mí, la segunda respuesta es la correcta. La capacidad y voluntad de resistencia no son un regalo del cielo, sino que requieren una serie de transformaciones subjetivas que sólo derivan de las propias luchas y *que no necesariamente se producen, llegado el caso*. Lo que falta en *Imperio* es alguna teoría coherente de la subjetividad política (el psicoanálisis, por ejemplo, no es mencionado en ninguna parte). En gran medida por este motivo, la entera noción de-estar-en-contra no resiste el menor análisis. Es fácil advertir el papel que desempeña en la economía argumental de Hardt y Negri: si uno está “en contra” sin definir al enemigo, la idea de que las luchas contra el Imperio deberían desencadenarse en todos lados encuentra su justificación (v. además, tenemos la garantía de que las luchas verticales confluirían alrededor de un solo objetivo, sin necesidad alguna de articularse horizontalmente entre sí). Desgraciadamente, las luchas sociales no se ajustan a pautas tan sencillas. Toda lucha es la lucha de determinados actores sociales que persiguen determinados objetivos y nada garantiza que estos objetivos no entren en conflicto entre sí. Y si bien podemos aceptar que no se puede alcanzar una transformación histórica global a menos que el particularismo de las luchas sea superado y se constituya una “voluntad colectiva” más abarcativa, para ello se hace necesaria la puesta en marcha de lo que en nuestro trabajo hemos denominado *la lógica de la equivalencia*, que

14. *Op. cit.*, página 217.

15. *Op. cit.*, página 399.

implica actos de articulación política, precisamente la vinculación horizontal que Hardt y Negri desechan. Una vez más, el “estar-en-contra” es un claro indicador de la tendencia antipolítica de *Imperio*.

Finalmente, la noción de “éxodo antropológico” es apenas algo más que una metáfora abusiva. El papel asignado a la emigración ya es extremadamente problemático. Es cierto que los autores reconocen que la miseria y la explotación podrían ser determinantes en cuanto a la voluntad del pueblo de atravesar las fronteras, pero este elemento de negatividad es inmediatamente subordinado a una voluntad afirmativa de emigrar que, básicamente, crea la posibilidad de un sujeto emancipatorio. No es necesario decir que esta concepción marcial del proceso migratorio no corresponde a ninguna realidad: las razones que asisten a diversos grupos para emigrar son muy distintas y no se agrupan alrededor de ninguna cruzada anti-Imperio. Pero cuando se nos dice que la rebelión contra la vida familiar o el desarrollo de las capacidades proletarias en el siglo XIX deben también ser concebidos como actos migratorios, la noción de migración pierde toda especificidad: para bien o para mal, cualquier tipo de cambio histórico podría concebirse como una migración. Una buena metáfora es aquella que, a través de la analogía, revela un aspecto de la realidad oculto hasta ese momento, pero eso difícilmente ocurra en este caso.

Es recién hacia el final de su libro que los autores enfocan, en alguna medida, la cuestión que hemos venido planteando a lo largo de esta nota: la de la articulación política. Veamos qué dicen al respecto: “¿Cómo pueden llegar a ser políticas las acciones de la multitud? ¿Cómo puede ésta organizar y concentrar sus energías contra la represión y las incesantes segmentaciones territoriales del Imperio? La única respuesta que podemos dar a estas preguntas es que la acción de la multitud se torna política básicamente cuando empieza a enfrentarse directamente y con un grado adecuado de conciencia contra las operaciones represivas del Imperio. Se trata de reconocer y oponer resistencia a las iniciativas imperiales e impedirles que restablezcan continuamente el orden; se trata de atravesar y superar los límites y segmentaciones impuestos a los nuevos poderes organizacionales del trabajo; se trata de aunar estas experiencias de resistencia y de esgrimir las concertadamente contra los centros nerviosos del comando imperial”¹⁶.

Pero, ¿cómo se podrá “aunar estas experiencias de resistencia y esgrimir las concertadamente”?

Los propios Hardt y Negri afirman que nada pueden decir sobre las formas específicas y concretas de esta articulación política, aunque no por eso dejan de formular “un programa político para la multitud global” or-

16. *Op. cit.*, pág. 399.

ganizado en torno a tres exigencias fundamentales: el reclamo de una ciudadanía global (para que se admita la movilidad de la fuerza trabajadora en las actuales condiciones del capitalismo y el segmento poblacional de los *sans papiers* [indocumentados] pueda acceder a un pleno estado de ciudadanía); el derecho al goce de un salario social (para que se garantice un ingreso a todo el mundo); el derecho a la reapropiación (para que se instaure la propiedad social de los medios de producción).

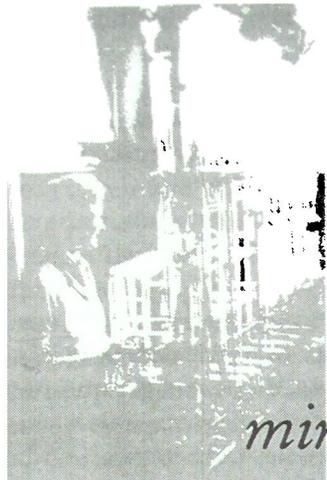
Sólo puedo decir que no estoy en desacuerdo con ninguna de estas demandas –aunque sin duda no equivalgan a un programa político integral– pero lo que parece extraño, después de todo un análisis centrado en la necesidad de atacar en todos los frentes desde una posición de confrontación total con el actual sistema imperial, es que estos tres objetivos políticos se formulen en un lenguaje de *demandas y derechos*. Porque tanto las demandas como los derechos, en efecto, deben ser *reconocidos*, y la instancia cuyo reconocimiento se solicita *no puede estar* en una relación de total exterioridad con respecto a los reclamos sociales. Cada una de estas tres demandas, para poder ser satisfechas, requiere consideraciones estratégicas sobre cambios en la estructura del Estado, autonomización de ciertas esferas, alianzas políticas e incorporación en la arena histórica de sectores sociales previamente excluidos. Vale decir que estamos en el terreno de lo que Gramsci llamaba “guerra de posición”. Pero este juego político es estrictamente incompatible con la noción de una pluralidad de luchas verticales inconexas que apuntan todas ellas –mediante no sabemos qué mecanismo– a un supuesto centro virtual del Imperio. Quizás la incoherencia fundamental del libro que estamos comentando es que, mientras propone fragmentos de un programa político perfectamente aceptable, sus condiciones de realización son denegadas por las categorías teóricas y estratégicas centrales en las que se basa el análisis. Las multitudes nunca son espontáneamente multitudinarias; sólo pueden llegar a serlo a través de la acción política.

TRADUCCIÓN DE MIGUEL CAÑADAS

Ciencia y mujer

¿Es la mujer el “negro” de la ciencia? O mejor, ¿existe una sensibilidad femenina que trata los problemas, acontecimientos e ideas de un modo propio? ¿Podría la mirada de la mujer, tanto como su escritura, reorganizar, e incluso redimir, el destino del proyecto científico moderno? La relación entre ciencia y mujer es un tema aún desconocido y, cabe sospecharlo, negado, a pesar de que hace ya cuatro décadas que el pensamiento feminista –una de las pocas revoluciones auténticas del siglo XX– viene produciendo saber y política sobre la cuestión. No es el tema de la “discriminación” el único problema que Leonor Arfuch, profesora de la Facultad de Ciencias Sociales, y Sara Rietti, química y experta en gestión pública de la ciencia, se proponen pensar; también a esa sensibilidad pensante que cosecha frutos distintos del árbol del conocimiento.





Género y ciencia: mimetización o diferencia

La cuestión en un país periférico

Conversación con Sara Rietti

Sociedad: La relación ciencia-mujer es bastante novedosa. Hace apenas cien años atrás que la mujer ingresó a la universidad como alumna, y luego como clientela universitaria, y también al aparato científico. De sólo pensar que podría no haber existido una Marie Curie, símbolo femenino de la ciencia, todo hubiera sido más cuesta arriba.

Sara Rietti: Efectivamente un símbolo, aunque las feministas en los últimos años se han ocupado de mostrar que ha habido mujeres y contribuciones importantes en el campo de la ciencia desde siempre, y casi siempre a la sombra de un varón. De todos modos es cierto que cuando yo inicié mis estudios había una relativamente escasa representación femenina en la universidad. No era una presencia significativa.

Sociedad: ¿Cuántas quiere decir “poco significativa”?

Sara Rietti: En los años '50 éramos pocas las mujeres. Para el ingreso a Ingeniería, que era común con Química –la carrera que yo había elegido–

había una sola mujer sobre más de cien varones; en Química éramos del orden de un cuarto.

Sociedad: ¿Había bibliografía escrita por mujeres?

Sara Rietti: No.

Sociedad: Siempre se ha estudiado con bibliografía escrita por hombres.

Sara Rietti: Es cierto.

Sociedad: En la filosofía, no había mujeres. Las primeras mujeres que escriben filosofía son hijas del siglo XIX y del XX, o bien son actualmente profesoras universitarias.

Sara Rietti: Creo que había y hay pulsiones e intereses distintos. Nosotras entramos a un campo construido por varones, al que tenemos acceso a través de un largo proceso social de igualación de derechos, que fue también liderado por varones. Las mujeres que entrábamos a la universidad, de una forma u otra, tratábamos de parecernos a los varones; en la forma de actuar y de pensar. El estilo lo dictaba el varón.

Sociedad: Yo quería especificar las quejas de las mujeres que he escuchado. Por ejemplo con la cuestión de la bibliografía, que ha sido siempre masculina.

Sara Rietti: En el caso de las ciencias duras, esto de alguna forma pasa a segundo plano, dada la pretensión de conocimiento objetivo, neutro. En ese caso sería lo mismo un varón que una mujer. Mucho después la crítica epistemológica feminista muestra que esto no es tan así; que la “mirada” impregna las preguntas y la dotación de respuestas posibles. Especialmente en áreas muy sensibles de las biociencias, donde la perspectiva condiciona fuertemente el tenor del modelo y se hace más patente que no es lo mismo una mujer que un varón. En las áreas más duras las consecuencias son más sutiles y se reflejan en un estilo fuertemente objetivo, mecanicista, finalista, que de hecho margina la complejidad. Y se convierte en el modelo de conocimiento

Sociedad: ¿Qué consecuencias ha tenido ese modelo para la mujer?

Sara Rietti: Las ha tenido para varones y mujeres; al primar un modelo instrumental, cada vez más al servicio de relaciones de poder destructivas. También quiero decir que la ciencia tal cual es, puede resultar fascinante. Personalmente yo era una “adicta” a las matemáticas, –lo poco a lo que accedí–; y también me apasionó la lógica y la elegancia de la física y la química. Me gustaba, y me gusta, encontrar un marco explicativo para los hechos y el mundo que nos rodea. Por otra parte, yo he tenido sensaciones muy satisfactorias, de contenido casi estético, al poder “entender” un problema muy complicado, al poder imaginar un modelo. Pero también creo que posiblemente no pude, no se me ocurría, expresar, desarrollar, otras maneras de acercarme al conocimiento.

Sociedad: ¿Algún malestar femenino con respecto a la forma en que se daba ciencia?

Sara Rietti: No, al menos en forma explícita. Una de las preguntas típicas en el feminismo a mujeres del campo de la ciencia, acerca de sus dificultades por el hecho de ser mujer, hoy reciben en el primer mundo una respuesta muchas veces afirmativa. Allí el feminismo es un movimiento con mayor grado de legitimidad que en nuestro medio; aquí es mucho más difícil que una mujer exitosa detecte o acepte alguna dificultad por su condición de mujer. Cuando se habla más detenidamente a veces se llega a “descubrir” algo. Mi interpretación es que no tuvo o no registró dificultades porque actuó el mecanismo de mimetización. Ese es un poco el eje de la comunicación (“La mujer frente a la ciencia institucionalizada”) que Diana Mafia y yo misma presentamos en el Congreso sobre Ciencia, Mujer y Técnica, de Panamá, y que estamos comentando, donde oponemos a esa estrategia defensiva y costosa una diferenciación productiva.

Sociedad: ¿Cuál es el costo de esa mimetización?

Sara Rietti: Quizá el más importante es que se pierde para todos, mujeres y varones, una cuota importante de creatividad, una expresión diferente de ver la realidad que enriquece el conocimiento; serían otras formas de interacción con la naturaleza, distintas a las que se han impuesto, producto de varones, y que, como dice una pensadora que admiramos, Evelyn Fox Keller, no cualquiera: blanco, anglosajón y de clase alta. La ciencia no es un fenómeno abstracto.

Sociedad: No, está enraizada en cada etapa histórica. Dos motivos de reclamo que son habituales y que yo escucho en la voces femeninas universitarias o en las que provienen del aparato científico son la discriminación y la falta de interlocución. Es decir, que en los puestos de gestión, o de responsabilidad, tal como ocurre entre los cirujanos, pues hay pocas mujeres cirujanas, y en toda la investigación a nivel universitario, hay pocas mujeres. Y eso es atribuido a la discriminación. La segunda queja que he escuchado, y que me resultó muy significativa es que muchas mujeres se quejan de que los hombres no las escuchan; es decir que no hay diálogo, que los hombres son endogámicos, que no las respetan. ¿Cuánto de verdad hay en esto?

Sara Rietti: Actualmente no hay discriminación en la etapa de ingreso a los grupos de trabajo, en los puestos de menor jerarquía; las mujeres somos muy productivas y apreciadas en ese sentido. Hay puertas abiertas, cuantas más mujeres mejor para hacer funcionar el sistema. En cuanto a la conducción, en los puestos jerárquicos, basta mirar los números; sobran las interpretaciones, se da lo que las feministas llaman el “techo de cristal”. Lo que aparece insinuado en el artículo que comentamos, es una explicación alternativa o complementaria, en el sentido de que las mujeres no estamos más representadas en las jerarquías elevadas no sólo porque nos discriminan, sino también porque eludimos esa situación aterradora de extrema competencia. En el caso de las ciencias duras muchas

mujeres retroceden. Sucede por ejemplo en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, donde se dan las situaciones más exacerbadas. Ahí conozco muchas mujeres que considero muy distinguidas y creativas, aquellas que se animan a pensar más por su cuenta, que no tienen ganas de seguir ese juego. Lo consideran un castigo, no toleran esa competencia tan dura, el clima asfixiante, la visión absoluta de los problemas. También se podría interpretar que las mujeres dejamos la competencia para los varones. A veces me inclino a pensar que les dejamos las cosas más feas, las más duras. No es que nos las quitan, las cedemos...

Sociedad: Es probable que también muchos hombres no puedan ingresar en ese camino porque también siente aversión por esa lógica competitiva.

Sara Rietti: Es cierto. Si son personas sensibles, si no responden al modelo de varón tal cual está dibujado.

Sociedad: Voluntad de poder.

Sara Rietti: Si es así son barridos, especialmente si pertenecen a áreas relativamente blandas dentro de las naturales. Yo acumulo una especie de "correo sentimental", con quejas que hablan de formas injustas de calificar la producción de, por ejemplo, botánicos, biólogos, naturalistas, gente interesada por áreas más blandas dentro de las ciencias naturales: don-

de también si son menos competitivos tienen problemas con su evaluación. Las normas están hechas para varones aguerridos dispuestos a perder el cuero en la tarea, así como sus intereses más genuinos. En ese sentido creo que las mujeres nos preservamos más, quizá somos más egoístas, nos queremos más. Hasta podría decir simplemente, que amamos más la vida...

Sociedad: De todas maneras vos habías mencionado el caso de mujeres que se mimetizan, y esa mimetización opera a favor de las normas.

Sara Rietti: Es cierto, pero también lo es que hay mayor exclusión voluntaria de parte de las mujeres que de los varones. A eso me refería al señalar que las mujeres nos protegemos más. En cuanto a aquellas que optan por seguir las reglas y ascienden sin problema, o con pocos, es bastante probable que si lograron evitar muy exitosamente la exclusión, ha sido a costa de someterse al modelo masculino. Y eso va a favor de las normas, de mantener una historia de predominio del hombre y como señalas, de tolerar prácticas endogámicas. Que no serían graves si no hubiera una relación de poder desigual, si fueran sólo expresión del complejo fenómeno de las relaciones entre varón y mujer, trasladadas a ese escenario. ¿Por qué aparece como una situación especialmente conflictiva? Porque dada la pretensión de considerar el campo de la ciencia como intrínsecamente "objetivo", habría que esperar igual valoración para lo que produce una mujer o un varón. Pero de hecho priman las relaciones de poder, como sucede en otros ámbitos sociales de menor prestigio.

Sociedad: Se me ocurre que el creciente interés por el tema de la subjetividad como problema teórico, tanto como las críticas de las ciencias sociales a la metodología positivista, objetivizadora, y que ya llevan muchas décadas, justamente apuntan al ingreso de la subjetividad misma como elemento inescindible al interior de la práctica científica, y además este acontecimiento se acompaña del crecimiento de la presencia femenina en la universidad y en la sociedad en general.

Sara Rietti: Son fenómenos concurrentes. Donde es más difícil penetrar con ese tipo de perspectiva es en las ciencias exactas y naturales, aquellas que pretenden justamente eludir la subjetividad. Creo que se abre un mundo de conocimiento alternativo, especialmente en el campo de las biociencias, apenas se haga un lugar efectivo a esa presencia diferenciada. Los efectos de una subjetividad balanceada que interviniera en el desarrollo del conocimiento tendría efectos impensables y positivos.

Sociedad: Vos mencionas un tema al que relacionas con el mundo femenino, que es la aceptación de la ambigüedad, la mayor aceptación de la ambigüedad como algo que lo distingue de la contraparte masculina, ¿es esto así?

Sara Rietti: Creo que sí, que esa podría ser una de las diferencias mayores. Mi impresión es que la ambigüedad angustia al varón más que a la mujer. Y que esa característica, asumida y aceptada, podría ser muy positiva, en particular en la interpretación de los fenómenos naturales, intrínsecamente complejos, y ambiguos.

Sociedad: También debería reflejarse en la escritura, porque la escritura en ciencia no deja lugar a la marca personal ni a la ambigüedad.

Sara Rietti: No es que no deja lugar, está prohibido, encabezando las reglas de su producción. Ahí hay una violencia intrínseca porque, tal como decíamos, creemos que las mujeres tenemos por naturaleza o formación, el hacer lugar a lo personal, el codearnos con la ambigüedad. Quizá, porque no, como consecuencia de un contacto más natural con la vida que está llena de ambigüedades. Hay mucho por recorrer para legitimar esas otras maneras de mirar y describir.

Sociedad: Sobre el otro malestar, que a veces se escucha, es decir que muchos hombres no establecen diálogo con las mujeres, o lo establecen desde un lugar de superioridad, de soberbia, es decir que no habría escucha.

Sara Rietti: A ese respecto tengo experiencias variadas, la académica en ciencias experimentales y docencia; la de reflexión sobre cuestiones de política científico-tecnológica, en un ámbito político académico; la de gestión de la ciencia, que supone el manejo de cierta cuota de poder. Y lo que hago en los últimos diez años en la Maestría de Política y Gestión de Ciencia y Tecnología, donde soy Coordinadora Académica. De hecho, he debido manejar en un mundo de varones, y atravesar muchas pruebas.

El tiempo me ha ido otorgando ciertos privilegios y legitimidad. Efectivamente he tenido que enfrentar más de una vez manifestaciones de soberbia o de superioridad “innata”, pero en general no de los varones que más respeto y valoro. De todos modos sólo en los últimos años me he podido permitir ciertas expansiones, fundamentalmente en la medida en que me fui afirmando acerca de la legitimidad y sentido de mis diferencias. Por esa experiencia personal soy muy cuidadosa respecto a las mujeres y a los varones jóvenes y sensibles. Sé que tengo un privilegio, que me dan los años y una cierta trayectoria. Un varón de condición semejante a la mía, de parecida edad y trayectoria, en general siente que tiene derechos que le otorgan su sabiduría y experiencia; yo en cambio pienso que me toleran... y que no fue fácil llegar hasta aquí. Por eso evito mandar al frente a los más vulnerables.

Sociedad: ¿Conocés algún científico hombre que sepa algo de feminismo?

Sara Rietti: ¿De feminismo?

Sociedad: Que conozca, que haya leído teorías feministas o de estudios de género en el campo de las ciencias duras, al menos que haya curioseado.

Sara Rietti: No. Sin pretenderlo, respecto a un científico, puedo decirte que no logré que un prestigioso profesor de Historia de la Ciencia, de origen “duro”, leñera, aunque fuera por curiosidad, un libro muy corto y fácil, cosa que hacen muchos de mis alumnos, escrito por una estudiosa muy respetada, de formación en matemáticas y biología (bien “dura”), a quien ya mencionamos, Evelyn Fox Keller. Es un libro sobre género y ciencia que introduce una interpretación alternativa sobre historia y filosofía de la ciencia.

Sociedad: En las ciencias sociales tampoco abundan los hombres que han leído teoría feminista, y en la bibliografía tampoco aparecen ese tipo de temas. Allí hay una negación. Y eso que en el mundo intelectual argentino se consume cualquier novedad que venga de Francia o de las universidades norteamericanas o la última genialidad de un filósofo alemán, porque acá se compraron todas.

Sara Rietti: Parece una gran pregunta...

Sociedad: ¿Por qué ha entrado tan poco la teoría feminista, no me refiero a los estudios de género, sino a la teoría feminista, la política y la teoría feminista, en la Argentina en general, y en la escena universitaria en particular?

Sara Rietti: Quizá porque es una sociedad bastante machista, sin confesarlo. Yo creo que tiene que ver con la conformación socio-político-cultural, es decir, nuestra universidad tiene rasgos populares pero la intelectualidad argentina, la que tiene peso político, está estructurada según cánones bastantes conservadores. Es una pregunta interesantísima... ¿Tenés alguna hipótesis?

Sociedad: No sé si es una sociedad tan machista. Creo que justamente Chile o Perú, o Brasil quizá lo sean más. Y sin embargo, el feminismo tuvo mayor impacto que en la Argentina. Acá hay una sospechosa sensación de igualdad entre los sexos que viene dada por varios factores. El primero tendría que ver con el psicoanálisis, que en la clase media ilustrada porteña, sobre todo, instala ese mensaje, tanto en el hombre como en la mujer, de que todos los problemas derivados de los conflictos entre sexos pueden ser dialogados, es decir que opera ahí una zona de lucha que se resuelve a través del diálogo afectivo, con lo cual se expande una sensación general de igualdad basada en la idea de que si se dialoga, aunque sea a los gritos, ya eso es suficiente. Una segunda explicación puede tener que ver con el efecto de la figura de Eva Perón sobre las clases populares, que proporciona una sensación de participación, la de una subjetividad aguerriada. Eso modeló situaciones políticas, tanto es así que una mujer en el peronismo puede ascender con relativa facilidad, mientras que en el radicalismo le cuesta mucho todavía...

Sara Rietti: En el radicalismo no tengo ninguna duda de que predomina el machismo, casi sin complejo...

Sociedad: Las mujeres peronistas pelean y acostumbran a los hombres peronistas a negociar. Esos son dos factores importantes y me parece que hay un tercer factor. Esta es una sociedad que siempre se pensó moderna, y de alguna forma lo fue. Por lo tanto la mujer argentina siempre se sintió moderna, y la teoría feminista...

Sara Rietti: ...le mueve el piso. Yo creo que es muy interesante lo que decís, quizá porque somos tan modernos y tan poco machistas, entre comillas, no vale la pena pensar en algo que señala una desigualdad profunda.

Sociedad: En la estructura universitaria que debería ser la esponja que más fácil absorbe la teoría feminista, ha impactado poco y nada.

Sara Rietti: No ha penetrado bastante y lo que es más serio, ni aun entre las mujeres.

Sociedad: Una forma de penetración de esos cuestionamientos femeninos viene por el lado de la cuota, por el cupo.

Sara Rietti: Recuerdo que al principio no tuve simpatía por el cupo; no estaba comprometida con la lucha política que proponía el feminismo. Mi planteo elemental era que no tenía por qué haber cupos, me habían hecho creer y lo aceptaba, que éramos iguales. Después entendí hasta que punto el cupo ayuda a enfrentar una injusticia histórica. Hoy lo considero parte del camino que hay que recorrer.

Sociedad: Si vos postulás la idea de diferenciación, lo del cupo no tiene mucho sentido.

Sara Rietti: Aparece como una contradicción pero al mismo tiempo es casi imprescindible para instalar cambios que a veces significan saltos abis-

males; hay que pelear por los lugares, advirtiendo a la vez que no basta ocuparlos con mujeres; lo importante es evitar que sea más de lo mismo. Pero sólo en el ejercicio se aprende. No es una receta infalible, pero sí una herramienta irremplazable.

Sociedad: Vos planteas la cuestión de la diferenciación no sólo como una posibilidad sino como un hecho, es decir como algo que realmente ocurre, un cierto abandono de la búsqueda aguerrida de la carrera científica de acuerdo al modelo clásico. La otra cuestión que planteás es la de la pedagogía, como si las mujeres trabajaran en dirección hacia la democratización del conocimiento mejor que los hombres.

Sara Rietti: A veces me acuerdo e inspiro en las maestras de Sarmiento, las que hizo venir para la alfabetización. Los antecedentes históricos permiten suponer que las mujeres en términos generales tenemos una cierta vocación docente, quizá como parte del interés en el bienestar de los otros (propia de su naturaleza o producto de una larga construcción social... con el peligro de ser considerada una afirmación esencialista). El hecho es que, en mi opinión, en promedio las mujeres poseemos una cierta cualidad diferencial en el gusto y la capacidad de enseñar; que hace que abrigue cierta expectativa respecto a su papel en la democratización del conocimiento; cuestión que me parece de enorme relevancia política, respecto a la distribución efectiva de la ciudadanía. Así como fue importante en su momento la alfabetización en lecto-escritura para alcanzar, no la igualdad pero sí el voto universal, hoy se hace imprescindible acercar a la gente cierto conocimiento básico para poder compartir como ciudadanos decisiones cruciales. En ese sentido lo que sucedió en la universidad en estos años de fiesta neoliberal ha frenado de alguna manera el desarrollo de ese espacio; en la medida en que perdió prestigio el papel educativo, mientras ganaba el de la investigación (sin discriminar demasiado sobre qué y cómo, salvo que se asoció a criterios de evaluación exógenos y a un financiamiento que permite sobrevivir en el medio académico). Lo cual provocó un creciente desinterés en la docencia, dificultando una expresión auténtica de los verdaderos intereses de mujeres y varones. Mi expectativa sería que la universidad, situada en el vértice de la actividad educativa, pasara a encabezar un esfuerzo por extender el conocimiento necesario para hacer posible un ejercicio verdadero de la ciudadanía; que exige una alfabetización vinculada a los contenidos de la actual sociedad tecno-científica. Eso daría un lugar de privilegio a la cualidad docente que atribuimos a la mujer. En términos generales creo que a las mujeres nos gusta la enseñanza, que nos conectamos afectivamente en y con la tarea, lo cual sin duda es un factor decisivo. Contando con reconocimiento, las mujeres, y muchos varones, podrían hacer con afecto y creatividad, una tarea valiosa que signifique crecimiento para ambas partes.

Sociedad: ¿No estamos cosificando un poco a las palabras, mujer, hom-

bre, porque después de todo uno podría pensar que ha habido una mujer al frente de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Nación, o que ha habido decanas mujeres, o que hay jefas de cátedras, mujeres? Por más pocas que sean, las hay. Digo, alguien podría decir: no se trata de sexo, se trata de política.

Sara Rietti: Es cierto, y por eso insistimos en la condición de asumir la diferencia. No se trata sólo de ser mujer. Se trata de cumplir aquello de no ser más de lo mismo. Por eso señalo la necesidad de una expresión no mimética, desarrollando un espacio singular que refleje los propios intereses, las cualidades y debilidades, las aspiraciones y necesidades. Por otra parte me parece fundamental tomar conciencia de que se está bregando por un cambio positivo para mujeres y para varones. En ese sentido estoy convencida y me conmueve particularmente, porque hay poca conciencia acerca de esto, de que las primeras víctimas del esquema androcéntrico heredado, son los varones; carne de cañón del modelo, los más exigidos, obligados a ser "hombres", competitivos, sostén, a costa de mucha violencia sobre ellos mismos y sus potencialidades, de relaciones de poder irracionales.

Sociedad: Vos mencionás a Fox Keller como una figura importante para estas cosas, pero en la tradición argentina ¿hay posturas que vos puedas recordar, en términos de escritura, de maneras de hacer, por parte de mujeres en el campo científico?

Sara Rietti: Realmente yo no conozco mucho de la historia de las mujeres argentinas. Recuerdo a Alicia Moreau de Justo que, entiendo, se destacó en cuestiones vinculadas a la salud pública. Puedo decir algo de lo que yo conocí, y en mi experiencia no he visto ni compartido una actitud femenina militante.

Sociedad: La pregunta más bien es: ¿en qué se revela una forma distinta de hacer ciencia o de relacionarse con la institución científica o universitaria, o de postular resultados, que permitan pensar una ruptura?

Sara Rietti: En términos generales se manifiesta mayormente en la elección de los temas, en las preguntas que se formulan, en los modelos y metáforas que se despliegan para forjar las explicaciones. También en la expectativa o el significado que la tarea tiene dentro de tu vida. Esto ya se está traduciendo en hechos, mayormente en el primer mundo. En nuestro medio no es todavía muy habitual. Nos cuesta asumir las diferencias, aun teniendo problemas específicos en relación al trabajo cotidiano. Cuesta también considerar como legítima una militancia feminista; aun siendo activas políticamente en relación a otros problemas de índole pública. Creo que podría significar un estímulo la comprensión de que se trata de una situación injusta que no sólo afecta a la mujer; que termina siendo negativa para varones y mujeres.

Sociedad: ¿Qué hace el sistema universitario con los alumnos, especial-

mente con las alumnas mujeres, es decir, en qué medida las vocaciones, el estilo argumental, los temas, son distorsionados?

Sara Rietti: No sé si puedo hablar en términos generales del sistema universitario. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, que conozco más, las características competitivas extremas condicionan un ambiente enrarecido, que seguramente no es saludable para alumnos varones o mujeres. A partir de ahí, se imprime un sello en el pensamiento y la expresión, seguramente poco funcional para nuestras necesidades y estilo de vida, más allá de diferencias entre varones y mujeres. Quizás en las mujeres ese modo “enfático” acentúa su efecto nocivo, por serles aún más ajeno; y las “plancha” en un deber ser, que incide de alguna forma en la escasa militancia feminista que antes señalamos. A diferencia de lo que se observa por ejemplo en la vida universitaria en Brasil, un país también periférico, pero que ha hecho en los últimos cincuenta años un camino propio. La pérdida de identidad y de interés en lo tuyo afecta la capacidad de creación de mujeres y varones. Siempre cuento que yo me interesé en la problemática de género a partir de mi compromiso con las cuestiones de política científico-tecnológica, propias de un país periférico; que ya me habían enseñado que ciencia y tecnología no eran neutras. Al acercarme a los argumentos de las mujeres, también “diferentes” o “periféricas”, enfrentadas con la construcción androcéntrica de la ciencia, se me hizo evidente el fuerte paralelo entre ambas situaciones. En ambos casos, países periféricos y mujeres, se hacen enormes esfuerzos por “parecerse”, tratando de obviar las diferencias, olvidando que en su origen hay relaciones de poder, no gratuitas. Es evidente que países periféricos y mujeres estamos obligados a eludir un camino trivial, que es perversamente estéril.

Sociedad: En tu experiencia como trabajadora de la ciencia ¿cuál fue el trato que tenías con los hombres?

Sara Rietti: Mi experiencia tuvo lugar en la mítica Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la década del '60. Donde me desempeñé como una científica “cabal”. Seguramente fui un ejemplo de mimetización. Cumplí todas las reglas, lo que cuestioné respondía a una militancia política asejuada, no por ser mujer. En general no tuve problemas de aceptación; eran hombres relativamente liberales, que no tenían conflicto con las mujeres como tales; fundamentalmente porque las mujeres hacíamos lo que se debía y ellos también...

Sociedad: Así cualquiera es liberal...

Sara Rietti: ...es cierto...

Sociedad: En la gestión o en la tarea científica, ¿vos sentías que había un modelo de subjetividad masculina? ¿Eran hombres dedicados a su obra, hombres dedicados a la ciencia? ¿Cómo repercutía esto sobre el resto de su vida?

Sara Rietti: Yo tuve, en particular, experiencias muy positivas. En gene-

ral los hombres con los que me formé tenían intereses que trascendían los de la Ciencia como fin último. Intereses políticos, culturales, docentes. La ciencia no había adquirido el carácter competitivo, casi absoluto o absolutista, que ostenta hoy, cuando se ha acentuado su funcionalidad para el modelo económico actual. En particular el Jefe del Departamento donde yo hice ciencia hasta el '66, en la época dorada de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Ciencias Exactas, era una persona muy sensible; amante de la vida natural, de sus diez hijos, muchos gatos y perros; generoso y divertido. Tenía una cierta sabiduría natural; era poco competitivo, lo que más le gustaba era navegar en un barquito que consiguió no sin esfuerzo. Amaba la ciencia pero era de intereses variados. Tanto fue así que no se dejaba acorrallar por los cuestionamientos que empezaron a hacerle sus propios discípulos, de vuelta de sus doctorados en el primer mundo; donde habían bebido las reglas del cientificismo; tal como lúcidamente comenzaba a marcar Oscar Varsavsky, poco antes de la intervención del '66.

Sociedad: Oscar Varsavsky y Manuel Sadosky, ¿qué tipo de trato tenían con las mujeres?

Sara Rietti: En ambos casos se trata de personajes de intereses elevados, profundamente igualitarios. Sadosky quedó siempre comprometido con la ciencia como instrumento de liberación, contra el poder irracional y el oscurantismo. Es un humanista a quien le cuesta admitir el papel actual de la sociedad tecno-científica como un factor determinante del poder expulsivo. Para mí, por encima de esa diferencia que admito, Sadosky es siempre el maestro sabio en relación a las cuestiones sustantivas de la vida. En cuanto a Oscar Varsavsky, mi impresión es que como persona comprometida con un cambio político social, de índole radical, a esos fines depositaba mucha expectativa en los aportes de las mujeres (en el grupo representábamos un 25%); en terrenos que él consideraba estratégicos para ese cambio: educación, participación, motivación. Quizá percibía que las mujeres, más lejos del poder instituido, estábamos menos contaminadas por los usos sociales y podíamos pensar algo más libremente. A ese respecto, treinta años después, mi posición es que para que ese aporte diferencial sea efectivo, debe producirse desde una perspectiva política, militante; como parte de una corriente de acción y pensamiento, que va definiendo la construcción de un campo propio. Es muy difícil lograrlo en forma aislada. Muchas mujeres valiosas, heroicas, aportaron a la historia de la ciencia, de las artes, de la lucha contra la desigualdad. Pero para dar un salto cualitativo que realmente ayude a desmontar la construcción androcéntrica, hay que hacerlo desde un lugar y una perspectiva política. En ese sentido me parece que aporta una valiosa enseñanza sobre construcción de conocimiento la experiencia que significó en nuestro medio el pensamiento latinoamericano de los años '60 y '70 sobre ciencia, tecno-

mente con las alumnas mujeres, es decir, en qué medida las vocaciones, el estilo argumental, los temas, son distorsionados?

Sara Rietti: No sé si puedo hablar en términos generales del sistema universitario. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, que conozco más, las características competitivas extremas condicionan un ambiente enrarecido, que seguramente no es saludable para alumnos varones o mujeres. A partir de ahí, se imprime un sello en el pensamiento y la expresión, seguramente poco funcional para nuestras necesidades y estilo de vida, más allá de diferencias entre varones y mujeres. Quizás en las mujeres ese modo “enfático” acentúa su efecto nocivo, por serles aún más ajeno; y las “plancha” en un deber ser, que incide de alguna forma en la escasa militancia feminista que antes señalamos. A diferencia de lo que se observa por ejemplo en la vida universitaria en Brasil, un país también periférico, pero que ha hecho en los últimos cincuenta años un camino propio. La pérdida de identidad y de interés en lo tuyo afecta la capacidad de creación de mujeres y varones. Siempre cuento que yo me interesé en la problemática de género a partir de mi compromiso con las cuestiones de política científico-tecnológica, propias de un país periférico; que ya me habían enseñado que ciencia y tecnología no eran neutras. Al acercarme a los argumentos de las mujeres, también “diferentes” o “periféricas”, enfrentadas con la construcción androcéntrica de la ciencia, se me hizo evidente el fuerte paralelo entre ambas situaciones. En ambos casos, países periféricos y mujeres, se hacen enormes esfuerzos por “parecerse”, tratando de obviar las diferencias, olvidando que en su origen hay relaciones de poder, no gratuitas. Es evidente que países periféricos y mujeres estamos obligados a eludir un camino trivial, que es perversamente estéril.

Sociedad: En tu experiencia como trabajadora de la ciencia ¿cuál fue el trato que tenías con los hombres?

Sara Rietti: Mi experiencia tuvo lugar en la mítica Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la década del '60. Donde me desempeñé como una científica “cabal”. Seguramente fui un ejemplo de mimetización. Cumplí todas las reglas, lo que cuestioné respondía a una militancia política asejuada, no por ser mujer. En general no tuve problemas de aceptación; eran hombres relativamente liberales, que no tenían conflicto con las mujeres como tales; fundamentalmente porque las mujeres hacíamos lo que se debía y ellos también...

Sociedad: Así cualquiera es liberal...

Sara Rietti: ...es cierto...

Sociedad: En la gestión o en la tarea científica, ¿vos sentías que había un modelo de subjetividad masculina? ¿Eran hombres dedicados a su obra, hombres dedicados a la ciencia? ¿Cómo repercutía esto sobre el resto de su vida?

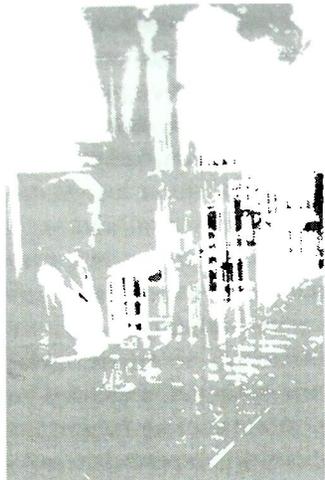
Sara Rietti: Yo tuve, en particular, experiencias muy positivas. En gene-

ral los hombres con los que me formé tenían intereses que trascendían los de la Ciencia como fin último. Intereses políticos, culturales, docentes. La ciencia no había adquirido el carácter competitivo, casi absoluto o absolutista, que ostenta hoy, cuando se ha acentuado su funcionalidad para el modelo económico actual. En particular el Jefe del Departamento donde yo hice ciencia hasta el '66, en la época dorada de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Ciencias Exactas, era una persona muy sensible; amante de la vida natural, de sus diez hijos, muchos gatos y perros; generoso y divertido. Tenía una cierta sabiduría natural; era poco competitivo, lo que más le gustaba era navegar en un barquito que consiguió no sin esfuerzo. Amaba la ciencia pero era de intereses variados. Tanto fue así que no se dejaba acorralar por los cuestionamientos que empezaron a hacerle sus propios discípulos, de vuelta de sus doctorados en el primer mundo; donde habían bebido las reglas del cientificismo; tal como lúcidamente comenzaba a marcar Oscar Varsavsky, poco antes de la intervención del '66.

Sociedad: Oscar Varsavsky y Manuel Sadosky, ¿qué tipo de trato tenían con las mujeres?

Sara Rietti: En ambos casos se trata de personajes de intereses elevados, profundamente igualitarios. Sadosky quedó siempre comprometido con la ciencia como instrumento de liberación, contra el poder irracional y el oscurantismo. Es un humanista a quien le cuesta admitir el papel actual de la sociedad tecno-científica como un factor determinante del poder expulsivo. Para mí, por encima de esa diferencia que admito, Sadosky es siempre el maestro sabio en relación a las cuestiones sustantivas de la vida. En cuanto a Oscar Varsavsky, mi impresión es que como persona comprometida con un cambio político social, de índole radical, a esos fines depositaba mucha expectativa en los aportes de las mujeres (en el grupo representábamos un 25%); en terrenos que él consideraba estratégicos para ese cambio: educación, participación, motivación. Quizá percibía que las mujeres, más lejos del poder instituido, estábamos menos contaminadas por los usos sociales y podíamos pensar algo más libremente. A ese respecto, treinta años después, mi posición es que para que ese aporte diferencial sea efectivo, debe producirse desde una perspectiva política, militante; como parte de una corriente de acción y pensamiento, que va definiendo la construcción de un campo propio. Es muy difícil lograrlo en forma aislada. Muchas mujeres valiosas, heroicas, aportaron a la historia de la ciencia, de las artes, de la lucha contra la desigualdad. Pero para dar un salto cualitativo que realmente ayude a desmontar la construcción androcéntrica, hay que hacerlo desde un lugar y una perspectiva política. En ese sentido me parece que aporta una valiosa enseñanza sobre construcción de conocimiento la experiencia que significó en nuestro medio el pensamiento latinoamericano de los años '60 y '70 sobre ciencia, tecno-

logía y desarrollo (sociedad, en términos actuales). Sus principales hacedores, como Oscar Varsavsky, Amílcar Herrera o Jorge Sábato, estuvieron impulsados más que por motivos académicos, por los de emancipación política. Fue esa perspectiva la que permitió caracterizar claramente la no neutralidad de la ciencia y la tecnología, y ubicar el fenómeno en el marco de la teoría de la dependencia. Adelantándose a desarrollos que vendrían más tarde desde el primer mundo y de la reflexión académica. De manera paralela el movimiento feminista, de raíz eminentemente política y activista, resulta extraordinariamente fértil en cuanto a desnudar los mecanismos androcéntricos que han operado en la construcción de la ciencia. Es la praxis política más que la reflexión academicista, la que opera en forma esclarecedora. Creo que en estos dos casos, de alguna manera paralelos en sus motivaciones y mecanismos de acción, hay una vertiente para tomar en cuenta. Personalmente siento como un privilegio el haber podido asomarme, aunque tardíamente, desde mi campo de conocimiento y de reflexión, a esa corriente; obra de mujeres que admiro y quiero. Mi aspiración es que varones y mujeres, juntos, podamos echar luz sobre la construcción heredada. Para desmontar las aberraciones cognitivas y las consecuencias para el destino humano, de la tecnociencia actual. Que sin los valores y los fines que dieron legitimidad a la ciencia, y que están en su origen, se reduce a un instrumento peligroso del poder y la desigualdad. Y no puedo dejar de decir que esa responsabilidad y urgencia se multiplica desde nuestro lugar en América Latina.



Mujeres y escritura(s)

*Leonor Arfuch**

¿Existe una escritura –y entonces un lenguaje, un pensamiento, femeninos? Y si esto es así, ¿qué significa escribir, hablar, pensar, como una mujer? La cuestión es de larga data y las respuestas –múltiples, contradictorias– se inscriben tanto en el terreno de la batalla cotidiana de los sexos/géneros como en el no menos conflictivo de la discusión teórica, la delimitación académica y la producción literaria y artística. Punto nodal del debate feminista, tema clásico de los estudios literarios, su potencialidad no se agota sin embargo en la extensión y la diversidad de lo ya producido sino que se actualiza, performativamente, en cada replanteo de la diferencia.

* Profesora Titular de la materia Política, Nueva Subjetividad y Discurso en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto Gino Germani, de la misma Facultad.

En el terreno de lo cotidiano, y aún sin la mediación de estas preguntas, las “respuestas” están dadas por todo aquello que el sentido común ha venido instituyendo desde los albores de la modernidad y que resiste, con distintos ropajes, en nuestras sociedades pretendidamente igualitarias: lo “femenino” será tanto la función biológica ligada a la maternidad como la adecuación a pautas y estereotipos culturales que dictaminan los modos de la representación. Un actuar, un decir, un vestir, una gestualidad específica –con la obvia diversidad de etnias, clases, regionalismos– definidos en contraposición con lo “masculino” y que guardan relación, aún atenuada, con series dicotómicas de pertinencias e incumbencias. Dicotomías acendradas, que sobreviven allí donde se esperaría no encontrarlas –la política, la ciencia, la academia– donde lo femenino está implícito en el (segundo) término asimétrico, “no marcado”: público/privado, fortaleza/debilidad, razón/sentimiento, lógica/ imaginación, seriedad/frivolidad, profundo/superficial, abstracto/concreto, etcétera.

Se dirá, con razón, que mucha agua ha corrido bajo los puentes desde que las mujeres asumieron, a través de los diversos feminismos, políticos, académicos y combinados, la lucha por la igualdad. Y que esa lucha ha cambiado en buena medida concepciones arcaicas, legislaciones, tratados de derechos nacionales e internacionales, relaciones de la vida cotidiana, posiciones y posicionamientos, permitiendo accesos a funciones de responsabilidad en todos los ámbitos, lauros y reconocimientos. Pero, culminado el siglo XX, uno de cuyos rasgos distintivos fue sin duda el movimiento feminista, queda todavía mucho por hacer: desigualdades de derechos, de salarios, discriminaciones múltiples, violencias domésticas y sexuales aún remitidas al ámbito “privado”, sexismos, explotación de cuerpos y de imágenes, desemejanza en las posiciones de autoridad –políticas, laborales, científicas, académicas– y por supuesto, el arraigo de hábitos, costumbres, lenguajes, reglas familiares y sociales que operan, también performativamente, en la constitución misma de la subjetividad –y sujeción– femeninas.

Es justamente este arraigo, plasmado en significantes, sintaxis y retóricas de aparente neutralidad, en expresiones que naturalizan posturas fuertemente ideológicas, en estereotipos desvalorizantes, el que hizo evidente, para el movimiento de mujeres, la necesidad de interrogarse en torno del lenguaje, aquél que nombra y configura bajo el modelo patriarcal o uno más próximo, que logre desandar los caminos de lo instituido y tallar acentos de una posible –aún relativa– especificidad. Tránsito que Mijaíl Bajtín describiría como el pasaje de la palabra ajena –esa otredad constitutiva del lenguaje– a la palabra *propia*, signada por una combinatoria peculiar, por la elección de un género discursivo y sobre todo, por las tonalidades de la afectividad. Esa búsqueda de la palabra propia –dejar de ser habladas para hablar– suponía entonces el desarraigo de viejas certe-

zas, la experimentación, la deriva, un *llegar a ser* (mujer), tal como la voz pionera de Simone de Beauvoir había sentenciado con agudeza. A ese devenir, a esa re/construcción de sí mismas desde un lugar de autoconciencia y también desde la escucha a la emergencia sintomática del inconciente, aluden nuestras preguntas del comienzo, no a una hipotética "esencia" femenina, fija e inmutable, que se encarnaría en cada ejemplar apenas con diferencias estilísticas.

¿ESCRIBIR COMO UNA MUJER?

Así, no es extraño que el énfasis en el "lenguaje (el arte, la escritura) de las mujeres" –y aquí cabe destacar la pertinencia del plural– encontrara en el escenario francés de los '70, signado por el estructuralismo y post, un lugar privilegiado de manifestación. En efecto, el aire de los tiempos traía tanto los ecos libertarios e igualitarios del '68 como las filosofías de la diferencia: el afianzamiento del texto y la lingüística, el replanteo epistémico de Lacan, Foucault, Althusser, Deleuze, Derrida, la voz singular de un Roland Barthes y las intervenciones decisivas, para la teoría feminista, de Julia Kristeva, Luce Irigaray y Hélène Cixous, entre otras.

En la reflexión de estas últimas, fuertemente marcada por la lingüística y el psicoanálisis, la relación entre lenguaje y feminismo aparece bajo el signo de la pluralidad: múltiples lenguas, polifonías, duplicidades, derivas. La teoría dialógica de Bajtín, que Kristeva conocía bien –ella había introducido un texto capital del pensador ruso en el medio francés, en el seminario de Roland Barthes¹– fue al respecto profundamente inspiradora: una teoría de la diferencia irreductible –del ser, de la mirada–, de la alteridad del lenguaje, de la palabra, del *otro*, que sostenía al mismo tiempo el carácter social de los discursos, el protagonismo simultáneo de toda interlocución, la primacía del principio dialógico frente al monologismo. Si este paradigma permitía visualizar un amplio campo de intervención para el feminismo, la concepción bajtíniana de los géneros discursivos, difundida más tarde, aportaría otra herramienta invaluable para la escritura y la práctica política, al considerarlos no ya dentro del canon literario clásico, con su distinción jerárquica entre géneros "mayores" y "menores" (o altos y bajos) sino como espacios de heterogeneidad e hibridación, ligados a todas las esferas de la praxis humana. Son así revalorizados los géne-

1. Esa presentación de *La poética de Dostoievski*, donde Bajtín define el texto como un "mosaico de voces diversas" y plantea su concepto de "polifonía" –definiciones que inspiraron, en la traducción francesa, el término de "intertextualidad"–, hecha en 1964, fue formalizada luego como un capítulo de su libro *Semiótica I*. Traducción castellana como "La palabra, el diálogo y la novela", en *Semiótica I*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1978.

ros “primarios”, familiares, conversacionales, esa lengua cotidiana plena de sentidos que también inspiraría la reflexión de los llamados “filósofos del lenguaje ordinario”², y, coextensivamente, toda una variedad de formas paródicas, satíricas, irreverentes, del acervo de la cultura popular, cuya potencia desarticuladora del orden instituido estaba sintetizada en su noción, ampliamente conocida, de “carnaval”³.

¿Qué consecuencias traería este giro para la escritura crítica de las mujeres? No pocas y nada irrelevantes, según puede inferirse por sus huellas textuales, aquí y allí, aunque sea difícil postular genealogías. Es que este pensamiento era muy funcional al afán deconstructivo que campeaba entre las feministas post-estructuralistas, que habían asumido la tarea de desarticular la clásica oposición varón-mujer omitiendo toda definición “positiva” de lo femenino dependiente de ella –que invertiría los términos sin salirse del parámetro ordenador– y desplegando en su defecto la negatividad como procedimiento teórico de (des)identificación. Pero sin duda una de las consecuencias más destacables del aporte bajtiniano fue el cambio radical en el estatuto de los géneros discursivos, cuya ponderación y “aceptabilidad” tradicional también había estado marcada por el parámetro masculino: la teoría, la filosofía, la lógica, la argumentación, el pensamiento propositivo y la forma “racional”, versus los géneros “menores”, el testimonio, la autobiografía, la pequeña crónica, el diario íntimo...

Así, la afirmación de la diferencia del género (*gender*) se manifestó también como rebelión contra los géneros (discursivos) instituidos, como exaltación de esas formas minusvaloradas, definidas muchas veces como “femeninas”. En su caracterización de la identidad femenina como *doble* –un “efecto mujer” y una “función maternal”–, Kristeva analiza precisamente ese efecto simbólico como una relación particular con el poder y el lenguaje, o mejor, *con el poder del lenguaje*, donde la mujer aparece como soporte mudo, como partícipe de un intercambio que sin embargo no protagoniza, donde se identifica más con lo semiótico –sintaxis, ritmos, cadencias– que con lo semántico. Se tratará entonces de oponer a la maestría y a la lógica un saber que no se de/muestra –tretas del débil, como diría Josefina Ludmer– una negatividad, una resistencia que no tiende a la homologación –escribir/ser “como ellos”– una contestación per-

2. Nos referimos en particular a John Austin, autor del célebre *Cómo hacer cosas con palabras*, donde desarrollara el concepto de “realizativo/performativo” y a Ludwig Wittgenstein, que paralelamente, en la década del '50 –ambos, en los dos templos del saber inglés, Oxford y Cambridge, respectivamente–, trabajara en la noción de “juego de lenguaje”, a través de sus *Investigaciones filosóficas*.

3. Mijaíl Bajtín. “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI Editores, 1982. Sobre la noción de “carnaval/ización”, véase *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid, Alianza Universidad, 1990.

manente de lo dado, “un humor, una risa, una crítica de sí mismas, incluido el feminismo...”⁴. Postura que al tiempo que recupera la risa bajtiniana señala un riesgo de la política feminista o femenina: el acoso que lleva el poder al límite, que lo enfrenta “con sus propias armas” puede terminar por reivindicar el poder, someterse a él, identificarse, tomar su lugar.

La idea, para Kristeva, será más bien tratar de evitar sexualizar la producción cultural: esto sería femenino, lo otro, masculino. Que la condición femenina tenga un indudable nivel de generalidad no impide sin embargo a cada una decir su singularidad. Y ese *decir* no es más “hombre” que “mujer”, no se generaliza, “es específico e incomparable y como tal, solamente una innovación, un aporte eventual a una civilización lúcida y conciente de sus constricciones sin nuevos totalitarismos”.

La indagación de Hélène Cixous en torno de la escritura femenina coincidía en señalar el obligado paso autorreflexivo que supone, para las mujeres que escriben, escribir como una mujer, es decir, tomar conciencia de las normas adquiridas, que imponen la repetición acrítica de estructuras formales y temáticas, para poder cambiarlas o infrigirlas. Por ello, no bastará el nombre femenino para atestiguar un texto como tal —como sucede, por otra parte, en la experiencia misma de la vida—, lo cual plantea no pocos problemas a la crítica, que deberá reinventar sus propias categorías. Y aquí aparece nítidamente otro registro, de indudable ponderación en las teorías feministas: el del cuerpo. La escritura también será cuestión de cuerpo, no solamente porque éste esté presente, descripto, puesto en juego, explorado, dotado de voz —quizá el primer gesto necesario, después de tanto silencio, ocultamiento, elusividad—, sino porque el propio *cuerpo textual* será diferente, sin fin y sin origen —el mito del origen es, para Cixous, por excelencia masculino—, que comienza al mismo tiempo por todas partes, que se lee muy cerca de la voz, de la lengua (materna), un texto *táctil*, si pudiera decirse, donde los sentidos se combinan de manera particular. Combinatoria que lleva a un terreno bien reconocible, donde el psicoanálisis talla hondo en la reflexión femenina/feminista: el de la relación con la madre, ese territorio arcaico, edípico, del cual la mujer está exiliada —a diferencia del varón, su objeto perdido le será “repuesto” bajo el signo inverso—, y al cual se vuelve, a través de la histeria o la sublimación poética, o la creación, o la identificación con objetos fetiches, como el libro o el renombre...⁵.

Para Luce Irigaray, escribir en tanto mujer en las postrimerías del siglo

4. Julia Kristeva. “Unes femmes”, en *Le langage des femmes*. París, Les Cahiers du Grif, 1992, páginas 57-67.

5. Hélène Cixous. “Le sexe ou la tête”, en *Le langage des femmes*. París, Les Cahiers du Grif, 1992, páginas 85-95.

XX –como respondiera a una encuesta hecha en Harvard en 1987–⁶ era ante todo marcar una nueva época de la cultura, la de la diferencia sexual. Diferencia no sólo inscrita en el cuerpo sino también en el lenguaje, donde toda petición de neutralidad sería confirmatoria de la genealogía masculina. La actividad de la escritura es entonces por definición contestataria: la lengua misma tiene marcas –sociales– de sexuación y discriminación, no sólo a nivel de las estructuras lógico-argumentativas sino también a nivel lexical e indexical. Pero si bien la interrogación en este campo es ciertamente útil –ella misma dirigió una investigación comparativa de usos en tres áreas lingüísticas, que comprendían el francés, el inglés y el italiano–⁷, no puede disociarse de una política de la diferencia más amplia, que incluye campos disciplinares, saberes, artes, posiciones de enunciación diversas donde la articulación entre psicoanálisis y filosofía no es un dato menor. Un arduo trabajo sobre la identidad, que también disputa la primacía del discurso de los hombres –y de sus artes– sobre el cuerpo-objeto femenino, para operar en la transformación de una subjetividad femenina capaz de probarse e identificarse a sí misma. En esa búsqueda de una subjetividad-otra su obra *Speculum* (1974) jugó un papel realmente revolucionario.

CUERPOS DE PALABRAS: (DES)ENCUENTROS Y TRADUCCIONES

¿Porqué tomar la “vía francesa”, en esa trama multifacética –y casi inaprensible– que la crítica feminista ha tejido, cada vez con mayor organicidad, en los últimos veinte o treinta años? ¿Porqué no comenzar por la escritura de las escritoras, poetisas, pensadoras que las precedieron en una práctica de la lengua –en una *talla* del lenguaje, como diría Kristeva– donde lo femenino se expande sin duda con rasgos diferenciales, Colette, las Brontë, Emily Dickinson, Jane Austen, Virginia Woolf, María Zambrano...?

Ante todo: no nos asiste aquí ninguna pretensión de totalidad, ecuanimidad, búsqueda del origen. No nos proponemos trazar un panorama ordenado de la inquietud femenina/feminista por encontrar una palabra “propia” en los diversos ámbitos en los que viene confrontando, simplemente iluminar algunos hitos en una cartografía tentativa, que se rehace constantemente al calor de la discusión, a uno y otro lado del Atlántico, y que repercute por cierto en nuestras playas con obvias diferencias de grado. Es que el campo de los estudios de género y de la diferencia sexual es hoy sin duda uno de los más polémicos y productivos.

6. Entrevista publicada en: Luce Irigaray. *Je, tu, nous*. París, Grasset, 1990.

7. *Sexes et Genres à travers les langues*. Luce Irigaray (ed.). París, Grasset, 1991.

La elección obedece justamente –descontada su pertinencia epistémica– al carácter articulador de ese pensamiento francés entre **ambas** orillas del Atlántico: como bien lo señalara Paola Di Cori⁸, Kristeva, Irigaray y Cixous –así como, por otro lado, Foucault, Lacan y Derrida– llegan “oficialmente” al escenario norteamericano entre fines de 1979 y comienzos de los ‘80 y producen un verdadero impacto, un cambio de paradigma en el pensamiento anglosajón, que va a revertir a su vez en aportes decisivos de éste al feminismo internacional, a través de los trabajos de Joan Scott, Judith Butler, Drucilla Cornell, Nancy Fraser y muchas otras. Las lenguas –y las jergas– que constituyen hoy el *mainstream* de esta línea de estudios –sea como adhesión o contestación– están entonces amasadas con esos acentos post-estructuralistas, que alimentan, con diferentes matices, un antiesencialismo que compartimos.

Pero también, y éste no es un aspecto menor, las escrituras de estas autoras dejan ver no sólo el “derecho” del discurso –la postura crítica y deconstructiva del paradigma masculino y por-ende, de la oposición hombre/mujer, la propuesta de una nueva subjetividad radical fundada en la negatividad–, sino también su *revés*, su límite, ese umbral difuso donde acecha tanto el riesgo de una disolución identitaria (la mujer *no es, no es, no es...*) como el fantasma del esencialismo (reingresando esta vez por la ventana) en la búsqueda de la huella, la marca, la traza, la corporeidad de lo distintivamente “femenino”...⁹. Oscilación que, como la deconstrucción derrideana ha insistido al infinito, no necesita ser *saldada*, resuelta en un término superador, más bien señala la duplicidad constitutiva del lenguaje, la indecidibilidad que atraviesa todo pensamiento teórico, por más que quienes buscan verdades unívocas pretendan siempre su neutralización.

Ese rechazo a toda definición “positiva” de la/s mujer/es, en términos de atributos o prácticas que le/s serían propios –vía adoptada en cambio por el llamado “feminismo cultural”– presentaba, como tempranamente fue advertido, una dificultad en términos políticos: ¿cómo encarar una lucha reivindicativa *en tanto mujeres* –de las innúmeras a afrontar– a partir de un principio ontológico de negatividad?. O, dicho de otro modo, cómo afirmar una particularidad sin reconocer, aun acotadamente, algún tipo de universalidad? Varias alternativas teóricas se plantearon a este dilema: un “esencialismo estatégico”, según la expresión de Gayatri Chakravorty Spivak, es decir, la afirmación de una posición identitaria “fuerte” pero só-

8. Paola Di Cori. “Made in USA e Made in Europe. La storia delle donne in una prospettiva di comparazione”, en *Una e divisibile*. Ester Fano (coord.). Firenze, Ponte alle Grazie, 1992, páginas 254-279.

9. Así, en distintos momentos se hablará de una palabra femenina y de la imposibilidad de dar cuenta de ella, del texto femenino como espacio sensual, de placer, y de su cualidad indefinible, de una subjetividad femenina y a la vez de la inconveniencia de la sexuación.

lo en función de un objetivo a conseguir, sin que esto suponga su fijación; una acentuación en lo socio-histórico, según Denise Riley, donde la lucha por reivindicaciones específicas en un contexto particular no suponga necesariamente esencializar la condición femenina como “eterna” o “natural”; una concepción semiótica –y no inmanente– de la experiencia, según Teresa de Lauretis, por la cual la subjetividad femenina se construye en una relación de compromiso personal –y por ende, siempre modificable– con prácticas, rituales y discursos que configuran el orden social.

Aparece aquí claramente la idea de *posicionalidad*, no una “identidad” (femenina) definida a priori sino identificaciones múltiples, históricas, contingentes, incapaces de dar cuenta de una “totalidad” del sujeto –imposible por otra parte, por cuanto estructurado, según el psicoanálisis, en torno de una falta, de un vacío constitutivo–, pero susceptibles sin embargo de articularse temporariamente en “puntos nodales”, donde alguna de ellas se torna hegemónica. En ese juego de posiciones el *género* (gender) o la diferencia sexual juega un papel en mayor o menor medida determinante, según los enfoques, junto a otros parámetros identificatorios concurrentes –clase, raza, etnia, religión, etcétera¹⁰.

Justamente, un producto típico del diálogo franco-norteamericano en torno al feminismo es la definición misma de *género* (gender) que realizó Joan Scott en un artículo ineludible, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”¹¹, presentado en la reunión de la *American Historical Association* en Nueva York (1985), y cuya traducción, a multitud de lenguas, recorrió todos los continentes. Allí, la autora, desde una perspectiva post-estructuralista que combina los enfoques de Foucault y Derrida, realiza una indagación sobre las formas simbólicas que han configurado un *saber* sobre la diferencia sexual, un saber siempre relativo, que comprende instituciones, prácticas, rituales, discursos, representaciones múltiples y contradictorias, y a través del cual se establecen relaciones específicas de poder y de subordinación entre hombres y mujeres. El género es entonces este saber, y no meramente la diferencia física, biológica, que por otra parte nada tiene de “natural” sino que ha sido investida de diversos significados a través de los siglos. Tal reconceptualización de una noción ya existente, a la luz de afinados instrumentos teóricos, planteaba un fuerte desafío a la práctica histórica y abría nuevos caminos al estudio de los movimientos sociales.

10. Distintas corrientes del feminismo, de los estudios antropológicos, afroamericanos, subalternos o de minorías étnicas, sostienen la pertinencia de considerar el cruce de estos parámetros identificatorios y no sólo la preeminencia del sexo/género, por cuanto no siempre son equivalentes las subjetividades ni las demandas en juego.

11. Versión castellana publicada en M. Navarro y C. Stimpson (Comps.). *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires, 1999, páginas 37-75.

Como suele suceder, la traducción de una lengua a otras no siempre tiene una equivalencia asegurada: el pasaje de *gender* a las lenguas romances trajo aparejados no pocos problemas de interpretación. En un artículo esclarecedor¹², Paola Di Cori analiza extensamente los avatares, semióticos y teóricos, del significante: equiparable a la distinción gramatical (género y número), corre el riesgo de ser tomado “al pie de la letra”, como mero índice (femenino/masculino) en desmedro de toda investidura simbólica, tomado como sinónimo liso y llano de “diferencia sexual” intensifica su carga biologicista, tomado desde el punto de vista de su contexto histórico de enunciación a menudo es equivalente a(l) “hablar de mujeres” o simplemente remite a la distinción, aún cultural, entre los sexos, pero sin tener en cuenta la cuestión del poder. También está el peligro de cristalizar el singular (*género*) como una construcción ya realizada, uniforme, cuando la multiplicidad, la temporalidad y la perturbación interna del concepto mismo son ejes fundamentales del análisis de Scott. Quizá por ello, la recepción de su artículo tuvo mayor productividad en nuevas disciplinas o enfoques multidisciplinares –historia de las mujeres, estudios culturales, antropología, estudios de la diferencia– que en el (propio) terreno historiográfico.

Esa perturbación, esa inestabilidad del concepto a través de diversos usos contextuales –que no hace más que ejemplificar la deriva obligada de todo significante– fue captada justamente por Judith Butler, teórica post-estructuralista cercana a Scott, en un título feliz para su libro: *Gender trouble*¹³. Partiendo de una concepción performativa del sujeto –el lenguaje, la discursividad, como constructores de efectos ontológicos– la autora puntualiza dos aspectos: por una parte, en tanto el género no es una esencia estática ni una “profundidad” sino una reiterada sanción de normas, el término que reclama para sí la representación de una realidad previa produce *retroactivamente* esa prioridad como un efecto; por la otra, cada estructura determinada alcanza su determinación por repetición (*iterabilidad*) y, por ende, está sometida a diversas contingencias que ponen en riesgo el carácter determinado de esa estructura. En otros términos, para el feminismo “el género no *representa* una profundidad interior sino que *produce* esa interioridad y profundidad performativamente, como un efecto de su propia operatoria” (nuestro subrayado). Así, los diversos mecanismos de dominación masculina pueden ser vistos no ya como “totalidades sistémicas” sino como “formas hegemónicas de poder que exponen su

12. Paola Di Cori. “¿Genere e/o gender? Controversie storiche e teorie femministe”, en Alice Bellagamba, Paola Di Cori, Marco Pustianaz (editores). *Generi di traverso*. Vercelli, Mercurio, 2000, páginas 17-70.

13. Judith Butler. *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge, Londres, 1990.

propia fragilidad en la operación misma de su iterabilidad”¹⁴. La tarea estratégica para el feminismo, en esta perspectiva, será entonces la de explorar (y aprovechar) la emergencia de esas ocasiones de fragilidad.

Un paso más allá, en otro libro emblemático, *Bodies that Matter*¹⁵, Butler retoma la pareja sexo/género y parte de la fisicalidad como valor central en cuanto a la sexuación del cuerpo, para indagar en la normativización discursivo/institucional por la cual la diferencia biológica aparece como característica prioritaria del sexo. Desde esta óptica, el sexo no describe una materialidad previa a la identificación sexual, sino que produce y regula la inteligibilidad de esa materialidad del cuerpo en una dualidad apta para mantener la sexualidad reproductiva como orden obligado de la vida. Este énfasis performativo, apuntando al núcleo mismo de la materialidad, aportaba nuevos matices a la inquietud teórica y a la profusa indagación en torno de la diferencia sexual que venían desplegando diversas corrientes del feminismo, los estudios gay y lesbianos, los *queer studies*, etcétera.

En la sintética trayectoria que venimos trazando, es perceptible un movimiento de apertura, de sucesivas inclusiones, de constante ampliación de las áreas, los conceptos y también de los problemas: de la pregunta inicial sobre la escritura de las mujeres a la puesta en cuestión de la propia idea –¿fundante?– de sexuación. De algún modo, este movimiento es representativo de esa cartografía compleja, de esa territorialidad difusa –geográfica, lingüística, corporal, disciplinaria– donde estos nuevos saberes –sobre viejos saberes– se construyen, se enfrentan, libran encendidas batallas, teóricas y políticas, raramente por fuera de la experiencia personal, del compromiso vital de sus actores: ese involucramiento es quizá una característica reiterada, que excede las disputas –igualmente intensas– sobre los espacios de poder en universidades, departamentos, posgrados, asociaciones, publicaciones, organismos y hasta políticas de Estado.

Esas pugnas, que alcanzan también a los particularismos cuya afirmación ontológica *en tanto diferencias* –las famosas “políticas de identidad”– causan a veces escozor en el pensamiento de izquierda más tradicional, encuentran en la noción de *hegemonía*, desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, un invalorable apoyo teórico. Desde su perspectiva, lo particular no puede enunciarse como pura diferencia sino que está en

14. Judith Butler. “Further reflections on conversations of our time”, en revista *Diacritics*, Volumen 27, n° 1. John Hopkins University Press, Baltimore, Primavera de 1997, página 14. La noción derrideana de *iterabilidad* remite a la posibilidad de todo elemento del discurso de ser repetido, reiterado, citado, en otros contextos, desplazamiento espacial que entraña a la vez una diferencia temporal y de sentidos.

15. Judith Butler. *Bodies that Matter*. Routledge, Londres, 1993.

una relación constitutiva con un *otro*, relación que debe ser regulada por normas que los trascienden. Como la demanda de un grupo encuentra siempre un punto de articulación con otras, ese principio articulador sólo puede justificarse sobre bases, aun en cierto grado, universales. De este modo, toda diferencia se halla “interrumpida”, en algún momento, por una cadena de equivalencias y de igualdad, y en tanto la pugna entre identidades diferenciales es una lucha hegemónica, *todas ellas* se ven transformadas en esa lucha, lo cual supone un proceso inevitable de *hibridización*¹⁶. Es por ello que, para Chantal Mouffe –y en divergencia con otras posturas dentro del feminismo– la política feminista no debe diseñarse prioritariamente a partir de sus intereses *como mujeres* sino como “persecución de las metas y aspiraciones feministas dentro del contexto de una amplia articulación de demandas”, metas que comprenden por supuesto la transformación de prácticas y discursos donde la categoría “mujer” esté involucrada en posiciones de subordinación¹⁷.

SINGULAR Y PLURAL: LAS TRAZAS DE LA EXPERIENCIA

Es precisamente en la alternancia entre singular y plural –“la mujer”/ “las mujeres”– donde se juega la apuesta de un pensamiento –una escritura– feminista/femenina, cualquiera sea su orientación teórica. En esa grieta, en esa divergencia insalvable entre el Singular, ficción fundante de nuestra cultura –naturaleza, Madre, diosa, hechicera¹⁸, otro del varón y sede de su deseo, signo y objeto del intercambio social masculino, cuerpo-fetichismo objeto de toda visibilidad– y el plural, las mujeres históricas, verdaderamente existentes. Singular a la vez irrepresentable y construido en una trama infinita de discursos –médicos, críticos, literarios, científicos, jurídicos, cotidianos...– cuya “esencia” resiste aún a la búsqueda denodada e infructuosa que Don Juan tipifica de modo ejemplar.

Las *mujeres*, por su parte, sin poder escapar a esa trama mítica de discursos, la exceden y la desvirtúan sin cesar. El obligado vaivén entre una y otras nunca será biunívoco, de simple adecuación, más bien presentará violencias mutuas, frustraciones, desvíos, marginalidades. La historia de la experiencia femenina –que la historia de las mujeres, en sus diversas corrientes, trata de aprehender– es la de la constitución de una subjetividad compleja, donde la regulación discursiva se impone, como enfatiza Judith Butler, no tanto a través de una dominación “externa” como por mecanis-

16. Ernesto Laclau. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel, 1996.

17. Chantal Mouffe. *El retorno de lo político*. Barcelona, Editorial Paidós, 1999, página 125.

18. Paola Di Cori analiza el trayecto histórico de la representación del cuerpo de la mujer y sus roles en *La donna rappresentata*. Roma, Ediesse, 1993.

mos psíquicos de (auto)sujeción¹⁹. De allí la importancia de compartir esa experiencia –práctica fundante de todos los feminismos–, a través del relato auto/biográfico de las vicisitudes comunes y singulares. La categoría de experiencia deviene así fundamental para la reflexión: como otras, requiere ser redefinida, pensada críticamente, aligerada tanto de su carga metafísica como de su valencia “universal”, aplicable a los *individuos* como tales antes de toda distinción²⁰.

Teresa de Lauretis emprende esa tarea en un libro-travesía apasionante donde se articulan semiótica, feminismo, cine, representación, tratando de responder justamente a los interrogantes que anotábamos al principio: “¿cómo escribe o habla –o hace películas– una como mujer?”²¹. Pregunta que no pretende negar sino exhibir la contradicción que atraviesa la teoría feminista, “a la vez excluida del discurso y atrapada en él”. Su noción de experiencia está ligada entonces a las políticas de auto-representación, a la refracción de las miradas constituyentes y constituídas, a los modos singulares en que cada sujeto se compromete, siempre provisionalmente, con los códigos reguladores. La semiótica juega un papel protagónico en esta indagación, donde la constitución de un sujeto femenino involucra no sólo la interacción (semiótica) del “mundo exterior” y del “mundo interior” en tanto relaciones materiales, económicas, interpersonales, de hecho sociales y en la larga duración, históricas, sino además una cierta relación con el cuerpo y la sexualidad. Es esa trama com-

19. Judith Butler. “La vida psíquica del poder. Teorías de la sujeción. Introducción”, en revista *Feminaria* n° 22/23. Buenos Aires, julio de 1999.

20. Joan Scott aborda justamente esta cuestión en su artículo “The evidence of experience”, en *The Historic Turn in the Human Sciences*. Varios Autores. Ann Arbor, Michigan University Press, 1996, páginas 378-406. Parte así del análisis que Raymond Williams realizara sobre su empleo en la tradición anglo-americana. El autor distinguía allí entre, por un lado, el conocimiento obtenido de acontecimientos pasados, y, por el otro, una clase particular de conciencia pudiendo implicar tanto “razón” como “conocimiento” –que señala también la estrecha relación que persistía, aun a comienzos del siglo XVIII, entre “experiencia” y “experimento”. En nuestro siglo, esa clase de conciencia pasa a significar una “plena y activa ‘información’ (*awareness*) que incluye tanto sentimiento como pensamiento”. Así, la noción de “experiencia” aparece como testimonio subjetivo, como la más auténtica clase de verdad, como “fundamento de todo (subsecuente) razonamiento y análisis” (Raymond Williams. *Keywords. The Vocabulary of Culture and Society*. Nueva York, Oxford University Press, 1985, páginas 126-128), pero además, en una forma *externa*, como reacción a influencias o percepciones del medio en discordancia. Scott remarca que, tanto en su vertiente “interna” como “externa”, esta consideración establece prioritariamente y da por hecho la existencia de *individuos*, en lugar de preguntarse cómo son producidas socialmente las concepciones de sí y las identidades. Este punto de partida “naturaliza categorías tales como hombre, mujer, negro, blanco, heterosexual, homosexual, tratándolas como características de esos individuos” Retoma luego la concepción de Teresa de Lauretis (Scott, página 387).

21. Teresa de Lauretis. *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. Madrid, Editorial Cátedra, 1992.

pleja de relaciones, donde lo social no desdibuja la agencia individual –autoconciencia que podrá devenir en práctica política emancipatoria– lo que hace posible hablar de una “experiencia femenina”.

Llegando hacia el final del artículo, se imponen algunas consideraciones que hacen a una mirada “desde aquí”. Un “aquí” cuya propiedad deíctica señala no un ámbito local extenso –la ciudad, el país– donde estos temas y problemas, en sus vertientes históricas, científicas, jurídicas, literarias, tienen ya una trayectoria que me sería imposible trazar –por razones de espacio y de especialización– sino uno más acotado, la Facultad y mi experiencia personal en ella.

Como me he ocupado teóricamente del espacio biográfico, no voy a hacer entonces “autobiografía”, en tanto relato de mis avatares en los casi veinte años de docencia e investigación en un territorio “extraño” para una egresada de Letras. Sí en cambio haré lugar a una voz joven, salida de esta Facultad. Sólo quiero anotar algunas impresiones, ligadas a la “experiencia” en el sentido pleno que le otorga de Lauretis, ya que me fue posible descifrarlas –y aún, registrarlas– a partir del contacto con la bibliografía feminista y con colegas feministas, de diverso signo y posición: Paola Di Cori, Rosi Braidotti, Nelly Richard, Diana Maffia, Alejandra Ciriza, Nora Domínguez...

Incorporé así la perspectiva de género a mis objetos de estudio, aunque no he hecho de ella una especialidad, y también a la manera en que leo los trabajos de otros –teóricos, colegas, doctorandos. Me volví atenta a las actitudes del medio académico respecto de saberes, temas de investigación, evaluaciones y posiciones. Me resultó sintomático comprobar que la Sociología –carrera de la que soy profesora– tenía un fuerte sesgo masculino, ya sea, obviamente, por sus “padres fundadores” como por sus exponentes vivos –mis colegas– de aquí y del exterior. Advertí que había cátedras sólo de varones. Comencé a reparar en la composición de las mesas redondas, paneles, encuentros, conferencias y debates que tienen lugar en nuestra Facultad organizados por instancias internas, muchas veces estudiantiles: raramente hay entre ellos una mujer. Ya adoptando la risa bajtiniana que recomendaba Kristeva, me divertía comprobar que el *board* de revistas teóricas con pretensión “universal” era exclusivamente masculino, sus colaboradores incluidos. Con menos diversión me enfrentaba a seminarios de discusión teórica o a *dossiers* sobre la coyuntura, siempre crítica, de la Argentina, donde la palabra autorizada era, casi sin excepción, masculina.

Yendo a la carrera en sí misma, la ausencia de la problemática y la crítica feminista, tanto a nivel de materias o seminarios específicos como en las bibliografías de materias donde su presencia es casi *obligada* (filosofía, teoría social, teoría política, movimientos sociales...) es igualmente sintomática. Como si la pasión por la “última” tendencia del pensamiento en Europa o los Estados Unidos, que caracteriza nuestro devenir intelectual,

eludiera cuidadosamente la adopción –¡y aún, la presentación!– de aquellas perspectivas –las más activas, por otra parte, en muchos de esos escenarios– que pudieran amenazar esta distribución tradicional del saber/poder. Como si fueran simplemente “cosas de mujeres”, que la visión paternalista pone más cerca de la charla poco consistente que de la verdadera hondura teórica –mientras, por otro lado, las “cosas de hombres” van adquiriendo un estatuto académico.

Quizá por mi carácter nómada, por los saberes “blandos” que transito –ninguno establecido en rígida paternidad– no tengo la experiencia de haber dependido de la “venia” masculina para mi trabajo intelectual. Sí la han tenido –y la tienen– expertas en campos tradicionalmente estructurados bajo ese sesgo: científicas, filósofas, sociólogas, historiadoras, cuyos relatos son confirmatorios de lo que contaba Michelle Perrot, de los *Annales*, en su capítulo de los *Essais d'égo-histoire*²²: la necesidad de patronazgo, de autorización, el requisito de la originalidad absoluta –o en su defecto, de la obra idéntica al modelo (masculino) establecido– para lograr el reconocimiento, el pasar pruebas para ser aceptadas en el “club” de la especialidad, el quedar segundas a igual mérito en una terna o concurso...

La experiencia de una joven graduada, con su rasgo de singularidad, también es al respecto significativa:

“Llegué a la Carrera de Sociología con una lectura muy rudimentaria de Michel Foucault sobre el tema de la subjetividad y su relación con la sexualidad. Estas ideas me habían impactado de tal modo, que en esa época no dejaba de repetir todo el tiempo que el dispositivo de sexualización era un mecanismo de dominación, y que mi futuro como profesional estaría centrado en este asunto. Tenía 19 años. Mientras tanto, no me sorprendía que todas las materias llevaran titulares de cátedra con nombres masculinos; que la única materia obligatoria donde había mujeres titulares fuera Metodología –¿la cocina de la investigación?, además de ser una materia que se tenía por de segunda categoría entre los estudiantes–; o que si había cátedras dirigidas por mujeres, fuera en materias que tenían que ver con disciplinas poéticas o artísticas... y ya se sabe que el arte está segundo en la lista de los saberes que acceden a la verdad bajo la mirada de las ciencias.

Tampoco me extrañaba la ausencia de autoras mujeres en las bibliografías, exceptuando a unas pocas afortunadas como Hannah Arendt; ni la ausencia de puntos de vista feministas en general, y particularmente en materias que tocaban cuestiones tan relevantes al tema como la filosofía política contemporánea. Dónde estaban Chantal Mouffe, Drucilla Cornell, Rosi Braidotti, Donna Haraway, Nancy Fraser o tantas otras... mientras consultábamos una y otra vez a los mismos de siempre.

22. Michelle Perrot. “L'air du temps”, en Pierre Nora (ed). *Essais d'égo-histoire*. París, Gallimard, 1987.

Si pienso en esos años, no puedo dejar de mencionar esa especie de esquizofrenia omnipresente e invisible (al menos para mí en ese momento) en la que vivía, ya que en paralelo con esta discriminación con forma de ausencia, no recuerdo haber sentido “nada raro” en la relación con mis compañera/os o en la vida de las clases. Como a tantos otros entre esas paredes, los pensamientos se me habían escindido de la experiencia.

Aunque ahora que lo pienso, me viene a la cabeza una excepción sintomática: ya graduada, en unas Jornadas que se hicieron en la carrera, llegué a presenciar una vez un debate en el que apareció de la forma más torpe y chabacana una oposición llana entre “machismo” y “feminismo”, como si estas dos figuras remitieran al mismo universo gnoseológico y no, en un caso a una ideología chauvinista y en el otro a una tradición política y un cuerpo teórico.

Descubrí más a fondo la crítica feminista al final de mi carrera de grado en grupos y cátedras, que obviamente también estaban escindidas del resto de la currícula de la carrera. Por fuera de las académicas que se dedicaban a estos temas parecía haber muy pocos interlocutores posibles. Un problema que sigue siendo, en general, uno de los temas del feminismo hoy, y del que siempre, desde afuera, se acusa a las mujeres por separatistas. Entre sonrisas socarronas, cada vez que una menciona la palabra maldita –“feminista”– aparece el cuestionamiento, en forma de pregunta retórica: ¿y por qué las mujeres se tienen que “inventar” un tema propio? Bien, si no hubiera sido por este “inventor”, particularmente yo nunca me hubiera enterado de existencia de la “sociedad patriarcal”, el contrato de género, la división sexual del trabajo, el advenimiento de las sociedades democráticas y el acceso de las mujeres al voto, la relación de lo propiamente masculino con el sujeto centrado y la racionalidad moderna, por mencionar sólo algunos tópicos.

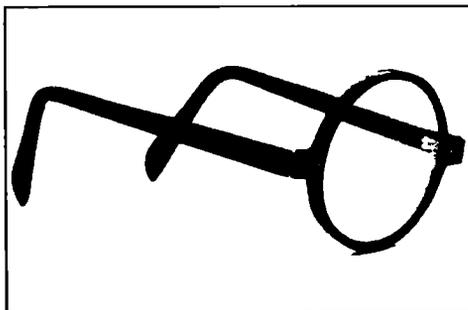
Discriminación velada, ausencias que no podría calificar de casuales: la ignorancia no reconocida de ciertos temas y problemas sigue siendo aún hoy, desde mi punto de vista, una deuda en una carrera que debería ampliar sus horizontes críticos a tono con los tiempos”²³

Una lectura sintomática es justamente aquella que señala lógicas, dispositivos, discursos inscriptos en el funcionamiento “natural” de las instituciones, como emergentes de un estado crítico, como huellas –ausencias de lo reprimido–, como signos ideológicos que niegan el carácter de tales reivindicando una hipotética neutralidad y evidencia. La escritura femenina en este caso, volviendo a nuestro tema inicial, tendría que ver con la mirada crítica, autorreflexiva, que permita situarse en esa escena no ya para disputar la partida con el fiel acatamiento de sus reglas sino para jugar otro juego –un juego del revés– con otras cartas.

23. Leticia Sabsay es Socióloga y Doctoranda de la Facultad de Filosofía y Letras. Fue becaria UBACyT de Iniciación y Perfeccionamiento y Directora de un Proyecto Joven. Fue becaria de la DAAD en la Universidad de las Mujeres de Hannover. Se especializó en crítica feminista, estudios de la diferencia sexual, representaciones mediáticas y artes digitales. Tiene artículos publicados en libros y revistas especializadas.

El referato revisitado

De las tantas “horcas caudinas” que los miembros de la comunidad universitaria deben atravesar, una de las menos mencionadas es la cuestión del “referato”. Originalmente era una forma “aséptica” de evaluación de la producción científica enviada por investigadores y profesores a revistas académicas. Los pares se testeaban entre sí. Sin embargo, y de un modo que pasó inadvertido, esa práctica puntual comenzó a articularse con otras innovaciones y obligaciones que la universidad asumió: la metamorfosis del docente en investigador, la aparición de nuevas instancias de evaluación, la creación del programa de incentivos a la investigación, etcétera. Esos acoples y transformaciones condujeron a cambios en las formas de escritura, de decisión sobre espacios de publicitación de resultados, y de planificación de la actividad académica a futuro. Trastrocamientos que, en el caso específico de las ciencias sociales, no siempre tuvieron en cuenta la peculiaridad de sus modos de producción escrita, sus métodos, y sus tradiciones editoriales y de intercambio de opiniones. Sociedad invitó a varios profesores de nuestra Facultad a debatir las aristas de un tema tan complejo como necesitado de propuestas imaginativas.





El referato revisitado

De referatos, referees y jueces *Ana Lía Kornblit**

El procedimiento de *referato* que se ha instalado en el ámbito académico como requisito para acceder a la publicación de trabajos es un indicador de cambios en las prácticas "científicas" que en general quedan ocultas. En las ciencias sociales y humanas, en particular, estos cambios reproducen modalidades aceptadas con anterioridad en las llamadas "ciencias duras", consistentes en la legitimación de la producción científica a partir del visto bueno de colegas (pares o superiores), erigidos en jueces.

* Profesora Titular de la materia Psicología Social en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Principal del CONICET y del Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la misma Facultad.

Se agrega a esto el prestigio diferencial de las publicaciones (más allá de que se menosprecie a las que no cuentan con el consabido *referato*), llegándose al caso, en ciertas disciplinas, de que la publicación en una revista particular implica la consagración de una trayectoria o el acceso a una categoría laboral superior.

Es evidente que estas prácticas implican una serie de aspectos que deben entenderse a la vez como consecuencias de su aceptación y como condiciones previas a ellas. Me refiero al necesario reconocimiento de que el propio trabajo puede –y debería– ser evaluado por otras personas a las que se adjudica capacidad para realizar tal evaluación y de las que se supone además que actúan con probidad y ecuanimidad. Aceptar la idoneidad de un conjunto de “otros” como jueces supone que ellos y el/los autores del producto a evaluar comparten un mismo paradigma teórico y metodológico. Esta es para mí la primera dificultad de la evaluación en las ciencias sociales y humanas.

A diferencia de lo que sucede en las “duras”, en las que, salvo los grandes saltos de paradigmas, se transitan caminos más o menos comunes, en los que el avance del conocimiento es acumulativo, en nuestras disciplinas la producción académica puede ir por “senderos que se bifurcan”, y hasta se solapan conservando sus diferencias, tanto en cuanto a modelos teóricos como metodológicos y en un mismo momento histórico.

Por añadidura, por alguna razón sobre la cual sería interesante reflexionar en otro lugar, las elecciones de modelos despiertan en nuestros científicos adherencias emocionales que implican rechazos y enemistades con las tribus que, aunque vecinas, no participan de las mismas elecciones.

Es posible imaginar, por consiguiente, la incertidumbre despertada por el hecho de someter a evaluación el producto del trabajo propio, que se diferencia mal de uno mismo, a jueces que en lugar de sumergirse en la lógica del trabajo y evaluarlo desde ahí, lo analizan como ejemplo de un modelo que no comparten.

La estrategia de supervivencia de los desconcertados científicos sociales/humanos comprenderá, por consiguiente, la tarea de encontrar grupos de colegas que compartan sus mismas o parecidas elecciones no sólo de subdisciplinas sino del modo como se las cultiva, para “afiliarse” a ellos y desde esa afiliación proseguir el camino.

Una de las consecuencias de esta situación es la formación de grupos monolíticos, que desarrollan modelos hegemónicos para su pequeña parcela del saber, con el resultado de que los trabajos consisten en la aplicación de los mismos procedimientos e ideas a diferentes aspectos de la realidad: innovación y creatividad reducidas a cero; pertenencia y uniformidad aumentadas. Por lo común cada uno de estos grupos tiene su propia publicación, en la que difícilmente se lea algo diferente al modelo aceptado.

La exigencia de la evaluación por productos, adoptada sin pestañear en los ámbitos universitario y en los organismos nacionales del campo (léase CONICET, Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, etcétera), implica que se “cuenten” los trabajos publicados, como indicador de resultado de becas, subsidios y otros dineros otorgados a los docentes-investigadores, sin profundizar demasiado en la calidad de los mismos ni en otros criterios, como la creación de espacios de reflexión, la presencia de los temas trabajados en la agenda pública, la incorporación de otros saberes, etcétera.

La más sofisticada exigencia de los últimos tiempos, en cuanto a que las revistas "válidas" son las "indexadas" en los vademécum de las publicaciones santificadas porque han logrado ser aceptadas por los diferentes *establishments* académicos complica aún más la cuestión, habida cuenta de que por su localismo, su juventud y su rechazo de lo hegemónico, existen muy pocas revistas latinoamericanas en ciencias humanas y sociales que hayan logrado acceder a tal "reconocimiento".

El último artificio inventado en esta lógica evaluativa consiste en "medir" el impacto alcanzado por los autores a partir de las veces que han sido citados en las mismas publicaciones hegemónicas y de complicados cálculos consistentes en tomar en cuenta la cantidad de lectores de las mismas.

Como se ve, la cadena que se inicia con los *referatos* de las publicaciones periódicas se prolonga en otros eslabones que mantienen entre sí la misma lógica de sometimiento a un modelo de evaluación cuantitativista y arbitrario. La pretensión de que los evaluadores deben ser desconocidos por el evaluado no contribuye, en la mayoría de los casos, a que el proceso sea enriquecedor para el autor, dado que muchas veces se encuentra con comentarios de los evaluadores acerca de su trabajo, o indicaciones para su modificación, que implican descalificaciones o pretensiones de cambios que desvirtuarían el trabajo presentado.

Para arribar a algo más propositivo, pienso que todo el proceso sería diferente si se permitiera al evaluado sugerir a las personas que pudieran evaluar su trabajo, que ellas hicieran comentarios constructivos que le permitieran avanzar en algún punto del mismo y que la evaluación fuera en sí misma un intercambio con expertos de otros lugares y ámbitos. Este sería un modo de abrir un sistema que, cerrado sobre sí mismo como el actual, corre el riesgo de debilitar y empobrecer la producción de nuestros investigadores.

Referato y anonimato

*Carlos Belvedere**

1. ¿Cómo hablar del referato sin incurrir en una serie de paradojas? La primera de ellas: este es un artículo sobre el referato en una revista con referato. ¿Cómo ser juez y parte en este asunto? Segunda paradoja: quien escribe, hasta el momento, ha sido bien evaluado por los referís de turno ¿cómo podría hacer una evaluación crítica de esta instancia sin caer en una autoimpugnación cínica o en un innecesario gesto sacrificial? Justamente, ¿cómo hablar del referato sin incurrir en una serie de paradojas!

2. Es la cuestión y no su ocasional expositor lo que conduce a paradojas y a consecuencias que serían grotescas de no ser por sus dramáticos efectos sobre las vidas sometidas a él. Ciertamente, el referato —tal como es practicado en nuestro medio— tiene algo de paródico: no se cumple más que formalmente, como imitación

* Jefe de Trabajos Prácticos de la materia Sociología Sistemática en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del grupo editor de la revista *El Ojo Furioso*.

distorsionada de un modelo ideal que acaso no exista en ciencias sociales ni en humanidades –pobres demiurgos, nosotros, que creamos mundos imperfectos contemplando el *tópos ouranós* de las ciencias exactas. Así, el referato suele presentar un grado de precisión matemática –sobre todo, gracias a la indexación de las publicaciones– que, en el terreno de nuestras disciplinas linda con lo absurdo. En breve, es tan serio que no puede tomarse en serio.

3. Esta parodia involuntaria, tras su inverosímil manto de objetividad impersonal, suele esconder no pocas falacias *ad hominem*. No es difícil, si uno se lo propone, hacer rechazar un artículo, como tampoco lo es hacerlo aprobar. Sartre decía que al elegir el consejero se elige el consejo. *Mutatis mutandis*, lo mismo vale para la evaluación. Además, sabemos que sólo en contadas ocasiones el referato es anónimo, pues existen infinidad de mecanismos informales que terminan filtrando el nombre del evaluador, cuando no contribuyen directamente a elegirlo.

4. Esto sólo podría subsanarse evaluando a los evaluadores. Nueva paradoja envuelta en la falacia *ad hominem*; como esta otra: el referato, que se supone impersonal, termina siendo tan personal como puede serlo una evaluación. Así no es raro que terminen conformándose camarillas amparadas en las sombras de un sistema de evaluación que podrá ser de todo menos impersonal. Es que, en este marco, el anonimato sólo puede ser malintencionado. Dicho en criollo, desde las sombras del anonimato, el referato suele convertirse en tiro al pichón.

5. Pero no queremos ampararnos simplemente en las formas; también queremos apelar a una cuestión sustancial: este tipo de referatos no guarda relación con nuestra cultura académica, sobre todo en lo que respecta a humanidades y ciencias sociales. La misma ha sabido privilegiar la conformación de grupos de estudio, de discusión, de afinidades electivas, tendientes a nuclearse en torno a revistas –independientes y autogestionadas, las más de las veces– que no carecen de criterio ni de autoridad sino que han gestado sus propios mecanismos. Este tipo de publicaciones –nuestras publicaciones– han funcionado siempre articuladas en base a consejos editoriales, los cuales subsanaban *avant la lettre* los problemas del referato anónimo. Este tipo de revistas se conoce no sólo por el tenor de sus artículos sino también por la catadura del grupo humano que las conforma. Hay allí un prestigio en juego –más difuso y menos preciso que el *index*, pero más real y consensuado también–; y hay evaluaciones, pero que se hacen a viva voz, dando la cara, poniendo en juego el propio prestigio y no amparándose en la impersonalidad de un formulario o una grilla y en las sombras de una burocracia institucional.

6. La subordinación de los consejos editoriales a una autoridad externa, anónima e impersonal, ha hecho surgir toda una burocracia técnico-administrativa, conformada por una nueva casta de especialistas en educación que no domina los campos específicos sobre los que se ejerce la evaluación, lo cual deriva en un formalismo estéril pues –por más que la evaluación sea realizada por especialistas en el campo–, como los criterios han sido fijados previamente y de manera ajena al mismo, la evaluación muchas veces es más formal que sustancial. Ello también ha conducido a un desprestigio de las cátedras, cuyo carácter y futuro debería tomarse con mayor seriedad, por discutible que puede considerarse el lugar y la dinámica que les son propias hoy.

7. Estas alteraciones de nuestra cultura intelectual ha producido una ruptura del tejido institucional al desmembrar las comunidades de sentido –naturales productos

de la vida intelectual, que es, *per se*, una vida de diálogo, de confrontación, esto es: de interacción intersubjetiva—, minando la productividad que tendría una institución cuyos criterios de evaluación se ajustaran a los modos naturales de expresión que le son propios.

8. Efecto más nocivo, aún, es que este tipo de referatos termina por hacer imposible toda obra. Ya no vale el libro sino el artículo, publicado —a su vez— en revistas dispersas por todo el orbe. Esto promueve la fragmentación de la escritura y la dispersión de la producción personal. No es de extrañar, entonces, que no abunden los buenos libros argentinos.

9. De las formas de referato aplicadas hoy en día, sólo el “referato pedagógico” logra subsanar algunos de estos in-convenientes. Se trata de una modalidad atípica aunque sumamente atendible, ya que: se expide a rostro descubierto; implica una devolución personalizada; y retoma nuestra tradición, pues se parece más a la polémica propia de nuestras comunidades académicas que el referato anónimo.

10. Por último, tal vez un modo de salir adelante sin renegar de nosotros mismos sea equiparar el fallo de los consejos editores al de los referatos existentes. No defendemos la falta de criterios pero, tampoco, la de sentido común.

Acerca del referato

Inés Izaguirre*

Por segunda vez desde su inicio me convocan a escribir en la revista de la Facultad. El tema es “de iniciados”. Como muchos jóvenes no conocen el término, lo explico: En el mundo académico se llama *referato* a la evaluación por pares. Se la usa sólo para los productos de investigación del mundo académico-científico: institutos universitarios, revistas académicas, CONICET, etcétera. El objetivo es garantizar, por el juicio de otros considerados iguales, que la investigación ha seguido los procedimientos de rigor en la demostración de un problema. La aprobación de un referato certificaría entonces la seriedad de un trabajo. Dicho así, parece que estuviéramos frente a una rutina más, gestada en el panoptismo del examen. Esta práctica comenzó, como otras, en las ciencias de la naturaleza, cuyo desarrollo es equiparable a la organización del trabajo colectivo basado en el modelo *gran industria* —el laboratorio— y no en el mundo artesanal o quasi manufacturero de las ciencias sociales, donde el último producto tecnológico revolucionario que innovó la investigación y la producción, la PC, tiene ya un cuarto de siglo. Este control de calidad no es inocuo. En Argentina, un *mismo* trabajo publicado “con referato” merecerá 20 puntos en el orden “cientimétrico” de una escala de méritos para cubrir los escasos cargos remunerados más o menos estables (llámese Carrera de Investigador, becas, Categorías del sistema de incentivos, etc.) y valdrá 2 puntos —diez veces menos— si se lo publica en una revista sin ese control. O sea que someterse a referato tiene consecuencias

* Profesora Titular de la materia Teoría Sociológica y de Talleres de Investigación en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la misma Facultad.

económico-salariales. En el mundo desarrollado estas prácticas están normalizadas, las Revistas exhiben sus comités editoriales –que generalmente funcionan– y los evaluadores especializados son remunerados por desarrollar esa tarea, lo que significa que le dedicarán un espacio de tiempo previsible. Entre nosotros en cambio se trata de una tarea “honoraria” más: además de dar clase, investigar y publicar, los profesores-investigadores con dedicaciones más altas deben atender becarios, asesorar tesis, leer y evaluar informes parciales y finales de tesis, becas y equipos de investigación, para esta Universidad y para otras, para el grado y para los posgrados, formar parte de comisiones y jurados y en suma una serie de tareas “honorarias” invisibilizadas, no contempladas en ningún reglamento, y por supuesto en ningún salario, excepto el “honor” o prestigio que presuntamente otorgan. Como dicho personal es escaso –en nuestra Facultad los cargos de profesores y JTP con dedicaciones exclusivas y semiexclusivas no llegan al 10% de la planta docente total– la sobrecarga de tareas de personas tan honorables es enorme. Resultado: los institutos de investigación cuyas publicaciones son sometidas a referato sufren largas demoras para obtener esta evaluación. En consecuencia: 1) Los investigadores “en carrera” competitiva hacia algún puesto en el sistema se ven perjudicados. 2) Para evitarlo, las publicaciones que exhiben Comités editoriales reconocidos no hacen referatos regulares, o los delegan en un pequeño grupo endogámico de amigos. 3) Los resultados de investigación sobre temas coyunturales no pueden esperar a los referatos, porque dejarían de ser “de coyuntura”. El interesado en mantener una discusión con sus colegas sobre un problema de la realidad inmediata –lo que es muy común en ciencias sociales– lo hará en una publicación sin referato, o en una propia, o en una periodística, que en general tienen un ritmo y un atractivo del que carecen las publicaciones “cientimétricas”. Lo habitual es que el investigador haga los dos tipos de publicaciones: una para el escalómetro, otra para el debate intelectual. Hay otra consecuencia, vinculada al abuso de poder de los jueces propio de una cultura autoritaria como la nuestra: 4) el ejercicio de evaluaciones discriminatorias en el campo teórico-ideológico dio lugar en los '90 en el CONICET a una serie de conflictos entre evaluadores y evaluados que al salir a luz tuvieron saludables consecuencias institucionales¹. La ruptura del secreto productor de impunidad que, al menos desde la dictadura había rodeado a los evaluadores, mereció una ley del Parlamento, promovida por una diputada-investigadora sensibilizada por aquellos conflictos². A mi juicio, estas resistencias han impedido hasta ahora, en Argentina y en América Latina, la instalación de estructuras jerárquicas más rígidas entre los investigadores. En el mundo de las “ciencias de la naturaleza”, donde hay publicaciones de prestigio

1. Luego de varios conflictos –fui protagonista del primero– el Directorio prohibió fundamentar evaluaciones por razones ideológicas. Algo que debiera ser obvio, pero que hubo que reglamentar. En todas las instituciones otorgantes de subsidios (Agencia, UBACYT, CONICET, entre las principales) a partir de entonces se inauguró un ítem donde se pide al solicitante que indique los nombres de los pares recusados para la evaluación.

2. Me refiero a la Ley 25.200, promulgada el 16 de diciembre de 1999, sobre exigibilidad del dictamen y de los nombres de los Jurados, por parte de cualquier evaluado y a la ex diputada Adriana Puiggrós, que llevó adelante su redacción y promulgación.

internacional por el rigor de sus referatos, se están presentando otros problemas que revelan luchas de poder vinculadas a la penetración del capital³: algunas ramas de la física y la biología, cuyas aplicaciones “tecnológicas” comerciales tienen salida cada vez más rápida, son permanentemente vigiladas por las empresas, con otras consecuencias negativas: 5) el capital ve como más rentable la inversión en universidades públicas estatales, y la posibilidad de contar con esos fondos presiona a los investigadores para desviarse de la ciencia básica; 6) en el mejor de los casos esto hace que los investigadores piensen en temas de investigación directamente aplicables, o en instalar sus propias empresas. 7) En el peor, *se retacea la publicación de innovaciones científicas, y se inhibe la apropiación social del conocimiento, o se estimula el fraude aventurando resultados que no se han obtenido aún, como modo de atraer a los inversores industriales*⁴. Esta presión privatizadora sobre el conocimiento tiene su equivalente en el campo de las ciencias sociales: basta repasar los contenidos de nuestras publicaciones durante los '90 para advertir su tibieza crítica ante *la mano invisible* del neoliberalismo conservador.

La debilidad de los más fuertes...

Marta Panaia*

Una de las preocupaciones más persistentes de los docentes e investigadores es encontrar la mejor manera de comunicar sus hallazgos y reflexiones a la comunidad académica y a un círculo aún mayor de interesados en algunos de los temas de sus trabajos. Esto que parece una aspiración tan sencilla, se convierte en un verdadero galimatías cuando se trata de lograr un consenso sobre las normas que rigen esa comunicación o difusión de ideas y resultados de trabajo. En primer lugar porque es imposible no entrar en comparaciones con la precisión y comprobabilidad de las disciplinas exactas y tecnológicas y segundo porque es muy difícil establecer algo similar para las disciplinas humanísticas y sociales.

No obstante estas diferencias, muchas de las confusiones, malentendidos y con-

3. Véase Tomás Buch. “*La privatización del conocimiento*”, en *Diario Río Negro*. General Roca, 18 de junio de 2001.

4. El 27 de septiembre de 2002 *La Nación* on line publicó el escándalo producido en las dos revistas científicas de mayor reconocimiento internacional –*Science* y *Nature*– que reprodujeron diecisiete papers con supuestos avances científicos en el naciente campo de la electrónica molecular, de Hendrik Schön, joven investigador posdoctoral de la Universidad de Konstanz, Alemania, patrocinado por Laboratorios Bell. Algunos de sus pares no lograron reproducir los experimentos, por lo que el fraude salió a la luz. La Bell, si bien despidió a Schön luego de formar un comité de investigación, circunscribió el engaño al caso individual. Los editores de *Science* y *Nature* llegaron a la conclusión de que *el sistema de evaluación por pares no está diseñado para detectar fraudes*.

* Profesora Titular de la materia Sociología Laboral en las Carreras de Sociología y de Relaciones del Trabajo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de la Carrera de Investigación Científica y Tecnológica del CONICET con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.

flictos provenientes de la pluralidad de soportes y formas literarias de los escritos proviene de la *falta de transparencia de los acuerdos tácitos* que implica participar de cada publicación, y de la aspiración, legítima o no, que tienen todos los participantes de pertenecer al primer nivel de calidad y reconocimiento de su público, es decir de *ser los más fuertes*.

Entonces, el tema son *los acuerdos tácitos o no tácitos*, quienes los hacen y ante quienes son responsables. Veamos un poco los primeros: ciertamente impuesto desde las Ciencias Exactas tiene un mayor reconocimiento académico la publicación en las revistas académicas que en los libros, ya que las primeras si denuncian un sistema de referato o de indización y está acompañada de un cuerpo de notables que funcionan como Consejo Editorial o Académico, asegura un nivel de responsabilidad ante el público lector que aumenta el poder académico de sus contenidos. Por su parte, en cambio, el libro siempre supone una mayor circulación y un público más amplio, y la posible financiación del propio autor o de grupos interesados en difundir esos contenidos sean o no debidamente cuidados. Sin embargo, hay *acuerdos tácitos* y nuestra práctica cotidiana enseña, dolorosamente a veces, que los mentados Comités Editoriales esconden fuertes sesgos ideológicos o políticos que no están explicitados y que, en realidad, sólo tienen acceso a publicar en esas revistas los miembros secretos del grupo, que con los años y la experiencia se logran identificar. También nuestra práctica cotidiana nos enseña, que muchas veces la única posibilidad que tiene de ver la luz el resultado del trabajo de dos o tres años de investigación y análisis, es con el financiamiento de fondos editoriales y/o grupos internacionales interesados en la temática.

Es decir que la pluralidad de soportes y situaciones existentes, así como las innumerables formas de transmitir las ideas que se quiere comunicar —no siempre debidamente utilizadas, porque se abusa del artículo y del ensayo sin apelar a una gran variedad de formas como las comunicaciones, las exégesis, las addendas, las notas metodológicas, los reportes, los comentarios, las cartas, la reproducción de documentos, los discursos, las reelaboraciones, etcétera, que permiten abrir un abanico infinito de posibilidades debidamente definidas de expresión— forman una suerte de *mercado persa de las ideas*, donde muchas veces es muy difícil identificar los productos más puros, más originales y sobre todo aquellos verdaderamente superadores, y donde también se han perdido las bellezas de la forma estética y ética, porque no se aclara *el acuerdo* de publicación o, lo que es peor, se *aparenta* un acuerdo que no existe.

No solamente no hay una sola jerarquía de *acuerdos tácitos y no tácitos*, sino que los matices se abren en nuevas posibilidades hasta el infinito, sin solución de continuidad, los *secretos*, la *bolilla negra*, las *exclusiones*, la *discriminación*... Así encontramos Congresos que seleccionan sus ponencias; Jornadas que tienen jurados internacionales; Simposios que sólo funcionan por invitación; Maestrías que eligen sus profesores por concurso y Doctorados que sólo arman seminarios por invitación; Revistas que publican sólo lo que escriben los miembros del Consejo Editorial y otras que sólo editan lo que aprueban los jurados; Comisiones Editoriales prescindentes y Comisiones Editoriales decisoras; Editoriales donde sólo se accede por invitación y Editoriales donde sólo se accede por referato; Editoriales que, aunque publican libros, hacen una cuidadosa selección de lo que publican, a veces más exigentes que

un referato académico, y otras que con la sola condición del pago se eximen de toda responsabilidad.

Veamos un poco el segundo punto, todos quieren alcanzar el mejor nivel, ser los más fuertes, los más reconocidos, venderse como los mejores y para eso o hay que imponer las normas o hay que simular seguir las normas más valoradas, las más impuestas, las que indican el mayor nivel de calidad, hecho actualmente muy perseguido por la burocracia científica y que define los parámetros de calidad editorial exigidos para entrar dentro del mundo académico-científico.

Se pueden elegir estos parámetros tan exigentes y hacer una publicación muy selectiva a la que accederán unos pocos, *si se explicita ese acuerdo y se mantiene, sin hacer ningún tipo de excepciones, con los amigos* y se respeta sólo la voluntad soberana de los jueces, elegidos desde la mayor neutralidad posible y con la mayor autonomía posible. Y para controlar ese grado de relatividad inherente a la neutralidad absoluta, después será necesario someter la publicación a otros controles compartidos por los especialistas de la región y de la temática por fuera de la publicación y de su Comité Editorial, periódicamente. Es un acuerdo. Es mantener un acuerdo explícito.

Lo que resulta endeble es participar de estas pautas, aparentar compartirlas y mantenerlas sólo con los de afuera. Esto es lo que llamamos *la debilidad de los más fuertes* recordando a Dostoievski. Porque es una debilidad manejarse con acuerdos no explicitados o aparentar acuerdos que no se cumplen, para moverse entre los fuertes, entre los más destacados, venderse como los mejores, estar entre los que comparten ciertas pautas, pero sin hacerlo... Es desconocer el acuerdo. Es no respetar ni al público ni al autor. Desconocer que una publicación parte de un convenio previamente establecido con su público lector y autor y de una responsabilidad ante ambos de *mantener este convenio*, por el cual se publica con ciertos criterios que deben ser cuidadosamente explicitados para conocimiento de todos, del público lector y del autor.

La presentación clara y concisa de este *acuerdo de publicación* es la única herramienta eficaz, ética y estética que construye un código comunicacional compartido y que nos deja la opción. La opción de elegir, de rechazar, de publicar, de no publicar, de mantener el secreto, de hacer el comentario, de utilizar otras formas literarias en la misma publicación para editar otras informaciones sin romper los acuerdos, de criticar, de hacer una publicación paralela...

Si el acuerdo es explícito, teóricamente nadie puede salir lastimado y todos saben que pueden esperar y si las reglas no se cumplen se podrá protestar, o impugnar o apelar, según convenga, porque está claro lo que es compartido. Lo que puede herir es lo no dicho o lo dicho a medias, lo sugerido, lo no mencionado y, por supuesto, lo muy difícil de compartir. En ese caso es el Comité Editorial, el Director responsable el custodio del acuerdo, los que deben estar atentos a su propia debilidad, los que deben velar por el mantenimiento del acuerdo.

Mundo referato

Ana Longoni*

La vida académica, aún más que otros campos, está llena de rituales obligados, vínculos formalizados, circuitos fuertemente pautados, convenciones y ceremonias vacuas. Aquellos que sepan desplazarse en este mar, acumularán prestigios y *honoris causa*, serán acreedores de reconocimientos y deudas intelectuales. Para los de afuera, se tratará de códigos herméticos, quizá mucho más cercanos a la ceremonia de admisión en una logia que a los que rigen el *vernissage* de inauguración de una muestra de arte o la presentación de un poemario.

Claro está que no por vacíos, estos rituales académicos dejan de administrar poder. Todo lo contrario: su sofisticación los convierte en dominios y saberes excluyentes y acumulativos.

Entre los sometimientos que componen la esmerada burocracia científica, la práctica del referato se ha tomado uno de los más perversos. En los formularios de cualquier instancia científica y tecnológica, el parámetro devino primero en una aclaración ("con o sin referato"), luego —en una muestra de síntesis envidiable— en una cifra ("número de publicaciones nacionales con referato", "internacionales con referato", etcétera, etcétera). Así, el sistema que evalúa a los docentes-investigadores alcanzó últimamente una limpidez mayúscula desde que —salvo por ese número— ni siquiera hace las veces de que revisa y juzga la calidad de lo producido. Los libros, artículos, capítulos, ponencias, que supimos (o pudimos) escribir pasaron a convertirse en copias de la primera página —no vaya a ser que abulten. La lógica de evaluación de la calidad científica se desplazó *del conocimiento a la prueba*. Hay que probar, documentar, que uno se sometió (adecuadamente) al ritual. Que publicó (poco importa qué pero sí cuánto), y eligió hacerlo en los lugares adecuados.

Insisto en la condición de sometimiento: termina resultando en formas de cerceamiento o condicionamiento del pensamiento tan eficaces que nos devuelven una imagen de nosotros mismos que nos llena de espanto.

Unos pocos años atrás, enviar un artículo para su publicación en una revista implicaba sobre todo el guiño de querer participar en los debates del campo intelectual desde determinada posición o legitimidad. Las revistas culturales, de abultada y brillante tradición en nuestro medio, eran espacios de deseo y de combate (incluso lo fueron, eso se percibe, las revistas "institucionales", como *Revista de la UBA* o *Centro*). Territorios de pensamiento, y sobre todo, de lecturas y lectores. De colisiones y disensos. De ecos y nuevas escrituras.

La distancia entre un paper académico y una intervención crítica (aparecida en alguna de las muchas y significativas revistas de cultura y política que se editan en nuestro medio, por cierto, orgullosas de sí y sin sistema de referato) es indudable.

* Docente del Taller de Escritura y del Seminario Artes Plásticas e Izquierdas en la Argentina del Siglo XX, ambas en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la misma Facultad. Profesora Adjunta de la materia Teoría de los Medios y la Cultura en la Carrera de Edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Las revistas con referato, lo sabemos todos, no son precisamente revistas con lectores. Son revistas generalmente institucionales, cuyos mil ejemplares de cada número se apilan en un cuarto con candado del que nadie encuentra la llave en el fondo del pasillo de alguna facultad. Son revistas sólo requeridas y buscadas afanosamente cuando se acerca la fecha de entrega del formulario, y urge fotocopiar por triplicado la primera página...

El referato dice de sí mismo ser el discurso de la "evaluación y selección transparentes", la instancia donde se dirime, sin el peso del nombre propio, la calidad académica del material puesto en consideración. Un comité editor calificado distribuye los artículos recibidos entre expertos, que evalúan a anónimos en forma anónima. Pero, y sin ninguna paranoia, ¿cuántos minutos puede tardar un experto de cualquier especialidad en deducir de quién es el artículo sin firma que recibe para evaluar? ¿Cuántos expertos en nuestras delimitadísimas especialidades coexisten en el campo académico argentino, que no deban exonerarse de ser referís o bien por amistad o bien por enemistad con el deducible autor anónimo evaluado? ¿Cuánto de "a éste quién lo conoce" y su opuesto "éste debe pasar sí o sí" termina imponiéndose en las instancias que definen la publicación con referato? ¿Cuántos papers ilegibles, infinitamente reciclados o simplemente recortados sin pies ni cabeza de un informe de investigación se vienen publicando para cumplir adecuadamente el ritual (que conduce a alcanzar la beca, el subsidio, el ascenso de categoría, la recategorización, etcétera, etcétera), sin que encuentren más que un lector que queda en la primera página para verificar burocráticamente que ese "hecho", en tanto cifra cuantificable, existe?

Ante este estado de las cosas, las estrategias no son demasiadas: entregarse, excluirse o negociar. Hubo algunos pocos que se resistieron públicamente a someterse al escalafón de categorizaciones obligado por el FOMEC, y quedaron por ello fuera de las (escandalosamente desiguales) compensaciones económicas de los incentivos. Hubo salidas ingeniosas, como aquella respuesta de un equipo de investigación sobre literatura (si no me equivoco, dirigido por Daniel Link) que completó el requerimiento de "Metodología y Plan de Trabajo" de un formulario con una única frase: "Leer y pensar". Otros muchos pretendimos sostener intervenciones intelectuales en ambos tonos (llamémosles "críticos" y "académicos"), a riesgo de que las contaminaciones y la pregnancia del "mundo referato" someta y estandarice nuestra escritura a las frialdades, límites y aburrimientos de su norma burocrática.

La farsa del referato tenderá, en todo caso, a desarmarse si en lugar de la reserva del anonimato se dan a conocer públicamente los evaluadores y sus evaluaciones; si los comités editores de las publicaciones académicas piensan cada número como una intervención cohesionada (pero heterogénea, a muchas voces) en los asuntos de debate público y evitan caer en la lógica de la sumatoria de deudas y favores personales e institucionales; si empezamos a consensuar respuestas mínimas a requerimientos inútiles en las disciplinas humanísticas y sociales (por ejemplo, "Inscripción de patentes: no nos compete"). No es mucho. Es algo.

Sobre el referato

Lucas Rubinich*

La pregunta sobre la pertinencia de la institución académica del referato se hace posible en un marco de intervenciones confusas que resultan en una verdadera comedia de enredos. Las ciencias sociales en general y la sociología en particular, y más acotadamente, la productiva relación de la sociología argentina con zonas más amplias del campo cultural generaron una relativa ambigüedad en relación a la delimitación de su propio espacio. Sobre esta ambigüedad crecen dos posiciones antagónicas, más retóricas que expresión de reales formas de hacer. En términos de condensación de los elementos que conformarían estas posiciones (que de ningún modo se manifiestan de manera tan tajante), es posible describirlas de la siguiente manera: una de ellas observa con desconfianza las instituciones burocráticas que conforman el sistema científico y académico, encontrando en estas formalizaciones, elementos rutinizadores que actuarían oprimiendo, restringiendo la libre creatividad de algunos sujetos que se mueven en este ámbito, pero que sin embargo circulan con comodidad por zonas del mundo cultural más amplio. El conjunto de criterios burocráticos promovería un ambiente hostil a la creación y en el límite de esa hostilidad aparecería la institución del referato cercenando la imaginación, encorsetándola en criterios clasificatorios también burocráticos.

La otra posición (repitiendo la aclaración relativa a la condensación de elementos mencionada para el caso anterior) sostiene la necesidad de integrarse de manera clara al sistema académico científico o, en todo caso, integrar el sistema nacional al internacional, sin vueltas, ya que la consecuente marginación producto de ese aislamiento que provocaría el no reconocimiento de esa institución fundamental de la vida académica internacional, afectaría la carrera del conjunto de agentes de las generaciones más jóvenes y haría que los poseedores de reconocimiento y de relaciones internacionales sigan usufructuando de esa institución en otros espacios. Esto en términos generales. En relación a lo particular, reeditarían una mirada que se opone a productos que habitan el espacio de las ciencias sociales y se construyen en base a una especie de libre especulación que no toma en cuenta la especificidad de la investigación y la argumentación científica.

Estas dos posiciones confrontadas son los actores de lo que más arriba llamé una comedia de enredos. O si se quiere, son las formas que adquiere una lucha en un mundo académico periférico, en la que los contrincantes levantan banderas simplificadas y arcaicas que no pueden expresar cabalmente las relaciones sociales reales implicadas en las efectivas disputas por formas legítimas de clasificación. Oponer a una forma simplificada de científicidad asociada al uso de cierto tipo de técnicas más o menos sofisticadas (un superado intento de mimetizar las ciencias sociales con los aspectos más triviales de algunas zonas del conocimiento que pudie-

* Profesor Adjunto, a cargo, de la materia Sociología General, y Profesor Adjunto de Sociología de la Cultura, en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director de la revista *Apuntes de Investigación*.

ron ser consideradas más científicas), una visión ingenua de la creación de matriz romántica, resulta en un corrimiento del problema.

La pregunta es cuáles son los criterios de clasificación, no si debe o no debe existir el referato. El referato (o llamémosle con el nombre que se prefiera) en tanto formas diversas que pueden adquirir las maneras de actualizar los criterios de selección, existen en las revistas académicas científicas, en las culturales, en las literarias y en todas las del mundo académico y cultural. Insisto entonces, la pregunta más acotadamente es, cómo se construyen los criterios de clasificación y qué expresan esos criterios. Esa es una pelea que las sociales y humanísticas deben dar al interior del mundo académico muchas veces colonizado por criterios que toman en cuenta las formas de producción de las ciencias duras. Una revista cultural o académica cuyo grupo editor independiente está interesado en promover una determinada visión estética, teórica e ideológica, con todo derecho selecciona en relación a esos legítimos intereses culturales. No incluye un artículo construido con las reglas del juego aceptadas por una zona de la comunidad específica y argumentado con solidez teórica e imaginación, porque es la expresión de una corriente con la que el grupo independiente no considera necesario ni siquiera debatir. Una institución académica pública, por el contrario, debe encontrar formas en que el criterio de la evaluación del grupo de pares se complejize expresando la heterogeneidad y complejidad existente.

Hacer como si se fuesen a anular los criterios de clasificación es, en principio, desconocer que en una comunidad heterogénea como la de las ciencias sociales en la que conviven con legitimidad perspectivas teóricas y metodológicas diferentes, seleccionar es un problema, y sobre todo, supondría hacer oídos sordos a una cuestión no demasiado difícil de imaginar desde las ciencias sociales: aunque no existan reglas formales, los grupos, también los académicos, hacen jugar sus miradas condicionadas social y culturalmente, sus sentidos comunes, su doxa, en la selección de lo que es mejor o peor. Así entonces, la pregunta no es si el referato debe existir o no, sino cómo, en un espacio complejo, se construyen los criterios de selección que irremediablemente se transformarán en resultados prácticos.

Escritos valiosos

María Pía López*

En los años sesenta, un grupo de educadores italianos intentaron socavar las bases de la escuela creadora de sujeción. En los exámenes señalaron su núcleo. Mario Lodi pensaba que si "se arrancan las notas de manos del educador, se cae todo el sistema". Enfáticas páginas de Michel Foucault mostraron luego que el examen —como control jerárquico, vigilancia y sanción— es el corazón de los modos disciplinares que rigen gran parte de la vida universitaria. Pese a esas críticas, sigue siendo

* Docente de la materia Teoría Social Latinoamericana en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de los grupos editores de las revistas *La Escena Contemporánea* y de *El Ojo Mocho*.

un procedimiento habitual. El examen se convierte en el primer escalón a ascender por el estudiante, pero también en el primer trago difícil para muchos de los profesores. Porque si por un lado –el estudiantil– la situación supone angustia o temor, por el otro lado no es más sencilla: el profesor asume una fuerte responsabilidad al decidir si aquel con el que dialoga, o al que lee, merece ser aprobado. Hay quienes convierten ese momento en goce –intentando educar mediante la humillación o el miedo–, otros que se retraen y para no devenir en jueces se ciñen a la distribución magnánima de notas. Son modos de tratar con algo que no es sencillo.

Al lado de esas estrategias, hay otras que enmascaran la responsabilidad. Son estrategias de formalización, de elaboración de reglas detalladas, de escalas de puntajes, de minucias a tomar en cuenta, y de controles externos. Cuando la malla queda armada, sólo resta aplicarla sobre cada uno de los exámenes. De ese modo, el que evalúa se supone amparado en una objetividad tranquilizadora. Son las reglas (y la medición de cada caso particular en relación con ellas) las que producen tal o cual resultado. En técnicas examinatorias, se condensa en el pasaje de un coloquio a un *múltiple choice*: si en el primero una y otra posición potencialmente están abiertas a modificación, en el segundo la grilla produce los resultados.

El examen es el primer aprendizaje que dan las aulas, y sus coletazos se extienden y permean la mayoría de las actividades y ámbitos de la universidad: en los últimos años se fueron expandiendo los jurados secretos y los comités de evaluación de publicaciones. Como los exámenes formalizados, el secreto y la regulación vienen a colocar un escudo de objetividad a la temblorosa y subjetiva acción de juzgar.

Se dirá que esas reglas objetivas vendrían a disminuir la arbitrariedad que hay en el juicio personal, subordinándolo a ciertos mecanismos consensuados. Vale sospechar de tal afirmación. Porque la regla es, también, arbitraria, en el sentido de mantener una estricta dependencia de las condiciones históricas –de las hegemonías políticas, de las corrientes de opinión, de la fortaleza o debilidad institucional–, y no ser deudora de alguna trascendencia que la justifique. La regla no descende de valores celestiales sino que surge del barro cotidiano. Que se evalúen como más meritorios –de puntajes y consideraciones– los artículos publicados en revistas “con referato internacional” con respecto a aquellos publicados en revistas “sin referato nacional” y mucho más frente a las despreciadas publicaciones “sin referato” es una decisión arbitraria. Insisto: una revista creada a propósito de las necesidades académicas del investigador actual –es decir, con conocidos de otros países devenidos en árbitros internacionales, a los que se les envía lo que ya está decidido como merecedor de publicación, y que responden con breves textos de compromiso– tiene más relevancia –para las evaluaciones académicas– que una revista que haya demostrado una larga trayectoria en el ámbito cultural o científico.

El problema es que mientras el juicio subjetivo asume sus límites, la malla reglamentarista se pavonea por su supuesta objetividad. Es decir, lo arbitrario se oculta al presentar la cuestión como un conjunto de criterios objetivos. Y se diluye, en ese juego de máscaras, la responsabilidad de tomar decisiones y la consecuente carga de asumir los conflictos que esas decisiones provoquen. Del mismo modo que un profesor conoce que una evaluación puede convertirse en arena de pugna o en feria de regateo, el editor de una revista sabe que sus decisiones sobre qué publicar abren un espacio polémico.

La situación de decidir sobre el destino de un artículo recibido no es menos difícil que la del examen. Y sospecho que muchas veces, en esas situaciones, esperaríamos ampararnos en otra voz que hable por nosotros, en una regla que nos obligue a acatarla, o en una orden que nos inhiba. El referato es esa otra voz que habla cuando la voz del director o el editor calla, cuando prefiere no hablar o ser hablado. El efecto se refuerza si tal árbitro es secreto. La "modernización" mercantil y academi-zante de nuestra universidad, convirtió algunas instancias de evaluación –especial-mente las que involucraban financiamiento– en secreto de estado. La apariencia de objetividad venía enlazada a la preservación del nombre de los jurados, para termi-nar de arrasar con los restos de responsabilidad individual.

La Facultad de Ciencias Sociales no lució, en las últimas décadas, por su capaci-dad de intervenir en los debates públicos, crear pensamientos nuevos, generar cono-cimientos o cuestionar los dominios sociales. No lo hizo, a pesar de mantener en su seno los lenguajes de la crítica y del compromiso. Esa impotencia no fue ajena a la extensión de mecanismos burocráticos y económicos que cercenaron la vida intelec-tual de la Facultad. Los incentivos y las categorizaciones fueron sus nombres mayo-res. Pero a su alrededor se desplegaron una cantidad de instancias y piezas meno-res que condicionaron, de modos inéditos hasta ese momento, la permanencia en los claustros universitarios. Permanecer siempre tuvo sus ventajas, pero también tuvo sus costos: significó la subsunción de los modos del pensamiento a las formas aca-démicas. Y no quiero decir que bajo esas formas no hay conocimiento, sino que mu-chas veces su ausencia es ocultada por una jerga, unos modismos y una formaliza-ción.

El culto a la norma y la valuación utilitaria del conocimiento crearon, paradójica-mente, un uso picaresco de los resquicios normativos y un conocimiento sólo va-lioso como moneda de cambio en el mercado académico. Dieron lugar a que ahora resulte más *conveniente* editar una revista con referato y publicar en una revista ar-bitrada: aunque dicho escrito no tenga lectores, incidencia ni efectos se convierte en objeto valioso. Con valor de cambio. Lo que viene a profundizar una tendencia ac-tual: que la vida intelectual y científica sea regida por la lógica de la conveniencia privada y de la acumulación. ¿No es otro el valor que podrían tener las palabras que se dicen en la universidad pública? O las palabras que ya se han dicho y que consideramos valiosas. Si interrogamos esos textos, es probable que su valor esté li-gado a la condición de la escritura y la lectura como experiencias irreductibles a una reglamentación, o a los compromisos públicos que en ellos se hacen evidentes más que su importancia formal. ¿Por qué la universidad puede tratar con ese modo de valorar los escritos y, al mismo tiempo, valorar los escritos de sus miembros ac-tuales sólo bajo el aspecto de las condiciones de su publicación?

No creo que el debate sobre qué conocimientos son relevantes y cómo conside-rar los textos sea sencillo ni que el acto de juzgar pueda dejar de ser sospechado de arbitrariedad. Sólo digo que el referato viene a resolver burocrática y fallidamente cuestiones centrales de la vida universitaria.

Consideraciones acerca del referato

*Silvia Lago Martínez**

Se denomina referato o arbitraje al método de revisión por pares o evaluación previa a la publicación de un artículo o documento científico. Si bien los estudiosos del tema señalan que sus antecedentes se remontan al siglo XVIII, es a mediados del siglo XX que se difunde e impone el juicio de los pares como método ecuaníme y eficaz de evaluar la tarea de los científicos.

No obstante, numerosa literatura señala las deficiencias o distorsiones que pueden producirse en este proceso. Las mismas abarcan desde conducta antiética de evaluadores y evaluados —dando lugar a códigos de ética en editoriales e instituciones científicas y aun a la creación de organismos específicos de contralor en algunos países— hasta la demora que se produce en el proceso de referato.

Se añaden al conjunto de preocupaciones en torno de la cuestión otras consideraciones que no remiten a la esencia del método sino a su aplicación: La imposición creciente de asimilar taxativamente los criterios de evaluación de las ciencias “duras” a las ciencias sociales y humanas y el predominio de la “medición” cuantitativa de la producción científica. La Universidad y los organismos científicos y tecnológicos nacionales no son ajenos a tales designios.

Los investigadores que solicitamos subsidios para proyectos de investigación en la Programación Científica 2004-2007 de la Universidad de Buenos Aires, debimos informar en el primer lugar reservado para los antecedentes académicos, el número de publicaciones internacionales con referato y sin referato y distinguirlas de las nacionales igualmente en cifras. Poco tiempo atrás el diseño del informe de la producción científica de los investigadores de la Universidad de Buenos Aires fijaba lineamientos similares. Resulta evidente el criterio cuantitativo de la evaluación: la producción científica de los investigadores es “medida” a través de la cantidad de publicaciones con referato, con mayor ponderación en revistas internacionales indexadas. El análisis numérico puede ser aún más sofisticado. En las ciencias “duras” se agregan otros indicadores denominados criterios cientométricos: las veces que los artículos son citados por colegas, el número de autores, la ubicación de la revista en un ranking basado en el número promedio de citas de sus artículos, la frecuencia o periodicidad de las publicaciones en revistas indexadas, etcétera. Desde ésta mirada publicar mucho, en revistas prestigiosas y ser citado frecuentemente es suficiente para garantizar la calidad de la producción de un investigador.

Ahora bien, de que forma son evaluados los antecedentes científicos no es un problema menor, adquiere una importancia capital a la hora de decidir a quiénes se le asignan fondos para la investigación y aun para la permanencia y promoción de cargos académicos, lo que compromete la continuidad laboral de investigadores y equipos de investigación. Se impone entonces el conocido lema “publica o perece” y varios inconvenientes se le presentan al investigador de las ciencias sociales,

* Profesora Adjunta de la materia Metodología de la Investigación. Subsecretaria de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto Gino Germani, de la misma Facultad.

además de los perjuicios que ocasionan en este campo de la producción de conocimiento.

A) Si de revistas se trata: publicar en aquellas que estimulan el debate, el intercambio de ideas y el pensamiento crítico, pero no cuentan con referato, no garantizará al investigador una adecuada calificación de su producción. Por el contrario se promueve la investigación en temas que aseguren numerosas publicaciones y la adecuación de los artículos a los protocolos estandarizados que establecen los editores, acrecentando el poder de las revistas internacionales de mayor "prestigio", de difícil acceso para nuestros investigadores. Sumado al hecho de que no siempre reviste mayor importancia que los resultados de proyectos de investigación de interés local se publiquen en revistas internacionales.

B) Si de libros se trata: se descalifica su valor. ¿Para qué acumular volúmenes que no son evaluados o criticados por nadie? Quienes se formulan esta pregunta omiten que la crítica de los pares se produce posteriormente y genera un saludable debate e intercambio, además de permitir desarrollar el estado del arte, el marco conceptual, la metodología y los hallazgos de una investigación con la amplitud que de ninguna manera es posible presentar en un artículo.

C) Si de periodicidad se trata: la exigencia sobre la inmediatez de resultados traducidos en comunicaciones científicas no se relaciona con los tiempos de desarrollo y maduración de una investigación.

D) Si de evaluadores se trata: suele producirse una enorme sobrecarga de tareas en los investigadores de mayor nivel académico. A la vez, el número reducido de expertos en disciplinas de menos tradición produce una suerte de endogamia donde temas específicos son juzgados por pocos especialistas.

En resumidas cuentas, la meta final de un trabajo científico no es publicar en una revista con referato, sino contribuir al desarrollo de la ciencia y el conocimiento. El escaso financiamiento para la investigación, la escasez de equipamiento, la falta de medios apropiados para comunicar los trabajos y los salarios deprimidos que sufren nuestros investigadores representan el principal obstáculo a la producción científica.

Universidad Pública, calidad y mecanismos de inclusión

*Adriana Clemente**

La década del '90 en Argentina, además de una sociedad al borde de su disolución, nos dejó un conjunto de tensiones propias de una reconfiguración social poscolapso, donde las prácticas excluyente de estos años se combinan de manera azarosa con los esfuerzos por recuperar el modelo redistributivo que caracterizó los altos niveles de integración que supo tener nuestra sociedad.

El debate sobre la excelencia de la universidad se debe inscribir en el contexto de

* Profesora Adjunta de la materia Metodología IV en la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Directora de la Carrera de Trabajo Social, en la misma Facultad.

precariedad institucional que la atraviesa, como parte de las instituciones del Estado. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, cuya matrícula representa la cuarta parte del alumnado universitario de todo el país, basta ver su presupuesto para inducir que es el compromiso de sus docentes, entre otros factores, un elemento indispensable para mantener los parámetros de calidad que aun distinguen a esta universidad.

Si bien en los '90 la universidad pública resistió el embate privatizador, los costos tanto en su excelencia académica, como en su capacidad de ser una herramienta de inclusión y efecto redistributivo quedaron seriamente dañados. La resistencia al arancelamiento no fue gratuita, la variable de ajuste fue la calidad educativa. Muchas de las medidas que se tomaron en este tiempo tendieron a estructurar el gasto educativo por la vía de sus efectores (trabajadores de la educación) y de sus destinatarios (los propios alumnos). Por lo pronto, según datos del 2002, el 20% del cuerpo docente se desempeña ad-honorem y el 80% del presupuesto de la UBA se utiliza en sueldos, de los cuales el 80% tiene un monto promedio equivalente a un subsidio de desempleo para jefes de hogar. Estos datos sumados a la situación de exclusión que padece la franja etaria a la que mayoritariamente está destinada la educación superior permite suponer que la labor institucional y sus resultados están necesariamente afectados por la precariedad de las condiciones en que se sustancia el proceso educativo⁵.

Podemos acordar en que docentes altamente calificados son una de las principales fortalezas que tiene la Universidad de Buenos Aires para llevar adelante su misión educativa. A su vez parece ser que esta fortaleza no es reconocida, ni preservada dentro de la propia institución. En los últimos años los mecanismos de elegibilidad y calificación de los docentes para acceder a los circuitos de docencia e investigación han evolucionado de manera inversa a las condiciones de trabajo que ofrece la institución. De manera contradictoria a las mayores exigencias para el ingreso y la permanencia, se contraponen la falta de oportunidades de formación de posgrado (gratuitas), la ausencia de políticas de fomento al ingreso a la carrera de investigación y la casi inexistencia de canales para difundir de manera amplia el conocimiento que aún se produce en la universidad es muestra de la contradicción a la que aludimos.

Los contrasentidos de los que hablamos al comienzo de esta reflexión, obligan a definir qué tipo de Universidad queremos y cómo en cada política institucional se está alimentando o no las brechas que de por sí dejó el modelo económico neoliberal cuyas ramificaciones se extienden a modo de rizoma por todas las expresiones sociales y culturales de nuestro país.

La disputa entre los diferentes modelos de Universidad, ya sea de mercado, académica o irrestricta, se manifiestan en la relación sociedad/Estado que encara el gobierno de la universidad según el modelo con el que se identifica. Así, la universidad académica es una expresión de elite, mientras que la de mercado prioriza la relación costo-beneficio. En el caso del modelo irrestricto, con el que identifico a la uni-

5. El censo universitario del 2001 indicaba que el 36% de los alumnos de la Universidad de Buenos Aires cubría sus gastos con recursos propios. Por la evolución del mercado laboral todo indica que muchos de estos jóvenes son los que alimentan las actuales cifras de deserción que muestra la universidad.

versidad Argentina, la universidad es una herramienta de desarrollo y redistribución inserta en un proyecto nacional. Superada la tensión por la opción de mercado que se quiso imponer sin éxito en la década del '90, parece que la tentación actual, está más cerca de reconvertir lo que queda de la institución en una manifestación académica de elite, que en recuperar y sanear el modelo irrestricto.

En los últimos años y de manera creciente, los que formamos parte de esta comunidad académica asistimos a la reafirmación de mecanismos de selectividad y de exclusión, que por su carácter encubierto no siempre se corresponden con la búsqueda de excelencia propia del ámbito académico. Cupos por falta de espacio físico y/o docentes, ausencia de políticas de becas para alumnos, ineficiencia e insuficiencia de incentivos para la investigación y la extensión universitaria, son algunos de los mecanismos que actúan en contra de conservar la heterogeneidad de ideas y expresiones sociales que hace de la universidad pública una fuente de problematización y producción de conocimiento para el conjunto de la sociedad que la concibe.

En el caso de Ciencias Sociales, en general, y del Trabajo Social en particular, la proximidad e inmersión en la conflictiva social, nos da la posibilidad de actuar sobre la cuestión social y sus causas. En tal sentido, la relevancia del conocimiento está en su capacidad de iluminar algún aspecto de la complejidad social y conduce a un pensamiento que oriente las mediaciones entre la teoría y la práctica. Como profesión que viene consolidando su cuerpo disciplinar, celebramos y participamos de los procedimientos formales que califican y controlan la calidad de los aportes académicos. Pero más aún celebraríamos políticas que posibiliten devolver por medio de un plan de inversión a mediano y largo plazo, las oportunidades para que quienes forman parte de la universidad puedan encontrar en la institución los canales para formar profesionales idóneos y brindar aportes de ciencia y tecnología a la sociedad. Será en la constitución de circuitos virtuosos entre universidad y sociedad que se darán señales de calidad y recuperación de sentido que debe alcanzar la educación superior en un momento tan delicado para el país.

Con relación a las observaciones precedentes, es que se propone la necesidad de revisar todas las convenciones sobre calidad educativa y control epistemológico que pudo haber dejado de herencia la década del '90. No se trata de discutir sobre temas aislados como la conveniencia o no de calificar sólo las publicaciones con referato, o solicitar maestría para la designación de un docente auxiliar, pensamos que se deben proponer debates sustantivos sobre los nuevos parámetros de calidad educativa y producción docente que puede alcanzar la Universidad de Buenos Aires y de cómo lograr un plan de inversión para vincular la educación superior y sus aportes de ciencia y tecnología a un nuevo proyecto nacional.

La punta y el ovillo

Sergio Caletti*

Las novedades que convocan a este texto, relativas al régimen de referato son la punta de un ovillo. Imagino que buena parte de la comunidad de Sociales coincidirá de entrada al respecto. El problema, podría decirse, es el ovillo.

Cualquier actividad humana de cierta escala es pasible de ser materia de organización, racionalización, normalización, control y evaluación. De algunos años a esta parte, los criterios y modalizaciones forjados en (y utilizados en ese sentido por) la empresa capitalista —y que se condensaron en el término *administración*— han ido generalizándose a las más distintas esferas de la vida social. Desde hace un tiempo que no es siquiera breve, le viene tocando a la investigación académica, nos viene tocando. Y desde que esta tendencia (perversa) se instaló, no hace sino crecer. Llamo *administrativismo* al credo que eleva los supuestos y lógica de procedimientos respectivos al status de programa incuestionable para —según se pretende— mejorar los resultados de la acción colectiva o institucionalizada. La palabra ya consagrada aquí es “optimización”.

Este credo clausura debates y ejercicios de la imaginación de varias maneras. Una es obvia, está dicha, y le cabe en tanto que credo; a saber, descarta a priori otros caminos para la organización posible de lo colectivo. Otra, casi obvia aunque no tanto, es que sus versículos relativos a esa “eficiencia” que procura por doquier opacan la visibilidad de los fundamentos, de los valores y de los parámetros generales que animan a las cuestiones que le son sometidas, esto es, los que justificarían o eventualmente podrían volver incluso aberrantes las prácticas y los cometidos que se promueven. El administrativismo lo iguala todo, lo mismo que la línea de montaje. La cosa administrada puede ser la utilización de una cadena de galerías de arte, la producción de conocimientos, la capacitación de los llamados “recursos humanos” o la comercialización de productos de consumo. En cualquier caso, eficiencia y productividad serán el norte que volverá semejantes las respectivas maneras de marchar hacia él. La tercera, para nada obvia, resulta sin embargo por requerimiento de su propia definición. Se pone el énfasis en los procedimientos, su control, etc., pero éstos se establecen a su vez por petición y al servicio de unos fines que, sin embargo, no se explicitan. Y tal vez, ni siquiera se piensen, propiamente hablando. Del tantas veces condenado elogio irrestricto de los fines, a los que se subordinan los medios, pasamos al igualmente condenable elogio de los medios.

Mi punto de vista es que las formas de promoción y organización de las actividades de investigación que pone en práctica la propia Universidad pública argentina, al calor de políticas del Ministerio de Educación y del Banco Mundial, toman el camino del credo administrativista.

De los aproximadamente diez años transcurridos desde que se iniciara el Programa de Incentivos, una cierta catarata de planillas, softwares, sistemas de puntuación,

* Profesor Titular de la materia Comunicación III en la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Instituto Gino Germani.

rankeos, etc., se ha descerrajado sobre la investigación en sede universitaria. Lo curioso es que no ha habido balances públicos de lo sucedido ni de lo obtenido. Con datos que recuerdo de memoria y muy probablemente ya obsoletos, el Programa de Incentivos hizo aflorar repentinamente alrededor de veinticinco mil “investigadores” en las universidades públicas nacionales. Magnitudes japonesas, si no fuera que se trata de encubrir la miseria cambiándola por espejitos de colores. La sincronía es maravillosa: cuantas más informaciones diseminan los medios sobre aportes científicos y culturales de argentinos en el extranjero, más planillas debemos llenar, más requisitos cumplir. Tantos que, digámoslo, el comentario frecuente entre colegas es que lleva casi tanto tiempo atender a los procedimientos impuestos por los controladores administrativos como tratar de avanzar en los objetivos que uno se ha fijado.

Mi segunda idea es que el administrativismo en la promoción de la investigación académica constituye una suerte de patología de la que da cuenta una variedad de indicios. Digamos que la planilla es su síntoma por excelencia. Al menos, tiene la estructura de tal: corporiza lo que de investigación puede nuestra Universidad, al tiempo que niega u obstaculiza el desarrollo de lo que creemos que ella debería ser y a lo que nos referimos en abstracto cuando hablamos de investigación.

Cuando éramos estudiantes universitarios, el esfuerzo de la producción intelectual se administraba muy relativamente desde aquella universidad de los años '60 que hoy, sin embargo, endiosamos. No había planillas en ella, pero lo que sí había era una cierta red de supuestos que impulsaba revistas literarias y político-culturales, discusiones frontales, grupos de estudio. Algunas de las obras perdurables del pensamiento argentino emergieron en esa criba. No se trata a esta altura de las cosas de hacer pancartas con la bohemia intelectual sesentera ni de añorar el Café La Paz o el Di Tella. Ni siquiera se trata de cuestionar el hecho –bastante sensato– de que el mismo flujo de fondos para la investigación se atenga a alguna lógica o principio organizativo. No se trata de nada de eso. Tampoco lo perverso radica en la miseria económica en juego. Lo perverso, a mi ver, radica, por una parte, en encubrir la miseria con zanahorias vestidas de tesoros. Por otra, en justificar este encubrimiento con la retórica de la “productividad”, la “excelencia”, y los “estándares internacionales”.

No me refiero, pues, a retrotraernos a los sesenta. Más bien me pregunto: ¿hemos debatido efectivamente la relación que guarda un modelo u otro con la promoción de la actividad intelectual? ¿Hemos pensado en qué sentido y bajo cuáles condiciones esto es mejor?

Lo que me llama la atención es el conformismo dominante entre los que somos objeto de semejante administración, el beneplácito con que ingresamos y transitamos por tanta manga normalizadora de la vida intelectual, situación que de suyo supone un contrasentido en sus términos o, peor, una *in-sensatez*. En el mejor de los casos, reclamamos por los crónicos retrasos en el pago de las cuotas de incentivos o por las llamadas categorizaciones, de las que parecen depender no sólo el monto de esas cuotas sino la distribución de nuestros Boden 2099 de capital simbólico.

Dos o tres consecuencias van pegadas, verdaderas pinceladas de los efectos de la ~~ola~~ administrativista. Una, la manía escritora. Se multiplican las páginas que repiten lo mismo, en mayor cantidad. Lo importante no es ya lo que se diga. Es poder enlistar “indicadores de producción”, en lo posible, claro, con referato, y mucho

mejor si nos prometen indización. Otra, la decadencia de la cátedra como espacio de reflexión, de elaboración intelectual. Si no fuera porque las planillas también exigen horas de docencia para devenir investigador, me sentiría tentado a apostar que seríamos todos investigadores puros y docente nadie. ¿Creció el debate al calor de estas planillas? ¿Están cada vez mejor formados los "jóvenes investigadores"? ¿Participa la producción intelectual argentina cada vez con más calidad y vigor en los escenarios latinoamericanos o internacionales?

Como no alcanzo a entender cuál podría ser el fundamento "científico" que presuntamente se encuentra en la base de este cúmulo de operaciones burocráticas que regulan la anhelada producción de conocimientos, me inclino a inscribirlas en el espacio de algún arte, cuyo secreto ignoro, pero cuyas configuraciones me provocan, como si fuera maléfico, un dejo de espanto. Esta inscripción tiene, para nuestro caso, una ventaja. Al menos desde Kant en adelante, las artes suponen desplegarse en la compleja zona donde los sujetos hacen suyo el mundo y, haciéndolo, están en condiciones de pronunciarse, profieren su juicio. Las ciencias, en cambio, insisten en prescindir de semejantes complicaciones, pretendiendo imponérsenos con el peso incontestable de la razón misma. Resulta fácilmente inteligible que las resonancias políticas de uno u otro abordaje terminarán por ser considerablemente distintas.

La institución universitaria parece convencida de que cualquier simplona artesana administrativa es por supuesto inferior que una ingeniería sofisticada de controles y cómputos. Con alguna frecuencia, empero, ocurre que *medirlo todo* termina siendo, a lo sumo, medir el propio ombligo, esto es, medir la importancia de las propias medidas, según indicadores inventados para justificar una cierta cantidad de sueldos.

Un aspecto interno del credo administrativista vigente tiene que ver precisamente con las discusiones no saldadas respecto de lo que se entienda por investigación y por conocimiento dentro mismo del campo de la ciencia. El tema implica, por cierto, y más allá de la cuestión que ahora nos convoca, complejidades y sutilezas mayores que no cabe atender adecuadamente en estas páginas.

In nuce, la idea que me interesa exponer es la siguiente: la lógica administrativista, aun con todas las características descritas, es capaz de entablar un cierto diálogo con las prácticas de la investigación en el campo de las llamadas ciencias "duras" y, más todavía, con la investigación tecnológica asociada a ellas, pero en el caso de las disciplinas llamadas "blandas", el heteromorfismo respectivo cobra efectos doblemente gravosos.

Primero, hasta lo más elemental. Cualquiera de nosotros, en tren de llenar planillas, advirtió más de una vez que tanto la presencia como la definición de diversos aspectos a informar entrañan un cierto forzamiento en relación con la investigación que se reporta. Es, por cierto, un elemento de juicio del todo secundario. Pero tiene riqueza en calidad de indicio. La centralidad de la noción mensuradora propia del administrativismo dialoga con alguna fortuna con una idea de ciencia —y de producción de conocimientos— que parece dirigirse crecientemente hacia la instrumentalidad, investigación tecnológica mediante. Por ende, no es de extrañar que los administradores hagan de los tecno-científicos sus interlocutores naturales. Las consecuencias también se advierten en otros planos: el predominio "político" de las disciplinas duras en la distribución financiera, etc.

Un ejemplo de este diálogo con cierta fortuna es, precisamente, la cuestión de la importancia asignada a los referatos. No intentaré radiografiar el lugar relativo que el dispositivo del referato ocupa en las publicaciones que se supone serias de las disciplinas duras y el que ocupa en las respectivas de las disciplinas blandas. Mi argumento será de otra índole, aunque deba para ello dar un pequeño rodeo.

El dispositivo del referato en nada sorprendería a Sir Thomas Kuhn, de acuerdo a la idea que tenía acerca de cómo trabajan las ciencias. La comunidad científica se informa a sí misma de sus avances a través de publicaciones especializadas que, a su vez y para garantizar relevancia en sus comunicaciones, recurre a miembros expertos de la propia comunidad con vistas a procesar, objetar o evaluar pertinencia y seriedad de cada una de esas comunicaciones. Mediante este "cierre" sobre sí misma, la comunidad científica cuida (y disciplina) su propio trabajo colectivo y su propia autoinstalación en el lugar del saber.

Valdría la pena, empero, recapacitar sobre aquella tan citada calificación de "preparadigmáticas" que Kuhn diera a las ciencias sociales. Estemos o no de acuerdo con lo que esto implica, a las disciplinas "blandas", a sus reflexiones, teorías o estudios de caso, las evalúa una esfera de opinión inmensamente más amplia que la propia comunidad de expertos en el problema específico. Y, también por ello, con frecuencia, el procedimiento de puesta en común es otro, uno que tal vez espantaría a más de un físico de partículas. Pero los sociólogos, por caso, deben tener presente —entre tantos ejemplos posibles— aquella discusión entre Andre Gunder Frank y Rodolfo Puiggrós en las páginas de 1965 del suplemento dominical del diario mexicano *El Día* ("El Gallo Ilustrado"), discusión que marcó un hito en la interpretación de la historia colonial latinoamericana y significó un capítulo más tarde insoslayable en el desarrollo de la teoría de la dependencia. O, ya que estamos en esos temas y años, las escasas paginitas escritas por Rodolfo Stavenhagen bajo el título "Siete tesis erróneas sobre América Latina", de las que podría decirse otro tanto. ¿Cuántos puntos le habría valido a Stavenhagen ese texto para su categorización? Habría alcanzado a ser III? Difícil, porque la versión en mimeo y sin referato alguno, no ofrecía garantías.

Decía más arriba que estas cuestiones pertinentes a la administración de la investigación estaban preñadas de resonancias políticas. El administrativismo imperante tiende casi imperceptiblemente a generar una *cultura de la investigación* que no es cualquiera, y donde se van volviendo habituales, entre otras cosas, las siguientes, lamentables: 1. El desplazamiento de esfuerzos de unas orientaciones a otras (hay proyectos que se modifican porque van a satisfacer con dificultad los requerimientos implícitos o sobreentendidos en la evaluación, por ejemplo, por razones llamadas "metodológicas"; hay proyectos que adecuan a la necesidad o a la posibilidad de incluir becarios de tal o cual tipo; hay proyectos que se dejan porque su financiamiento racional aparece por debajo o por arriba de los estándares factibles; etc.); 2. La pequeña corrupción, esa que aparece con cierta "naturalidad" cada vez que los sistemas de control se perfeccionan (investigadores de categorías superiores que son solicitados como directores de proyectos que de otro modo no podrían entrar por la ventanilla correspondiente; investigadores más jóvenes que piden ser incluidos en unos u otros proyectos —o que los improvisan o prolongan— "para no caerse de los incentivos"; etc.); 3. La sacralización de un sistema defectuo-

so como lugar de consagraciones, en demérito político-cultural de otros (no "reconocidos").

No creo que lo recomendable sea volver a los sesenta ni a "El Gallo Ilustrado", carente de todo referato. Pero un debate y una revisión acerca del administrativismo imperante resulta en cambio, a mi juicio, urgente.

EDICIONES MANANTIAL

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

Horacio Fazio
(coordinador)

EL LUGAR DE LA CULTURA

Homi K. Bhabha

VIOLENCIAS, DELITOS Y JUSTICIAS EN LA ARGENTINA

Sandra Gayol y Gabriel Kessler
(compiladores)

LA DESIGUALDAD PERSISTENTE

Charles Tilly

LAS CÁRCELES DE LA MISERIA

Loïc Wacquant

LAS ESTRUCTURAS SOCIALES DE LA ECONOMÍA

Pierre Bourdieu

FILOSOFÍA Y MÉTODOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Federico L. Schuster
(compilador)

• **Se imprimieron 1.000 ejemplares en noviembre de 2003
en Talleres Gráficos Leograf SRL,
Rucci 408, Valentín Alsina, Argentina**

Los acontecimientos políticos y económicos que la Argentina y Brasil han experimentado en los últimos años han puesto en duda el futuro de ambas naciones, pero también han abierto horizontes esperanzados para ambos pueblos. Y a la vez que cede la opresión publicitaria y geopolítica que durante los años noventa conocimos bajo los nombres de neoliberalismo y globalización, también comienzan a reforzarse los lazos comunes de dos vecinos cuyos destinos preferirían mantener apartados ciertos poderes mundiales. **Sociedad** presenta una serie de artículos preparados por profesores de la Facultad de Ciencias Sociales, y también por profesores brasileños y argentinos residentes en Brasil, que no solamente proponen modos de comprensión de la actualidad, sino que revelan la profundidad histórica y cultural de los vínculos en común, aun cuando muchas veces nos hayan pasado desapercibidos. Pero los muros no son sólo obstáculos erigidos desde un exterior, como lo prueba la historia de dos famosas cárceles que en otra época fueron construidas cerca de la Guyana y en Tierra del Fuego. Ushuaia y Cleveldia son los apodos de esas dos mazmorras. **Sociedad** también publica una crítica de Ernesto Laclau al libro de Toni Negri y Michel Hardt, *Imperio*, así como un debate ya impostergable sobre las formas de evaluación que practican las revistas académicas. No menos importante, en este número de **Sociedad** se tratan algunos problemas fundamentales de la relación entre ciencia y mujer, tema tan postergado como inaugural de nuevas perspectivas para el conocimiento.

sociedad 22
primavera 2003